



Jamás  
nadie **TU**  
como

LORENA DONCEL



JÁMAS NADIE COMO TÚ  
LORENA DONCEL

**Prólogo**

Son más de las siete de la tarde y la gente no se cansa de entrar, llevo más de cuatro horas sentada en la caja registradora de esta dichosa tienda, es sábado por la tarde y todas mis amigas, las llamadas *ni-nis*, estarán arreglándose para la fiesta de esta noche, y yo, mientras tanto, aquí plantada como una lechuga, cobrando a las marujas de turno todos los productos *light* que encuentran a su paso. «En serio, qué daño hacen los anuncios de televisión».

Odio ser cajera y, muchísimo más, volar la cometa durante horas en este trabajo que no me gusta. Que está muy bien ser la única de mi grupo de amigos con trabajo estable y eso, pero no, quiero algo más.

Me gustaría ser como Sandra o Susana, que tiene una familia normal y pueden estudiar. No como yo, que tengo una familia de circo.

Es más, de circo no, si mi madre se propusiera tener uno, seguro que habríamos salido más normales. Si es que... ¡somos *pa'* vernos!

Os pongo en antecedentes.

Bueno, pues yo soy Sofía, como os habréis dado cuenta mi nombre también empieza con S como el de mis mejores amigas, pero ese es otro tema.

Tengo diecinueve años y tres hermanos. Rubén y Cristófer, los gemelos, son más pequeños que yo y malignos total, pues no se les ocurren buenas ideas a sus dieciséis años. ¡Parecen hijos del mal! Mi madre siempre dice que los tendría que haber chafado con el culo cuando nacieron. Sí, suena algo raro, pero mamá es así. Después está Felipe, el cual me saca cinco años y es el más normal de la familia, aunque ninguno está cuerdo. Con «normal» me refiero a que no está *pirado* y es el único que no parece salido de una serie mala de esas estadounidenses.

Mamá, o la Pepi como la llaman en el barrio, siempre dice que es como su padre. También os diré que mi madre, toda una revolucionaria para su época, se nos ha casado cuatro veces y de cada boda hemos nacido uno de nosotros; menos los gemelos del mal, que vinieron por partida doble, como los disgustos (frase de la Pepi, que conste).

Bueno, de esta última boda no ha nacido nadie, ya que, como dice ella, está seca.

¡Y gracias a Dios! No me mal interpretéis, ¡eh!, que adoro a mis hermanos, pero es que... ¡ya está bien!

Pues esta es mi familia, tres hermanos y una madre enamoradiza, eternamente separada, que regala hijos en las noches de bodas. ¡Vale, sí!, una broma mala, ahora me siento mal. A veces, desvarío lo más grande.

Mi vida es muy normal. Dejé los estudios para ayudar en casa económicamente y con los pequeños mientras mi madre trabajaba durante todo el día limpiando escaleras y dejándose el lomo por cuatro perras.

Total, que nunca tenemos dinero ni para pesarnos.

Residimos en un barrio de Madrid, Vallecas para ser más precisa, el cual me encanta y adoro. Vivimos amontonados en un piso de cuarenta metros cuadrados, muy mono gracias al señor suizo *buenorro* del Ikea. Eso de «buenorro» lo digo yo, seguro que después es un orco al que no tocaría ni con la mano de otra, pero en fin...

Esta es mi vida, ¿queréis conocer un poco más?

¿Deseáis saber lo malo y dañino que puede ser el karma? ¿Os apetece descubrir qué hace una chica como yo cuando su vida da un giro de 180 grados?

### **1. La Pepi y sus noticias**

Son las once de la mañana, y yo sigo en la cama. La Pepi tiene puesta la radio a toda leche con los Chunguitos. Intento asfixiarme con la almohada, pero no lo logro, no tengo fuerzas suficientes para hacerlo y acabar con esta tortura, no me queda otra que ponerme en pie.

Al salir al comedor, me encuentro a mamá limpiando el polvo y bailando como en sus mejores tiempos. Pongo mala cara y voy a la cocina a desayunar. Me quedan unas cuantas horas para entrar al trabajo, y quiero descansar de la fiesta de anoche, en la que bebí y bailé como una vikinga, pero ella viene detrás de mí dándome palmadas en el culo para que la ayude.

—Vamos, polluela, tómate el café y a limpiar—dice mientras remueve las lentejas.

—Mamá, ¿otra vez lentejas?—Ella asiente mientras baila sus rumbas y me giña un ojo—. ¡Puajjj! ¡Mamáaa, tres días seguidos! Joder.

—Esa boca, Sofía. ¡Que te calzo una *quantá!*

Para no escucharla, me tomo el café y decido echarle una mano, aunque es limpiar por limpiar, yo soy una *perra* de mucho cuidado.

Me pregunta por Rubén, mi *amigo con derecho* como dice ella, ya que desde que tiene nuevo novio es *moderna fashion*. Le contesto que es un capullo más, con el cual no tengo nada; para mamá cualquier chico del barrio que tenga coche y trabajo es una joya, con tal de colocarnos.

Intento no hacerle mucho caso y, tras relimpiar y preparar la mesa para todos, decido darme una ducha.

No ha dado tiempo a ducharme por completo cuando mamá, seria, como no la he visto desde que el papá de los gemelos nos abandonó, entra sin llamar y se apoya en la pared de enfrente de la ducha.

La veo reír y después llorar, es bipolar, joder.

—¿Qué narices pasa? ¡Mamá, me estás asustando!

—Tú sal—dice blanca como la leche—. Sal, y hablaremos. Y cierra ya el agua, niña, que vale dinero.

Salgo del baño preocupada y, envolviéndome en una toalla, voy en su busca. Está en la cocina con las dichosas lentejas y me mira.

—No creo que te afecte lo que te voy a contar, Sofí, porque tú eras muy pequeña y ni te acuerdas del *cabrito* de tu padre.

—¡Ay, nooooo! —grito, poniéndome en pie y saliendo como las locas de la cocina.

Odio la historia del ricachón que se enamoró de la guapísima Pepi, le prometió el oro y el moro, y que, cuando le hizo el bombo, salió corriendo como un cobarde. No la soporto, y mucho menos que me mienta como una loca cuando yo, al igual que todo el barrio, sé que soy hija de un mecánico de Parla. Me niego.

Entro en mi habitación y doy un portazo, pongo la música de Pitbull lo más alta que puedo e intento atrancar la puerta, pero la muy... se me cuela por la ventana de la galería. ¡Puñetero metro cincuenta que tiene! ¡Pa' matarla!

—Sofía, ten más respeto, ¡leches!, que *te dao* la vida.

—Y me la estás quitando—le digo, subiéndome la ropa interior y encarándola—: Mamá, me aburressss—arrastro las palabras como puedo.

— Niña, tu padre la ha *palmao*.—Abro los ojos y la boca despacio—. Sí, *la diñao*, Sofía. *Muerto, morío y matao*.—Consigo abrir más los ojos y la boca—. ¿*Tas quedao* tonta?—Chasquea sus dedos delante de mis ojos—. Sofía, ¿estás?

—No... —balbuceo, flipando lo más grande.

—¿No?—pregunta, y acto seguido me da un coscorrón—. ¿Dónde estás?

—Con tu tacto y tu saber estar, mamá.

—Espabilando, en dos horas tienes cita con un notario.

— ¡¿Qué?!

—¡Qué espabiles! Que tienes que ir a por tu herencia, que se ha muerto *el viejo* y por fin te dará lo que es tuyo, según pone aquí.—Rebusca en su sostén y saca de éste un papel doblado—. Eres la única beneficiaria y *usosfructos*.

—¿*Usosfructos*, mamá?

—¡Lo que coño sea! Tira, que nos vamos a ver lo que te ha *dejao*.

—Pero... que yo no quiero nada del mecánico de Parla, mamá.

—¿Tú también estás con eso?—Asiento y la miro.

—Sí.

— Pues vas a caerte de culo cuando conozcas quién era tu *querido* padre. Ahora, espabila. ¡Hop, hop, hop!—dice, escondiendo una risita y sabiendo que me saca de mis casillas. La miro y gruño un poquito solo.

No me queda otra que, sin entender de qué va nada ni si es cierto que ha muerto mi *supuesto* padre, vestirme y arreglarme.

Mientras me recojo la melena en un moño, les cuento en un audio a mis amigas lo sucedido hoy, las cuales flipan con la Pepi, claro está, pero aun más con lo de la muerte de mi padre.

En fin, dos horas después, me encuentro sentada en la salita de estar del notario en pleno centro de Madrid.

Cuando por fin nos llaman y pasamos dentro del despacho, no me espero para nada lo que voy a oír allí.

Me leen un testamento largo como el copón, pero solo me entero de que debo irme a Marbella para buscar mi herencia y hacerme cargo de una niña pequeña, una *supuesta* hermana por parte de padre.

También me informan que soy su única familia y que, para poder cobrar la herencia, tengo que cumplir muchísimas cláusulas.

Pruebo negarme y renunciar, pero mi madre monta en cólera y acepta. Yo, en *shock*, firmo lo que me dan y, temblando, consigo marcharme del despacho.

Al salir a la calle me mareo y, dos pasos después, mi cuerpo se estremece hasta el punto de sentirme helada. Dos minutos después me muero de calor y, acto seguido, expulso de mi cuerpo hasta la primera papilla.

Mamá me mira sorprendida y corre hacia a mí. Al final, volvemos las dos en taxi a casa como podemos.

Ella se hace cargo de todo solita, de telefonar al trabajo y presentar mi dimisión, de llamar a mis amigos e invitarlos a una cena de despedida esa misma noche y, cómo no, de dejar a Rubén con un «hasta luego, niñato» por un wasap. Después, me hace las maletas y les explica a mis hermanos que me marché a mi nueva casa en Marbella durante un año, situada en una de las urbanizaciones más caras y bonitas, que soy jodidamente rica y que ahora tengo una hermana de la que cuidar. También la Pepi les aclara que debo irme allí y cumplir todas las condiciones si quiero cobrarlo todo.

No consigo hablar, ni tan siquiera moverme, me mantengo quietecita en el sofá mientras ella hace y deshace a su antojo.

Veó mis maletas de The Animal Print amontonadas en el pasillo con mis pertenencias dentro y, encima de estas, la ropa que me pondré al día siguiente, cuando me vaya. Mi mente, todavía en *shock*, solo recuerda que necesito un diario nuevo.

Alucino. ¿¿Qué ha pasado aquí?! Me han jodido la vida en un momento. Yo no quiero el dinero de ese señor, ni mudarme a Marbella, donde no conozco a nadie. No quiero separarme de mis amigos y, mucho menos, de mis amigas, ni dejar a mis hermanos, tampoco mi casa. No deseo hacerme cargo de una niña que no conozco y de... nada de nada.

¡Mierda, joder! No dejo de llorar en toda la noche. Mis amigos no dan crédito a lo que pasa, y yo no consigo decirles a Sandra y Susana cómo me siento.

Todos me prometen que en vacaciones vendrán unos días, pero...

¿Qué narices pasa? Ni yo misma lo sé.

**2. ¿Esto qué es lo qué es?**

Por fin, meto la última maleta en mi coche, me giro, miro a mis hermanos y a mi madre y, entonces, rompo en llanto como una niña chica. Puede que sean muy particulares, pero son mi familia y los quiero. Corro hacia ellos y nos fundimos los cuatro entre besos y abrazos, nos despedimos como podemos. Mi hermano mayor está de maniobras con el ejército y ni siquiera se ha enterado aún de lo ocurrido, así que no puedo despedirme de mi confidente y hermano protector.

Monto en mi Lolita, es la forma cariñosa con la que llamo a mi coche. No es nada del otro mundo, pero yo lo adoro. Es un *Saxito* o Saxo del año 2000, está el pobre que se cae a pedazos, pero a mí me hace el apaño. Es de color negro y yo lo tengo monísimo de la muerte, de los más *cuquis* del barrio. Tiene los interiores en rosa, con fotos de mis amigas y miles de cositas de la fiesta: abanicos, llaveros y peluches... Os diré que me encanta salir a bailar y pasarlo en grande, pero en estos momentos reconozco que siento una terrible pena por mí misma. Todavía no sé por qué, pero estoy segura de que algo no va a ir bien.

Mientras conduzco a mi Lolita, me incorporo a la M-40 y, cómo no, hay un tráfico horroroso. Rebusco en la guantera buscando uno de mis CD's preferidos, los *Delincuentes*.

Más de veinte minutos después, por fin, me pongo en marcha, tengo por delante casi 550 kilómetros por delante y casi cinco horas.

¡Dios!, ¡qué día más horroroso me espera por delante! No quiero ni pensarlo, solo conducir y dejar la mente en blanco. Sin embargo, no consigo hacerlo, mi mente no para de dar vueltas y de hacerse miles de preguntas. ¿Quién sería ese señor? ¿Por qué me deja a mi toda su fortuna? ¿Por qué me abandonó siendo un bebé? Y la que más me inquieta, ¿cómo será esa niña y qué sabrá de mí?

El camino es de lo más pesadito y después de comer, con el sol de cara, todavía se me hace más cuesta arriba.

Cuando por fin entro en Marbella, son pasadas las nueve de la noche y mis nervios van a peor. Tengo el estómago revuelto y el corazón me va a mil por hora.

Gracias al GPS consigo encontrar la urbanización La Cerquilla, una urbanización de lujo pero de la hostia. Conforme avanzo por ella, más pánico me da. Veo un coche de seguridad que en seguida me da el alto. Tras darles las ciento y una explicaciones que me piden, ellos mismos me guían hasta la

puñetera Villa Cerezo.

No puedo hacer otra cosa que bajarme del coche y contemplarla, decir que es espectacular es poco.

Tras una inmensa verja de hierro solo se ven jardines, no logro ver la puñetera casa.

A los diez minutos de estar en la puerta todavía no encuentro las fuerzas para picar y, cuando por fin me decido, la valla se abre sola dándome un susto de muerte.

Corro hasta mi coche y, una vez dentro, digo un montón de tacos que salen de mi boca a borbotones y entro despacito mirando a mi paso el largo camino de piedras blancas.

A medida que ando, el sendero se ilumina de luces blancas alrededor.

—¡Joder!—suelto de un grito al ver la casa al fondo.

Es igualita a las que salen en las revistas de cotilleo que lee mi madre. Blanca, reluciente, y con cristales grandiosos a su alrededor.

Justo delante tiene una puñetera fuente como la de la Cibeles, con luces y hasta una estatua espantosa en el centro.

Dejo mi coche en la misma entrada y veo que se acerca a mí un señor mayor vestido de camarero. Lleva unos guantes blancos y sonríe al verme.

—Señorita Sofía, es un placer recibirla en su hogar. Soy Ernesto—se presenta, haciéndome hace una reverencia.

Y yo, sin pensarlo, le planto dos besos y le pido que me llame Sofi. A todo esto, os diré que el señor ni se inmuta y, dando media vuelta, me invita a acompañarle. Observo mi vestimenta y me siento algo ridícula al hacerlo. Contemplo mi aspecto y me siento algo ridícula al hacerlo. ¿Qué narices pinto yo aquí?

Llevo unas manoleinas blancas muy bonitas y una faldita de vuelo naranja, una camiseta de tirantes blanca también y una chaqueta tejana del chino de mi barrio. Me siento insignificante y mal conmigo misma, y todavía no sé por qué, lo mismo es porque parezco poca cosa.

En ese mismo instante me prometo que nunca jamás cambiaré, que siempre seré igual.

Una vez dentro del recibidor (según Ernesto, el *hall*). «Me quedo muerta». Me encuentro con una señora vestida de servicio, igualita que en las películas, y dos chicas jóvenes al lado, que se presentan con una reverencia.

La señora más mayor se llama Rosa y es el ama de llaves. La que le sigue es Maribel, la cocinera, y después está Claudia, una sirvienta. Me informan que

mañana conoceré al resto del servicio, chofer y jardinero.

No doy crédito a nada de lo que veo y escucho, solo puedo preguntar por la niña. Me informan que se encuentra descansando, después se empeñan en enseñarme toda la casa. Tiene nueve habitaciones y seis baños, además de sala de cine, gimnasio, sauna, piscina climatizada y exterior, pistas de tenis y un minicampo de golf. Lo flipo en colores. Ahora sí que me quiero morir.

Por la parte trasera de la casa veo la piscina, es de estas inmensas y espectacular, como toda la casa, una zona para tomar el sol, todo de madera, precioso e iluminado con luz cálida. Y de lo que me enamoro enseguida es de la casa que está justo a la derecha.

Me informan que es la casa de invitados y, entonces, alucino pepinillos. Decido instalarme en ella ante la cara de asombro de las personas que están delante de mí.

### **3. Primer intento de adaptación**

Después de pasar toda la noche llorando, me despierto con los ojos hinchados, como diría mi mamá: «Los ojos como un culo». Lo de *mamá* ha salido de la parte más cursi y llorica que tengo y, aunque me duela reconocerlo, la echo de menos.

Me decido a salir de la cama cuando suena el teléfono de la mesilla de noche, dudo si debo cogerlo o no; por mucho que digan que esto es mío, no lo siento así. Estoy en la casa de la piscina, que es diez veces más grande que mi piso de Vallecas, y me siento una extraña entre tanto lujo.

Me atrevo a atenderlo y adaptarme cuanto antes.

—¿Sí?—contesto tímida, y mis ojitos curiosos se abren, tengo ganas de reírme, pero no lo hago.

—Buenos días, señora. ¿Desea el desayuno en la terraza?

—¿Holiiii? ¿En la terraza?

—Sí, señora, ¿o lo prefiere en sus aposentos?

—Pero ¿qué dices, loca? Mierda, perdón... —Suelto una carcajada y me disculpo

—: No, no... ahora voy yo a la cocina.

—¿A la cocina?

—¡Hombre, claro! En dos minutos estoy, ¿vale?—No le doy tiempo a contestar cuando ya he colgado el teléfono.

Me miro en el espejo pensativa mientras me preparo mentalmente para el día duro que me espera. Hoy conoceré a mi hermana, de la cual todavía no sé ni el nombre y, de paso, al resto de las personas que van a convivir conmigo, o yo con ellas, según se mire.

Aquí la extraña soy yo, pero bueno, ¿qué le vamos a hacer? Creo que me adaptaré, como siempre.

Voy a por mis maletas, que dejé justo en la entrada y no están. Rebusco por la dichosa casa enorme decorada al estilo *requetefinolis*. No puedo negar que me encanta tanto *pijoterío* y, es más, me siento una princesa en esta casita. Solo le falta mi toque: fotos, discos y, cómo no, alguna nota de color.

El mármol y los muebles de diseño son muy monos, pero todo blanco y gris me cansa. Yo necesito colores como el rosa, amarillo, lila o azul pitufo, me encantan y, si voy a vivir aquí, tendré que estar a gusto. Pero eso lo dejamos para después.

Abro una de las puertas de la casa, detrás de la que supongo habrá un armario, y me encuentro con un vestidor, un puñetero vestidor iluminado y, para más inri, con música.

Me muerdo los labios y entro a saltitos. ¡¿Qué más puedo hacer?!

Mis cuatro maletas están puestas en orden junto la pared del fondo, y mi ropita colocada en las estanterías y colgadores, al igual que mis zapatos, que están perfectamente ordenados.

Bueno, todas mis cosas están ya colocadas y el vestidor está casi vacío. Me imagino bolas de paja rodando por el suelo y un silbido a lo películas del oeste corre por el ambiente. ¡Y pensar que en casa tenía que tener mis cosas debajo de la cama en cajas del chino!

Busco qué ponerme y me decido por un pantalón tejano pitillo claro, una camiseta de tirantes roja y unas manoletinas del mismo color. Yo me veo monísima, así que camino dirección al baño donde también están mis cosas colocadas.

«Esta Marivi es una auténtica *crack*», pienso para mí, aunque no sé si ha sido ella. Me da un poco de *yuyu* que entren en mi casa mientras duermo, pero, en fin, tendré que adaptarme.

Recojo mi pelo en un moño de bailarina, bien arriba, y me enrolló uno de mis pañuelos preferidos, además de caro.

Es rojo y con lunares blancos, me encantan los lunares. Miro mi reflejo en el espejo y decido pasar por chapa y pintura, tengo la cara fatal de llorar y no quiero que me vean fea.

Os diré que soy una chica normal, delgadita y con una buena *delantera*, morena de piel y pelo, y los ojos grandes y marrones muy normalitos. Pero oye, yo me veo mona. Tras adecentarme un poco, salgo de mi nueva casita ibicenca.

Me planto en una de las puertas traseras de la casa, y por fin localizo la cocina. «Necesitaré unos patines», pienso para mí misma. Rodear la dichosa casa es como una excursión, y estoy destrozada. Además, ¡qué calor pega en Marbella, por Dios!

Rosa abre la puerta, me mira de arriba abajo y sonrío cariñosamente.

—Buenos días, señora.

—Por favor, llámeme Sofi. —Pongo mi carita de pena y, por un instante, la veo flaquear.

—Señora, en esta casa hay una jerarquía, siempre ha sido así y así debe ser.

En ese momento me doy cuenta que no va a ser tan fácil ganármelos, con dos palabritas y la mujer ya se ha apretado.

—Bueno... —contesto algo decaída—, pero lo mismo no te respondo, ¿vale?

La primera batalla está pérdida, pero no la guerra. Me dirijo a la nevera, y en seguida me indican que no, que vaya al comedor o a la terraza, que en unos minutos me servirán el desayuno.

Pienso cambiar muchas cosas y en poco tiempo, me cueste lo que me cueste. Pero de momento, tengo que ceder, yo soy la nueva aquí.

Salgo al jardín y tomo asiento en una mesa grande de cristal que queda en frente de la piscina.

Me sirven un zumo de naranja, café y un surtido de pastas, además de tostadas con mermelada y agua en una jarra preciosa.

Desayuno sola y en completo silencio, el cual aprovecho para llamar a mamá y mis amigas para contarles lo sola que me siento. También lloro con ellas al teléfono como una niña pequeña y ellas me prometen que, en nada, estaremos juntas. Eso espero, o me moriré.

Durante dos horas más, no veo a nadie y me aburro como una mona.

Cuando me canso de hacer la tonta sola y esperar a que alguien venga a decirme algo y que, en fin, me ayuden en la adaptación, decido entrar en mi casa y poner algo de música.

Me cambio de ropa y me pongo un biquini, me estiro en una de las tumbonas de madera con colchones blancos que están alrededor de la piscina y, con mis gafas de sol, me relajo escuchando algunos de los temas del verano.

Lo cierto es que la música está algo más alta de la cuenta, pero, con suerte, molestaré a alguien y vendrán a llamarme la atención, por lo que así podré hablar con el que aparezca y no acabar loca como el protagonista de *El resplandor*.

Cierro los ojos y paso las manos por detrás de mi cabeza, cruzo una pierna poniéndola en alto mientras canto como si me fuera la vida en ello. Adoro a Enrique Iglesias y su nueva canción *Me duele el corazón*.

Canto a grito pelado mientras tomo el sol y, por un minuto, me siento libre como cuando subo al tejado de mi piso en Vallecas con mis amigas y nos tomamos unas birras cogiendo un poco de color.

El momento dulce no dura mucho porque la música deja de sonar. Me incorporo y abro los ojos. Me encuentro con un chico enfundado en un traje y peinado a lo Superman. Tiene cara de enfado y me mira realmente mal. Mantenemos un silencio aterrador, donde los dos nos observamos fijamente.

—¿Qué miras?—suelto de muy malas formas, cubriéndome con una toalla.

—¿Me puede explicar qué hace tomando el sol y, además, turbando al vecindario con su música atronadora?—me contesta con otra respuesta.

—Pues verás, majo...

—Le pido que, por favor, se adecante y vaya al despacho de su difunto padre. Tiene dos minutos.

—¡Pero, oye! ¿Tú qué narices te piensas, repeinado?—Me lanza una mirada asesina.

— Dos minutos, señorita Sofía, ni uno más—ordena el muy estúpido, dándose la vuelta y dejándome con la palabra en la boca. «Si me muerdo, me enveneno». Pero ¡vaya culo tiene el mozo!

—¡No pienso ir!—grito como las niñas con lágrimas en los ojos.

Observo cómo se aleja a grandes zancadas, y me dan ganas de correr detrás de él y hacerle ver cómo nos las gastamos las de Vallecas, pero lo medito mejor y decido volver a poner la música algo más alta.

Una vez dentro, llamo a la casa grande y pido unas patatas, aceitunas y un Martini con limón.

Limpio mis lágrimas y vuelvo a la tumbona, miro la pantalla del móvil y veo cómo pasan los minutos mientras espero.

Nada de nada, el señor estirado no vuelve a aparecer, la que sí lo hace es Maribel, con una sonrisa en la cara y una bandeja con mi tentempié. Mientras deja las cosas en la mesa que tengo justo al lado, noto como se le escapa la risa, me mira de soslayo y no puedo remediar hablar con ella. En cierto modo me recuerda a mi madre, algo más joven, eso sí, pero tiene la misma fachada que ella. Parece una mujer fuerte y trabajadora, de las que le importa un comino lo que opinen de ella, que dice las cosas a la cara y es pura ternura.

—Gracias, Marivi. —Le dedico una sonrisa sincera.

—De nada, señora, para eso estamos.

— ¿Te puedo hacer unas preguntas? —le digo con la boca chica, sentándome sobre uno de mis pies. Después palmeo un trozo de tumbona y le invito a sentarse junto a mí. Ella me mira extrañada, pero se remanga unos centímetros su falda de tubo y se sienta.

—¿Qué necesita saber, señora?

— Lo primero, llámame Sofi, y no voy aceptar un no por respuesta. —Ella asiente, pero no contesta—. Y, segundo, ¿qué narices pasa aquí? ¿Todo el mundo tiene un puñetero palo metido en el culo o follan poquito? Porque vamos, ¡algo pasa!

Entre risas y miradas cómplices, me explica que la gente de alta alcurnia, o nuevos ricos, tienen una manera de comportarse un tanto egocéntrica y que se miran el ombligo más de la cuenta. Aclara que todos no, por supuesto, pero la gran mayoría, sí.

Después le pregunto por mi hermana y que, al menos, me diga cómo se llama.

No duda en responder mis preguntas, una tras otra, y contestarme con sinceridad.

Me cuenta que mi hermana tiene catorce años y es un tanto repelente, ella no utiliza esa expresión, pero yo sí. Me explica que su madre murió hace dos años y que ahora ha perdido a su padre, cosa que ya sé, y que se llama Leire. Pasa todo el día en el instituto y después en sus clases de danza, le encantan las compras y poca cosa más. Bueno, y me advierte que me va a costar muchísimo hacerme cargo de ella, que es de carácter difícil.

Al mencionarle al chico estúpido de antes, me explica que es David, el albacea de mi padre, el que tiene que estar pendiente de mí y controlar que cumpla con todas las cláusulas del testamento. Lo define como un hueso duro de roer, un tanto arisco y, sobre todo, muy correcto.

A ella le gusta como soy y me comenta que de los dos gritos que le he dado, el *estirado* ha entrado en la casa con la cara descompuesta y echando humo por las orejas. La muy puñetera se muere de la risa mientras me lo explica.

Antes de irse, me da un consejo que no voy a dudar en utilizar: «Deja que te canten y rézales». Lo que significa que les deje hacer y que yo haga lo mío, un año se pasa volando y puedo contar con ella para todo.

La temida hora de la comida se acerca, pero la verdad es que no tengo nada hambre. No quiero entrar en esa casa y, mucho menos, hacerle frente a nadie.

Como no me queda otra, decido arreglarme y presentarme en la casa, por donde doy un paseo chafardeando un poco hasta que encuentro unas fotos de mi padre; por fin, le pongo cara. No siento nada de nada, como si fuera un extraño, cosa que es. Aunque, en el fondo, sé que es mi padre y que, quiera o no, su sangre corre por mis venas.

Escucho unos pasos en las escaleras y, al darme la vuelta, veo a Leire. Bueno, supongo que es ella.

Es mucho más alta que yo, rubia y delgadita. Va de punta en blanco y me mira altiva, por el gesto de su cara noto que no le gusto.

—¿Leire?—pregunto algo nerviosa.

—Sí, soy yo, y tú... eres Sofía, ¿verdad? —Asiento con la cabeza y me acerco a ella. Intento darle dos besos, pero ella me ofrece su mano.

—Bueno, es un placer conocerte, Sofía. Ahora me retiro a mis aposentos a descansar. Si necesitas cualquier cosa, puedes pedírselo a alguien del servicio.

Me quedo paralizada por la frialdad de la niña y como en ningún momento baja la vista. No deja de ser una cría; por lo que su pose intimidatoria y mirada desafiante me hacen sentir pena por ella.

— Otra cosa más, Sofía, y espero que no te moleste. Ahora que tienes dinero— dice con la voz más dura y cruel—, podrías comprarte algo de ropa. Adelante, gástate lo que sea, pero, ¡por el amor de Dios!, vístete como es debido que pareces salida de una película de Almodóvar de los años 80.

— No me hace falta ropa, Leire, me siento muy bien disfrazada de chica del extrarradio, porque en realidad lo soy. Gracias por tu ayuda—le digo mientras me alejo de su lado sin mirarla.

Bajo las escaleras con un nudo en la garganta, los ojos inundados de lágrimas y la visión borrosa. Voy a estallar en llanto cuando noto como una mano agarra mi brazo.

No logro retener las lágrimas cuando me encuentro con los ojos de David. Está serio, pero, al verme, la dureza de su rostro desaparece.

Los dos nos mantenemos quietos mientras nos miramos, sus manos todavía me sostienen y, entonces, las lágrimas que intentaba retener caen por mis mejillas, a pesar de intentar ocultarlas con todas mis fuerzas.

—Chhhh... No llores, no le des el gusto—dice, bajando unos tonos su voz.

Su cuerpo impacta contra mí y camina, mientras, mi cuerpo se mueve con él por inercia. Abre una puerta y entra en una habitación, y le sigo mientras no puedo reprimir los sollozos que salen de mi cuerpo.

— Vas a tener que ser más dura, Sofía, sino aquí te van a comer... —Suelta mi brazo y, sin alejarse de mí, se masajea las sienes—. ¿Qué te ha dicho la niña?— me pregunta con disgusto en su voz, volviendo a endurecer sus facciones.

Es un hombre guapo, muchísimo. Una cara cuadrada, mandíbula perfecta, y ojos grandes y verdes enmarcados por unas cejas muy bien perfiladas, tiene una sombra en el rostro de una barba que amenaza con aparecer, y va tan repinado que parece que salga de un anuncio de Gillete, por lo que mi mente tararea la canción, y durante unos instantes mi cabeza se mueve al ritmo de esa puñetera música imaginaria. Huele a hombre, es una mezcla entre la colonia y su olor corporal que marean, huele realmente bien.

Lo observo mientras él pasa la lengua por sus labios, como si quisiera refrescárselos para poder hablar, o quizá solo sea un gesto de nerviosismo. Sus ojos me inspeccionan.

—Tenemos que hablar, Sofía. Debes saber que, para poder quedarte lo que te pertenece, tienes que cumplir unos requisitos.

— Yo no quiero nada de esto. —Señalo a mi alrededor—. Todo está podrido, y no lo quiero. Es más, dame los documentos de renuncia, por favor—logro decir antes de romper en llanto otra vez.

—No, aceptaste y tienes que afrontarlo.—Su voz tajante y dura, otra vez.

— No quiero, voy recoger mis cosas, irme ahora mismo de esta casa y no volveros a ver jamás a ninguno.—Mis palabras lo cogen por sorpresa, y lo noto—. No quiero nada de ese señor, al igual que él nunca me quiso a mí. Y tampoco quitaros nada, eso ya lo haréis vosotros mismos. ¿Sabes?, conozco a la gente como vosotros.

—¿Cómo vosotros? ¿Me estás incluyendo a mí?

—Sí, tú eres como todos, y yo no pinto nada aquí. Ahora, ¡dame los papeles!—logro decir antes de romperme por enésima vez.

—¿Sabes una cosa?—No me da tiempo a responder cuando continúa hablando—: No te imaginaba así.

— Así, ¿cómo?—Vuelvo a mirar mi ropa y siento vergüenza al verme delante de este hombre, vestida con mi ropa y fuera de lugar—. Ya, ya sé que creéis que soy un perro verde, no visto como vosotros, no hablo como vosotros y, por supuesto, no soy una de vosotros. Pero ahora dime lo que vayas a decir, porque yo me voy.

—Te imaginaba distinta, ni mejor, ni peor. No te vayas, Sofía, tu padre no lo habría querido.

—Lo que ese señor habría querido me importa exactamente lo mismo que le importó abandonarme siendo una niña.

—Ya... —contesta pensativo—. ¿Quieres que te lea las cláusulas ahora o prefieres...?

—Ahora, porque, en cuanto acabes, me voy a marchar y olvidar estos dos días horribles y a vosotros también.

Parece que no le han importado mis palabras y me ofrece asiento en una mesa de

despacho. Ocupo mi lugar y veo como abre una carpeta negra. Empieza a leer, y entonces por primera vez en mi vida escucho el nombre y apellidos de mi supuesto padre: Antonio Blázquez Caballero.

Lo escucho atentamente y no pestañeo con las cosas que salen de su boca, ni siquiera al comprender que ese hombre me deja responsable de todo, tanto la niña como de las empresas y, sobre todo, que, si no cumplo, Leire entrará en un colegio interno hasta su mayoría de edad y yo me quedaré absolutamente sin nada. También tendré que administrar la herencia de mi hermana hasta sus veintiún años.

En cuanto David acaba de decirme las últimas palabras, intento ponerme en pie e irme, pero me retiene. Forcejeo con él y logro soltarme, trato de salir de la habitación, pero, cuando abro, él cierra apoyando su mano tras de mí. Me siento acorralada entre su cuerpo y la puerta, giro sobre mí misma y lo encuentro a escasos dos centímetros de mí. Nuestros cuerpos se están rozando, y tengo que levantar la cabeza para poder mirarlo.

Va impecablemente vestido y sus ojos brillan, una de sus manos sigue apoyada en la puerta y mantiene la otra pegada a su cuerpo.

—Sofía, piénsatelo. No hagas tonterías, ¿vale?

—Este no es mi lugar, y aquí no me queréis. Ahora déjame salir, por favor.

En ese momento es consciente de lo cerca que esta de mí. Su respiración se acelera, y noto mi corazón palpitando con fuerza, pero, en ese preciso instante, se escuchan unos golpes en la puerta.

—Espérame en el comedor, tenemos que seguir hablando.

No sé por qué le hago caso, pero me dirijo al comedor. Al entrar y verlo tan grande e inmaculado, reprimo una arcada. Todo en esta casa me da grima.

En el centro hay una mesa para unas veinte personas y totalmente vacía, por lo que me imagino a mis hermanos en ella, con mamá y mis amigas, y eso me hace sacar una sonrisa. Tomo asiento donde están colocados unos cubiertos y, entonces, me percató de que David me está observando. Noto el rubor subir por mis mejillas y retiro la mirada. Se acerca despacio hasta otro asiento con cubiertos, y los dos nos miramos, pero nadie habla. ¡Oh, oohh!, una comida incómoda se avecina, lo presiento.

Al ver entrar a Claudia con una bandeja, me siento algo más protegida, pero

tengo que reconocer que este hombre me intimida. No es como los chicos de mi barrio. No, este es un hombre y me mira raro.

La comida es tensa e inquieta, sus miradas me ponen nerviosa y no sé por qué no puedo dejar de mirarlo. Tengo que aceptar las cosas que ponen en el testamento, no por mí, sino por poder ayudar a mis hermanos y a mi madre a salir del bache y para que a mi nueva y malcriada hermana no la ingresen interna en un instituto hasta que pueda valerse por sí sola.

Después de comer decido salir a explorar un poco los alrededores de la casa y conocer el vecindario, a ver si con suerte encuentro a gente normal. Intento convencerme a mí misma, pero sé que... voy a estar muy muy sola.

#### **4. Un amigo**

Cuando estoy a punto de subir a mi Lolita, me encuentro con David y Leire. Me quedo con la puerta abierta y medio cuerpo fuera del coche, viendo como Leire mira mi coche y se ríe de forma maligna, mientras se fija en mí con un gesto de desaprobación en su cara. No les saludo y muestro indiferencia a lo mal que me hacen sentir, no me van hacer flaquear otra vez, al menos hoy.

Arranco mi coche y salgo por el camino de piedras, paso junto a un flamante coche negro y ni siquiera hago el intento de mirarlo.

Al llegar a la entrada, espero a que alguien me abra la puerta metálica, pero esto no sucede. Sujeto el volante con fuerza e inclino la cabeza para ver mejor la puerta y la camarita que está encima, doy un respingo en el asiento cuando veo girar la cámara y me tapo la cara con las manos.

—¡Joder, qué susto! Vaya trasto este. —Me río por lo tonta que soy, y, al momento, dan dos golpes en mi ventanilla.

Vuelvo a botar y suelto un grito, llevándome una de las manos al pecho.

Es David observándome, y, con toda la repelencia del mundo, se cruza de brazos. Bajo la ventanilla y espero alguna palabra de su boquita de piñón, pero no habla. El muy cabrito, solo me mira.

—A ver... ¿Qué pasa ahora? —Bajo del coche—. ¿Qué he hecho mal esta vez?

— Empiezo a estar cabreada y me conozco.

—¿¡Lo preguntas!?! ¿Te parece normal salir a la calle con este cacharro? ¿Tú qué

tienes en la cabeza? Si quieres salir, pídele a Alexis que te lleve. ¿Está claro?

— Mira, hasta aquí hemos llegado. Lo primero, sí que me parece normal salir de esta casa con este coche. ¿Sabes por qué? No, ¿verdad? Salgo con mi coche porque me da la gana, porque es mío y me lo compré yo, tuve que trabajar dos años para poder pagarlo. —Le muestro dos de mis dedos, plantándoselos delante de la cara. Noto que se me está calentando la sangre y que puedo soltar miles de tonterías, pero me da igual—. Dos años tardé en comprarlo, trabajando como una burra en el supermercado y limpiando escaleras con mi madre. Me encanta mi Lola. Como a ti y a toda la *panda de estreñidos* que estáis aquí, os lo han dado todo mascado, guapo, no valoráis las cosas. Pero yo, gracias a Dios, sí— cojo aire para seguir con mi discurso—: Y lo segundo, y que te quede clarinete —grito solo un poquito, poniéndome de puntillas, y añado— : ¡Lo hago porque me sale del papooooo! Dicho esto, ahora te pido, por favor, que me abras la puerta. —Vuelvo a entrar en mi coche y subo la ventanilla.

Él se mantiene en pie donde lo he dejado y no se aparta. Dentro del coche empiezo a arder como las locas, entre la mala leche y el horno que se está formando dentro de él.

Abre la puerta del coche de malas formas.

—No vas a salir en esta tartana, asúmelo. Que te lleve Alexis.

—¡No, no y nooooo! O me abres la puta puerta o llamo a la policía, tú mismo.

—¿Vas a montar un numerito ya el primer día?—Su cara es la de la mala leche personificada, pero no me importa.

—Voy a salir.

— Déjala, ¿no ves que le da igual? ¿No te has dado cuenta de qué calaña está hecha? ¿No ves lo ridícula que es? Le da igual dejarnos en evidencia y pisotear el nombre de mi padre. Ella es la bastarda, David—suelta Leire, cogiéndolo del brazo y tirando de él.

— ¡Entra en el coche, ahora!—grita enfadado, soltándose de mi hermana—. Vigila tus palabras, te quedan muy grandes en la boca. —Ella nos mira y obedece a David, que se vuelve a centrar en mí.

—Por favor, Sofía. Deja tu coche aparcado, yo mismo te puedo llevar.

—No lo voy hacer, quiero salir de aquí, por favor.

—No le des la razón y deja ese maldito coche, mañana podemos comprar otro si

quieres. —No entiendo lo que quiere decir.

—Me dais pena, lo siento tanto por vosotros. —Son las únicas palabras que me salen.

La puerta se abre, los dos vemos, atónitos, cómo la verja grande de hierro se desplaza a un lateral, él ruge, yo miro a la cámara y doy las gracias con un hilo de voz.

Salgo de esa maldita casa y sus terrenos como alma que lleva el diablo. Conduzco hasta que no puedo más, hasta que sé que estoy lejos, muy lejos de ellos y, entonces, es cuando me permito romperme en mil pedazos y llorar, gritar y maldecir.

No llamo a nadie, me lo como yo sola. No quiero decirles lo mal que estoy a mis hermanos, o a mi madre, porque les haría sufrir. A mis amigas tampoco pienso darles disgustos. Así que, intento relajarme, centrarme y, sobre todo, aclararme, cosa que no consigo. Pasan las horas y se oscurece, pero todavía no me veo preparada para volver.

Esta noche no pienso volver a entrar en esa casa, me siento a gusto en mi coche, porque es lo más parecido que tengo a mi casa en esta maldita jaula de cristal en la que me parece encontrarme.

Regreso cerca de la *mansión del terror*, estaciono mi coche en la acera, alejada de las cámaras de seguridad, pongo algo de música y me reclino en el asiento. Noto cómo el sueño me vence por minutos y no me resisto, cayendo en un sueño profundo.

Me despierta una luz, abro los ojos sobresaltada y me incorporo en el asiento. Me fijo en una moto, negra, y en un tipo que baja de ella. Me da miedo e intento cerrar los pestillos del coche, cojo el móvil mientras veo cómo se quita el casco.

Tiene el pelo largo y sonrío al mirarme, levanta sus manos en señal de tranquilidad y se acerca a mi ventana, despacio pero decidido. Las alarmas se encienden en mi cabeza y dudo si abrir o no a un motero con una Harley Davidson, y repleto de cuero.

—Eres Sofía, ¿verdad?

—¡Eh...! Sí, soy yo. ¿Qué pasa ahora?—arrastro las palabras y me dejo caer en el asiento.

—Tranquila, yo estoy de tu parte, mírame... soy la oveja negra —contesta,

sonriéndome.

—Ahhh, bueno...

—Te llevamos buscando toda la noche, mi hermano está histérico. Me contó lo que sucedió.

—Bueno... entonces ya lo sabes, no sé qué más te puedo decir. Solo que no quiero entrar en esa puta casa y, mucho menos, verlos. Será tu hermano, pero es un capullo y un clasista de mierda.

—Sí, y algunas cosas más. ¿Te apetece que vayamos a tomar algo?

—No—respondo firme, mirándolo mal, no consigo entender de qué va este adonis.

—Él viene de camino, te va a encontrar. Solo pretendo que no te vea y acabar de joderle la noche. —Muestra una sonrisa sarcástica y eso me hace reír.

—Está bien—adopto su sarcasmo y río con él.

—*Let's go* —dice, guiñando un ojo.

Le sigo con mi coche hasta fuera de la urbanización, y seguimos por una calle recta que nos lleva directamente a la playa, donde veo muchos edificios preciosos y de diseño. Él me va controlando por los espejos de su moto o, de tanto en tanto, volviendo su cabeza.

Conforme avanzamos, veo como la puerta de un garaje se abre y me invita a pasar. No lo dudo. Me indica una plaza de garaje y estaciono, mientras que él deja su moto justo detrás de mi coche.

Al bajarme del coche, se presenta y me da dos besos.

Se llama Sergio y, ahora que lo veo con luz, es igual de guapo y alto que su hermano.

Subimos en un ascensor al piso más alto, y este nos deja directamente dentro del piso, en un recibidor monísimo, con las paredes oscuras y fotos en blanco y negro de motos, moteros y alguna que otra imagen de la película *La Naranja mecánica*.

Lo observo todo atentamente y el resto de su piso es más de lo mismo. Lo que me impresiona es la mesita auxiliar que tiene enfrente del sofá, me enamora en el acto. Es un motor de coche, con un gran cristal encima.

—¡Guau! ¡Qué guapa la mesa!

—¿Sí? ¿Te gusta en serio?

—Mola que flipas, ¡perdón!—digo en tono jocosos—. Es una mesa extraordinaria y muy original. —Me río, y él me acompaña.

—Es la polla mi mesa.

—¡Sí, joder!

—Mira cuanto quieras, creo que la decoración te va a gustar.

Dicho esto, investigo un poco su ático de lujo y alucino, tiene razón. Es perfecto, coches, motos y hasta de cabecero de la cama tiene la parte trasera de un Cadillac negro.

En el comedor está la parte delantera del coche haciendo de mueble para la tele y asientos hechos con ruedas que, sorprendentemente, son comodísimos.

—Sofía, estoy en la terraza, vente.

—Sí, voy—respondo, saliendo al exterior, donde veo unos mueblecitos blancos monísimos.

—Toma una birra, ¿te gusta?

—Claro. —Le doy un traguito directamente de la botella.

—A ver, Sofía, ¿dónde te has metido?

—Yo no losé, no quiero estar aquí, pero... no me queda otra.

Le cuento mi versión de los hechos y lo que sucedió el día que me enteré de la muerte de mi padre. Parece que me comprende. En dos ocasiones me da la razón y me anima a que no me deje vencer por ellos. Me cuenta que mi padre era un auténtico cabrón y que así murió, solo. También me explica que su hermano y él se llevan fatal, pero no hace hincapié en ese tema.

—Sofía, lo único que te puedo aconsejar es que no cambies y te hagan respetar...

—Pero, ¿cómo? —le interrumpo—, No me dan ni la oportunidad de dejarme conocer...

—Ellos se lo pierden. —Le sonrío otra vez.

—Tú eres la dueña y beneficiaria, ¿no? —asiento y escucho.

—¿Sabes lo que yo haría?

—No, ¿qué?—respondo curiosa y muy atenta, como una niña pequeña ante una historia de miedo.

—Escucha y aprende a cómo tocar los huevos. —Me giña un ojo mientras habla.

Por un momento creo enamorarme y sentir un cosquilleo en... Ya me entendéis, no se puede ser más guapo. Dentro de mi cabeza se inflan globitos de color rojo en forma de corazones, y muero de amor. «Mierda de cervezas y estómago vacío», pienso para mí misma.

— Mañana te presentas al mediodía, estarán todos como locos porque no te encuentran, y eso te dará ventaja. Te plantas delante de todos y les dices que, como ama y señora, en esa casa se va hacer lo que tú digas, y al que no le guste tiene una puerta por donde puede irse a la mierda. Que mandas tú y que es lo que hay. Después te piras a tu habitación y haces lo que quieras. Pero hazlo, niña, no te dejes pisotear.

—¿Tú crees que funcionará? No me van hacer caso, esa gente, como dice mi madre, están muy *resabiao*s.

— En ese caso solo te queda cambiar las cosas, cariño. Tú eres la dueña y, por lo tanto, coge las riendas de la casa y de tu vida. Te prometo que no te voy a dejar sola, voy a estar contigo, ¿vale?—Me tiende una mano que yo estrecho, y sin poder evitarlo, salto encima de sus rodillas y lo abrazo fuerte. Me envuelve entre sus brazos y me acaricia el pelo, como hacia mi hermano mayo.

Hemos mantenido la conversación hasta que ha amanecido, estamos muertos de sueño, pero hemos encajado tan bien que no queríamos que la noche se acabara, yo necesitaba estar con él y él lo sabía.

Sobre las nueve de la mañana me rindo y, por fin, consigo dormir algo en el sofá del comedor. Me arropa con una manta muy finita y suave y me besa la cabeza.

—Duérmete, niña, no estás sola—susurra muy bajito sobre mi pelo.

## **5. Vamos por partes**

Despierto en el sofá de Sergio, con olor a café recién hecho y tostadas.

—Mmmm... ¡Qué bueno!—Ese olor me recuerda a mi casa, a mi madre y mis hermanos.

—Despierta, pequeñita, el desayuno está listo.

—Mmmm... ¿Qué hora es? —le ronroneo, haciéndome la remolona y tapándome la cara.

—Las doce, princesa. —Abro los ojos como platos, y él se echa a reír.

—¿Sabes una cosa?

—Ilumíname, anda... —Imaginaba que iba a salirme por peteneras como la Pepi, tiene el mismito sentido del humor.

—Estás muy guapa por la mañana—suelta como si tal cosa, y me siento halagada.

—¿Sí?—le pregunto, poniéndome en pie y caminando hacia el baño.

—Muchísimo—admite sonriente.

Al entrar en el baño, alucino. Es muy varonil, al estilo sauna de gimnasio, y en

tonos grises oscuros. Al mirarme en el espejo, estallo en carcajadas.

—¡Mamón! Si parezco un hurón —grito con la puerta cerrada, mirándome detenidamente al espejo—. Eres un poquito cabroncete, ¡ehh!

Escucho su risa que proviene desde el salón y vomito mariposas de colores. ¡Joder!, este chico lo tiene todo, sobre todo humor.

Al salir, está sentado en una silla en la terraza, con la mesa perfectamente puesta con un mantel negro con ribetes plateados y unos platos cuadrados en blanco impoluto.

—Sírvase usted misma.

No dudo un momento. Me sirvo sin un ápice de vergüenza poniéndome como mi tío Kiko; vaya comiéndomelo todo, estoy famélica.

Poco después de desayunar, me acompaña a la puerta de la casa, deja su moto fuera y entra conmigo en el coche.

—No me dejes sola, ¿vale?

—No sé yo... —Lo fulmino con la mirada.

—Tú sabes que yo te mato, ¿no?—le amenazo con mi cara apretada, poniendo mi labio en forma de pato.

—Sí—afirma mirando al frente y sonriendo con repelencia.

—Pero eres guapo hasta decir basta y, para colmo, tienes un *hostión*.

—Gracias por el piropo.

—De nada.

Entramos los dos por la puerta grande, y voy directamente a mi casita del jardín.

—¿No vives dentro?

—¿Yo? Ni muerta. Al entrar en esa casa, te meten una escoba por el culo, ¿sabes? Y por mi *jujo* no pasa *naita*.

—¡Hostias! Sofía—estalla, riéndose a carcajadas.

«Por Dios, eso tendría que ser delito», pienso para mí misma. Reírse así es pecado, ¡qué guapo es!

—¡Te he pillado desprevenido, zoquete!—Le doy una pequeña colleja, y gira su cara rozándose contra mi mano.

Siento un calor dentro de mí, pero dura poco, ya que, sentado en los escalones de la casa de la piscina, está David con la cara descompuesta y unas ojeras grandes, que enmarcan sus ojos verdes.

—Problemas a las tres.

—Eso lo dice mi tete Felipe.

—El militar, ¿no?—Asiento.

Me he pasado toda la madrugada contándole mi vida y la de mis hermanos. —Tú

no te preocupes y, escuches lo que escuches, no digas nada.

—Entendido.

Salgo del coche con paso firme y con Sergio pegado a mi espalda.

—¿Qué haces tú con ella?—David escupe las palabras y se interpone entre nosotros.

—Buenos días, *hermanito*—contesta en tono amable y guasón.

—Fuera de aquí, ahora. —Las palabras de David son toscas y amenazantes, pero su tono de voz es bajo.

—¡Qué va! Mi amiga es la dueña de esto, y no me voy a ir, lo mismo el que tiene que salir de aquí eres tú.

Abro la puerta de la casa y entro. Sergio y David se miran detenidamente, como retándose.

—Sergio, ¿vienes? —pregunto con la voz entrecortada.

—Voy, princesa.

—¿¡Princesa!?! No te acerques a ella.

—Solo lo necesario, tranquilo—le responde, pasando por su lado y lo mira como si no fuera nada.

Una vez dentro de la casa cierra la puerta detrás de él y se apoya en ella. Lo miro y sonrío.

—Bueno... ¿ahora qué?

—Joder, esta puta casa sigue igual que siempre, es horrorosa.

—Le falta mi toque y, además, tengo que comprar cositas que me necesito.

— ¿Qué te hace falta a ti?—Sus ojos me inspeccionan de arriba abajo—. Yo te veo perfecta.—«Mirada de malo más cara de malo igual a orgasmo», tintinea una voz en mi cabeza.

— Grac... Gracias, Sergio. —Noto cómo mis mejillas arden igual que yo—. Me hacen faltas cositas, pero, sobre todo, un diario. —Eso le sorprende—. Quiero darle un toque a esta casa, un toque mío.

—Me parece fenomenal.

—¿Sí? Me doy una ducha y nos vamos, ¿vale? Ponte cómodo.

En mi vida me he duchado y arreglado tan rápido, me pongo un vestidito marinero ceñido, con unas bambitas blancas y me hago una cola de caballo.

Al salir de mi habitación, lo encuentro sentado en la barra de la cocina, y me mira directamente los ojos.

—Pequeña, estás realmente preciosa.

—Muchas gracias.

—No consientas que te pisen, no te merecen. No te merecemos...

— No digas eso, no es verdad, solo que somos diferentes. Pero tú y yo no. Nosotros vemos el interior de las personas y no nos dejamos llevar por la clase social. Ellos sí, y es una pena.

—En parte tienes razón. ¡Oye, pitufa! ¿Voy a poder conducir a Lolita?

—Claro que sí. —Le lanzo las llaves y las atrapa al vuelo.

Abre la puerta de la casa y me coge de la mano.

—¿Preparada?—me pregunta.

—Contigo, siempre—contesto.

## **6. Los comienzos nunca fueron buenos**

No sé cómo comenzar a explicaros cómo han sido mis primeras semanas, no han sido nada fáciles. Después de que conociera a Sergio y él me haya ayudado a tomar las riendas y a tomar el control de la situación, las cosas empeoraron. Fue como el final y el principio de algo.

Los cambios no sentaron bien a nadie, ni a Leire ni a los trabajadores de la casa. Sin duda, David es el que peor los ha llevado.

Lo primero que hice fue ponerle a la niña una paga semanal, una cosa muy normal que todo hijo de vecino tiene. No como ella, que tiraba el dinero de una forma que, a día de hoy, no consigo explicarme.

Otro de los cambios ha sido la alimentación. Me parecía horrible que cada día se prepararan cantidades indecentes de comida, que después acababan en el cubo de la basura, mientras que mis hermanos tenían que comer tres días a la semana lentejas o puchero. Y lo que más me ha costado modificar ha sido el trato de los trabajadores de la casa hacia mí.

Cada día he tenido problemas con David, y él, a su vez, con Sergio que, cuando no trabajaba, ha estado pendiente de mí.

Hemos pasado juntos muchísimo tiempo, y creo que a David le molesta o incluso diría que está celoso.

Prácticamente, en la casa no me habla nadie, solamente Marivi, aunque he intentado mantener las distancias con ella para evitarle enfrentamientos con sus compañeros.

Mi casita está, por fin, a mi gusto, decorada por mí, al igual que mi parte de jardín y piscina.

Yo me mantengo en mi sitio y ellos en el suyo, decidí hacer de esa casa mi hogar. Estoy llenando la nevera y ocupándome de su mantenimiento y limpieza. Los trabajadores del interior de la casa tienen prohibido entrar en ella. Todos hacen caso menos David, que se presenta cada vez que quiere.

Leire viene a verme de vez en cuando, pero solo para pedirme dinero, ropa o para poder llegar más tarde a casa. Intento ganármela y, casi siempre, cedo a lo que ella me pide. Tengo que admitir que le estoy cogiendo cariño.

Pronto vendrán a verme mis hermanos y mi madre, y eso me llena de ilusión, con ellos aquí, todo será diferente.

Esta mañana me encuentro en casa escribiendo en mi diario de abordo, en el que me desahogo, pero no lo hago de nada en concreto, son desvaríos de los míos.

Cuando David llama a la puerta, no contesto porque no tengo ganas de verlo y discutir con él, es algo que me agota de una manera descomunal.

Vuelve a llamar y, sin esperar respuesta, entra. «¡Se puede ser más pesado!».

—Sofía, ¿se puede saber por qué no contestas?

—Porque no quiero verte, David, no quiero discutir. —Sus ojos me inspeccionan.

Llevo unos tejanos oscuros ceñidos y una camiseta blanca a juego con las bambas. Noto sus ojos directamente en mi escote y su respiración se acelera.

—Dime, ¿qué mosca te ha picado ahora? ¿Qué necesitas que te firme?

—No, no venía a nada de eso. —Veo cómo, en un acto nervioso, se amasa el pelo, se desespera por momentos.

—¿Entonces?

—Me gustaría invitarte a comer, si te parece bien, ¿quieres? —Levanto mis ojos de mi libreta y lo miro.

—¿A mí? ¿A comer? Y eso, ¿por qué?

—Creo que empezamos con mal pie y que ya es hora de que enterremos el hacha de guerra. ¿No crees?

—Debería ser así, pero es que no me fío.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué pasa? Que mi hermano ya te ha contado lo que le ha venido en gana, ¿no?

—Pues mira, no. Él nunca me ha hablado mal de ti. —Déjame que lo ponga en duda.

—Como quieras.

—¿Estáis juntos?—pregunta con la voz dura y su cara de cabreo habitual, está guapo hasta enfadado.

— Eso es una cuestión personal, la cual no tengo por qué responderte, David. Pero, como no quiero que te pienses cosas que no son, te respondo que no, que solo somos amigos.

—Lamento mi indiscreción, Sofía. Me imagino que no quieres salir a comer, ¿cierto?

—Correcto.

—¿¡Se puede saber por qué!? ¿Por qué con el sí, y conmigo no?—se despierta por momentos, llevándome a mí con él.

—Él es mi amigo, y tú no. Para el soy una persona, me acepta como soy y tú me detestas.

—¿Eso piensas?

—No lo pienso, lo sé.

—Bien.

—Bien—le contesto y miro como se marcha.

David

No podía creerme que esa niñita morena me estuviera volviendo loco, cada vez que la veo, el corazón se me descontrola hasta el punto de que me falta el aire.

El primer día que la vi, me impactó verla distraída y relajada, tomando el sol con esa música infernal a máximo volumen. Sus piernas morenas marcaban el ritmo de la maldita canción. Cuando esto pasó, directamente sentí un nudo en el estómago que me hizo ser un estúpido con ella. Pero, cuando me la encontré bajando las escaleras llorando, me rompió el corazón, no tenía ni veinte años y lo que se le venía encima no era fácil. Las humillaciones de todos nosotros y los desplantes, la hacían parecer un pajarito.

El día que tuve la primera pelea con ella, por ese maldito coche que lleva, me hizo replantearme las cosas y, cuando desapareció toda la noche, sentí pánico por no verla más, porque se fuera y dejara todo como en su día dijo.

Pero cuando volvió con mi hermano, reconozco que sentí celos, unos celos terribles, y tuve ganas de matarlo.

Desde que ella entró en mi vida, solo tengo una cosa en mente, y esa cosa es cómo sería meterme entre sus piernas. Solo pienso en follármela una y otra vez.

Ni yo mismo me entiendo. Ella tiene todo lo que yo odio en una mujer. Sobre todo, las palabras malsonantes que salen de su preciosa boca carnosa que me muero por besar, lamer y morder.

Mantiene las distancias conmigo en todo momento, pero con Sergio no, anda con él todo el día y él no consiente que me acerque mucho a ella.

Por las mañanas espero solo para verla, por eso esta mañana cuando no la he visto salir de casa, he tenido que ir en su busca.

He intentado invitarla a salir, pero ella se ha negado en rotundo. Ahora estoy tirado en mi habitación, dentro de su casa, y ella, viviendo en la casa de la piscina.

Noto mi polla dura y cómo se endurece más cuando pienso en ella. ¿Qué podía hacer? ¿Masturbarme? O pensar en cómo sería tenerla entre mis brazos y, sobre todo, cómo gemiría al correrse. ¿Cómo sería besarla mientras ella se deja ir entre mis brazos? Sin darme cuenta, estoy en plena faena, jadeando y sudoroso, estirado en la cama y a punto de correrme.

Desde que ella entró en mi vida, me siento un depravado. Tengo que ponerle solución a esto cuanto antes.

Sofía

Después de que se va David, me quedo pensativa. ¿Qué narices ha pasado? No entiendo nada y, para colmo, me he puesto nerviosa.

Decido salir a la piscina para darme un baño, tomar el sol y disfrutar del aire cálido de la Costa del sol.

## **7. ¿Contigo siempre?**

Una de las mejores tardes de mi vida. Eso es lo que está siendo esta tarde única, entre risas y bromas, como si fuéramos una pareja de enamorados.

No tengo ninguna duda de que Sergio es especial, como hombre y persona. Todo esto está siendo muy especial para mí.

Hemos empezado en un chiringuito de playa, con unos zumos de frutas tropicales que están riquísimos. Después decidimos ir a un gran mercadillo *hippie*, donde he aprovechado para comprarme muchas cosas. Entre camisetas y falditas molonas, he encontrado unas lamparitas lilas chulísimas para las mesitas de noche, un perchero chulísimo con forma de mano. Total, que de los puestos he comprado más de lo que necesito y me he dado algún que otro capricho. También he cogido regalos para mamá y mis hermanos.

Sergio y yo vamos repletos de bolsas con nuestras compras, pero decidimos cenar en un restaurante en el puerto.

No son más de las diez de la noche y llevo unas copitas de vino, por lo que empiezo a sentir un calor y una necesidad fuera de lo normal.

Sergio me atrae y verlo reír es pecado. La camiseta se le pega al cuerpo

musculado, moreno y, por lo que puedo ver a través del pico de su camiseta, muy, muy tatuado.

Mi calor aumenta y comienzo a sentir una necesidad entre las piernas. Sus ojos me observan, nervioso. Sabe que algo me pasa y me mira detenidamente. Noto mi frente algo sudorosa, al igual que el escote, las mejillas me arden, y estoy a punto de saltar encima de él y tirármelo en pleno restaurante. Por suerte para el resto de comensales, no lo hago, seguramente él me rechazaría y me diría que me ve como a su hermana pequeña. Sé que es un imposible, somos amigos y con eso me basta.

Me disculpo y voy al baño, necesito refrescarme. Entro en él y cierro de golpe la puerta, me apoyo en ella y suspiro. Dirijo la mirada a mis pies y después a mis manos. Me siento insignificante por momentos y, para colmo, con un calentón sobrehumano que no entiendo de dónde ha salido.

Después de cenar, salimos a bailar y tomar unas copas, los bailes obscenos con él no mejoran mucho la situación, pero, aun así, disfruto muchísimo de él.

Las confianzas y las risas de vuelta a casa continúan empeorando mi situación. «Loca del coño». Como dice mi hermano el militar, si repites las cosas tres mil veces, el cuerpo las reconoce como tal y forman parte de ti. Un rollo así me soltó de su rifle y el gatillo (ni idea, vamos), pero se me quedó grabado.

La vuelta en mi Lolita, conducida por él, es un tanto... peculiar. Intento reírme y atender a lo que dice, y me repito una y otra vez: «Te ve como una amiga, nada más».

Se nos abre la puerta de hierro antes de llegar, y lo escucho maldecir entre dientes.

—Ahí está mi hermanito, Sofi. Será mejor que hoy no me quede, ¿vale?—Lo miro incrédula, nunca le importa su hermano. Es más, le encanta putearlo sin parar.

Su mirada va hasta mis piernas y puedo ver cómo, en un acto animal, sus ojos brillan de forma oscura y su lengua lame su labio inferior. Y yo, ardo como una perra. Sí, eso es lo que soy.

Descargo mi cochecito y veo como él se marcha dándome un beso casto en la frente. Asco de vida...

No puedo dormirme, estoy muy excitada y nerviosa por la tarde tan perfecta con un hombre tan maravilloso, y, por qué no decirlo, con un empotrador de los buenos. Seguro que Sandra y Susana perderían la cabeza como yo, incluso le sacarían una teta para llamar su atención. ¡Perris!

Mientras decoro mi casita con las cosas que he comprado, me sirvo una copa de vino, pienso en hacer calimocho, pero solo unos instantes, ¡eh...! Estoy empezando a refinarme en según qué cosas, no en todas claro. Las noches en

Marbella son muy calurosas, y si a esto le sumamos mi calentón y el alcohol *pos* nada bueno se me pasa por la cabeza.

Me desnudo, voy en silencio hasta la piscina, dejo mi copa de vino en el bordillo y me zambullo en el agua.

Está templadita y es un lujo poder bañarse desnuda a estas horas de la noche. El cielo está iluminado por miles de estrellas y una media luna, que ilumina lo justo.

Nado hasta el otro extremo y, al volver, me fijo que David está apoyado en una de las mesas del jardín con una copa de coñac en su mano. Mantiene una pose chulesca, lleva un vaquero claro con una camisa desabrochada negra y los pies descalzos. Me quedo parada en el centro de la piscina y noto que, gracias al alcohol, estoy algo desinhibida.

—¿Qué miras?—pregunto en tono amenazante.

—A ti, estás preciosa. —Eso me pilla por sorpresa, esperaba alguna bordearía de su parte.

—Y, ¿qué pasa? ¿Te vas a quedar toda la noche mirándome?—digo enfadada por esa sonrisa de cabrito que tiene. Recuerdo que la piscina está iluminada y que, desde donde está, seguramente me estará viendo desnuda. «¡*Me cagüento!*». Pero no me cubro, me expongo algo más.

—No, claro que no. —Veo como retrocede dos pasos para atrás—. ¿Me dejas darme un baño contigo?

—Eh... ¿Cómo? Sí... no... —*Ojiplática* me quedo mientras él se saca la camisa. «Joder, joder, jodamos», pienso para mí misma. ¡Dios mío, qué bueno está!

—Sofía, me voy a meter contigo en el agua.

Ahí estoy yo, quieta como un parajillo, más tiesa que un palo y sin poder pensar.

—Está bien, David. —Reculo unos pasos para atrás para dejarle espacio.

¿Espacio en una piscina olímpica!?, ¡ya!, cosas mías. Lo cierto es que estoy cagada de miedo.

Se saca su pantalón vaquero, y yo muero del gusto. Tiene las piernas tatuadas, al igual que uno de sus hombros. ¿Qué tiene él? Ni idea, está demasiado bueno como para poder pensar.

Cuando me doy cuenta que se quita su bóxer negro y lo lanza con su ropa, me quiero morir.

—Pero... pero ¿qué haces, *loco los huevos?*—Muerta de miedo me quedo en esos momentos.

—Es lo justo, ¿no? Tú estás desnuda.

—¿Quién, yo? No, bueno, sí, pero...

Lo veo dar un largo trago a su copa y después se lanza de cabeza, «Ahógate, para poder hacerte los primeros auxilios, por favor», piensa mi subconsciente.

¡Dios, bendito! Se acerca por debajo del agua a mí. Sale a la superficie con el aspecto de un león, sus ojos verdes fijos en mí, y, al momento, noto una de sus grandes manos en mi culo, acercándose a él. No puedo respirar, siento un cúmulo de nervios por todo mi cuerpo. Pega mi cadera a la de él y, entonces, acerca su cara a la mía juntando su boca con la mía y su lengua busca la mía, con desesperación.

Me sujeto a sus hombros y lo beso como si me fuera la vida en ello. Mis caderas se abalanzan hasta encontrar su dureza y esta me propina la dosis de placer que estoy buscando. Mientras yo me vuelvo loca con ese beso, frotándome contra su erección, él camina hasta la parte menos profunda de la piscina. Mi espalda toca la pared y él se aprieta más contra mí. Sus manos van hasta mi cara, y me acaricia con ternura.

—Sofía, sueño con esto desde que te vi la primera vez—confiesa, cortando el beso—. Si quieres que pare, dilo ahora, porque me estoy volviendo animal. Despiertas cosas en mí que yo no puedo controlar. —Un gemido sale de mi garganta cuando él atrapa uno de mis pezones con sus dientes—. Si deseas que no siga, pídemelo ahora, pero no... no, Sofía, no cortes esto. Te necesito, lo necesito.

—Sigue, joder—jadeo mientras sus dientes me mordisquean y su lengua da toques contra mi pezón duro.

—Necesito tenerte, aquí y ahora. —Su boca sabe a alcohol y su cálido aliento me turban las ideas, quiero pararlo, pero yo también lo necesito. Una de sus manos va directa a mi sexo y uno de sus dedos se cuela en mi interior—. ¡Joder! —exclama—. Estás preparada, estás cachonda.

—Sí, sí... —Dejando caer mi cabeza hacia atrás, expongo mi cuello a su boca.

Otro beso más profundo y sus caricias por mi cuerpo. Una de sus manos en mi sexo y otra en uno de mis pechos, por el otro pasa su lengua mientras me mira a los ojos. Mi mano mantiene su cabeza sobre de mi pecho.

—Muérdeme—le exijo—. Muérdeme, David. Necesito que lo hagas. —Mis caderas buscan el contacto con su mano—. Más, quiero más.

Sin dejar de lamerme y acariciarme, acerca su erección a mi sexo, me tenso al ver que va a introducirse en mí sin sacar sus dedos de mi interior.

—Chhhh... Tranquila, estás muy mojada, necesitas que te llene. —Asiento mientras él se abre paso en mí—. Joder, qué estrecha eres. —Lo miro mientras mi cuerpo lo acepta—. ¿Te gusta que te folle con los dedos y mi polla?

—Joder,sí, claro sí, sí... ¡Más! —vuelvo a exigir.

Su cuerpo se acopla al mío y, entonces, me embiste con dureza mientras sus dedos en mi interior se acompañan con él, con otro dedo me acaricia el nudo de nervios que tengo entre mis piernas y entonces exploto. Exploto con un orgasmo

que nace de lo más profundo de mi ser que sale en forma de alarido de mi garganta, clavando mis uñas en su espalda. Ha sido bestial, quedo desecha entre sus manos mientras él no afloja el ritmo. Una dos, tres embestidas y para, me mira a los ojos y me besa con desesperación.

—Necesito probarte, quiero lamerte entera.

—Hazlo, hazlo ya. —Me siento fuera de mí, quiero más, mucho más.

Nunca había tenido un orgasmo así. Las relaciones con los demás chicos eran normales, pero con este hombre no lo son.

Sale de mi interior y me sostiene la cara, me besa los labios con suavidad.

—Tú me vas a hacer perder la cabeza... —Tira de mi mano y me hace caminar por el interior de la piscina. Llegamos hasta las escaleras de metal que están al fondo, donde se encontraban nuestras cosas, y me pone delante de él.

—Sube—me ordena.

Al segundo escalón, siento sus manos en mis caderas, cómo besa la parte baja de mi espalda y frota su cara contra mí.

Voy a recoger mi ropa, pero me lo impide. Vuelve a tirar de mí hasta el interior de mi casa y cierra la puerta detrás de él.

—Sofía, bésame, bésame tú—me llama.

Camino hasta él y me pongo de puntillas para poder hacerlo, me sujeta en un abrazo pasional y gira hasta dejarme atrapada contra la pared.

—Loco, me vas a volver loco, Sofía.

Durante la noche todo son besos lentos y largos, entre lametones, él entre mis piernas, sus manos por mi cuerpo y unas sensaciones que jamás había tenido antes.

## **8. Yo me lo guiso, yo me lo como**

¿Sabéis esa sensación de bienestar que sientes cuando te vas despertando poco a poco y te retuerces como una culebrilla hasta sentir todos los músculos y huesos de tu cuerpo? Sí, esa misma es la que estoy experimentando ahora mismo. «Alto. Unas piernas peludas en la cama. ¡*Cagüento!*, las imágenes de David y yo en la piscina se amontonan en mi mente». Con uno de los piecillos estoy tocando sus piernas, lo retiro despacio y me coloco recta, muy recta, en la cama. Abro los ojos y directamente miro al techo, parezco un Cristo en ese momento.

Me quiero morir, negarlo. ¡Cómo había podido acostarme con él!, con el odioso hombre que me saca de mis casillas y me hace sentir fatal.

No me entiendo ni yo. Al final, mi madre iba a tener razón y soy una *chichigüera* (palabro de la Pepi)

Me decido a girar un poco mi cabecita loca y clavarle los ojos, pero muy despacio. No quiero verle la cara de repente. Tengo acumulados los nervios en el estómago y está empezando a darme un tic en el ojo.

—¡Ay, Dios!—suelto un suspiro al verlo despierto, mirándome con una sonrisa ladeada. Está guapo hasta decir basta con los brazos cruzados detrás de su cabeza.

Como un salmonete pego un saltito en la cama y me doy la vuelta. Atrapo un cojín de la cama y me tapo la cara.

— ¿Sofía? ¡Sofíaaaa!—Aprieto el cojín contra la cara e intento privarme del aire y caer desmayada—. ¡Sofía, joder!—exclama preocupado, e intenta quitármelo y salvarme de la muerte entre plumas, provocada por mí.

—¡Suelta!—grito, boqueando como un besugo y casi asfixiada por el dióxido de carbono de mi propio aliento y algo de salivilla.

—Pero ¿qué haces?—pregunta mientras pelea conmigo para salvarme de una muerte casi segura.

Mi reacción, muy madura, todo tengo que decirlo, es patalear como una niña y gritar a los cuatro vientos «¡déjame morir!» al estilo Marina, una amiga mía malagueña, a la cual adoro, pero que es una auténtica Drama Queen.

Siento que se pone a horcajadas sobre mí y, de un tirón, me arranca el cojín de la cara. Mis pelos enganchados en mi rostro y despeinados, nivel máximo, lo pillan por sorpresa y estalla en carcajadas.

—¿De qué te ríes, gilipollas?

—De tu cara, ridícula. ¿Se puede saber qué haces?—dice, quedándose de brazos cruzados.

—¿A ti qué te parece? ¿Tú qué creeesssss?—pregunto fuera de mí e intento apartarlo—. ¡Sal!

—Pero ¿qué te pasa?

—¿Qué coño hicimos ayer?!, ¿qué haces tú en mi jodida cama?—Arquea una ceja y el rostro se le petrifica.

—Si te tengo que recordar lo que paso ayer de madrugada, vamos muy mal.

— No seas dramático. Sé lo que hicimos, lo recuerdo todo, pero ¿por qué? ¡Sal, fuera de mi casa! ¡Ahora!—Lo empujo con mis manos, pero él no se mueve. Me agarra de las muñecas y levanta mis brazos hasta dejarme la cabeza atrapada

entre ellos—. Déjame, ahora, para, estate quieto. *Stop*, norrrr. —Mi tono chulesco y gritón pierde fuelle mientras que él besa mi garganta, besa y lame.

—Qué suave... Qué bien sabes, Sofía.

—Mmmm... Para, porfi—lloriqueo mientras sucumbo a él y a su cuerpo.

— No quiero parar, te deseo más que anoche, te deseo ahora más que la primera vez que te vi. —La poquita fuerza de voluntad que tengo se esfuma en el acto con esas palabras.

Dejo de forcejear con él y, con mis dedos, acaricio sus manos, inclino la cabeza hacia atrás para que tenga mejor acceso a mi cuello y relajo las piernas, dejándolas sin tensión.

Suelta mis muñecas y sus manos me acarician la piel mientras masajea los brazos, ascendiendo por ellos y entrelazando sus dedos con los míos; me mira a los ojos mientras besa mi cuello y después mi boca. Muerde mis labios y un rugido animal sale de su garganta. Su lengua entra en mi boca, se encuentra con la mía y siento en ese beso que quiere comerme.

Una de sus piernas se cuela entre las mías, abriéndolas, y después, la otra. Nuestros sexos se unen, produciéndonos un gemido de puro placer a los dos.

Me embiste hasta hacerme notar por completo lo grande que es y, sin más preámbulos, se coge la erección con una mano y comienza a acariciar la entrada de mi sexo. Placer para él, placer para mí. Frota y aprieta encima de mi clítoris hasta hacerme gemir otra vez. Me cojo a sus hombros e inclino la cabeza para poder besarle el pecho, mientras que él apoya su cabeza en la mía.

Besa mi cuello hasta la altura de mis pechos, juega con mis pezones dándoles mordiscos y succionándolos. Sigue bajando por mi vientre hasta hundir su lengua en mi ombligo, y alzo las caderas buscando su contacto. Estoy tan excitada que me duele. Levanta la cabeza y me sonrío mientras se hace espacio entre mis piernas. Pasa sus manos por debajo de mi culo y lo levanta dos palmos de la cama, hundiendo la cabeza en mi interior, abarcándolo por completo en su boca y lamiendo mi clítoris.

Lo atrapa entre sus labios y juega con él y su lengua hasta hacerme temblar y retorcerme; mis manos apoyadas en su cabeza lo aprietan más contra mí hasta que un orgasmo glorioso explota en mi interior, dejándome ir en su boca sin

ningún pudor.

Con una sonrisa de orgullo en su cara y satisfecho como él solo, asciende hasta mi boca dándome besos por todo el cuerpo. Se introduce en mí despacio, meciéndose lentamente y dejando su cuerpo levemente apoyado sobre el mío. Atrapa mi cara entre sus manos, y nos fundimos en un beso largo, haciendo que nuestros cuerpos se acoplen el uno al otro.

El timbre de la puerta nos saca de nuestro letargo, aunque a él parece no importarle y, en un principio, a mí tampoco, hasta que la voz de Sergio se hace eco entre nosotros.

—Déjalo, ignóralo.

—Es Sergio. Para.

—No, no nos va a joder este momento. —Intenta besarme otra vez, pero aparto la cara—. Ahora no se va a interponer entre nosotros.

—Sal, joder—exclamo cerca de su oído, y bajo el timbre de mi voz—. No nos puede ver, sal. —Abandona mi interior y se deja caer al lado de la cama.

Mi teléfono móvil está sonando y sé perfectamente que es él. Me pongo en pie y los nervios se apoderan de mí. Tiro de la sábana de seda que hasta el momento nos cubría a los dos y me tapo con ella.

—¿Qué cojones haces? ¡Tápate y sal de aquí ya!

—¿Dónde quieres que me meta?

—Debajo de la cama. Ahora. —Sus ojos se abren, y puedo ver odio en ellos.

—¿No lo dirás en serio, verdad?

— Sí. Escóndete, ya te he dicho que no nos puede ver. —Sergio insiste con el timbre y el teléfono, y mis nervios están a flor de piel—. Por favor, escóndete, desaparece, David.

Al ponerse en pie, lo veo tensarse y meterse en el baño con sus cosas. Voy tras él y cierro la puerta.

—No salgas. —La mirada de odio que me echa me hace sentir un latigazo en mi pecho, pero no tengo tiempo.

Salgo al jardín, donde está Sergio sentado en una silla y mirando la puerta.

—Princesa, te he despertado, lo siento.—Sonrío y me considero la peor mujer del mundo.

—No me encuentro bien, me gustaría dormir un poco más. ¿Te importa si te

llamo en un rato?—Se acerca a mí despacio y me abraza, dejando un beso en mi cabeza.

—No pasa nada, mi niña, después paso a por ti.

Una vez que Sergio se va, entro en casa y tomo asiento junto a la barra de la cocina, apoyo la cabeza en las manos y lloro. Me siento tan mal conmigo misma que no soy consciente de que David está de pie enfrente de mí, vestido y mirándome con asco. Al verlo, advierto como aprieta su mandíbula y sale de mi casa dando un portazo que me sobresalta.

## 9. ¿Y esa cara de pez?

Son las ocho de la tarde y todavía me tiemblan las piernas por lo de esta mañana. Sergio no se merece esto. Sé que solo somos amigos, pero... me siento muy mal ocultándoselo después de todo lo que ha hecho por mí.

Descuelgo el teléfono, que no ha dejado de sonar en toda la tarde, y hablo con Susana, una de mis mejores amigas, a la que no le cuento nada de lo sucedido. Con mi familia y amigos, solo me limito a contar lo justo; no quiero preocupar a nadie y, bueno... Parloteamos durante un buen rato y después llamo a mamá. Llamada tras llamada, no me doy cuenta de que se me ha pasado el día y, prácticamente, no me he movido del sofá.

Llamo a Sergio para preguntarle si puede venir a casa -le miento diciéndole que ya me encuentro mejor- y él, como siempre, me dice que sí.

No tarda en estar en la puerta de mi casa con la cena y una botellita de tequila.

—Mi niña, te voy a hacer un coctel que te va a quitar toas' las penas—suelta nada más entrar.

—Hola—respondo mimosa, arrastrando mis pies hasta llegar a él.

Le rodeo el cuello con mis manos y me engancho para montarme sobre él. Camina hasta la barra de la cocina y deja las cosas que lleva para poder rodearme con sus brazos.

—¡Shhh... pequeña! ¿Qué pasa?—Me siento diminuta entre sus brazos fuertes y su pecho—. ¿Quién se ha metido contigo esta vez?

Niego con la cabeza y entierro mi cara en su cuello. ¡Qué bien huele! Su corazón late desbocado, pasa de cero a cien en dos segundos.

—Sofía, mi niña, ¿quién te ha hecho daño ahora? Dímelo... yo me encargo.

—No, tranquilo—contesto, encarándole y mirándole a los ojos—. Nadie me ha

hecho nada, soy yo, que estoy en esos días.

—Bueno, si es así, te dejo que salgas al jardín y tomes asiento. La cena tardará unos minutos—dice con una sonrisa en la cara—. Venga, ve.

Mientras él prepara todo y sirve la cena, me fijo en que, en la casa grande, una de las habitaciones tiene la luz encendida.

Y, de repente, aparece David en la ventana, observándome directamente. Sus ojos no se separan de mí.

Me pongo de los nervios, quiero morirme. Sergio se sienta enfrente de mí y me pasa el plato con...

—¿Qué es eeestoooo?—exclamo a punto de vomitar—. Pescado crudo... ¡puag!

—No, princesa, es *sushi*, manjar de los manjares y del mejor restaurante japonés de toda Marbella. Quita esa cara de susto.

—El pescado me gusta muy poco, así que... mucho menos, crudo. —Aparto mi plato de delante y me cruzo de brazos como una niña.

—Pruébalo, va... Por mí, Sofi.

— Que no, que eso no me gusta, me da repelús. Yo soy más de arroz frito tres delicias, sin guisantes, que quede clarito, y pollo con almendras del chino de mi barrio. Estas pijadas no me van. —Él no puede aguantarse la risa y eso me cabreaba mucho—. ¿Te estás riendo de mí?—Le amenazo con el dedo y me inclino para dar más seriedad a la cosa—. No te rías, ¡¿eh!?... ¡No lo hagas! —Estallo también a carcajadas.

—¿Sabes qué?

— ¡Meecccc!—contesto muy repelente, y en sus ojos veo una chispa. No sabría definir qué clase de chispa es, si bien de amor o... ¡¿Qué digo amor?! Es ternura de hermano, aunque me pese.

—Bueno, pues si no lo pruebas... me lo como todo yo. —Asiento con la cabeza y sonrío.

—No te preocupes, yo me hago cualquier cosa. —Me pongo en pie para ir en dirección a la cocina.

—¿En serio? Te pensarás que no te he traído nada más. —Lo miro y después veo la otra bolsa de papel de encima de la mesa.

—¿Y yo qué sé? ¿Qué es?—le pregunto muerta de hambre.

—La mejor ensalada cesar de todo el mundo y una pequeña parrillada de carne — me contesta muy sonriente—. Solo quería probarte con lo del *sushi*.

La cena está buenísima y la compañía, muchísimo mejor. Me comenta que, por motivos de trabajo, estará unas semanas fuera, que ha estado intentando aplazarlo lo máximo posible por mí, porque no quiere dejarme sola con toda esta gente, pero ya no puede esperar más.

—Sofía, odio dejarte sola, odio dejarte así, pero esta vez, tengo que ir. No puedo posponerlo más —me explica, cogiéndome entre sus brazos y acunándome.

—Está bien, lo entiendo, Sergio. No pasa nada. Tú ve y haz lo que tengas que hacer, me espabilaré sola. —Me siento en sus rodillas y apoyo mi cabeza en su cuello.

— No llores, pequeña, no lo soporto. En unas semanas, estaré de vuelta. Ya sabes que la empresa va genial y estamos abriendo más tiendas. ¿Quién me iba a decir a mí que mi fascinación por el mundo del motor me iba a aportar un negocio en esta época que funcionase tan bien? Tengo que aprovechar. —Sus manos se deslizan por mi pelo y mi espalda.

—Lo sé, y me alegro mucho. En nada se me pasa.

Lo que queda de noche, la pasamos igual, conmigo entre sus brazos hasta la hora de despedirnos. Tengo que reconocer que me cuesta muchísimo despedirme de él, y esta noche creo que voy morir. Después, me tumbo en la cama y, entre lágrimas, cojo el sueño.

Me despierta un mensaje en el móvil con un “Buenos días, princesa”. Es Sergio, avisándome que embarca ya. Salgo de la casa y, descalza y en braguitas, me dirijo a la cocina; necesito una taza de café.

Preparo unas tostadas con mantequilla y desayuno. Reviso mi agenda y veo que, justo hoy, tengo la cena de la empresa a la que debo ir sí o sí.

Con las mismas energías que me he despertado, continúo mi día. Decido ir a comprarme algo de ropa para la ocasión y pasarme por la peluquería. Vamos, lo que se llama vulgarmente “pasar por chapa y pintura” para estar presentable por la noche. Ya tenía bastante con que se avergonzaran de mí por mi forma de ser, por mi forma de hablar y, por qué no decirlo, de mí en mi totalidad. Quería dejarlos con la boca abierta y, como dice mi madre, «Tú, callaita, Sofi, que estás más mona». Y eso pienso hacer.

Llamo a Sandra, que es la que más entiende de moda, y le explico lo que

necesito; me aconseja que me compre un traje chaqueta y, la verdad, no me convence en absoluto.

Mientras hablo con ella y me muero de risa con sus cosas, rebusco en el vestidor algo decente que ponerme para ir de compras. Ella se ríe y suelta que me podría poner unas mallas rosas fluorescentes y un top a juego para pasearme por las calles más selectas de Marbella. Y, claro está, no pienso hacerle caso en nada.

Opto por un tejanito corto, una camiseta básica negra y, en los pies, unas sandalias del mismo color, atadas al tobillo con tiritas alrededor. Me doy un poco de color en la cara y recojo mi melena en una cola baja a un lado.

Saliendo de casa, me doy de morros con David, de morros en sentido literal. Al salir como las locas, me estampo contra él, damos un traspié y apunto estamos de dejarnos los dientes en la tarima de madera tan mona que tengo por escalones.

David me sostiene por la cintura con fuerza.

—Coño, tío... ¿Qué narices haces? —Lo miro a los ojos—. Me has dado un susto que por poco me meo. —Me tapo la boca nada más soltarlo.

—Venía a buscarte, venía a decirte que esta noche...

—¿Me podrías soltar? Gracias—le interrumpo y aprovecho para alejarme de él.

—Perdona, solo venía a recordarte que...

—¡Que sí, que sí! Que esta noche es la maldita cena... —vuelvo a interrumpirle, dejándolo con la palabra en la boca mientras me marchó dirección a mi Lola.

—Eres una mal educada.

Giro sobre mis pies y lo miro muy serio. Después, saco mi dedo corazón, le doy un beso y le hago, lo que viene siendo, una señora peineta. Sus ojos se abren e intenta caminar hacia a mí.

—Chhhh... Quietecito, que, a la próxima, te hago un calvo.

—¿Qué narices es eso?

—Tú no has tenido infancia, ¿verdad?

—No—dice muy enfadado, a punto de sacar humo por las orejas.

— Pues mira esto. —Me doy la vuelta, dejándolo a mi espalda, y bajo un poquito mis pantalones, enseñándole el culo—. Esto es un calvo—lo encaro otra vez. Su cara es un poema, y yo rompo a carcajadas—. Tío, quita esa cara de pez de una vez, eres *mu'* cansino.

Ahora sí, me voy directa a mi coche, contoneando las caderas y despidiéndome con la mano.

## **10. Si hasta pareces normal**

Mientras camino por el centro de Marbella, voy mirando las tiendas. Los precios de algunas cosas me parecen escandalosos y, la verdad, va en contra de mis principios gastarme todo ese dinero en un vestido que solo voy a utilizar una vez cuando, con lo que cuesta ese vestido, mi familia comería cinco meses. Estoy a punto de ponerme a llorar cuando veo una tienda que no es como las demás, está justo en la Plaza de los Naranjos. Tengo una buena intuición, así que entro en ella.

Me atiende una mujer muy amable, que capta enseguida la idea de lo que necesito. Bueno, a lo mejor se excede un poco, pero lo cierto es que me gusta.

Lo tengo claro nada más verme. Unos pantalones de vestir muy ceñidos en negro, terminados en pitillo, y una camisa del mismo color, con un escote de infarto y de media manga, muy ligera y fresquita—al principio, creo que con ella voy a criar pollos en las axilas, pero no—. Me compro también unos zapatos de firma con un tacón de doce centímetros en negro y un bolso a juego. Toda de negro va a parecer que voy en plan funeral; bueno... funeral caro, pero de entierro, al fin y al cabo.

Después, la dependienta me indica una preciosa tienda de complementos preciosa, cara como la vida misma, y me da la dirección de una peluquería.

El resultado es perfecto. En la tienda de complementos compro de todo; a decir verdad, me vuelvo loca. Es un sueño y, por una vez, cierro los ojos y no miro el precio, aunque por dentro me siento mal.

Son las seis de la tarde cuando entro en mi casa con la intención de ponerme a punto; pero, a los cinco minutos de estar en casa, llaman a la puerta. Abro y me encuentro con David, que en las manos lleva una caja blanca.

—¿Qué quieres?—pregunto algo exasperada. Desde que hemos tenido sexo, no lo puedo ni ver.

—Lo primero, se dice «hola», y lo segundo, quería darte esto. —Sonríe y por poco no grito.

—¿Para qué? No quiero nada de ti.

—Esto te hará falta para esta noche.

—No lo quiero.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Qué piensas ir a la cena con tus tejanos y tus camisetas baratas de mercadillo? ¿Piensas ir así? ¡No me jodas!—Me ofrece la caja y, por supuesto, la rechazo.

—Dame la dirección del restaurante y a las nueve estaré puntual.

—¿Cómo? ¿Qué? No vas a ir con esa tartana, te lo advierto.

—Bueno, pues iré en taxi. —Sus ojos me inspeccionan y no se cree ni una palabra.

—¿Sabes una cosa?

—No, pero tú me lo vas a decir, ¿no es así?

— Me estás agotando la paciencia. Paso que seas una ridícula. —Esto me duele — . Paso que, borracho, me haya acostado contigo y, bueno... Pero no vas a ir con tu tartana, te lo juro.

No puedo decir nada, las lágrimas están a punto de aparecer en mis ojos y no pienso darle el gusto. Le cierro la puerta en las narices y voy directa a la ducha.

Lloro hasta que me canso y, después, me juro a mí misma vengarme de él, pero la idea solo me dura cinco minutos, porque, como dice mi madre, una de mis virtudes es que no tengo rencor, como ella.

Me ducho con mucho cuidado para no estropearme el pelo, que la peluquera me ha enrollado en un moño con la intención de que el peinado, liso y con ondas, durara muchísimo más. Eso y toda la laca que me ha puesto, con la que se ha cargado media capa de ozono.

También me depilo y doy crema en todo el cuerpo y cara, con esas cremas que me he comprado en la tienda... No he podido resistirme, soy de lo peor.

El resultado final es espectacular. Una vez vestida y maquillada, con la melena suelta y alborotada, parezco otra persona. Los pendientes son unas bolitas de acero, preciosos, a juego con la pulsera de la mano derecha, y en la mano izquierda llevo el anillo de la misma colección.

La verdad es que no doy crédito al verme tan diferente, pero lo cierto es que me gusto así.

Rebusco entre mis cosas mi palo de *selfie*, me hago un reportaje de fotos y se las envío a mi familia y amigos; ellos tampoco dan crédito, todos se sorprenden menos mamá, que me escribe un mensaje.

Mamá (loca del coño, Pepi): «¡De tal palo, tal astilla! Gracias al *cabrito* de tu padre, tendrás todas esas cosas, pero no te olvides que esas tetas son gracias a mí. Es guasa, nena. Estás muy bonita. Bueno... lo de las tetas es cierto».

¡Ainsss, esta Pepi...! Los gemelos me dicen un «La cabra tira pal' monte». Y mis amigas, con unos «¡Woooooo! Estás pibón. ¡Quema Marbella!» y un «Relaja la pelvis», me hacen reír mucho.

Las risas y el buen humor duran muy poco. Conforme me acerco a mi Lolita, le noto algo raro y, al acercarme del todo, me doy cuenta que tiene una ventanilla rota, la puerta hundida del conductor y las cuatro ruedas pinchadas.

Aguanto las lágrimas todo lo que puedo, me he prometido no llorar y así lo hago. Veo que se acerca un coche muy grande y negro en mi dirección; no conozco a la persona que va dentro, pero sé que es el chófer de la familia, el tal Alexis. Camino con paso firme hasta el coche y, antes de que pueda abrirme la puerta, me monto detrás.

—Buenas noches. Me imagino que ya sabes dónde tengo que ir.

—Sí, señora.

—Bien. Pues llévame.

—Señora, siento muchísimo lo de su coche.

—Ya, como todos. —Aprieto mis labios hasta convertirlos en una línea de tensión.

El viaje dura poco menos de media hora, en la que no volvemos a hablar. Al bajarme del coche, veo como se aleja y, entonces, hago de tripas corazón; lo mismo el muchacho lo sentía de verdad y yo lo he tratado mal, ni siquiera lo he mirado a la cara. Conforme avanza la noche, me siento peor, cada vez peor.

Me envalentono y entro directa al restaurante, donde un metre se dirige a mí y, después de darle mi nombre, me acompaña a la mesa donde me esperan los demás.

Son todos hombres, de todas las edades, y, en el centro de la mesa, como amo y señor, se encuentra David, que también se pone en pie para recibirme.

—Hola a todos. Ya podéis tomar asiento. —Son mis únicas palabras.

Uno a uno, se presentan todos, pero ni los escucho, solo pienso en Sergio y en qué estará haciendo en estos momentos.

Escucho como David habla y me presenta delante de la junta, a la vez que todos asienten. Casi llegando a los postres, ya no puedo estar más tiempo callada.

—Quiero vender la empresa. —Es lo único que digo.

David me mira y me asesina con la mirada; los demás, me prestan atención.

— Sí, no me miren así, caballeros, quiero vender la empresa de astilleros, que, a decir verdad y para ser sincera, no sé ni lo que son y me dan exactamente igual. Así que espero sus propuestas en un plazo de quince días o se la venderé al mejor postor. —Me encojo de hombros. Con la servilleta de seda extra blanca, limpio mis *morritos* de forma muy repelente y me pongo en pie—. Disculpenme —me despido, marchándome por donde he venido y con el estómago del revés.

Acelero el paso entre la gente. El puerto está a rebosar de personas caminado con toda la tranquilidad del mundo, y yo deseo correr y gritar como nunca.

Cuando me doy cuenta, no sé dónde estoy. Me encuentro en el paseo marítimo y me siento en uno de los bancos, porque los pies me están matando. No me doy cuenta de que he estado corriendo hasta ese momento. El corazón me late muy rápido y me siento algo mareada por los nervios. Sé que él me estará buscando y eso me hace estremecer. Sé que, tarde o temprano, me encontrará, y tendremos una pelea monumental. No pienso volver a dejar que me vapuleen como un trapo viejo y me vuelvan a hacer sentir pequeña.

Antes de terminar de pensar o de reaccionar siquiera, siento las manos de David en mi espalda. Cojo todo el aire que puedo y lo suelto despacio.

Sus manos se relajan encima de mis hombros y noto como huele mi pelo.

—¡Estás tan diferente! Estás tan preciosa... Jamás pensé que pudiera sentirme de esta forma con alguien como tú—susurra sobre mi cabeza.

Giro sobre mí misma y lo miro directamente a los ojos, quiero ver dentro de él y, por unos minutos, creo que lo logro. Sus manos van directamente a mi cara, apoya su frente contra la mía, quedándose arrodillado en el suelo, y su respiración se acelera.

—¿David?—me sale antes de empezar a llorar, su mirada está perdida.

— Deja que te bese, Sofía. Lo necesito, te necesito. —Muerde su labio con nerviosismo—. No lo entiendo, Sofía, créeme, de verdad—habla, reprimiendo

un sollozo.

—¿David?—Enmudezco y me tenso en cuanto posa sus labios sobre los míos. Su beso es lento, recorriendo mis labios, casi con devoción.

—No sé por qué te necesito, pero te juro que... podría volverme loco si no te beso, si no te tengo. ¿Por qué tienes que ser cómo eres?

—¿Cómo soy?

—Eres y tienes todo lo que no me gusta, o no me gustaba... ¿Vamos...? Vámonos a casa.

Sus palabras me desconciertan, pero, aun así, acepto.

### **11. ¿Cómo soy yo?**

Intento seguir sus pasos, pero no puedo, él es mucho más alto que yo y, por lo tanto, también tiene las piernas mucho más largas, lo que le hace ir más rápido. Además de eso, los pies me duelen y no puedo más. Él me mantiene cogida de la mano y camina como si acabara de atracar un banco, así que estoy a punto de desmayarme.

—¡Para! Para, no puedo más—grito, soltándome de su mano, apoyo las mías en las rodillas y trato de recobrar el aire—. ¿Por qué corres? ¿Qué te pasa? ¿Estás tonto?

—Vámonos, Sofía. —Me mira y se acerca a mí tendiéndome una mano.

—Déjame respirar, no puedo seguirte y, lo peor, no sé si quiero irme contigo. — Su mirada se congela y lo veo llenar sus pulmones de aire.

—¿Me rechazas? ¿Otra vez?

—No. No me malinterpretes, por favor, solo digo que no puedo ir a tu ritmo. Yo no tengo fondo, ¿sabes?

Vuelve a mirarme y adopta mi misma posición con sus ojos clavados en los míos.

—¡Vamos!—dice y se agacha para cargarme como un saco de patatas.

— ¡Ahhh! —grito al verme boca abajo—. ¡Pero bueno! ¡Bájame!

—No, vamos, por favor.

No digo nada más, solamente dejo que me cargue. Comienza a dolerme el estómago por la posición y le noto el hombro perfectamente clavado en mí. Le pido por favor que pare, porque necesito ponerme en pie para que la sangre me llegue a los pies o me los tendrán que acabar cortando.

Sin decir nada, lo único que hace es bajarme de su hombro lentamente y me coge

en brazos.

—Cógete de mi cuello—me ordena, mirándome fijamente y, cómo no, le obedezco. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Al llegar a su coche, me deja en el suelo e intenta besarme. Me aparto de él y me apoyo sobre la puerta.

—¿Por qué?—No puedo contestarle. No quiero hacerle daño y séque... Realmente no sé por qué lo estoy haciendo—. Sofía, ¿por qué me rechazas?

—No te rechazo, David, solo que esto no puede ser.

—Y con mi hermano, sí, ¿verdad?

—¿Qué dices? No, no... nosotros no tenemos nada.

— Tú dejas que él te toque, que te mire y te bese, que te abrace y te diga «princesa, nena, pitufa» y todo lo que le da la gana. Y a mí ni siquiera me dejas que te roce, pero sí que te folle, ¿verdad?

— Eres un cretino, una persona dañina. Tú y solamente tú me has hecho sentir rechazo por ti. Tú y solamente tú me has hecho ser así contigo, por tu manera de ser. Además, esa noche estaba borracha, sino... jamás me habría acostado con alguien como tú.

—Permíteme que lo dude.

—¡Cabrón! ¡Te odio!

—¡No, no...!

— Sí, y lo sabes. Yo llegué aquí sin quererlo, aceptando todo lo que decíais y, para colmo, he dejado que me machaquéis y me humilléis, tú y todos los tuyos. Y no tenías bastante con hacerme sentir una mierda...

—¡No! No digas eso nunca más en toda la vida. —Se pone a dos centímetros de mí, y tengo que levantar la cabeza para poder mirarlo.

— Sí, me has hecho daño con todas tus humillaciones y, para rematar, para acabar de hundirme, no tienes otra cosa que hacer que destrozar mi coche. — Rompo en llanto como las niñas.

—Lo siento, no sé lo que me paso. —Se pasea de un lado a otro frotándose la cara—. Lo siento. Por favor, perdóname.

— No puedo, David, no puedo. Ese coche es lo único mío, ¿entiendes? Trabajé muchísimo para tenerlo. No es gran cosa, vale; a lo mejor está algo destartado

e incluso un poco escacharrado, pero, David, es mío. En todo el tiempo que llevo aquí, es en el único sitio donde me he sentido en mi hogar, y tú... Tú me lo has estropeado.

—Lo siento muchísimo. —Intenta abrazarme, pero me niego, me monto en el asiento del copiloto y miro por la ventanilla.

El camino a casa es tenso e incómodo, como siempre que estoy con él, así que me limito a seguir mirando a la carretera y pensar que todo es un mal sueño del que no puedo despertar.

Tras pasar la verja de hierro, no se detiene donde normalmente aparca su coche, sino que continúa, como si nada, hasta llegar a la puerta de mi casa.

—¿Puedo bajar contigo?

—David, no... No es buena idea.

—Déjame, por favor, deja que esté contigo, solo te pido eso.

Me bajo del coche y camino hasta la mesita del jardín.

—Siéntate, iré a por algo de beber. ¿Qué quieres tomar?

—Agua con hielo, por favor.

Salgo con una botella de agua y dos vasos con hielo. Me acerco a la mesa bajo su mirada y le paso un vaso. Entre el silencio de la noche y el que mantenemos nosotros, me estoy poniendo enferma; tengo que reconocer que los silencios no me molestan, pero cuando son absurdos, un poco, sí, y este lo es. Noto y sé perfectamente que él me quiere decir muchas cosas, pero, a mi parecer, creo que no encuentra la forma adecuada para que no me lo tome a mal.

—Siento muchísimo lo de tu coche. No sé qué me paso, Sofía. —Lo miro a los ojos.

—Te has pasado tres pueblos.

—Te compraré otro.

—No necesito que me compres nada, y no quiero otro, quiero mi coche.

—¿Tanto te cuesta aceptar que te hace falta? ¿Por qué eres tan cabezona? —  
¡¿Yo?! No sé cómo puedes tener tanta jeta y no palmarla, majo.

—¡A eso es a lo que me refiero! Eres una malhablada.

—Y tú, un idiota. —Tengo que admitir que sí, que soy una malhablada, pero me da igual, estoy enfadada y al límite del odio hacia él sin retorno.

—Eres una malhablada, una sinvergüenza... —Se ríe y yo flipo en colores—. Hoy me has enseñado el trasero, ¡por el amor de Dios!

—Perdona, nene... el culo, te he enseñado el culo, el jopo, el pandero... Puedo seguir sacándole muchos más motes.

—Vuélvelo a decir.

—Culo, jopo, panda... —Me interrumpes.

—Eso no, llámame como lo has hecho.

—¿Cretino?—No entiendo nada.

—No, vuelve a llamarme «nene».

Muerta me deja. Vale que sí, que yo meofuera del tiesto, pero anda que él...

—No.

—Ya estamos otra vez... Eres una niña repelente, Sofía.

—Llámame Sofi.

—Jamás... Ya no estás en tu barrio, ahora eres quien eres y tienes lo que tienes, cambia de una jodida vez. —Abro los ojos de par en par—. Acepta la realidad. Tú misma te has dado cuenta esta noche al verte con esta ropa, ¿verdad? Has visto que puedes mejorar. Hazlo y facilítame las cosas.

—Cuanto más hablas, más asco me das.

—Lo que tú digas, pero cambia, vuélvete...

—Como vosotros queréis, ¿no? Te vas a comer una...

—Deja de ser una verdulera y habla bien, vístete bien y refínate. Porque yo, así, no puedo.

—Así no puedes, ¿qué? Si se puede saber...

—Estar contigo.

—Ahhh... — Exhalo el aire de mis pulmones—. Yo no quiero estar contigo, no quiero tener nada que ver contigo y no pienso cambiar nada de mí. Me gusta como soy y, ahora, ya te puedes ir a la mierda.

Con las mismas, me marché dentro de la casa, dejándolo solo. Me he prometido no llorar más esta noche y así lo hago.

Después de quitarme la ropa y darme una ducha, cojo mi libreta *molona* y escribo, por primera vez desde que llegué, algo coherente, sin planes de venganza que al releerlos son ridículos y hasta graciosos. Sigo escribiendo hasta que me quedo dormida.

## **12. ¡Alto! Peligro, alto voltaje.**

Me despierto sobre las doce del mediodía. Ya... Sé que no son horas, pero desde

que estoy aquí, no tengo nada mejor que hacer.

Mientras me preparo el desayuno, llamo a Sandra y esta, a su vez, a Susana. — Mira que nos gusta una llamada a tres—. Tengo delante de mí el diario, en el que estoy pintando más estrellitas y corazones que nunca. Tengo que decir que los estoy perfeccionando.

Sandra y Susana me cuentan que están saturadas con los estudios por los exámenes finales, después de los cuales, van a preparar un viajecito de unos días, por lo bien que lo han hecho durante todo el curso.

—Tía, con la pasta que tienes ahora, ¿por qué narices no te vienes?—dice Sandra.

— Yo lo flipo, Sofi. En vez de disfrutar de lo que el viejo te ha dejado, solo sabes lloriquear. Por cierto, ¿cómo te va con el buenorro de David?—pregunta Susana—. Te lo has tirado, ¿verdad?

Intento contestar a todas sus preguntas, pero es imposible, parece que están entrenadas por la CIA para hacer interrogatorios masivos. Les cuento casi todo lo que me está sucediendo y lo mucho que echo de menos a Sergio.

—¿Sabéis qué...? ¡Que sí, que nos vamos de vacaciones las tres! Decirles eso es una hecatombe, y más cuando les aviso de que yo lo organizo y corre de mi cuenta.

Mis dos mejores amigas me habían ayudado muchísimo en los momentos difíciles, hasta el punto de llenarnos la nevera a mi familia, ayudarnos económicamente cuando mis hermanos eran más chiquitos para que tuvieran Reyes y una Navidad bonita; incluso se han levantado entre semana a las cinco de la mañana para limpiar los portales de mamá cuando ella se rompió una pierna en Pilates. Pensaréis que nadie en su sano juicio se rompe una pierna en Pilates, pero recordad que estoy hablando de mamá, de la Pepi.

Conforme hablo y recuerdo a mi familia y amigos, en especial a Sergio, me doy cuenta que me he blindado tantísimo por estar aquí que hasta de ellos he pasado. Me despido de las chicas y les digo que en unos días las llamaré y les contaré lo del viaje, que me hace muchísima ilusión.

También llamo a mamá que, para variar, está en el trabajo y me confirma que, en

cuanto los Niños del Mal acaben los estudios, se vendrán de vacaciones. No sé ni cómo ni por qué, pero lo siguiente que pregunto es lo único que se me ocurre decir.

—Mamá, ¿cuánto cobras en total?

—Setecientos euros, Sofi. Como si no lo supieras... Hija, estás que no estás, ¿eh?...

—Sí, es verdad. ¿Hacemos una cosa?

—¿Qué narices quieres, Sofía? Tengo mucha faena y, para colmo, unas escaleras empinás' a más no poder.

—Deja de limpiar, deja de trabajar, que ya es hora, mamá. Tengo dinero suficiente.

—Y yo, muchísimos pagos. Déjate de dar por coño.

—Mamá, lo digo en serio. Desde mañana, te ingresaré dinero cada mes, una mensualidad, ¿vale? Pero deja de trabajar ya.

—¿Lo estás diciendo en serio?

—Pues claro, mami, ya es hora de que disfrutes y vivas bien. Y yo, de que espabile y haga lo que quiera con esta casa y con mi vida. El dinero es mío, ¿no? Pues... ¡hala!

—¿Dejo los trabajos, Sofía?—pregunta con miedo en la voz.

—Sí, mamá. Hoy mismo, por favor.

Me despido de ella con un beso y una sonrisa en la cara. Por fin me empiezo a sentir bien. Después de eso, llamo a Sergio, pero no me responde él, sino una chica, a la que le pido que le dé el recado de que me llame cuando pueda.

La verdad es que me sienta como un rayo, pero bueno... solo somos amigos, ¿no? Ahora todo me da igual, solo me apetece sonreír y disfrutar.

Entro en el vestidor y me pongo lo primero que encuentro, un tejanito cortito claro y una camiseta negra, unas chanclas romanas monísimas hasta la rodilla, negras también, y un moño alto.

Salgo de mi casa dirección a Falcon Crest—perdonad la broma mala—, quiero decir, dirección a la casa grande.

Busco a David por todos lados, pero nada, ni rastro de él.

Marivi me informa que está en el gimnasio de la casa desde hace horas y con un humor de perros.

Más chula que nadie, entro sin llamar y... ¡Madre del amor hermoso lo que me encuentro! David está en pantalón corto de boxeo, sin camiseta y sudoroso. Mi mente perturbada comienza a imaginarse guarrerías, en plan: los dos revolcándonos como cerdos... ¡Dios!, ya estoy teniendo desvaríos de los míos.

—Perdona, Rocky—suelto en tono jocoso y con una sonrisa de “perdóname la vida”.

—Dime—contesta, dando puñetazos de izquierda y derecha seguidos.

— Necesito las claves de acceso a mis cuentas, de todas las tarjetas y todo lo que tenga que ver con el dinero que tengo que administrar. —Retiene el saco con los guantes y me mira.

—Vale. ¿Te urge mucho o puedo acabar?—El lado malo de mí sale a flote y camino hasta él, despacito, lo rodeo y me coloco detrás del saco, sujetándolo igual que él.

—No me corre prisa, la verdad. ¿Te puedo ayudar?

—¿Sabes pelear?—pregunta extrañado.

—¿Enserio? Tengo tres hermanos, soy de Vallecas y...

—Ya, vale, entendido.

Su mirada es fría y distante, y la mía, caliente y lujuriosa.

—Entonces, te dejaré terminar... —Lo miro con cara de «no dejes que me marche, por favor...».

Comienzo a marcharme a pasitos cortos para que pueda impedírmelo, y así es. Antes de llegar a la puerta, me retiene de un brazo. Me gira lentamente y su boca va directa a la mía.

Está bien, no me entiendo ni yo, pero lo cierto esto es lo que deseaba.

Sus manos van directas a mi culo, me impulsa hacia arriba y me enrosco en su cintura. Con cada beso, nos salen gemidos de puro placer. Nos deseamos los dos y eso es lo increíble. Recorro su pecho con las manos, es duro y suave, como todo él. El beso continúa durante un largo rato, dejándome sin aire.

Sus manos no pasan de mi trasero, pero yo necesito algo más. Me separo de su cuerpo y pongo los pies en el suelo. Muy descarada, como siempre, desabrocho mis pantalones y me quito la camiseta, quedándome en ropa interior.

—Desnúdate entera—me pide con voz ronca. No dudo, así lo hago.

Tira de mi pelo hasta acercarme a él y vuelve a besarme. Con una de sus manos, masajea uno de mis pechos y se lo lleva a la boca, después el otro. Mientras lo hace, me mira directamente a los ojos. Esos ojos verdes me vuelven loca, sobre todo cuando se le ponen con ese brillo de vicioso como el que tiene en este mismo momento.

Me coge en brazos y camina hasta uno de los bancos de pesas, dejándome estirada en él; me observa desde su altura y veo como sus ojos recorren mi cuerpo, mi cara, mi boca, y veo que le encanto toda yo.

—¿Qué quieres exactamente?

—Que me folles...

—Cuida esa boca... —dice serio.

—Es lo que quiero que hagas. ¿Me lo vas a dar?

Pasa uno de sus dedos por mi pubis, perdiéndolo entre mis piernas, y siento placer con solo su tacto, lo que hace que me arquee en el mismo banco. Veo cómo se pone de rodillas en el suelo, entre mis piernas. Después, tira de mis tobillos hasta dejarme completamente expuesta a él.

Mi trasero se sostiene en el aire, el resto de mi cuerpo se mantiene apoyado y mis piernas, en sus manos.

—Eres completamente preciosa, me gusta hasta tu interior. Me vuelves loco.

Coloca mis pies en sus muslos y tira de mis caderas. Él ya está erecto y preparado, no le hace falta guiar su enorme erección a mi interior, nuestros cuerpos se encuentran solos.

Siento cómo me abre espacio y cómo él gruñe de puro placer. Mueve mis caderas a su antojo, yo me impulso lentamente sobre él, rozándome por completo y haciéndome estremecer. No tardo en correrme y perder las fuerzas en cuanto muerde y lame mis pechos. Besa mi barriga y me excita.

Tengo dos orgasmos seguidos, me cuesta respirar cuando sale de mí. Me levanto con suavidad y se estira en el banco.

—Enséñame lo mala que puedes llegar a ser, chica de Vallecas.

¡Dios! Con esa chulería ha conseguido ponerme otra vez como una moto.

No lo dudo, abro mis piernas y paso una por encima de su cuerpo, quedándome encima de él sin apenas rozarlo. Una de mis manos va a mi sexo, juego con él como a mí me gusta, bajo su mirada atenta. Con la otra mano, pellizco uno de

mis pezones y dejo caer la cabeza hacia atrás.

—Joder... —sale de su garganta en un suspiro.

Me inclino hasta poder besarlo y le lamo la boca mientras lo masturbo despacio. Mis dedos acarician la punta húmeda de su polla y me fijo en cómo se muerde los labios. La acerco a mi entrada y juego otra vez con ella, introduciendo solamente la punta, y la saco.

—¿Te gusta?—pregunto muerta de placer.

—Me estás matando. —Tira de mí para entrar por completo en mi interior.

Intenta levantarse y morderme el pecho, pero no lo dejo, niego con la cabeza y me los cubro con las manos.

—Dame las tetas, ahora.

—No. Si las quieres, las coges.

No le hace falta más. Con delicadeza y dedos de pianista, deshace mi moño y aprovecha para tirar de mi pelo con fuerza hacia atrás.

—Dámelas.

Vuelvo a negar con la cabeza y noto su lengua por mi cuello, lo está saboreando. Muerde mi hombro con fuerza y, sin pensarlo, le doy una bofetada en la cara. Le da igual, se abalanza sobre mi pezón y lo muerde con cuidado hasta hacer que llegue de nuevo al orgasmo.

—¿Dónde me corro?

—A buenas horas lo preguntas, guapo. Ya te has corrido dentro dos veces. —Su cara es de terror—. Tranquilo, tomo las pastillas desde hace años.

Me da dos embestidas más y noto calor dentro de mí. Él gruñe con la cabeza enterrada entre mis tetas y todavía algún empujón de sus caderas se abalanza sobre mí.

Después de eso, nos mantenemos abrazados un buen rato y en silencio hasta que recobro el conocimiento y me pongo en pie, recogiendo toda mi ropa, para después hablarle de una forma cruel.

—Cuando acabes con lo tuyo, te espero en el jardín. No tengo todo el día, David, así que, por favor, no tardes.

Tras esas palabras vacías después de un momento tan íntimo, me visto y salgo corriendo avergonzada. En sus ojos percibo dolor, pero ya es tarde.

### 13. Más voltaje

Reconozco que los cinco minutos de valentía se me han pasado y que tratarlo de esa forma no ha estado bonito, pero me da igual. Voy directa a mi casa y atranco las puertas, cierro las ventanas y, para colmo, me encierro en la ducha. Me siento mal, me siento sucia y me odio.

Escucho como aporrea las puertas e intenta abrir las ventanas y yo, muerta de la risa, en la ducha. Sí, me da por reír, estoy perdiendo la cabeza como los habitantes del hotel de *El resplandor*.

—¡Sofía, sal! ¡Sal ya! ¡De aquí no me muevo hasta que no abras! ¡No merezco que me trates de esta forma!—dice, gritando como un poseso.

Sus gritos son indiferentes para mí; me dan igual, a decir verdad. Así que, con las mismas, me visto, me retoco y salgo por la ventana de la cocina, que da a la parte posterior de mi casa, ya que David está sentado en los escalones de la entrada. Intento huir a hurtadillas, pero el muy cretino me pilla.

—¿Qué te crees tú?! Sofía, ¿qué te piensas? ¿Cómo me tratas de esta forma después de acostarte conmigo?

—Paso de ti, majo. —Le enseño el dedo corazón y acelero el paso hasta mi Lolita—. Mierda, joder... —digo enfurecida más que nunca cuando lo veo destrozado.

Giro sobre mí misma encarándolo, mirándolo a los ojos.

— ¡Por cosas como esta! —digo, señalando mi coche—. Por cosas como esta es que te odio. Me has destrozado el coche y me has destrozado a mí. Eres un cabrón, un cerdo y un... —Me sujeta de los brazos y se pega a mí.

—Lo que tú digas, Sofía. Te he pedido perdón por eso, no lo hice queriendo.

—¡Una mierda! Te da vergüenza mi coche, te doy vergüenza yo. ¿Tú qué te crees?

—Pues cambia, deja que te compre un coche y te explique las cosas. Déjate llevar.

—No, ¡jamás!—grito antes de que me bese con fuerza, hasta hacerme daño. Me libero de su agarre y, sin pensarlo, le doy una soberana bofetada. Se aparta en el acto y me mira.

—Perdóname, perdóname por todo, por favor.

—Sal de mi vida—logro decir.

Busco a Alexis, que está en la entrada principal de la casa, y le pido que me lleve al centro. Veo venir a Leire en mi dirección y me preparo para otra batalla.

—Sofía, ¿podría hablar contigo unos minutos?—La miro y asiento.

—Tú dirás.

—Esta semana es mi cumpleaños y me gustaría dar una fiesta en casa.

—¿Desde cuándo me pides permiso tú para algo, Leire? ¿A santo de qué viene esto?

—Está claro, ¿no? Ahora eres tú la que manda, la que es dueña de todo y, como tal, es mi obligación pedirte permiso.

—Necesitas dinero, ¿no?

—Como ya sabrás, eso es una cosa muy obvia, ya que has paralizado mis cuentas —repone con toda la soberbia y altivez del mundo de la que es capaz.

— Está bien, organiza una fiesta, me parece una buena idea. No soy una bruja, Leire, ni una persona que quiera más de lo que tiene, ni quitarte nada tuyo, solo quiero que nos llevemos bien. Nos guste o no, somos hermanas y, como tal, estoy haciendo esto también por ti, para que no te encierren en ese colegio que odias.

—Se supone que me lo tengo que creer, ¿verdad?

—Relájate, Leire, hazlo por las dos.

—¿Pueden venir unas amigas a ayudarme con la fiesta?

—Claro que sí. Y, si tú quieres, yo estaría encantada de ayudaros a planificar la fiesta. —Se ríe malvadamente, pero lo omito—. ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—¿Te importa?

—Aunque no lo creas, sí. Mucho, además.

—Es este sábado, veintinueve de mayo.

Con las mismas, se va y yo, con mi corazoncito algo roto, me monto en el coche. La mañana y parte del mediodía son caóticas; entre bancos, gestores y demás, se me olvida hasta comer.

Me llama mamá y me confirma que el dinero ya le ha llegado, que ha dejado sus trabajos y que se aburre, y eso que solo lleva un día. Poco después, mis hermanos me mandan las fotos de unas bombas nuevas que les había comprado mamá y me dan las gracias porque las suyas estaban ya rotas.

Son traviosos y algo mamoncetes, pero mis niños son muy sentidos y agradecidos. Sus primeras bombas de marca en dieciséis años, y eso hace que me sienta muy bien, aunque sé que mamá les seguirá dando lentejas tres veces por

semana.

Decido comer algo en un bonito bar del centro y, cuando me siento en la terraza, llamo a Sergio. Le cuento todos mis progresos y que estoy empezando a manejar la situación con ellos. Él se alegra muchísimo por mí y me promete volver pronto, aunque sus negocios le están reteniendo demasiado.

Le comento mis planes de irme de viaje con mis niñas y me pregunta si puede venir con nosotras. ¡Cómo negarme!

—Vale, pero primero necesito que vengas y hablemos los dos, y después decides, Sergio.

—Me estas asustando, pitufa. ¿Qué pasa?

—No, nada. Seguro que es unatontería, pero... prefiero contártelo cara a cara, ¿vale?

—Valeeeee, princesa.

Devoro una ensalada de pasta y unos espárragos trigueros con mayonesa y, de postre, un helado de vainilla. Entonces veo pasar el coche de David y me pongo nerviosa, por lo que pido la cuenta y salgo del bar para meterme por las calles más céntricas y peatonales que encuentro.

Vo a lo lejos una agencia de viajes y tengo la genial idea de encargar nuestro viaje en ese preciso momento. Al entrar, me atiende un chico muy amable y joven que, por cierto, está para mojar pan.

Al final, me decido por unos días en Ibiza, ya que no la conozco y me muero de ganas de pisar esa preciosa isla,irme de fiesta y, por qué no decirlo, desmadrarme como nunca lo había podido hacer.

Gracias a José, así se llama el chico tan guapo que me está haciendo ojitos y buscando las mejores ofertas para el viaje, que me recomienda a un amigo suyo, el cual tiene una agencia de casas de alquiler y trabajan directamente con un contacto de la isla, tengo el viaje completamente organizado.

Antes de llamar a Alexis para que venga a recogerme, paso por delante de una ferretería y se me enciende una bombillita en la cabeza; una idea mala, de esas que sabes que, desde un principio, no son buenas, pero que, como venganza por lo de mi Lolita, no estaría mal. Así que compro unos botes de pintura en *spray* de tonos fluorescentes y salgo a la calle con una sonrisa en la cara.

De camino a casa, pienso que la idea de pintarle el coche a David era una tontería como una catedral y que no lo voy a hacer, yo no soy de esa forma ni, mucho menos, quiero parecerme a ellos.

En fin, que esas ideas malignas que cruzaban mi mente se esfuman de camino. Pero, en cuanto llego a mi casa y no veo a mi Lola en la puerta, me enciendo de una manera inhumana.

Bajo del coche dando un portazo y miro dentro de una de mis bolsas, doy con los *sprays* y no me lo pienso. Voy directa al flamante y bonito coche de David. Si él había roto y destrozado mi coche porque le había dado la gana, yo puedo pintar el suyo. Total, él se había salido con la suya llevándose el mío al chatarrero y quitándome lo único que me pertenece. Yo no soy capaz de destrozárselo, ni quitárselo de una forma tan y tan cruel, pero, con pintárselo y verle la cara, tendré suficiente. Así que no lo pienso, saco el *spray* azul pitufo y me dedico a hacerle topitos por todo el coche; después, con el rosa, unos corazones; con el verde, hago unas estrellas y, con el blanco, escribo en el capo «Soy muy mamón, Lolita».

Me dirijo a casa a grandes zancadas cuando veo a Leire con sus amigas en el balcón de su habitación. Juraría que están fumando, pero no es el momento de armar otra guerra.

Estoy tan, tan enfadada, que camino hasta mi casa y me siento en una silla del jardín mirando hacia la entrada de la casa, para verlo de frente en cuanto él

venga a por mí.

Cuanto más rato pasa, más furiosa me pongo. La mala leche me recorre entera. Solo pienso en lo malo que puede llegar a ser para hacerle eso a mi coche. ¿Tan cruel es?

Ha oscurecido un poco cuando veo las luces de un coche; no tengo dudas, es él. A mitad del camino, para y David baja de él.

El corazón por poco se me sale por la boca cuando viene hacia a mí, con la mandíbula apretada. Desde mi posición, la escena es terrorífica: se dirige hacia mí con su actitud amenazante, sus ojos clavados en mí y los puños caídos. No lleva su americana, solo lleva su pantalón azul marino y su camisa blanca, remangada en los brazos. Está algo sucio y, desde mi silla, al verlo acercarse, parece una pantera. Intento ponerme en pie, pero lo cierto es que estoy paralizada.

Al llegar a mi altura, no pasa absolutamente nada, nada de nada. Ni siquiera me dirige la palabra, solo se limita a mirarme y aprieta sus puños. Su mirada es de odio, no queda rastro de la que me dedicó esta mañana, en la que pude ver adoración.

De pronto, sin decir una sola palabra, se da media vuelta y se marcha.

Como podréis adivinar, no pego ojo. Os confieso que es la noche que más nerviosa, vacía y mal me he sentido desde que llegué aquí.

#### **14. Confesión y atracción**

Han pasado dos días sin ver a David, dos días sin saber de él. Os confesaré que han sido horrorosos, lo admito, aunque me duela.

Camino entre las calles de Marbella con la intención de ir a la agencia de viajes a buscar los billetes y el documento de alquiler.

Compro un regalo para Leire, ya que hoy es su cumpleaños y por la noche hace su macrofiesta.

En fin, que vaya nohecita me espera. Mejor no pensarlo, porque ni siquiera estoy invitada.

Me decido por un colgante muy bonito de Tous y un bolso precioso de Bimba & Lola. Si no le regalo algo de firma, la niña caprichosa lo mismo me lo pone por montera.

Con mi viaje programado y pagado, mi bolso y cargada de bolsas con los regalos y ropa para mí y mis hermanos, voy directa a casa.

Subo la cuesta de la casa casi con un sofoco encima; no es normal este calor a finales de mayo, o a lo mejor sí, pero yo no estoy acostumbrada a los calores del Sur, y estoy a punto de morir deshidratada.

Mi querida hermana está en la piscina con sus amigas y tengo que pasar desapercibida si no quiero causar las burlas y risas de estas niñas endemoniadas, ya que, para ellas, soy escoria pura y dura. Así que bajo la cabeza y acelero el paso. Justo en frente de mi casa está mi Lolita en perfecto estado, recién pintadita y con sus cuatro ruedas nuevas, envuelta con un lazo azul.

No doy crédito a lo que ven mis ojos. Mi coche, mi amor. Siento a David detrás de mí y me da vergüenza mirarlo a la cara. Lo más seguro es que mi reacción fuera inmadura y precipitada, pero es que me dieron los cinco minutos de locura y, ahora, no sé cómo reaccionar ante él.

—Gracias, David—le susurro sin girarme a mirarlo.

—De nada, Sofía. Me gustaría poder hablar contigo.

—Lo siento, David. Perdóname por lo del coche.

—Tranquila, no es por eso. Dame un rato para que acabe de hacer unas cosas y te busco. Y, Sofía... perdóname tú por lo de tu coche.

Entonces me doy media vuelta y lo miro, le sonrío y le ofrezco mi mano.

—¿Amigos?—Él la estrecha y sonrío también.

—Amigos.

Sostiene mi mano algo más de la cuenta con una sonrisa que podría derretir el Ártico si se lo propusiera. Después, se gira y se va.

Al pasar por delante de Leire y sus amigas, noto cómo me inspeccionan de arriba abajo.

—Buenos días, chicas—saludo a las amigas de mi hermana, que están tomando el sol y babeando tras el rastro de testosterona de David.

—Buenos días—responden las niñas, todas menos mi hermana, que las observa con desaprobación.

—¿Por qué no te quedas un rato con nosotras?—me pregunta una chica rubia, que parece la Bella Durmiente.

—Gracias, pero no quiero molestar.

—¡Ay, qué pasada de pantalones! ¿De dónde son?—La miro sin entender si lo dice en serio o, simplemente, se está burlando de mí—. Son guapísimos, me encantan.

—Son de una tiendecita de aquí de Marbella, del centro.

—Oye, Sofía. ¿Por qué no nos llevas de compras mañana?

—Sí, sí—contestan las demás, en especial una chica morenita de pelo rojizo.

—Estás guapísima.

—Estáis de broma, ¿no?—les suelta Leire con su habitual cara de asco y desprecio hacia a mí.

—No, no lo estamos—le responde igual la Bella Durmiente (la llamo así porque no sé cómo se llama).

—Chicas, me encantaría quedarme un rato, pero tengo que guardar estas cosas y, en fin... —Aprieto mis labios y me fijo en Leire.

—Vente, vente un rato, porfiii—cacarean un poquito.

No comprendo la actitud de estas niñas con respecto a mí. No sé si son como Leire o chicas normales. Entro en casa, coloco las cosas y me pongo mi biquini preferido de topitos, con mi sombrerito de paja y mis gafas de sol negras, o como las llama mi madre... «las gafas de la Mosca Atómica».

Dejo sonar la música bien alta y llamo a la cocina de la casa grande, encargo un aperitivo, refrescos para las niñas y un Martini *cortito* para mí.

Tomo asiento al lado de ellas desde donde puedo mirar mi coche. Las miradas de odio de Leire hacia mí son constantes, al igual que las preguntas de sus amigas.

Me parece que, a estas chicas, les caigo bien. Se ríen y curiosean cosas de mi vida; se interesan por mí, como lo hizo Sergio. Y, la verdad, me estoy sintiendo muy bien con ellas. Nos reímos de las burradas que llegan a decir y, claro está, yo también me vengo arriba.

Me invitan a la fiesta y Leire se niega en rotundo. Eso crea algo de tensión, pero dura poco, porque aparece David en bañador, un bañador negro que se ajusta a sus caderas, nos sonríe y se lanza de cabeza al agua. Nada un buen rato y después apoya sus brazos y cara en el bordillo de la piscina.

—Sofía. —Tira de uno de mis pies—. Vente al agua.

—No, gracias, estoy tomando el sol—le contesto antes de darle un traguito a mi Martini.

—Por favor...

—¡Qué no! No seas *apretao*'.

—¿*Apretao*?—Se ríe.

—Sí, no seas pesado, David. No pienso bañarme, y menos, contigo. Lo veo salir de un impulso del agua y venir hacia mí.

—No, no serás capaz.

—¿Quién es la *apretá* ahora?—Se vuelve a reír de mí, cogiéndome en brazos. Todas las niñas se carcajean y le animan a que se tire al agua conmigo y, claro está, las obedece.

Una vez dentro del agua, sus manos van directas a mi culo. Sonríe como un canalla e intento apartarme de él, pero no lo permite, me retiene de las caderas y, a empujones, me acerca al lado donde están de las niñas. Me aprisiona contra la pared de la piscina y quedo atrapada por él. Una de sus manos me mantiene quietecita y la otra se pasea por mi cintura.

—¿Cómo lleváis la fiesta de esta noche, señoritas?

—Perfecta, todo preparado—responde Leire orgullosa.

—Va a ser todo un éxito, seguro—dice él sin dejar de acariciarme la barriga, y yo me quiero morir.

—Esta tarde vendrán a preparar el jardín. —En ese momento, alucino.

—¿A preparar qué?

No entiendo nada. ¿Para hacer cuatro bocadillos, abrir unas bolsas de patatas y aceitunas iba a venir gente? Me parece de locos.

—Sí, esta tarde vienen a adecentarlo, preparar mesas y un escenario. Por cierto, David, muchas gracias por el dinero. —Intento girarme y encararlo, pero él me retiene.

—De nada, Leire, pero no es a mí a quien tienes que dar las gracias, sino a tu hermana.

Ella no contesta, se le endurecen las facciones, se levanta, recoge sus cosas y anima a sus amigas a que la acompañen. Ellas la siguen, pero, antes de irse, se despiden de mí.

—Ya estamos solos—habla David, dándome la vuelta y poniéndonos cara a cara

—. Eres tan preciosa, Sofía... —Sus manos pasan de mi cuerpo a mi cara.

—David, para, no...

—No, ¿qué?

—No. —No puedo responder nada más porque su mirada me entenece. —¿Te parece, Sofi, que entremos en tu casa y hablemos como personas civilizadas? Quiero aclarar las cosas contigo, quiero que estemos bien.

—Está bien, David, ya te he pedido perdón; si tengo que volver hacerlo, te lo volveré pedir, pero...

—No es eso, cielo. —Ese «cielo» me deja *K.O.*

Vamos a la casa, él se sienta junto a la barra de la cocina y me ofrece el asiento de su lado, pero como no quiero estar demasiado cerca, me coloco frente a él.

—Quiero exponerte mi percepción de todo lo que nos rodea, Sofía. Quiero

decirte las cosas que provocas en mí, porque yo sé las que provoco en ti, y bueno...

—Sí, David; pero, a decir verdad, todavía no sé a qué te refieres.

—Me gustas, me gustas desde el primer día que te vi. —Eso me impacta.

—Yo pensé que no te gustaba nada de mí.

— Eso pensaba yo también, pero la realidad es otra, y es que de ti me gusta todo. No he querido verlo y he intentado poner distancias, incluso hacerte la vida imposible, pero no puedo. Te veo y necesito tocarte; me encanta tu boca, Sofía, sueño con ella, con tus ojos, con toda tú.

—El otro día me dijiste que no te gustaba nada de mí y querías que cambiara.

—Solo en unas cosas, en las cosas externas, Sofía. No sé lo que te habrá contado Sergio...

—¿Tu hermano?

—No es mi hermano. —Abro los ojos sorprendida.

—Os parecéis... — Ahora sí que estoy a punto de sufrir un ictus—. Él no me ha contado nada de nada. Es más, jamás habla de ti, y mucho menos, mal. Así que, si vas hacerlo tú, ahórratelo.

—No, no te voy hablar mal de él, solo quiero contarte, bueno... explicarte parte de mi vida y así comprenderás por qué quiero que cambies algunas cosas.

— Está bien, te escucho.

—Vengo de Barcelona; nací allí, Sofía. Mi madre llevaba muchos años trabajando como secretaria en uno de los astilleros de tu padre. Cuando yo tenía cinco años, mi padre murió y, tras una depresión de dos años, mi madre y yo nos mudamos a Granada. El primer verano que pase allí, mi madre conoció al padre de Sergio, que era amigo de tu padre, y se enamoraron. Ese señor también era viudo y tenía un hijo. Estuvieron unos años de relación y después, se casaron. Mi vida no fue fácil; al mudarme aquí, no tenía amigos, ni Sergio me hacía caso. Era un apestado bastardo. Fernando, el marido de mi madre, se dio cuenta desde un principio y me acogió y crió como a uno más, pero yo me encerré en mí mismo y me centré en mis estudios y educación. Conforme pasaron los años y al crecer, Sergio empezó a salir, a meterse en problemas y a ser un adolescente problemático. Cuanto más tiempo pasaba, yo me unía más a su padre y él se unía más a las fiestas, al derroche, al sexo y a las drogas. Él era uno más, en todos los aspectos, mientras que yo seguía siendo un bastardo. Nunca eran suficientes las

buenas notas, mis trabajos en verano y comportarme correctamente, nadie me miraba como a los demás.

—Lo siento mucho... —intento consolarlo.

— Antes de cumplir los diecisiete años—continúa su historia—, ya no quería salir de casa ni relacionarme con nadie; me maltrataban, se metían conmigo y hasta pegaban, Sofía. Cielo, no te cuento esto para darte pena, solo quiero que conozcas toda la verdad. —Respira profundamente—. Pero sí, Sofía, me daban palizas, y yo ni siquiera intentaba defenderme, simplemente dejaba que lo hicieran porque yo era el niño pobre, maleante y de mala familia—se detiene un momento—. Nadie en casa sabía nada, ni Sergio conocía las palizas que tenía que soportar, ni cómo nadie me hablaba o cómo me insultaban y decían que mi madre era una puta cazafortunas.

—Pero... ¿cómo no lo iba a saber Sergio?

— Porque, Sofía, él estaba con sus amigos de Marbella, de Málaga, de Cádiz... Él tenía miles de amigos y apenas venía por aquí. Cuando él estaba, yo no salía por no sufrir más humillaciones. Además, por esa época, él, digamos que... estaba todo el día colocado de...

—De drogas, ¿no?

—Sí—me responde serio.

— Sé lo que es, soy de barrio y tengo un hermano mayor.

—Bueno, pues uno de esos días en los que mi madre me obligó a salir de casa e irme con mis «amigos», esos que eran hijos de sus amigas, me dieron una soberana paliza. Me escondí en el jardín de casa y lloré como un crío, prometiéndome que acabaría mis estudios y me marcharía de este puto lugar, con una buena educación y dinero ahorrado, para empezar de cero. Esa noche, Sergio entró por la puerta de atrás de la casa y me encontró escondido, me miró y se dio cuenta de las marcas que tenía y, entonces, me obligó a contárselo todo a nuestros padres y después se fue. Dos días después, nos contaron que había ido, casa por casa, buscando a los que me habían dado la paliza y a punto estuvo de matarlos. Lo denunciaron, pero gracias al dinero de su padre, no entró en prisión. Los ataques cesaron un tiempo, más bien unos meses, hasta que él se fue a estudiar a Estados Unidos. Un día, no sé qué me pasó, pero me volví loco, Sofía; cuando intentaron volver a pegarme, los cables en mi cabeza hicieron «clic» y

exploté—resopla recordando—. Mandé a dos al hospital con traumatismos graves, y a los demás, los dejé marcados por mucho tiempo. Mamá me envió a estudiar a la universidad de Málaga. Volví el día que mi madre murió y tuve que hacerme cargo de muchas cosas, incluso cuando Fernando estaba enfermo y Sergio estaba recorriendo el mundo, porque a él, el mundo, la gente y su propio padre, siempre le dieron igual. —Pone los ojos en blanco y prosigue—. Prometí hacerme cargo de todo y no me quedó otra que madurar. Desde que volví, la gente me miraba de otra forma, ya me consideraban uno de ellos, pero para mí no eran absolutamente nada. Es por todo eso, Sofía, que quería que cambiaras, para evitarte ese sufrimiento.

—Puedo llegar a comprenderte, David, pero las únicas personas que a mí me han tratado de esa forma habéis sido Leire y tú.

—Lo siento, y te pido perdón.

—Sergio siempre ha visto dentro de mí mucho más que vosotros, de ahí nuestra amistad.

— Él siempre ha sido mejor que yo y, sin hacer nada, siempre le han querido más a él, incluida mi madre. Era el hijo perfecto y problemático, que tiene miles de amigos y al que todos quieren, pero él no se quiere a sí mismo.

—Bueno...

—Sofía, hasta tú le quieres más a él que a mí. Todos. Por mucho que yo intente mejorar, nunca podré ser él.

— Siento mucho todo lo que has pasado, pero necesito que me ayudes, no que me obligues, ni intentes mandar en mí ni me trates como si fuera escoria. Si deseas ser mi amigo, tienes que aprender que...

—No deseo ser tu amigo, Sofía, quiero ser más, quiero serlo todo para ti. Tú eres más de lo que siempre he soñado.

—David, yo... no soy lo que tú quieres. Es más...

—¿No estoy a la altura, Sofía?—me interrumpe.

—No es eso...

—Prefieres a Sergio, ¿verdad?—dice con claro gesto de derrota en su perfilada cara.

—No, con él jamás me he acostado, no vayas por ahí. No te equivoques, David.

—¿Entonces?

—¿Qué quieres exactamente de mí?—le pregunto sin rodeos.

—Te quiero a ti, conmigo. Juntos, Sofía.

— ¿¿Estás loco?! No nos conocemos, no sabemos nada el uno del otro, y... soy muy joven. No quiero tener relaciones, quiero disfrutar. Además, tú y yo somos muy diferentes, no encajamos y no lo haremos jamás.

—Me da igual—repone serio.

— Yo no quiero un novio, quiero vivir la vida—repongo, poniéndome en pie y rebuscando en mi bolso—. Mira, ¡si me voy a Ibiza con mis amigas!—Le enseño los billetes.

—Podemos tener una relación, de la forma que sea. Dime, Sofía, ¿sientes algo por mí?

— ¡Dios! —Esta conversación me está exasperando más de lo que puedo aguantar—. Pues no lo sé. Eres atractivo. Me gustas, sí; si no, no me habría acostado contigo, David, pero no creo que podamos tener nada más que una amistad.

—Piénsatelo, ¿vale?—Asiento con la cabeza, no puedo decirle otra cosa porque ni yo misma me entiendo—. Ahora, vamos a vestirnos, tenemos una fiesta que dar.

—No, yo no. Ni siquiera estoy invitada. Me quedaré aquí, intentando no molestar.

— No, ni se te ocurra—dice serio y viene en mi dirección, tira de mi asiento, me da la vuelta y se cuela entre mis piernas—. Toma el sitio que te pertenece, cielo. Voy a estar a tu lado. Coge las riendas, cógelas conmigo. —Sujeta mis manos entre las tuyas y me da un beso—. Dame solo cinco minutos, cielo—me pide antes de salir de casa, corriendo con una sonrisa en la cara.

Todavía no son las tres. Me queda una larga tarde y noche por delante. David me ha pedido cinco minutos, pero han pasado más de treinta. Mantengo la mirada perdida mientras pienso en las cosas que me ha contado Sergio. Puedo comprender su dolor y algunas de sus acciones, pero no puedo entender por qué tiene que hacer las cosas de ese modo, no entiendo las cosas que me quiere decir ni tampoco que quiera mantener una relación conmigo.

Esto es de locos, esta gente está grillada y, para colmo, empiezo a perder el

norte.

Se abre la puerta de la casa de par en par y entra David con la caja blanca del otro día.

—Quita ese gesto de la cara, por favor, Sofía, no es lo que crees.

—Ah, ¡¿no?!—Me cruzo de brazos y lo miro—. Esa es la caja que me quisiste dar el otro día para la cena, ¿verdad?

—Sí, lo es.

—¿Esa es la ropa que querías que me pusiera para no avergonzarte?

— No era porque me avergonzaras, Sofía, sino porque me hacía ilusión que te pusieras mi regalo. Lo compre yo mismo para ti, lo vi en una tienda y pensé que te quedaría precioso y el color realzaría tus ojos, tu boca... —Lo miro sin poder creerme sus palabras.

— ¿Lo dices de verdad? ¿Es enserio? Yo... —Claro que lo digo en serio, Sofía. Eres preciosa y con este vestido, lo único que pretendía la noche de la cena era lucirte. Quería llegar contigo de mi brazo y después llevarte a bailar. Pero, como siempre, la cagué.

La cara de tristeza que pone me hace sentir una pena tremenda. Voy hasta él, bordeando la isleta de la cocina, y lo abrazo. Lo abrazo fuerte, y él me lo devuelve. Pasamos así unos minutos hasta que nos miramos a los ojos, sonreímos y me fijo que, cuando lo hace, le salen unas arruguitas en los ojos que lo hacen muchísimo más guapo. Me pongo de puntillas e intento darle un beso tierno y casto en los labios tan bonitos que tiene, pero no llego, es realmente alto; así que, ante su mirada curiosa, no me queda otra que cogerle fuerte del pelo y acercarlo a mi boca.

Antes de que me bese, retrocedo un poquito y me muerdo el labio; después, soy yo quien lo besa. Un beso tierno e infantil, un beso cálido en sus labios que me sabe a gloria.

—Bueno, en ese caso, y sin que sirva de precedente, dame mi regalo. —Sonrío muy pícara y coqueta.

— Mmmm... Ahora, no sé—dice en tono disgustado. Abro los ojos y aprieto el morro y, como decía mi madre, se me pone cara de niña mala. Él estalla en carcajadas—. Dame otro...

—¿Beso?—le interrumpo.

—No, un abrazo. —¡Cómo negarme!

Se empeña en pedir la comida en la casa grande y que nos la sirvan. Mientras él hace y deshace por mi casa y se niega a enseñarme el vestido, yo me mantengo quieta en la ventana mirando la cantidad de gente que entra y sale de la casa y a los trabajadores en el jardín. Jardineros, camareros, señores inflando globos blancos, decoradores y demás personas, que no sé bien lo que están haciendo. Lo que sí que veo es una cabina de DJ igualita que la de las discotecas.

— No doy crédito a todo esto. No es necesario organizar esto para los cumpleaños de las niñas. Por el amor de Dios, mi madre preparaba bocadillos de Pan Bimbo, ganchitos, olivas y Coca-Cola en el terrado de mi casa y venían mis amigos —le digo asustada.

—Me lo puedo imaginar. Yo, hasta los siete años, lo celebraba así también. —Lo miro y le sonrío.

—¿Después, tus fiestas fueron de esta guisa?

— No, nunca más celebré mi cumpleaños, Sofía; hace muchos años que no lo celebro. —Eso me rompe el corazón. —Nadie se acuerda de cuándo es, solo Sergio. Pero aquí es normal, la gente de alta alcurnia los celebra así, sobre todo los quince y, muchísimo más, los dieciocho, que son las puestas de largo.

—Ah... Si dices que es normal, me callo.

Comemos tranquilamente en mi jardín, apartados de las miradas de los trabajadores y hablando de todo un poco. Me río mucho con él, no es tan estirado ni estúpido como yo creía.

La sobremesa se nos hace algo más larga de la cuenta, tanto que la empalmamos con la merienda; él se empeña en hacerme crepes de chocolate, que están buenísimos, y yo me dejo llevar por ese hombre que acabo de conocer.

Después de los crepes, me sorprende llevándome dentro de la casa y me da la caja del vestido.

Me pongo nerviosa y aplaudo. Parezco una niña pequeña, pero me hace tanta ilusión, no el regalo, sino el motivo por el que lo compró.

Al abrir la caja, me enamoro por completo del vestido. Es de seda de color vino, de caída hasta media caña y de tirantes muy finitos, casi como si fueran hilos.

Tiene un escote de vértigo por delante, pero el de la espalda todavía es más espectacular.

—Muchísimas gracias, David. Es perfecto, me encanta.

—¿De verdad te gusta?—Asiento—. En la caja queda algo más —comenta como si tal cosa, pero con alegría en su voz.

Dentro hay unas sandalias preciosas de altísimo tacón fino, de esos de aguja, en color plata. Tanto el vestido como las sandalias son de firma. Cómo no. —Cielo, busca bien dentro de la caja, todavía queda algo más.

— ¿Más?—digo sorprendida, pero miro dentro y, con tanto papel de seda, no había visto nada. Entonces encuentro un bonito bolso pequeño, plateado y plano, con una cadenita larga, a juego con los zapatos—. Muchísimas gracias, gracias por todo. ¡Pufff!, no sé qué decirte, solo que me encanta.

—Bueno... —Tuerce su boca a un lado y camina hasta mí—. Ahora sí que me darás el beso, ¿no?

—Puessss... no sé yo, ¿eh?—me hago la interesante.

—¿Esas tenemos, cielo?—Asiento.

Apoya sus manos sobre mis caderas y hace que me incline hacia atrás en el sofá.

—¿No me vas a dar un beso?—Niego con la cabeza, lo que le importa muy poco, ya que me besa como un loco.

## **15. La fiesta**

Consigo echar a David de mi casita, no sin antes acceder a ir con él, y con «ir con él» me refiero a ir cogidos de la mano y no despegarme de él en ningún momento. Es sumamente protector y algo maniático del control.

Voy hasta la nevera y me preparo un vaso de agua helada con unas rodajitas de limón. No puedo dejar de observar a los trabajadores del jardín. La verdad es que vaya fiesta está organizando la niña...

No quiero darle más vueltas a nada, así que dejo el vaso en el fregadero y voy a darme una ducha relajante, me espera una noche dura. Al menos, no estaré sola. Antes de meterme en el cuarto de baño, pongo música, quiero animarme un poco antes de entrar en el campo de batalla.

Mientras me enjabono el pelo, suena la canción de *Aire* de Antonio Orozco a todo trapo. Me tienen enamorada el solo de guitarra que tiene al principio y su voz. Mientras, canto a voz en grito.

Después de acabar mi eterna y fortificante ducha, me quedo envuelta en mi inmensa y suave toalla blanca, de estas tan gorditas que te dan ganas de rozarte y ronronear como los gatitos, pero aparece David detrás de mí, provocándome un susto de muerte.

—¡Pero bueno! ¡Joderrrr!—exclamo con un grito y cara de pánico incluida—. ¿Qué haces aquí?

—No sé... —dice frotándose la nuca y escondiendo una risita muy particular—. Me aburro, está todo el mundo corriendo de un lado para otro y me molestan, hacen ruido.

—Ah... —repongo al mismo tiempo que me pongo crema en las piernas. —¿Me puedo quedar?—Pone su cara de niño bueno y su sonrisa Profiden y, ¡halaaa!, yo accedo.

— Está bien, pero siéntate y estate quietecito, ¿entendido?—Asiente y sale del baño, dejando la puerta abierta y mirándome, al tiempo que se sienta—. Pero ponte la tele, *cansoso* el tío.

—No me gusta, prefiero mirarte. ¿Te incomoda?

—Más bien, me toca el... —Al ver sus ojos abiertos como platos, no me queda otra cosa que estallar en carcajadas—. Eres un zoquete. Iba a decir «las narices»—puntualizo.

—Ya, claro, no me lo creo.

—Haces bien—le contesto al tiempo que dejo caer la toalla al suelo y me quedo como la Pepi me trajo al mundo.

Sus ojos se abren y su primera reacción es venir a por mí. Yo, muy educadamente, levanto mi dedo acusador y se lo prohíbo. Se cruza de brazos y mira en el revistero.

—¿El periódico?

—En el bar, me supongo. —Sonrío mientras pongo a punto mi piel con las cremas. La verdad es que, por mucho que digan que no, las cremas buenas se notan.

Por fin, estoy casi lista. Me queda el último retoque en el pelo y acabo con esta tortura.

Al mirarme en el espejo, vuelvo a sorprenderme, porque me parezco a una actriz de esas antiguas. El color vino del vestido realza mis ojos, es verdad. El

maquillaje nuevo y los ojos pintados de color negro los hacen algo más grandes y rasgados, he jugado con las sombras negras ahumadas y he acabado con un arco para realzar la mirada. El colorete es sutil, entre ocre y melocotón, con un pintalabios vino, en mate y mucho rímel.

Las ondas en el pelo me hacen verme como esas mujeres de antaño y me gusta. Me veo guapa, sexy y muy mujer.

Salgo al comedor con los zapatos y el bolso en la mano, algo tímida (lo mismo estoy ridícula y no me doy cuenta), y la reacción de David me da miedo.

Está sentado en el sofá mirando un programa de deportes de aventura cuando le acaricio la nuca. Se vuelve para mirarme y, de un salto, se pone en pie. Yo retrocedo dos pasitos y aprieto el bolso, estoy nerviosa. Él no habla, no dice nada, solo me mira.

—¿No dices nada?—le pregunto con la vocecita de niña a punto de ponerme a temblar.

—No tengo palabras, nena, estás... tremendamente espectacular. —Se muerde el labio—. Estás... que... ¡Joder! Eres lo más bonito que he visto en mi puta vida. Dos palabrotas salidas de su boca en la misma frase... ¡Miedor!

Tengo que admitir que en mi mente la fiesta iba a ser como las que organizaba mi madre, cuatro bolsas de patatas y aceitunas, pero esto no se parece en nada; es una fiesta de alto copete, casi se puede decir que parece una boda. Mesas con manteles blancos, sillas con lazos rosas, globos gigantes rosa palo y un sinfín de cosas similares. La comida está servida por un catering con camareros y camareras vestidos para la ocasión. Al fondo del jardín, se encuentra una orquesta amenizando la velada y por la improvisada pista de baile hay todo tipo de animadores, mimos, zancudos, etc.

¡Vaya!, lo nunca visto por mis ojos. Todavía no han llegado los invitados y estoy a punto de sufrir un microinfarto. El corazón me late de forma descontrolada y las manos me tiemblan. Intento mantener el porte como puedo, pero en realidad me siento muy poca cosa.

Noto mi teléfono vibrar en el bolso, pero no me da tiempo a responder cuando David tira de mí.

—Sofía, vamos a recibir a los invitados.

—Eso tendría que hacerlo Leire, ¿no?

—No—contesta de forma rotunda—. Ese es tu deber, tú eres su tutora, su hermana y la dueña de todo. Ahora tienes que ocupar tu lugar.

—¡Madre mía!—le suelto, tapándome la cara con las manos.

—Deja de hacer eso y compórtate. Relájate y controla esa boca, déjame hacer a mí y sígueme.

En realidad, no me gusta nada de lo que me ha dicho, pero prefiero callarme y hacerle caso ya encontraré el momento oportuno para dejarle las cosas claritas.

Decido tomar la iniciativa y encaminarme hasta el *hall* de la casa. David se coloca a mi lado y me sitúa a su izquierda con un movimiento ágil de sus manos en mi cintura. Mi mirada de reojo, con la que le perdono la vida, le hace sonreír, lo que me enfada aún más, porque no entiendo su actitud ni sus cambios. No hace más de veinte minutos, estábamos perfectamente y sentía que me aceptaba tal y como soy, y ahora puedo notar su nerviosismo y cómo se avergüenza de mí.

Prefiero dejar todos esos pensamientos a un lado y centrarme en atender a los invitados.

David se mantiene a mi lado haciendo las presentaciones oportunas. Da la sensación de que, además del cumpleaños de mi hermana pequeña, es mi presentación en sociedad. Lo que me sorprende gratamente es la reacción de los invitados; no son fríos ni distantes, sino todo lo contrario. No me siento incómoda en ningún momento.

La decoradora de la fiesta está organizando los montones de regalos en una mesa destinada para ello. Me parece escandaloso la cantidad de regalos que va a recibir, pero supongo que será lo normal. Miedo me da su reacción cuando vea los míos.

No hay rastro de Leire, cosa que me sorprende muchísimo. Mantengo la calma y estoy charlando entretenida con los invitados cuando veo venir a Marivi, vestida para la ocasión y con la cara desfigurada, más bien, cara de pánico.

—Señora, por favor, acompáñeme dentro. —Son las únicas palabras que puede decir.

Camino detrás de ella a paso rápido y, una vez dentro, me sobresaltan los gritos de Leire.

—Pero ¿qué pasa aquí?—digo sin entender absolutamente nada.

—Su... su hermana... ha tenido problemas con la peluquera y... —Marivi pone

los ojos en blanco y hace un gesto con sus manos como si no entendiera nada.

De lejos, escucho la voz de David, que trueno por toda la casa, y me dirijo a la entrada principal. Al llegar a los pies de la escalera, veo como David está intentando tranquilizar a la estilista.

Recojo mi vestido con una mano y subo por la escalera. Al acercarme a ellos, David alza una de sus manos advirtiéndome que no me acerque a ellos, como si quisiera que me mantuviera al margen.

Todo se escapa a mi control. Aparto su mano de un manotazo y, por primera vez, soy yo, con mi mal genio, la que toma las riendas del asunto.

—¿Me podría explicar alguien qué narices pasa aquí?—Mi cara debe de ser un poema, porque los dos abren los ojos y me dedican toda su atención.

La chica, muy nerviosa, intenta explicarme la situación, pero la verdad es que los nervios y temblores no la dejan. Estoy intentando tranquilizarla cuando David pretende llevar, de nuevo, el control de la situación.

— ¡Que te calles!—digo con cara de lunática. Ahora sí que me ha tocado la peineta, como decía mi madre. Antes de que me rebatiera cualquier cosa, soy yo la que alza la mano para que pare—. David, ya, deja que esta muchacha se explique, por favor. Aquí no bailamos todos al son que queréis, por más dinero que tengáis, y, siendo una profesional como veo que es, me imagino que todo esto tendrá una explicación y, como tal, me gustaría escucharla. Así que haznos un favor y vete abajo a intentar aparentar que todo va bien, eso se te da fenomenal.

David sale disparado como alma que lleva el diablo por las escaleras y la muchacha se relaja, me sonrío y dos enormes lágrimas caen por sus mejillas.

—Señora...

—No, no, no, no... —Son mis palabras—. Llámame Sofi, creo que soy más joven que tú y lo de señora me ofende soberanamente. —Nos reímos las dos.

—Su hermana... —Hace una pausa.

—Ya sé cómo es, no hace falta que intentes decirme con buenas palabras lo repelente que puede ser esa niña.

— No quería decir eso, solo que llevo horas intentando hacerle un peinado a su gusto, pero nada está bien para ella. Quiere unas cosas que... no le favorecen, y las que sí, no están a su gusto. Yo no quiero causar problemas y, mucho menos,

perder mi empleo.

—Eso no va a pasar—repuse muy segura.

—Su hermana está muy enfadada y va a poner una queja... y yo... no puedo más.

Siento muchísima pena por la chica, porque parece derrotada. También da la sensación de que es muy sensata y trabajadora, y no me parece correcto que esta niña pueda hacer tanto daño con las palabras que salen de su boca.

Una vez soluciono el problema con la trabajadora y se marcha, me dirijo a la habitación de Leire. Nada más entrar, la veo como una fiera, llorando desconsolada y diciéndoles barbaridades a sus amigas.

—Fuera de aquí todos, ya—digo nada más abrir la puerta de la habitación.

Las amigas de mi hermana salen sin rechistar mientras Leire grita como una posesa; tiene el maquillaje esparcido por la cara y pelos de loca. La situación es tan cómica que estallo en carcajadas. «Contrólate, por Dios», me digo a mí misma, pero no puedo controlarme en absoluto. Los nervios me traicionan y mi saber estar está de fiesta.

Leire me mira atónita, con odio en sus ojos, pero yo no puedo dejar de reír. Y, cómo no, la puerta se abre de par en par. David me mira de arriba abajo y después a Leire.

—¡Dile que pare de reírse! —grita la niña.

David se mantiene en medio, mirándonos sin entender, pero no dice nada.

—¿Te molesta que me ría de ti? ¿Te molesta que me ría de esas pintas?—digo con algo más de rabia de la cuenta.

—¿Tú qué crees?

—Yo creo que... esto ya te está bien. Mírate al espejo, mira qué pinta tienes. No eres más que nadie, niña, espábilate de una vez.

—Pero ¿tú...?

— Pero yo, ¿qué, eh? Me río de ti, sí. Es que mírate, tienes la pinta de lo que eres, una niña mal criada que maltrata a la gente por no haber tenido una vida tan fácil como la tuya. Pues te aguantas. Y si no quieres que baje ahora mismo y cancele la fiesta, relaja ese tonito, pero ya—chasqueo los dedos como mi Peli.

—¡No te atreverás! —Por la mirada que le dedico, me imagino que se arrepiente

en el acto.

—Chicas. —David, como siempre, aparece queriendo arreglar el mundo, sin arreglarse él primero.

— David, me tienes hasta el mismo... —Cambio la palabrita final y me muerdo la lengua—. Déjame resolver los problemas de mi puñetera casa y los de mi mal educada hermana y cállate. La próxima vez que intentes quitarme el control, te hecho fuera, ¿estamos?

—Estamos...

— Y tú, ve al baño y lávate la cara y ese pelo. Una vez estés relajada, hablaremos. No pienso perder más mi tiempo con gente como vosotros que solo miráis vuestro propio culo. Tienes diez minutos para estar presentable.

—¿Y estos pelos?, ¿y esta cara?

— La que tu madre te dio, niña. Ya te he dicho que te laves la cabeza y esa cara, que pareces un panda. Te relajas y, entonces, te ayudaré. Pero una cosa te digo, no voy a soportar ni una sola mala palabra ni un mal gesto de tu parte, sino, paro todo este circo. Diez minutos o lo cancelo todo, todo este paripé.

Con las mismas, salgo dirección a la fiesta y aviso que Leire estará en seguida con nosotros, aunque la gente se lo está pasando bien y no se enteran de nada. Al pasar una de las camareras, cojo una copa de cóctel para adultos de una de las bandejas y, prácticamente, me lo bebo de un trago. «Pos' vaya, que está buenísimo».

Las amigas de mi hermana me piden permiso para ir a la habitación y, por supuesto, les digo que sí; esa pequeña arpía necesitaba un escarmiento, pero también entiendo que sus amigas la calmarán un poco.

A los diez minutos exactos, vuelvo a subir hasta su habitación y en la puerta, como un guardaespaldas, está David.

— Sofía, ¿podemos hablar?

—Pues no, chato, me tienes harta. O te comportas conmigo como en mi casa cuando estamos solos, o ya te puedes ir a la misma mierda—le suelto, así sin más, y me quedo más ancha que larga—. Apártate, necesito ver a la niña de la curva.

Al entrar en la habitación, se hace un silencio sepulcral. Leire está sentada en los pies de la cama, con la carita triste y sus amigas alrededor. Entonces, comprendo que es solo una niña y que los verdaderos responsables son sus padres; ella, en el fondo, no tiene la culpa, por mucha maldad que pueda tener.

— Chicas, ¿nos dejáis solas?, tengo que hablar con mi hermana, y bueno... intentar dejarla decente, ¿no?—Les guiño un ojo. Todas me dedican una sonrisa al salir de la habitación.

—Sofía, siento mucho todo esto, es que...

— Leire, lo de hoy no tiene justificación. Te has pasado tres pueblos. Y lo primero que tienes que entender es que no puedes jugar con el trabajo de las personas, ¿entiendes? Eso no está bonito. —La última frase le hace sonreír—. ¡Anda, ven!—Tiro de ella hasta su baño—. Siéntate.

Mientras le arreglo el pelo, intento explicarle lo difícil que es la vida cuando no eres rico, cuando tienes que ganarte el dinero trabajando y es imposible llegar a final de mes. Ella me mira atentamente y asiente.

— No todos hemos tenido una vida tan acomodada como tú. Yo misma dejé de estudiar con quince años para ponerme a trabajar, porque mi madre necesitaba ayuda. No teníamos para comer, Leire, ni un euro para el pan. No sabes lo que es eso, ni lo sabrás, pero es muy duro. Yo tengo hermanos pequeños...

—Me tienes a mí.—Le brillan los ojos, está a punto de llorar al escucharme decir eso.

— A ti y a dos más pequeños, a los que les he cambiado los pañales, dado de comer y dormido. Y a mí no me importaba no cenar una noche, Leire, pero que ellos no cenaran, me dolía en el alma. He tenido que pedir dinero a amigas, a vecinas e incluso a profesores, para poder comprar pan y mortadela o chorizo para cenar.—Sus ojos se abren como platos—. La vida no es fácil.

— Pero papá...

—Papá, ¿qué? Yo no he tenido un padre, sino una madre con los ovarios suficientes para sacarnos adelante, trabajando de sol a sol. Una madre a la que amo más que a mí, porque nunca nos ha puesto mala cara. Esa que me tenía escondida una de mis muñecas preferidas unos meses antes de Navidad y les hacía los vestiditos a mano. —Sonrío al recordarlo. Mi madre no tenía dinero

para una muñeca nueva, pero el Día de Reyes, mi muñeca tenía ropita—. Siempre hace lo imposible y aguanta humillaciones, como la chica de hoy, para traer pan a casa.—Mientras la peino, veo temblar su labio—. No te cuento todo esto para hacerte sentir mal, solo quiero que comprendas... que la vida da muchas vueltas, y que todos somos iguales.

Al final, no hay regañina. La charla es suficiente, ella ha entendido a la perfección todo lo que he querido decir y... veo en sus ojos que está arrepentida de corazón. Por fin, he hecho algo bien.

Después de peinarla y maquillarla, la veo tan bonita, con su moño de bailarina, tan fina y delicada, que no puedo reprimir un abrazo ni besar su cara, y, para mi sorpresa, se lanza a mi cuello.

— Gracias, hermana, gracias. —Se da la vuelta y se mira en el espejo—. Me encanta, Sofía, de verdad. Es perfecto. Tú lo eres. —Mira su vestido y gira sobre sus

aquí, por aceptarme como soy, hacerte pasos—. Gracias por todo, por estar responsable de mí... —Muerde su labio.

—Bueno, ya está bien. Tenemos una fiesta que dar, pequeña dictadora. —Nos reímos juntas.

—¡Te has pasado!—dice con los ojos abiertos.

—Chi, pero te has reído.

La dejo sola unos momentos y bajo para recibirla con los demás.

David, en cuanto me ve, viene en mi dirección.

— ¿Dónde has enterrado su cuerpo?—Una gracia de él en estos momentos, podría hacerme cabrear... pero no, solamente le hago una peineta—. ¡Sofía, por Dios!— Paso por su lado sin hacerle caso. El que quiera estar a mi lado tiene que merecérselo. Ya estoy cansada de su actitud amargada.

— Sácate el palo del culo y déjame tranquila—le susurro al oído al pasar. Sus ojos se abren y provocho la risa de unos hombres que tenemos alrededor... Vale, no lo he susurrado, lo he dicho a voz en grito, pero es que ya me da igual todo.

Leire hace una aparición sorprendente. No malinterpretéis, no aparece en globo ni nada de eso, aunque tampoco me hubiera extrañado, sino que aparece solita, con la cabeza en alto, pero sin tiranía, con una sonrisa sincera en su rostro y tan sencilla que la gente hasta se sorprende. Saluda a los invitados y camina hasta

mí, buscando mi refugio y mi protección. Entiendo que, con esa actitud, se siente más vulnerable que nunca. David no aparta la vista de ella, no logra entender su cambio y, la verdad, yo tampoco.

Sus amigas y amigos la arropan enseguida y comienza la fiesta. Camino entre la gente y estoy tomando una copa cuando una señora se acerca a mí.

—Soy Marga—dice muy amablemente.

—Encantada. Yo, Sofía.

—Te felicito, Sofía. —Mi nombre lo acompaña con una sonrisa.

—Ah, sí. La fiesta...

—No, el gran trabajo que estás haciendo con tu hermana. Está muy diferente, le has venido muy bien. Creo que es lo único bueno que ha podido hacer tu padre por vosotras.

Me deja sin palabras. Esta mujer me ha sorprendido muchísimo, pero, desde que estoy aquí, es la única que lo ha hecho para bien. Hablamos durante un buen rato. A nosotras se unen más personas, todas simpáticas y agradables.

Puedo decir que me ha aceptado en su círculo al momento; tienen dinero, sí, pero no son tiranos... Mientras rio y charlo, comienzo a sentirme extraña; noto una sensación paranoide, como si alguien o algo me estuviera observando. Miro a mi alrededor, dejando solos a mis acompañantes durante unos segundos, pero vuelvo enseguida con una copa en la mano y mantengo la charla.

A los pocos minutos, vuelvo a tener esa sensación, pero esta vez sé desde donde me están mirando; lo noto, aunque no sé explicar el qué, pero mis pies se encaminan al fondo del jardín, detrás de mi casa. A mitad del camino, aparece Leire con unas amigas.

—Sofía—dice mi hermana, corriendo en mi dirección—. Espera.

—Dime. —Giro y la miro—. Dime, Leire.

—Quería presentarte a unas compañeras de clase. Más bien, me han obligado. — Las chicas se sonrojan y me saludan.

—Chicas, esta es mi hermana Sofía. —Noto orgullo en su voz.

—¡Cómo mola tu hermana!—dice una.

—Sí, lo cierto es que mola mucho. Es perfecta.

—Ainssss, ¿qué quieres ya?—Me rio.

—Nada, solo que me gustaría que vinieras a picar algo con mis amigos; quiero que te conozcan, ya que mis tres amigas se pasan el día hablando de ti.

—Vamos.

Lo cierto que las palabras de Leire me han cogido desprevenida. Me gusta que no se avergüence de mí, que me trate como una hermana... o, más bien, como una amiga. Como ella quiera, pero bien.

Tengo que decir que, con mi hermana y sus amigos, me río muchísimo, comemos y bailamos. La gente está animada y la fiesta resulta ser muy divertida, Leire no deja de agradecerme todo el rato.

Todo está siendo un exito y, sobre todo, me gusta ver que la gente me acepta como soy, que no me miran al dedillo y que todo sea tan normal. Después de dejar a Leire con sus amigos, me dedico a hablar con toda persona que se cruza en mi camino hasta que vuelve a sorprenderme esa sensación, aunque esta vez es más fuerte, y siento esa atracción justo en el mismo sitio que antes. Y, sin prestarle atención a la gente, voy directa a la atracción que tira de mí. No sé qué es lo que me atrae, pero me resulta familiar y me provoca una sonrisa.

## **16. Si túme miras...**

Sigo la dirección que mi propio instinto me dicta y, la verdad, me parece estar en una nube; mis pies van solos y yo estoy inquieta. Al girar y pasar por el caminito de piedras de detrás de mi casa, veo una sombra, que me resulta familiar, meterse detrás de uno de los grandes árboles de cerezo, y esa sombra me parece la de Sergio. Le llamo en un susurro, pero no sale.

Me acerco un poquito más, con cautela, y me decido a buscarlo entre los árboles. Sé que es él, estoy segura. Conforme lo busco y entro en su juego, siento un pellizco en el estómago. Este pellizco es un mal presagio; me ha pasado muchísimas veces y, después, algo siempre sale mal.

¿Y si es Sergio realmente? Le tendré que contar lo sucedido con David y esa especie de relación sexual que mantenemos. «¡Madre mía!, ¡¿cómo narices se lo va a tomar?!». Este pensamiento se mete en mi cabeza y me causa pánico. ¿Cómo se lo voy a contar? ¿Cómo se reaccionará? Por una parte, creo que le dará igual; somos amigos, él siempre me ha visto como una amiga o, incluso, como a una hermana, sobreprotegiéndome. Lo aceptará y no cambiará nada. Me intento autoconvencer, pero lo cierto es que el pellizco aumenta conforme lo pienso. Mis pies se detienen justo entre dos árboles; desde donde estoy, veo perfectamente su silueta apoyada en uno de ellos. Tiene los brazos apoyados en

las caderas, esperándome, pero yo me mantengo estática observándolo. Incluso en la oscuridad y sin verlo, puedo darme cuenta de lo atractivo que es, con esa pinta chulesca y sus aires desenfadados.

—Vamos, princesa, acércate —pronuncia esas palabras y mi cuerpo tiembla. No sé si por las ganas de ver a mi amigo o porque, en realidad, para mí es algo más.

Camino hacia él hasta quedar a escasos pasos y entonces, al verlo, no puedo reprimirme más y corro hasta aplastarlo con mi cuerpo. Lo abrazo fuerte, colgándome de su cuello, y enseguida noto sus fuertes brazos a mi alrededor; me siento tan pequeña entre ellos... Su olor me invade entera y suspiro.

—¡Cuánto te he echado de menos!—Son las únicas palabras que consigo decir.

Mi cara encaja entre su cuello y sus brazos y descubro que es el sitio perfecto para mí. Mis labios rozan la piel de su cuello y noto como se le corta la respiración; su piel reacciona a mí, erizándose, y creo que lo escucho ronronear.

—Yo, muchísimo más, nena.

—Mentiroso. —Me río. Cuando él quiere, puede ser muy zalamero.

Sus manos van directas a mi cara y me sostiene la mirada fijamente cuando nuestros ojos se encuentran y nuestras narices están a escasos milímetros.

—Estás más preciosa que cuando me fui. No te recordaba tan bonita, tan perfecta.

—Pero bueno... —exclamo divertida e intento apartar mi cara y abrazarlo más, pero me lo impide, manteniéndonos en la misma posición. Solamente nos miramos. A decir verdad, nos miramos mucho.

—Estás cambiada, Sofía.

— ¿Lo dices por el vestido?—Asiente con la cabeza y noto en sus ojos algo de tristeza.

—Yo no quiero que cambies, nena; para mí, eres perfecta tal y como eres.

—Sigo siendo la misma, Sergio, solo que, por la fiesta y por Leire, hoy he tenido que... bueno... ponerme algo más decente para la ocasión.

— Eso es una soberana tontería, tú estás preciosa siempre, con tus tejanos rotos y tus camisetas de topes, con tus colas y tus vestidos marineros, con tus bambitas y tus pulseras.

—¡Es que te quiero comer! —Nos reímos los dos—. Sabes que te adoro, ¿verdad?

—¿Sabes que te adoro yo también?

—Chi, me adoras porque soy muy bonita, y lo sabes.

Sus ojos me están inspeccionando, sus manos acarician mi cara y es la primera vez en estos meses de relación que no noto que me mire como a una amiga o hermana, hay algo más. Nuevamente, el pellizco se apodera de mí.

—Sergio, yo...

—Tú, ¿qué? —Me acaricia la cara con su nariz, al tiempo que respira profundamente—. Dime, nena, tú, ¿qué? —me habla y se muestra como si estuviera hipnotizado.

—Yo, yo tengo que... Dios mío, no sé cómo empezar.

Por suerte para mí, llega la hora de los regalos, que es anunciada a bombo y platillo por el vocalista de la orquesta. Me pilla por sorpresa y me sobresalto.

—Vamos, corre.

—Sin prisas, hasta que no estés tú, no van a empezar.

Y, sin previo aviso, acerca sus labios a los míos. No me besa, solo tantea la situación. No me muevo ni respiro, pero tampoco me aparto. Deseo ese beso, pero no llega hasta minutos después, que deja en mis labios uno tierno y corto, en el que me saborea.

«¿Un beso sin lengua?—me pregunto a mí misma—, ¡qué poco le pega ser tan romántico!». Tira de mi mano y caminamos los dos hasta donde está la fiesta.

A pocos metros de llegar donde está la gente, se para y me mira.

—Dejamos esto para después, sé que tenemos una conversación pendiente los dos, pero quiero que sepas que si tú me miras...

—¿Qué haces aquí?!—Trona la voz de David, que se mantiene en una posición de defensa delante nuestro y su mirada fija en nuestras manos entrelazadas.

—¿Tuvo que correr, hermanito?—Lo deja atrás mientras tira de mí.

—No me dejes con la palabra en la boca, Sergio, no quiero que toques a Sofía y menos delante de la gente. Suéltala ahora mismo.

— Eso lo tendrá que decidir ella y, por lo que veo... —Muestra nuestras manos en alto—. Ella no quiere soltarme. Corre, ve a pavonearte delante de tus invitados y déjanos tranquilos.

—Chicos, parad, no sé qué se os pasa por la cabeza ahora para esta demostración de testosterona barata, pero es la fiesta de Leire.

Me suelto de Sergio y me integro entre los invitados. Las manos de Leire tiran de mí, y me posiciono a su lado.

—Vamos, Sofía, te necesito a mi lado. —Su cara de felicidad es para mí uno de los mayores regalos que puede hacerme. Se detiene y me mira—. Quiero pedirte una cosa y sé que no me la vas a negar.

—Miedo me das, Leire... Hoy estoy algo nerviosa, ten piedad. —Le sonrío con ternura y algo de miedo, que es muy bonita, pero está endemoniá’.

—Quiero ir a tu casa, quiero conocer a tu madre y a tus hermanos y, bueno... ¿por qué no?, que me conozcan ellos a mí.

—¿Lo dices de verdad?

—Claro que sí.

—Pues cuanto tú quieras, porque yo tengo ganas de verlos. Te prometo que iremos, pero ahora es tu momento, cielo. Vamos abrir esos regalos...

Una mesa grandiosa con un mantel blanco y unas margaritas bordadas se encuentra repleta de regalos de todas las medidas y con envolturas preciosas, por lo que da pena abrirlos. Leire comienza por los más grandes y, como a una niña pequeña, se le ilumina la cara con cada uno de ellos. Desde bolsos y complementos varios, hasta pinturas y cremas, viajes y muchísimas cosas más. Lo que más me sorprende son los paquetes de acciones de David.

No puede ser más sieso el tío. Lo miro con desaprobación y él levanta los hombros, como diciendo «¡¿y qué más quieres?!». Cuando el momento regalos termina, Sergio llama la atención de todos, acercándose a Leire y levantándola en el aire en un abrazo. Leire besa su cara como si de un hermano mayor se tratase. Lo que no me esperaba es que Sergio le diera, como regalo, unos zapatos preciosos de firma y se arrodillase para ponérselos.

—Ahora, ya eres toda una mujercita—le dice, besando su mano.

Leire estalla en llanto y solo puedo consolarla. Ha sido una experiencia muy bonita para las dos.

David aprieta la mandíbula y lo mira con odio. Todavía no comprendo las dos versiones de ese hombre; de dulce y atento, pasa a convertirse en un ser despreciable al momento. Me provoca rechazo y no puedo ocultarlo. Con las

mismas, se va y nos deja solos en la fiesta.

En esos momentos, la música cambia de forma radical y, lo que antes amenizaba la cena y el ambiente, se convierte en una locura. Los más jóvenes de la fiesta andan como locos y, cómo no, los mayores entienden que es el momento de retirarse. Sergio me acompaña a despedir a los invitados y, mientras nos despedimos de los asistentes, él no deja de mirarme. Los nervios se adueñan de mí en ese instante, porque sé que la charla que tenemos pendiente se acerca y, habiendo visto su mirada, siento temor a su reacción, a perderlo.

Sergio tira de mí una vez se han marchado los invitados y me lleva, como un relámpago, al centro de la pista de baile. Bailamos y reímos con sus payasadas y me olvido por completo de la fiesta, de David y de los días malos. Solamente, disfruto de él. Aunque, esta vez, es muy diferente. Nuestra atracción es mayor, nuestros cuerpos se acompañan mientras bailamos y en mi mente solo hay una cosa: si sería igual en la cama, si nos adaptaríamos tan bien.

No queremos darnos cuenta de nada a nuestro alrededor durante mucho tiempo. No sé qué ha podido pasar, a decir verdad. Me duele el cuerpo de bailar y reír, y cuando le pido a Sergio sentarnos un rato, soy consciente de que estamos completamente solos.

Miro en todas las direcciones y no hay ni un alma, solamente nosotros y la música que toca la banda.

—Estamos solos —exclamo alucinada.

—Hace mucho rato, princesa.

Camina hasta mí como el malo de las películas y pasa una de sus manos por mis caderas, me acerca a él y, con la otra, coge de la mesa una copa, bebe y se refresca los labios después con la lengua. Me la ofrece y me la tomo sin respirar.

Él se acerca a mí, pero no se atreve a besarme, pero yo noto que quiere hacerlo.

—No he sido consciente de nada. Me lo he pasado de lujo desde que has aparecido.

—¿Sí? ¿Querías verme?

—Más que a nada en el mundo. —Me alzo de puntillas y beso su mentón—. Me has alegrado la noche.

—Cuando he llegado y te he visto, me he asustado al verte tan cambiada, tan distinta, pero tan tú, que solo he podido esconderme para mirarte.

—Te he notado, he sentido tu presencia.

—Lo sé, te he visto mirar en todas direcciones, sabía que me buscabas.

—No sabría describirte la sensación que he tenido, pero notaba tus ojos en mí, por eso he ido en tu busca.

Sin darme cuenta de nada, me acerco más a él, apoyo mi cabeza en su pecho y respiro su aroma otra vez.

—Sofía, quiero tener una conversación contigo, quiero explicarte ciertas cosas de mí y después, contarte lo que siento, abrirme a ti.

—También necesito explicarte ciertas cosas, Sergio, y espero que podamos llegar a un buen entendimiento.

— Seguro que sí. Nos queremos, pequeña. Pero creo que será mejor que, de esto, hablemos mañana tranquilamente. Deduzco que vamos a tener nuestros más y nuestros menos, y mejor hacerlo sin copas de más.

—Sí, yo también lo creo.

Esta noche, al acostarme sola en mi cama, me cuesta muchísimo conciliar el sueño. David y Sergio, dos hombres tan distintos y a la vez tan iguales. Yo, en medio de ellos y en una vida que no es mía, que no me pertenece, entre dos hombres, casi hermanos, que se odian. ¿Por qué la vida tiene que ser tan complicada? ¿Por qué tengo que verme yo entre ellos?

Una idea me hace ver la luz. Lo mejor sería quedarme sin ninguno de los dos, ser clara y sincera y comprender yo sola que, en realidad, no estoy enamorada de ninguno de los dos, que es solo una atracción que me lleva hacia ellos, pero que no es amor en absoluto. Mejor centrarme en mí, en mi nueva vida, en mi familia y amigos y, cómo no, en Leire, que me necesita más de lo que imaginé en un principio.

Con esos pensamientos, me duermo y caigo en un sueño profundo.

## **17. Calma total**

Despierto con una energía sobrenatural; tengo ganas hasta de correr, saltar y gritar. Tanta euforia en mí me da miedito. Normalmente, me cuesta la misma vida despertarme y tengo que reptar desde la habitación al baño, pero hoy no.

«¿Qué narices me pasa?!», me pregunto a mí misma mientras me preparo el desayuno y ventilo la casa. «¡Dios, estoy de manicomio!».

Entonces me llama Sandra y yo a Susana, para una llamada a tres.

—Chicas, queda menos de una semana para nuestro viaje. ¡Qué ganas tengo! ¿Vosotras no?

—Nos lo vamos a pasar de lujo.—Se ríe Sandra al escuchar a Susana.

—Ya ves, tía, pedazo de hotel. —Nos reímos todas—. Cómo se nota la pasta, ja'puta.

—Chi. Para ser mi primer viaje, no está mal, ¿no?

—¿Qué tal la fiesta?—me preguntan a la vez con algo de temor.

—Vamos, ni yo me lo creo. Fenomenal. Por fin me llevo bien con mi hermana y creo...

—¿Qué? —sueltan las dos al unísono.

—Si os calláis, os cuento todo.

Mientras les relato la fiesta y la noche, ellas se mantienen calladas y alucinadas.

—Nos alegramos muchísimo por ti, ¿ves que solo tenían que conocerte para quererte?

—Eso es cierto, Sofi, es normal que, hasta que no te conocieran...

—Bueno, lo mismo tenéis razón y lo he dramatizado mucho, pero es que lo he pasado muy mal.

—Pero ya pasó—dice Sandra, que es muy optimista.

—En fin. Tenéis razón, chicas, ayer apareció Sergio y... —dejo caer como si tal cosa. —Eh, ¿hola? ¡Muero de amor!—La voz de Susana al otro lado me hace sonreír.

—¿Te has podido despegar las bragas esta mañana?—dice Sandra.

—¿Puede ser más verdad y no morir?—le contesto muerta de la risa.

—Sí, creo que sí. Pregúntale a tu hermano Felipe.

—¡Ahhh!—Un grito ahogado sale de dentro de mí—. Castigada sin amiga unos minutos. —Le cuelgo y, Susana y yo nos morimos de risa.

—Sabes que ahora nos insultará durante diez minutos, ¿no?

—Chi. Me encanta. Tía, es mi hermano.

—Ya, ya... —Susana se ríe, mientras que Sandra nos llama a las dos, desesperada—. Tía, siempre nos castigas sin amiga.

—Dime una cosita, Su, y se sincera, ¿vale?

—Siempre.

—¿Me echáis de menos?

—Sofía, muchísimo, cada día, a todas horas. Cuando salimos del cole o del trabajo y no te vemos en el Café.

Para que me entendáis, el Café es una cafetería monísima de nuestro barrio donde quedamos todas las amigas por las tardes para tomar café o cenar alguna noche. Bueno... también desayunamos. Vamos, que, si me pierdo, me podéis

encontrar en el Café, seguro.

—¿De verdad?—pregunto mimosa.

—Muchísimo. No seas empalagosa, nena, y cógele el teléf...

—Vaaaleee... —alargo la palabra y comienzo la llamada a tres.

Mientras Sandra nos insulta y clama al cielo y a todos los santos para que nos salgan celulitis y patas de gallos, Su y yo nos reímos a carcajadas. Sandra se calla o muere, porque deja de hablar.

—Sandra, ¿estás bien?—pregunto asustada—. Susana, deja de reírte, que le ha dado un ictus.

—Cállate, cerda, que estoy bebiendo agua—dice Sandra, haciéndonos reír de nuevo, y continúa con los insultos.

Después de veinte minutos diciéndonos de todo, puedo acabar de contarles la noche con Sergio y mis escarceos amorosos con David.

—Bueno, ¿ahora qué hago?

El silencio sepulcral que mantienen las dos me alerta.

—¡¿Qué?! Decid algo, joder.

— -Aclárate primero. Vámonos de vacaciones, te despejas y te aclaras. Creo que es lo mejor, salir de esa casa, y así verás las cosas de otro modo. —La sabiduría y tranquilidad de Su, siempre presente.

—Aunque me joda darle la razón a esta, hoy se la tengo que quedar, cielo, será lo mejor... pero eres un poquito *cerdi*, nena, ¡¿eh...?! ¡Deja algo para las demás!

—Tía, no soy *cerdi*, es que las cosas han venido de esta forma.

—Ya, y ellos están muy buenos, ¿no?

—Chi, eso también. La culpa es de ellos.

Mientras hablo y desayuno con mis amigas, llaman a la puerta de casa.

—Chicas, perdonad un momento.

Al abrir, veo a Leire con su pijama y su almohada. Abro los ojos de par en par y le hago un gesto para que entre, y ella va directa al sofá y se espachurra en él.

—Ayuda—dice de lo más dramática mientras se hace un ovillo.

—Chicas, nos llamamos luego, acaba de entrar mi hermana como una gallina *espeluzná*'.

Tras despedirme de ellas, le pregunto a Leire si quiere desayunar y ella asiente. Le preparo unas tostadas con Nocilla y un batido de chocolate, y sus ojos hacen

chiribitas al verlo. Al verla sentada como un indio en mi sofá y con la cara manchada de chocolate, me dan ganas de comérmela.

—Sofía, ¿te apetece que pasemos el día juntas?

—Pues claro que sí, Leire. Eso no se pregunta, cielo.

—Perfecto, ¿qué podemos hacer?—La miro unos segundos y pienso.

—Podemos ir a la playa, a comer, a dar un paseo por el centro.

—¿Comprar ropa?—dice mientras aplaude.

—¿No tuviste bastante ayer?—Abro los ojos y la miro.

—No sé, unas compras de hermanas, ¿no?

—Bueno, sí, es algo que nunca hemos hecho...

—No hemos hecho nada juntas y creo que es buen momento para hacerlo todo y recuperar el tiempo perdido.

—Yo también—contesto emocionada—. Leire, me haces muy feliz.—Su sonrisa lo dice todo.

—Sofi, ¿sabes que en realidad nunca me he sentido tan querida por nadie hasta que has aparecido tú?

—¿Cómo?—Me coge desprevenida esa confesión

—Querida, de verdad, no tienes motivos para quererme y, aun así, lo haces; y lo haces porque quieres, no por obligación.

—Claro que te quiero, aunque estás viva porque no tengo ganas de ir a la cárcel.

—He sido una bruja, ¿verdad?

—Sí, y de las malas. Déjame ver. —Me acerco a ella y le cojo la cara con mis manos.

—¿Qué miras?

—¿Dónde tienes la verruga? —La beso en la cara.

Una vez preparadas para pasar el día juntas, vamos directas a mi coche. Decidimos ir a la playa para relajarnos un rato y poder hablar. El camino es entretenido, Leire mira mi coche y puedo ver que no le desagrada como en un principio me hizo ver.

Sus preguntas sobre mi vida y los chicos me hacen el camino más ameno. — Leire, vivimos en el puto fin del mundo, lo sabes, ¿no?

—Sip—dice sorprendida por mi vocabulario—. Sofi, se supone que me tienes que educar—me recuerda divertida.

— Bah... —Hago un gesto con mi mano—. He llegado tarde, eres una dictadora. La verdad es que tengo que educarte, sí... ¡Qué vergüenza, jooo!—Me río—. Es

que no me doy cuenta, ¿sabes?, pero tú haces bien en recordármelo.

—Está bien, pero me gusta que seas espontánea, me gusta cómo eres.

Una vez estamos tumbadas al sol en unas hamacas comodísimas, veo que los ojos de Leire me inspeccionan de arriba abajo.

—¿Qué miras?—le pregunto, levantando mi cabeza y subiéndome las gafas de sol.

—A ti, a la toalla de lunares rosa y a tu mini bikini negro. Lo cierto es que, te pongas lo que te pongas, te queda bien.

—¿Sí?, ¿tú crees?

En uno de esos momentos de confesiones de hermanas, veo a lo lejos a David, que está con gente en el chiringuito de la playa, rodeado de mujeres y hombres y, en el centro de todo, a su lado, hay una chica morena muy guapa y elegante, incluso para estar en la playa. Leire lo reconoce también y levanta la mano en señal de saludo y la mantiene en alto hasta que llama su atención. Él, al vernos, palidece de inmediato, y toma distancia con la muchacha morena, que se lo come con la mirada. Para mi sorpresa, no me molesta lo más mínimo que esa chica lo esté tocando y haciéndole todo tipo de carantoñas.

Lo cierto es que me da igual, cosa rara en mí, porque, aunque no soy una celosa empedernida, soy algo territorial. Lo veo acercarse a nosotras enfundado en su pantalón de traje y su camisa remangada, el sol le da en la cara y parece salido de un anuncio. Al llegar a nuestra altura, saluda a Leire con un beso en la mejilla. Después, se acerca a mí lentamente, me mira a los ojos, y soy yo la que lo besa en la cara, pillándolo desprevenido.

—¿Qué hacéis juntas?—nos pregunta curioso y entretenido con la situación.

—Cosas de hermanas—dice Leire con una sonrisa.

—¿Vais a estar mucho rato?

—Todo el día. Vamos a estar haciendo cosas de hermanas, ¿por?—Leire pasa a estar repelente con él. Eso es nuevo para mí.

—Por si queréis que me cambie y pase el día con vosotras. Se me ocurre... —Leire le corta.

—No, gracias, tú ve con tu amiguita, que mi hermana y yo estamos muy bien.

—Leire, ¿ese tonito a mí?

—A ti y a quien sea, David. No te dicho absolutamente nada; si te sientes atacado, lo mismo tienes que mirar dentro de ti. ¿Te sientes mal por algo?

Yo la miro sin dar crédito y él, algo enfadado; ella mantiene la cara de repelente

que se le da tan bien poner.

—Bueno, ya veo que no hago falta por aquí—dice, poniéndose en pie—. Sofía, me gustaría hablar unos minutos contigo.

—Ahora no, David, no es momento ni lugar.

—Entendido—suelta, enfadado, antes de irse.

—Pero bueno, Leire, ¿qué os ha pasado?—No entiendo nada de su reacción hacia él; ella lo adora.

— Nada, lo que pasa es que seré una cría, pero no tonta. He visto cómo él te mira, cómo te persigue y cómo tú le has dado muchas calabazas, pero sé que habéis tenido algo más. Y él, ayer, al ver a Sergio, se enfadó y se fue de la fiesta a buscar a esa morena con la que lleva años haciendo el capullo.

—Ah... No sabía nada de eso.

—En fin... Hombres.

—¿Qué sabrás tú?

—Sé poco,pero... no me fío de ninguno.

—Entonces, vas bien. Nunca debes fiarte de un hombre, y, mucho menos, si es tan guapo.

La mañana en la playa, la paellita en un restaurante del centro y las compras dan paso al atardecer, y un helado en una de las mejores heladerías de toda Marbella nos acaba de endulzar la tarde. Recibo una llamada de Sergio sobre las ocho de la tarde. Hasta este mismo momento, no me he acordado de él ni de David, pero respondo su llamada.

Me llama para que nos veamos y, al decirle que estoy con Leire, insiste muchísimo en llevarnos a cenar y a tomar algo. Claro está, nosotras, encantadas de la vida, decimos que sí.

En uno de esos momentos de locura transitorios míos y esas vomitonas de verborrea que me dan, le cuento todo a mi hermana pequeña, dejándola de pasta de boniato. Leire abre sus ojos azules y se eche las manos a la cabeza.

— No te rías, pequeña víbora, no sé quéhacer... Tengo un lío... —Muerdo mis labios en un gesto nervioso y reprimo las ganas de llorar—. Es un lío, pero creo que lo mejor es que deje pasar el tiempo y eso, ¿no?

—Yo creo que sí, que lo mejor es que nos vayamos las dos a Madrid unos días y que después te vayas a Ibiza, ya verás lo que hacer cuando vuelvas.

—¿Será lo mejor?

—Una pregunta. —Aprieta sus labios con nerviosismo y le da un sorbito a su vaso con agua—. Pero ¿quién te gusta de los dos?

—Me gustan los dos—contesto con total sinceridad, provocándole un ataque de tos al atragantarse.

—Eso no puede ser, ¿no?

—No sé...

No nos damos cuenta de que Sergio se planta delante de nosotras con su moto y sus tejanos ajustados, una camiseta negra ceñida y esa sonrisa de malo malote.

—¿Cómo están mis chicas?—nos saluda al tiempo que se baja de la moto.

—Ahora, muchísimo mejor—dice Leire, besándole la cara.

—Encantada de verte—le saludo, esquivando su mirada. Él, a su vez, me repasa entera.

—Estás preciosa. —Le da un pellizquito a mi cara y sonrío—. Bueno, ¿dónde tenéis el coche?

—Está en un parking dos calles más atrás.

—Jummmm, ¿queréis caminar o preferís ir en coche?

—Damos un paseo mejor.

Mientras los dos hablamos, Leire nos mira escondiendo una sonrisita y se mantiene en silencio, pero sin dejar de observarnos.

—Os voy a llevar a una de las mejores hamburgueserías de toda Marbella, nos vamos a poner redonditos.

—Por fin, comida decente. —Me relamo entera.

—¿Os apetece?

La cena es divertida. La charla entre Leire y Sergio sobre los posibles novios de mi hermana y los posibles asesinatos de Sergio son algo increíble. Ella, muerta de la risa, le intenta rebatir, pero los alegatos de Sergio no aceptan nada.

—Eres mi pequeña y ninguno se te va acercar sin antes hablar conmigo, ¿estamos? —Estas son las palabras con las que la discusión entre ambos se acaba.

Una vez dejamos a Leire en casa, le ofrezco venir a tomar una copa a casa.

## **18. Camino con mi verdad**

Caminamos en silencio el uno al lado del otro hacia mi casita del jardín. Miro la ventana de la habitación de David y tiene las luces encendidas. Seguramente, se asomará y nos verá. Es mejor entrar dentro de la casa, así tendremos más intimidad. «Por Dios, tengo que dejar de pensar con la parte baja de mi cuerpo y

empezar a hacerlo con la cabeza».

—Sergio, mejor pasamos dentro. —Lo miro directamente a los ojos, no me importa que note mis nervios.

—Claro, como tú quieras, princesa.

Intento buscar las llaves en el bolso, pero, de los nervios, no encuentro nada. Subo los dos escaloncitos y paro en la puerta, siento su cuerpo pegado al mío y cómo respira en mi nuca.

—A... abre —dice con la voz entrecortada.

Ese lamento en el tono de su voz me hace quedarme paralizada. ¡¿Cómo pueden pasarme estas cosas a mí?! Su cuerpo aprisiona el mío contra la puerta.

—¡Dios!

Introduzco la llave y empujo con todas mis fuerzas; intento dar un paso adelante, pero Sergio me retiene por la cintura. Acerca sus labios a mi cuello y susurra algo que no llego a entender, ya que un ruido de cristales rotos me saca de esa turbación que me produce Sergio.

Los dos giramos la cabeza en la misma dirección y vemos a David sentado en una de las sillas del jardín que están junto a mi casa. Me quedo muda en el acto. Noto cómo Sergio se tensa y sus músculos se contraen.

—¿Qué quieres ahora, David?—pregunta Sergio de malas formas, pero aparentando calma—. ¿Por qué no nos dejas en paz de una puta vez?

Observo cómo David se pone en pie y camina hacia nosotros. Sus pasos son relajados, pero sus ojos transmiten maldad y oscuridad absoluta. Siento pánico en este momento, los dos están enfrentados.

Se posiciona justo a nuestro lado y nos mira muy serio, con las manos metidas dentro de los bolsillos; su actitud es amenazante y dura. Mantiene su mirada fija en nosotros, pero no dice absolutamente nada. Lo peor de todo es que tenemos un comportamiento extrañamente relajado.

—Pasa dentro, cariño—me pide Sergio amablemente, invitándome a entrar, pero no reacciono.

—¿Cariño?—suelta David sarcásticamente—. Cariño, nena, princesa... Pídele que te cuente, hermano. —Una sonrisa chulesca y turbada aparece en su rostro.

Entro en casa y cierro la puerta sin mirar. No escucho nada de lo que están hablando, pero, en realidad, me da igual, pienso contarles la verdad de todo a los dos y macharme unos días. Necesito acabar esto que he empezado, porque sé que no llevará a nada bueno.

Una vez dentro, lo medito mejor; me tomo unos minutos para mí, para relajarme y recapacitar, pensar en algo, pero no soy capaz. Me sirvo un vaso de agua y decido salir en busca de esos dos que me están volviendo loca, quiero acabar con esto lo antes posible.

Abro la puerta, pero no los veo y me extraño. Miro en todas direcciones y encuentro a David sentado en el mismo sitio de antes.

— No lo busques, se ha ido. Tu amor, tu amigo, se ha largado cuando ha sabido que nosotros nos hemos acostado. Pensé que habías sido totalmente sincera con él, ya que conmigo no. ¿Qué eres, Sofía? Eh, ¡dime! Eres una... —No acaba la frase y me mira.

—Suéltalo. Acaba lo que ibas a decir, no te calles, David. Una puta... ¿Eso es lo que soy para ti?

—No sé, respóndeme tú. ¿Lo eres?

Me acerco a él y tomo asiento a su lado, me mantengo calmada y con la expresión fría, decidida a dejarle las cosas claras.

—No, no lo soy. Soy una chica normal de diecinueve años que se he dejado embaucar por ti, aun habiéndome insultado y tratándome como lo has hecho.

—¿Qué tienes con él?

— No tenemos nada, ya te lo he explicado muchas veces; eres muy cansino, David. Todo no es blanco o negro, en ocasiones las cosas pueden ser grises... — Suspira, me exaspera como nadie en el mundo—. ¿Por qué tienes que ser siempre de esta forma? Nos alejas, ¿no lo ves?

—No me mientas ni me toques los cojones, Sofía. Todo tiene un límite y tú lo estás sobrepasando con tus mentiras.

— No te he mentado nunca, David, no hay nada. Él se fue y no pasó nada, vino ayer y creo que la relación ha dado un paso más. Pero jamás nos hemos acostado. Y te repito que no hemos tenido nada.

—Pero lo ibais a hacer, ¿o me equivoco?

—Sinceramente, no lo sé. Él me atrae desde que lo vi, es mi prototipo; me gusta, sí. ¿Qué quieres que te diga?, ¿que te mienta?—Me cruzo de brazos y lo observo —. Habla.

—Sí, lo prefiero. Prefiero que me mientas y no sentirme ridículo y darme cuenta de que tú, como todo el mundo, lo prefieres a él. Siempre él, nunca yo.

— A mí no me vengas con eso ahora. Nosotros empezamos mal y por tu culpa, y él es mi amigo desde un principio; me fijé en él en el mismo instante en que lo vi, David, pero él solo me mira como a una hermana.

—¿Por mí sientes algo o solo he sido un pasatiempo hasta que él se ha decidido a ir a por ti? Dime, ¿he sido eso?

—No, no lo has sido, siempre te he contado la verdad. También que no tenemos nada, que no somos nada, que necesito tiempo para aclararme.

—Entonces... ¿qué pasa? ¿Te gustamos los dos?

— Sí, eso es, me gustáis los dos. —Lo miro—. Eso quieres saber, ¿no? Pues sí, soy una niña que no sabe lo que quiere y se siente atraída por dos hombres muy distintos. Pero... ¿sabes una cosa? Tú, por mucho que me gustes, me transmites rechazo con tu comportamiento. —David echa un vistazo al reloj en un acto nervioso—. Deja de mirar el reloj como si te importara una mierda lo que te digo.

— Es que no te entiendo, ni quiero entenderte. Me parece que esto se me escapa de las manos, tú te me escapabas de las manos —dice al mismo tiempo que se inclina hacia delante y fija sus ojos en mí.

Su mentón está tenso y se le marcan los músculos duramente en señal de estar apretando los dientes por la rabia. Tiene las manos entre sus piernas, entrelazadas, mientras suspira y deja caer la cabeza.

— No me escapo, solo te explico que no me gusta cómo me tratas fuera de esas cuatro paredes.—Señalo mi casa—. Fuera de ahí, parece como si fuera poca cosa, como si en un momento u otro te fuera a dejar en ridículo, como si yo no valiera nada.

—Entras en bucle, nena. —Ese «nena» transmite sarcasmo y odio—. Te lo he explicado muchas veces ya, y me cansa.

— Si esas tenemos... Pues más me cansas tú, guapo, que vas de que eres algo

que no eres solo buscando la aprobación de la gente, a la cual le importas una mierda. ¿Has probado a ser tú mismo y dejar de intentar encajar?—«Vale, joder, te has pasado», me reprocho al instante.

—Golpes bajos, Sofía. —Su mirada todavía se hiela más.

— No menos que los tuyos, David. Acéptate y sé tú mismo, deja de ser un amargado y verás como todo es más fácil, me lo pondrás más fácil y no joderás a las personas.

— ¿Sabes qué, bonita? Yo me retiro de esta mierda. No vales tanto como creía. Y otra cosa te voy a explicar—dice, poniéndose en pie y apoyando sus manos en los descansos de las mías, intimidándome con su enorme cuerpo—, no quiero tener nada más que ver contigo; ahora soy yo el que no te acepta en su vida, ¿sabes por qué? Porque no se me ocurriría jamás tener en mi vida a alguien como tú. Jamás nadie como tú. Me das asco.—Coge impulso y se aparta de mí, mirándome con cara de odio—. ¡Te detesto!—Lo veo marcharse a pasos grandes y sin mirar atrás.

—Vete. Así arreglas las cosas, ¿no? ¡Me estás poniendo muy fácil odiarte!—le grito mientras él se va, pero no responde.

Entro en casa muy enfadada y con ganas de chillar. ¿Por qué tiene que ser tan cruel? ¿Por qué tiene que ser tan mala persona y joderlo todo? Intento llamar a Sergio, pero no responde; necesito aclarar las cosas con los dos antes de irme, sino, no podré desconectar. El maldito no responde en toda la noche, lo llamo hasta que, el muy cabrito, apaga el teléfono.

Me despierta el teléfono y me doy cuenta que ya es de día. Al cogerlo, es Leire, que no sabe qué meter en la maleta. En un primer momento, no entiendo de qué me habla y no le presto mucha atención. Entonces, recuerdo todo lo de anoche y la promesa de que hoy iríamos a Vallecas después de comer.

Con la idea de irme a casa unos días y ver a mi familia, se me quitan todas las penas. Me meto en la ducha casi a rastras y me doy un largo baño. Me relajo y pongo la música mientras me dedico a no pensar. Coloco mi MP3 y directamente suena *No soy una de esas* de Jesse & Joy con Alejandro Sanz, y me animo al escucharla. Al salir del agua, me envuelvo en la toalla y me dejo llevar por el ritmo de la canción. Mientras me aplico las cremas, me veo realmente sexy. «No me entraña que estén locos por mí», ese pensamiento me hace reír.

*Me doy cuerda y, aunque me interesa, no soy una de esas  
Cuerda dale al muñequito, a mí dame compás.  
Que tan fácilmente se deja enredar  
Dame compás...*

A la vez que canto como loca, voy haciendo el ritual de belleza diaria que he tomado como rutina desde que me compré todas las cremitas y chuminadas hace unos días.

Me siento con ánimo y rara, aun sabiendo que, con dos personas del género masculino, no lo había hecho del todo bien, pero lo cierto es que tampoco mal. Solo me he acostado con un hombre que me atrae y que es el hermano de un amigo mío, que me mira con ojos de padre y hermano protector... «Mierda», me acuerdo de mi hermano Felipe, que hace prácticamente dos meses que no sé nada de él. ¡Qué asco de trabajo que tiene! Siempre de maniobras y casos especiales, o como se llamen; lo cierto es que, el pobre, no sabe nada de nosotros.

Como si de una conexión sobrehumana se tratara, suena mi móvil y salgo corriendo. Y es él, es mi hermano, el que me llama.

—¿Tete?—pregunto sin ni siquiera mirar el teléfono.

—Sí, pequeña millonaria.

—Tete... —digo con voz mimosa—. Dios, ¡cuánto tiempo! —Las lágrimas campan a sus anchas y, como una niña pequeña, sollozo.

—No llores, renacuaja, mamá me ha contado todo.

—Sí, eso que me ahorro.

—He pensado en bajar a verte, pero no sé...

—Chhhh... Aléjate de la mujer que te dio la vida. —La risa de mi hermano me hace comprender que nuestra madre está dando saltitos para escuchar la conversación—. La tienes dando votes al lado, ¿verdad?

—*Efectiviwonder*—responde mi hermano—. No te rías, tonta, que da cosita verla.

—¡Sois unos zopencos!—Oigo la voz de mi madre.

—Dime, ya estoy alejado del Pequeño Saltamontes.

—Que hoy subo, voy con mi hermana—lo dejo caer.

—¿Sí? ¿Con la Pequeña Dictadora?

— Esa misma, pero en modo “buena personilla” activado. Os quiere conocer, así

que esta noche me planto en casa para veros. No digas nada, ¿vale? Es una sorpresa. Pero vamos, que la sorpresa me la he llevado yo contigo.

—Perfecto. Tengo que pasar por el cuartel, hacer el papeleo y, después, soy todo vuestro.

—¡Qué contenta estoy, tete! Tengo unas ganas de achucharte que no son normales.

Mientras hablo con mi hermano, me preparo una taza de café y salgo al jardín a tomármelo; aunque las pintas no son las más adecuadas, estoy cómoda: con la toalla en el pelo y un albornoz finito, descalza y embadurnada de cremas, mientras que espero a que se absorban, ya que estas no son como la Nivea de lata azul de toda la vida.

Suelto el teléfono en la mesa y me dedico a contemplar las vistas: la casa grande, los jardines, el caminito de piedra, los árboles de cerezo, y, entonces, entiendo el nombre de la villa y sonrío; al final, me estoy adaptando, aunque realmente pensara que no.

«¿He cambiado?», me pregunto a mí misma y eso me da muchísima rabia, porque parezco una loca de atar. En ocasiones, me respondo a mí misma, pero, en otras, como esta, ni yo me contesto. Al mirar hacia la habitación de David, lo veo apoyado en la ventana mirándome; un acto reflejo es saludarlo con la mano y sonreírle, pero no muestra ningún interés en mí, aunque me observa directamente.

Me siento molesta con tanta miradita y disimulo cogiendo el teléfono, pero lo cierto es que me estoy poniendo nerviosa. Tengo un wasap de Sergio, con un «Todo OK, no pasa nada. Cosas que pasan». Bueno, no se lo ha tomado tan mal... ¡¿Qué esperaba, que le guardara luto?!

Entro en casa y lavo la tacita del desayuno. Después, paso a mi vestidor y lo contemplo. El día que lo pisé por primera vez, aun colocando todas mis cosas en modo de expositor, no conseguí llenar ni una cuarta parte de él y ahora está a rebosar de ropa de todos los estilos, de zapatos, bambas y complementos. Me he dejado llevar un poco, la verdad, pero quién no se da un caprichito de vez en cuando.

Me visto con unos tejanitos cortos, una camiseta blanca básica y unas bambitas a juego; me peino con el moño de bailarina, que tanto me gusta, y me doy color en

la cara. Relleno un bolso grande con ropa; puntualizo, con ropa nueva y cositas para el viaje relámpago. Recojo las bolsas de los regalos para mis hermanos y mi madre y cargo todo en el coche. Después, voy a buscar a Leire a la casa grande.

Al entrar directa por la puerta principal, me encuentro a Marivi, que me avisa que Leire está en su habitación. Subo hasta su cuarto y paso sin llamar. Ella está acabando de hacer las maletas.

—Casi estoy lista.

—Perfecto, voy a encargarme que nos preparen algo de comer y salimos. No tardes.

La dejo tranquila y me decido a ir directa a la cocina, pero algo tira de mí y me provoca buscar a David. No tardo mucho en dar con él, está en el salón de la casa, leyendo el periódico.

—¿Vais a Madrid con tu coche?—pregunta sin mirarme.

—Por supuesto que sí. ¿Algún problema?—le contesto con la misma indiferencia en la voz que él.

—Ninguno, solamente espero que lleguéis vivos, esta vez vas con Leire y eso es una tartana, como le pase algo...

—Como le pase algo, ¿qué?—le respondo muy chula, encarándolo—. ¿Qué? Eh, dime. ¿Crees que no sé cuidar de mi hermana?

—Por tu bien, espero que sepas cuidar de las dos.

—Deja ya ese tonito, chato, y supéralo. —Lo desprecio con la mirada y paso absolutamente de él. Me provoca ser mala persona con su actitud.

«¡A tomar por saco todo! Pasando del tema», me digo. Encargo la comida para nosotras y aviso que la comeremos mi hermana y yo solas en el jardín, dejando claro que David comerá donde él quiera, menos con nosotras.

## **19. De vuelta al barrio**

Antes de las nueve de la noche, ya estoy intentando aparcar en mi vecindario, una tarea megacomplejada a estas horas siendo un día laboral. Vamos, que... Leire sugiere que meta a Lola en un parking, y me sorprende que se refiera a mi coche por su nombre cariñoso, pero sí, pienso que es lo mejor. Llamo a mi hermano para que venga en nuestra busca y nos ayude a llevar las maletas.

Aparece tan grande y fuerte que Leire se asusta y se coloca detrás de mí.

—Nos van a atracar—susurra, escondiéndose.

—¿Qué hablas, loca?! ¡Es mi hermano!—digo emocionada al verlo y salgo corriendo en su busca.

Él me levanta en el aire y nos fundimos en un abrazo gigantesco. Ese abrazo me recompone entera, cierra todas mis heridas y mi corazoncito se recompone.

—¡Hermanita!—repone, meciéndome y besándome el pelo. Él mantiene el tipo, pero tiene cara de melón al aguantarse las lágrimas.

—¡Teteeee!—grito de la emoción—. ¡Cómo te quiero, por el amor de Dios!—Lo beso hasta que me duele la mandíbula.

— Para, para... —Me aparta de él como si fuera una fan loca y se centra en Leire—. Vaya, aquí tengo a una medio hermana que es toda una princesa... — Camina hasta ella y la saluda con un abrazo y dos besos.

Leire tiene la boca abierta de par en par y de su boquita sale un «Qué guapo eres, ¿no?». A mi hermano le da la risa tonta.

—No podéis negar que sois hermanas, ¿eh?... —Tira de nuestras bolsas de viaje y nos coge a las dos por encima de los hombros.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios, mi chocho!—Los gritos de mi madre se escuchan y retumban en el vecindario—. ¡Chocho de tu madre!

Los tres miramos hacia arriba y la vemos con medio cuerpo fuera de la ventana, con todo lo pequeña que es.

—¡Mamáaaa!—grito en plan loca—. Métete pa' dentro, reina, que te vas a caer.

— ¡Ay, mi niñaaaa!—Sus berridos no cesan y, al entrar al portal, se escuchan igual, y miro la carita asustada de Leire—. Tú tranquila, hermanita, que son buena gente. —Ella sonrío, pero se le ve el miedito en los ojos.

La salida del ascensor es una tarea archidifícil, pues mis dos hermanos y mi madre tienen montada una barricada.

Los abrazos y besos no paran en los veinte minutos que mi madre nos retiene a todos juntos, incluida Leire, que se lleva la peor parte, quedando atrapada entre ella y yo. Mis hermanos pequeños no aguantan y dejan caer alguna lagrimita, y, cómo no, yo los achucho.

Cuando, por fin, mi hermano consigue meter en casa a la masa de brazos y cuerpos, todos hechos un nudo, la sesión de besos de la Pepi sigue y yo me hago la muerta hasta que me suelta.

—Hija, por Dios, no te hagas la muerta que me da mucha grima.

—Es que... Mamá, qué cansina, déjanos respirar.

Me fijo en que mis hermanos han encontrado la bolsa de regalos y se están dando un festín.

—Estaos quietos, canijos, ahora os los daré.

Leire lo observa todo, asombrada y risueña, primero a nosotros y, después, a la casa.

—¿Qué miras, polluela?—le pregunta mi madre con cariño.

—Todo. Tenéis una casa muy bonita.

—Muchas gracias, mi vida, mi sudor me ha costado —le responde con una sonrisa tranquilizadora.

—Pero ¿qué hacéis aquí?—nos pregunta a las dos—. ¡Qué sorpresa más grande, hija!—Aprieta mi mano con cariño—. Te echo tanto de menos...

—Mamá, que ella os quería conocer y pasar unos días aquí.

Me acomodo en mi trocito de sofá y enseguida tengo a mis dos hermanos encima. Leire nos mira, mejor dicho, está pendiente de nuestro comportamiento, de la relación que mantengo con mis hermanos. No sé si se siente incómoda, porque, aunque no muestra signos, noto una cierta pelusilla. Ellos me han tenido siempre, y nuestra relación, prácticamente, acaba de empezar. En estas semanas, he estado para ella sola, pero ahora, una jauría de hermanastros reclama mi atención.

—Sofía, suena tu teléfono—me avisa Leire y, en sus ojos, veo una pizca de tristeza.

—Déjalo, serán mis amigas, ya lo cogeré después. —Le dedico una mirada cómplice.

Mi madre nos sirve a todos la cena y, cómo no, son... lentejas.

—Mamá, ¡qué buenas están!—digo, saboreándolas.

—Ríete de tu prima, tonta—me reprende con la mirada.

—Mami, te lo juro, están que te cagas. Las he echado muchísimo de menos. —Abre sus ojos y me mira seria, pero después, cambia esa cara por lágrimas en los ojos.

—No llores, viejita—sueltan los gemelos al unísono.

—Ya está en casa, ya está aquí haciéndose la ama y señora de la casa y del baño. Mañana ya estaremos deseando que se vaya—continúa Rubén.

—¡Qué malos sois!—les contesta ella—. Si la echáis más de menos que yo.

—¡Os requetecomooo!—grito, comiéndomelos a besos—. ¿Por qué sois tan bonitos?

—Somos la leche, tata, los más mejores, y por partida doble.

Mientras hablo con mi familia, Leire nos sigue observando. Paso toda la noche charlando con ellos y riéndome de las salidas de tiesto de mis hermanos. Ella está encantada con ver la estampa familiar y, de vez en cuando, suelta algún disparate que nos asombra a todos. Vuelvo a oír mi teléfono, pero tampoco me apetece hacerle mucho caso.

La noche está llegando a su fin y voy con Leire a mi habitación. Al entrar, alucina; es sencilla, pero bonita, decorada a mi gusto y con un edredón rosa de lunares blancos.

—¡Qué chula es tu habitación!

—Sí, ¿te gusta?—Saco la cama supletoria de debajo de la mía y la hago.

—No salgo de mi asombro. Me lo habías pintado todo de una manera que, a decir verdad, me daba un poco de miedo, pero... realmente es una casa muy bonita.

— Eso siempre lo hemos intentado, mantenerla bonita y a nuestro gusto, aunque a base de créditos. —Me rio—. Mamá siempre iba detrás de mí para que le avalara un sofá, una cafetera o una tele para su habitación, porque los niños no quieren jugar a la consola en la tele pequeña.

—Lo que realmente me impresiona es lo limpia que está—dice, mirando a su alrededor.

—Sí, mi madre es una maniática del control y el orden, así que vigila con no dejarte nada por medio... Es broma. Tú relájate y sé tú misma.

Esta noche no me va a costar mucho dormir. Es mi cama, mi almohada, mi todo... ¡Mi vida entera! Me siento como en mi nido y caigo en los brazos de Morfeo.

No sé si es el sueño profundo o qué, pero no dejo de escuchar mi teléfono. Me remuevo nerviosa en la cama y tengo que despertarme, salgo con la luz apagada para no despertar a Leire y busco mi móvil.

Al mirarlo, me asombro. Cincuenta y seis llamadas perdidas de Sergio. Con el teléfono en la mano, y aún medio dormida, empieza a sonar otra vez. Descuelgo la llamada.

—Sofía, ¿dónde estás? ¿Qué has hecho?, ¿por qué te has ido?

—Sergio, espera.

—Dime dónde estás, voy a por ti. —Noto angustia en su voz.

—Escúchame, estoy bien, en mi casa.

—No, no, te has ido y no me has dicho nada. Hoy he ido a buscarte.

—He venido con Leire a ver a mi madre.

—¿Estás en Vallecas?

—Claro.

—Está bien, voy para allá —suelta y cuelga la llamada.

Vuelvo a llamarlo cientos de veces, pero ya no contesta. Muy típico en él en las últimas veinticuatro horas.

Regreso a la habitación después de tomarme un vaso de agua y mirar más de cien veces el tabaco de mi hermano. «No, noooo, te ahorras cuarenta euros semanales», me digo a mí misma. Ahora, el dinero no es el problema, pero tampoco quiero estropearme la salud tontamente. Me voy a la cama e intento suicidarme con la almohada otra vez. Vuelta al caos...

Me despierta Leire, duchada, vestida y peinada.

—Venga, remolona, son las once de la mañana. —Se sienta en mi cama.

—¿Qué haces ya arreglada?—Me desperezo mientras le hablo—. ¡No hace falta que madrugues, estás en casa, en familia!

— Vengo ahora de comprar con tu madre y,esto... —Se frota la cabeza—. Me ha llamado Sergio. Está aquí, le he pasado la ubicación. —Abro los ojos—. Llegaré en una hora.

—¡¿No jodas?!—Aprieta los labios al escuchar ese disparate.

—Sí, ¿qué iba hacer?—contesta apurada.

—No te preocupes, todo bien.

—Vale, me voy con tus hermanos a la plaza.

—Eh... ¿Hola? ¿Qué haces tú con esos niños diabólicos en la plaza del barrio?

—Me empiezan a dar los cinco minutos de locura.

—No sé, me han invitado a ir y, la verdad, me encanta este barrio tan pintoresco.

—Leire, cielo. —Palmeo la cama para que vuelva a sentarse a mi lado—. Evita decir «pintoresco» en la plaza, ¿vale?—Nos reímos las dos—. Tira a la calle, niña.

En cuanto escucho la puerta de casa cerrarse, salgo disparada a la ducha. Hago un tiempo récord al ducharme, secarme el pelo, peinarme y maquilmarme en sesenta minutos. Con una puntualidad aplastante, veo aparecer a Sergio con uno de sus coches y aparcar en la puerta de mi casa. «¡Qué loco los huevos está

hecho!».

Sale del coche captando todas las miradas de las vecinas y de las niñas de la calle, silbo con un acto muy mío y él mira en mi dirección. Le aviso que voy para abajo con gestos. En el ascensor, me veo en el espejo; estoy mona, sí.

Llevo unos tejanos ceñidos claritos, unos zapatos negros de tacón finitos y una camisa del mismo color sin mangas con un escote de vértigo, el pelo suelto y liso, y maquillada lo justo para estas horas.

Al salir a la calle, lo encuentro apoyado en su coche, un deportivo último modelo. ¡¿Cómo no iba a llamar la atención semejante hombre en esa máquina de correr?!

Camino hasta él con paso seguro, me siento segura de mí misma y, por qué no decirlo, muy mujer. Procuero saludarlo con diplomacia y darle dos besos, pero tira de mí y me abraza con muchas ganas. Su corazón está acelerado, igual que él. Intento soltarme, pero sus temblores por controlar su fuerza para no hacerme daño me avisan de que me quede quietecita. Le devuelvo el abrazo tan fuerte como puedo.

—Pensaba que te había perdido, nena, que... no querías volver a verme por haberme ido de esas formas, sin despedirme y sin hablarte, sin escuchar lo que tenías que decirme.

—Tranquilo, shhh... —intento tranquilizarlo, pero está realmente afectado.

—Ayer fui a buscarte a casa, y David me contó que te habías ido, ¿sabes? Lo odio ahora más que nunca.

—¿Por mi culpa?—pregunto horrorizada.

—No, por la mía, por irme, por no aceptar las cosas que sentía en el momento que lo hice y marcharme como un cobarde.

— No digas esas cosas. Relájate... —Echo un vistazo a nuestro alrededor y veo a todas las vecinas pendientes de mí—. Vámonos, todas las viejas de turno están pendientes de nosotros.

—¿De nosotros?—Se extraña mucho al escucharme eso.

—Sí, ¿tú no te has visto, no?—Me suelta y se mira de arriba abajo. —¿Qué me pasa? No te entiendo. Si vamos prácticamente iguales, tejanos y camiseta negra.

—Al observarme y ver mi escote, se le traba la lengua.

—Sergio... — Chasqueo los dedos delante de su cara—. Préstame atención a mí. Mira mi barrio, mírate tú y mira tu coche. Pareces salido de una película americana, un modelo. Nene, vámonos. —No puedo ocultar una sonrisa al ver su expresión.

—¡Sofía!—Escucho a lo lejos la voz de Felipe.

Claro, mi hermano es imponente, alto, grande, fuerte y, por qué no decirlo, muy atractivo. Noto como Sergio se pone en plan defensivo. Al llegar, hace la misma broma pesada de siempre: hacerse pasar por mi novio loco y celoso.

—Nena... —Tira de mis caderas y dobla mi cuello para besarme. La cara de Sergio es todo un poema.

—Cierra los ojos, burro. Este es mi hermano mayor. —Me rio.

— Joder, Felipe. —Le tiende la mano y lo saluda—. Por poco te salto encima...

—Mi hermano, que es un guasón, le devuelve el saludo y, de un apretón de manos, tira de él y lo abraza.

—¿Quién es este, hermanita? ¿Otro enamorado?

—Ehh... no. —Me froto la cara y niego con la cabeza—. Es que no puedo contigo.

—Bueno, algo así soy. Me llamo Sergio.

Les presento oficialmente y, después, me deshago de mi hermano, que no deja de inspeccionarlo de arriba abajo.

—Podríamos tomar algo, todavía no he desayunado. —Estoy incómoda con la situación.

—Está bien, cielo, vamos.—Coge mi mano y la besa—. ¿Dónde me vas a llevar?

—A El Café, mi sitio preferido en el mundo. —Le doy un beso en la cara y lo animo a caminar.

Necesito relajar el ambiente, ni mi hermano con sus bromas consigue quitar el mal rollo que hay entre los dos. Sergio está herido y dolido, con o sin motivo, pero sus gestos, su comportamiento y ese abrazo agónico me lo dejan ver claramente. Al final, va a resultar que la que no es buena para ninguno de los dos soy yo. No sé si Sergio se tomará tan bien como David que yo ponga distancia de por medio. Mi cabeza es un hervidero de ideas rimbombantes que no me llevan a ningún resultado bueno.

Lo cierto es que lo mío no es pensar. No soy consciente de lo rápido que camino

hasta que Sergio me retiene del brazo y por poco me lo arranco yo misma, freno en seco y lo miro, sus ojos están rojos e intenta aguantar el tipo.

—¿Qué? ¿Qué pasa?—pregunto con temor.

¿Qué narices le pasa ahora? Lo veo coger aire y cerrar los ojos, aprieta sus puños tan duramente que sus nudillos están blancos. Lo miro directamente a sus preciosos ojos y, entonces, salta sobre mí. Una de sus manos tira de mi pelo con fuerza hacia él, mientras que la otra me sostiene de la cintura; sus labios impactan con los míos a la misma vez que sus manos me atrapan como a una presa. Estoy inmovilizada por completo y me sostiene de manera que no me permite mover la cabeza. Su lengua entra en mi boca, dura y cálida a la vez. Su mano se desliza hasta mi culo y lo coge con firmeza.

—Dios, te necesito tanto... — Muerde mi labio, fuerte—. Te necesito ahora como a nada en mi vida. —Vuelve a besarme con la misma intensidad—. Lo eres todo. No te saco de mi cabeza, Sofía.

Siento que me muero en sus brazos por su forma de besar y su manera de sostenerme, ruda, bruta, sucia, pero, a su vez, tan cálida... Compruebo que sus besos encajan perfectamente en mi ser. Noto mi cuerpo arder como nunca. Recuerdo los besos de David y esos no provocaban en mí estas sensaciones que estoy teniendo.

—Sofía, te necesito ahora.

— Yo, no... ¿Qué quieres? —pregunto, temerosa de que para él solo sea una atracción física o deseo sexual en este momento, porque estoy sintiendo muchísimo más...

—Necesito tocarte, sentirte, solo para mí. Ahora, ya.

—Vamos a calmarnos, lo primero será hablar. Quiero... tiempo. —Me alejo dos pasos de él y lo miro—. Sergio, tiempo.

Solo me observa. Tiene la respiración entrecortada y su gesto pasa de ser duro a relajado, calmado. Vuelve en sí.

—Está bien, tiempo... Me parece lógico, yo soy irracional. Lo hice mal, me fui, lo asumo.

— Vamos a tomar algo o te juro, Sergio, que me desmayo aquí mismo. —Estoy temblando y noto mi cuerpo contraerse, me siento mojada y voy a acabar por

cometer una locura.

—¿Estás nerviosa? Lo siento, princesa. —Camina hasta mí y me abraza, besa mi pelo y respira mi aroma como si lo necesitase—. Daría mi vida por ti.

— Sergio, me vas hacer llorar y, si lloro, me salen ojeras, y las ojeras son odiosas. — Mi pequeña pero cierta broma le provoca una sonrisa y muero en ese mismo momento. Fin. Muerta por las palabras de un buenorro.

— Sofía, ¿qué estás pensando? Mueves la cabeza en plan psicópata, y sé que imaginas algo. —Lo miro con repelencia y sube el rubor en mis mejillas. «Me ha pillado desvariando, ¡cagoentó!».

—Nada, *monguer*.—Paso una vergüenza que me muero.

—Sí, sí... —dice con una sonrisa de pillo que me encanta.

—Vale, sí, ¿y?

—Nada. —Tira de mí, cogiéndome desprevenida, y me pasa el brazo por encima

—. Es que no hay nada que no me guste de ti.

—*True love*, pequeño.

Al entrar en la cafetería de siempre, me abrumba el sentimiento de nostalgia. Ese olor a café y magdalenas, a bollos recién hechos, las porras de la mañana y la colonia de Carmen, su dueña, me hacen viajar al pasado y recordar, a través de esos olores, momentos felices con los míos, con los de siempre, con mi familia. Siento que algo dentro de mí ha cambiado, que ya no soy la misma.

—¡Pero bueno, mi niña!—grita de alegría Carmen al verme. Sale de detrás de la barra y me abraza.

—Mmmm... ¡Qué bien hueles, Carmenchu! Me dan ganas de darte un mordisquito. —*Pos te va a jartá*, niña. ¡Qué alegría tenerte en casa! Fíjate tú, nena, tantos años pensando que tu *papa* era el mecánico de Parla... —comenta pensativa—. Con la manía que le tengo al tío por dejarte sola, y ahora resulta que tenía razón tu *mama*... ¡Osú!—Carmenchu no deja de hablar y mirarnos a mí y a Sergio. Conociéndola, es mejor que acabe de soltar toda su diarrea mental —. ¿Y este? Qué bonito eres tú. ¿Trabajas?, ¿tienes coche? ¿Quién es tu padre?

—Uixxx, Carmen, ¿te *kieeee callá* ya?—la imito—. ¡Qué cosas tienes! Oh... Es un amigo.

— Mudo, por lo que veo.—Lo mira de reajo mientras él se aguanta las ganas de reírse—. Una cosa te voy a decir, yo no me fío de los guaperas que salen en los anuncios de chicles y se tiran de un velero al mar.

—¡Ay, por Dios, Carmen...! — exclamo muerta de la risa—. Ya no sé cómo decirte que te lías con los anuncios, como mi madre. Sois *clavaitas*, vamos. Ese anuncio es de Belén Rueda y anuncia leche. ¿Qué te pasa?, por Dios. —No puedo con ella cuando se pone en plan maruja.

—Aixx, mira, no sé... ¿tú trabajas o no? —Vuelve a sorprender a Sergio.

—Sí, señora. Trabajo, tengo coche y mi padre falleció hace años.

— Qué pena, ¿verdad?—suelta la muy..., poniéndose la mano en el pecho con su trapo de lunares—. Bueno, *pos ná*, ¿qué queréis? —Lo sigue mirando y, conociéndola, no le gusta un pelo. Es algo bruja, sí, pero no siempre acierta.

—Vamos a tomar asiento y lo pensamos.

—Niña, déjate de leches, que desde que naciste pides lo mismo.

—Vale, pos déjalo pensar a él, ¿no?

—Sí, que piense. Escucha, tú, *mocico*, miras a mi niña con ojitos golosones. ¿Qué intenciones tienes?

—¡Callaaaa! Carmen, hija, vale ya... Me lo estás intimidando. —Intento llevármela... Bueno, alejarla de él.

—¿Tendré que saber lo que quiere, nena? Que te mira raro, que te lo digo yo. Éramos pocos y parió la burra, o, como dice mi madre, parió la Pepi. En ese momento, entra la mujer que me dio la vida por la puerta.

—¡Ya la tenemos *formá!*—grita la Carmen, levantando las manos. Mi madre me besa en la cara y me da un achuchón.

— Anda que has tardado en venir, polluela. Ainsss, mira lo que te he comprado en el mercado. —La Pepi, sin pensar en nada ni nadie, saca un manojo de bragas y tangas y lo suelta en la mesa, justo al lado de Sergio.

—¡Mamá, coño!—la reprendo muerta de la vergüenza.

— *Pos eso, pal'* coño son. Cucha tú, qué fina. —Hace un gesto a Carmen con la mano y levanta unas bragas verdes con dos pandas en el culo—. Va de fina la niña, Carmen, con lo monas que son. —Las mueve en el aire para que todo el mundo las vea.

—¡Mamáááá! Guarda eso...

—Osú, ¡qué *saboría!*

—Pepi, coño, que la niña ha ligado con el chico del anuncio de la leche.

Mi madre y yo nos miramos y, sin decir ni una palabra, comenzamos a reírnos sin control.

—La madre que te parió. ¿Qué cuentas, Carmen? ¡Ay, que me estás asustando...! ¿Tú *tas* tomado las pastillas *pa'* la tensión?

— Mamáááá. —Mis «mamá» no suenan dulcemente, son más en plan «¡Ay, mamá!», como lamentos que salen de lo más profundo de mi ser—. ¿Qué tensión? Lo que está es *fumá*.

—Míralo, ahí está, riéndose. Dime tú que ese pollo no ha *salío* de la tele. En mi vida he visto semejante potro.

Mi madre se gira sobre sus diminutos pies y, muy seria, se guarda las bragas de panda en el bolso; Sergio, a su vez, se levanta y se acerca a saludarla.

—Encantado, Pepi. Soy Sergio, amigo de su hija. —Le muestra una sonrisa encantadora—. Por cierto, muy bonita la ropa interior.

—¿Eh?

—Las bragas... —Vuelve a sonreír.

—¿Qué bragas?—Entonces, mi madre pone cara de lunática.

—Mamá, no empieces con tus juegos de palabras, que ya las ha visto. —Que la conozco yo y esta es capaz de dejarlo por loco—. Bueno, vamos a desayunar.

—Yo ya he desayunado y más no puedo tragar, que después me dan gases.

—¡Mamá!

—Coño, ¿qué? ¿Tú no te pees?

—¡Ahhh...! —Abro la boca y los ojos y hago la momia un rato. «¡La mato!»—. Calla, no hables más.

— Vamos a ver, Sofi, que estoy nerviosa y me habéis pillado desprevenida. — Me tapo los ojos como el monito del WhatsApp, y niega con la cabeza. Mi madre, con su nerviosismo y sin filtro en la boca, está liándola cada vez más—. Deja de hacer la loca, que cuando no ves cosas raras, te haces la muerta o intentas matarte con la almohada baboseándola, hija, que ya eres grande.

Las risas de Carmen, Sergio y algún vecino del barrio me hacen darme cuenta que esa es mi madre, tal cual, y no podemos cambiarla.

—Posnada, mamá, si quieres, siéntate con nosotros y lo conoces...

—Ah, sí. —Le da el momento digno y toma asiento a su lado.

—Tú míratelo bien—insiste Carmen desde la barra—, porque mira raro a la niña —repone con cara de disgusto.

Admito que el primer encuentro de mi madre con Sergio no ha sido uno de los mejores, no como para contárselo a mis nietos el día de mañana, pero, poco a poco, va mejorando. Sergio, con dos bromas y dos piropos, se la mete en el bolsillo. Acaban riéndose de mí; la Pepi le cuenta anécdotas de cuando era pequeña, y él, muerto de la risa. Estoy encantada de verlos. A Sergio se le nota que le gusta mi madre, y al revés. Han encajado a la perfección. Cuando él le cuenta cosas a mi madre de mi vida en Marbella, ella lo mira como si fuera un dios griego, cosa que es, claro está.

—¡Qué bien hablas, niño! ¿Tú has cuidado de mi niña todo este tiempo del malaje de tu hermano?

—Sí... —afirma el cabrito muy orgulloso.

Mientras hablan y hablan, yo solo puedo contemplarlos. La mañana está pasando volando y mi madre se empeña en que la acompañemos a comprar unas cosillas para comer. Quería presumir de Sergio en el barrio, y él, encantado de la vida por complacerla, acepta.

## **20. Éramos pocos...**

Mi madre nos pasea por todo el vecindario, se empeña en entrar en todas las tiendas con la excusa de ver a las amigas y pasar a saludarlas porque me han echado mucho de menos... Esas arpías malignas y criticonas. Pero, en realidad, ella quiere que vean a Sergio. Cuando se cansa de pasearnos sin ton ni son, se empecina en ir al súper, cosa a la que me niego. No pienso meter a Sergio allí y que nos haga pasar más ridículo.

—Mamá, podríamos ir a la plaza y comer todos juntos en el Manolo, ¿no?— Pongo la carita mimosa que siempre derrite a mi madre.

— Quita esa cara, Sofía, que tengo lentejas, ¡hombre! Y, después, se echan a perder... Tienen de to... morcilla de calabaza, su choricito picante, su *carnesita* de cuello... —Vamos, que ha soltado la receta de mi abuela en una parrafada de las suyas, en plan penosilla.

—¡Uffff, mamá!, las cenamos anoche. Podríamos ir a comer todos juntos hoy. — Señalo a Sergio, y ella acepta. Cómo conozco yo a mi madre...

Mando un mensaje a mis hermanos, y quedamos con ellos en el bar. Mientras los esperamos, mamá habla con Sergio de todo lo habido y por haber, sometiéndolo a un tercer grado. Yo me mantengo con la mirada perdida y pensando en ponis de colores... Estoy tan feliz por tener a Sergio conmigo, pues que haya venido a por mí hace que... que los ponis anden sueltos por mi cabeza; aunque, en el fondo, una parte de mí está con David. Fugazmente, sí, pero lo tengo presente. Le reprocho que no haya venido él en mi busca, sus actitudes, sus desaires, pero también mi mente me recuerda que muchas de las cosas que han ocurrido entre nosotros son mi culpa. ¿Y si yo he sido igual de clasista que ellos? ¿Y si he sido yo la que no ha querido encajar desde un principio? No lo sé y tampoco me importa, solo quiero cerrar esa etapa y dejar de pensar en estos hermanos, uno turbado por su pasado y el otro... todavía no logro comprenderlo. ¿Es amor?, ¿amistad? ¿Una mezcla de las dos? ¿O es el chico de mis sueños?

Mis pensamientos van deprisa, no soy consciente de lo que pasa, pero sé que algo falla. En teoría, tendría que olvidar a David y centrarme en Sergio, en lo que quiero, en si vamos a estar juntos. Somos afines y, prácticamente, encajamos en todo, pero no lo consigo.

A lo lejos, y dejando a un lado mi paja mental, veo la melena color chocolate de Susana. Abro los ojos al verla venir tan guapa como siempre. Con su carpeta en la mano, su pelo a lo loco, con esos rizos salvajes, y sus gafitas azules de pasta. Lleva una camisa negra finita y una falda de tubo del mismo color. Cuando intento levantarme para ir a abrazarla, noto unas manos tirar de mi cabeza hacia atrás que por poco me rompen el cuello. Es Sandra, que me planta un beso en los labios de lo más apasionado. Mi morena loca de atar. La abrazo lo más fuerte que puedo, contando con que la tengo a mi espalda y el cuello retorcido como un pollo. Siento que Susana se une a nuestro abrazo, y sí, reconozco que lloro un poquito. De repente, Sandra grita y suelta.

—¡Pero seréis mamones! Como me volváis a meter mano, os doy una hostia — les grita a mis hermanos que, conociéndolos, ya le habrán tocado el culo.

Mi madre los regaña, y ellos se hacen los niños buenos mientras se les escapa la risita. Nosotras seguimos abrazadas en plan koala.

—Soltad a mi hermana, lagartas —bromea Felipe, abrazándonos a las tres.

—¡Venga ya, niñas, que no es *pa'* tanto!—dice mamá emocionada por vernos a todos juntos.

— ¡Ay, la Pepi, que está celosona!—Sandra camina hasta ella moviendo el culo

para llamar la atención de mi hermano—. Tú, niño, aparta—le ordena a uno de los gemelos—. Ya os estoy viendo venir. ¡Niños salidos estos! —Los regaña, pasando por delante de Leire y sin prestarle ninguna atención.

—Chicas, os presento a mi hermana, Leire. Y a Sergio.

Las dos saludan a mi hermana y después a él. Lo inspeccionan detenidamente y en sus caras percibo una sonrisita; sé que se están relamiendo por dentro, pero, para mi sorpresa, se quedan calladas. Susana me mira fijamente y en sus ojos noto algo que me inquieta, pero procuro centrarme en que Leire está cómoda. Parece algo desorientada, pero tiene un gesto de sonrisa y felicidad. Supongo que estará algo desubicada y se notará algo extraña. Mientras los demás toman asiento y los gemelos hacen de las suyas intentado meterles mano a mis amigas, según ellos, *pivonazos*, me llevo a Leire aparte para hablar con ella a solas antes de comer y tratar de relajarla.

— Cariño, ¿estás bien?—Me acerco a ella, le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja y le levanto la barbilla—. Dime, ¿estás a gusto? ¿Te tratan bien esos demonios?

—Sí, estoy muy bien, a gusto, y creo que he encajado en el grupo de tus hermanos. Pero, Sofi, quiero pedirte algo...

—Ese algo me está dando susto, ¿lo sabes?—Ella se ríe y me abraza. Una alarma imaginaria se instala en mi cabeza, «¡niiinooo!, ¡niiinooo!».

—Sé que lo mismo te suena raro y que no tendría que pedirte esto. Sé que yo no formo parte de tu familia...

—¡Ehhhh... para ahí! ¿Cómo que no formas parte de mi familia? Tú eres mi hermana y, por lo tanto, eres parte de todo esto, ¿está claro?

—Bueno, me he expresado mal. Tú te vas esta semana de vacaciones con tus amigas, y a mí...

—Suéltalo ya, vamos... —la apremio.

—Me quiero quedar aquí, en tu casa, con tu madre y hermanos, y en tu habitación.

—¿Por qué?—pregunto extrañada—. No lo entiendo mucho, la verdad...

— Me siento bien con ellos, es como si estuviese en casa y con una familia. ¿Me puedo quedar, por favor? ¿Puedes hablar con tu madre y decírselo? Me voy a portar bien, te lo prometo.

—Tontita, claro que sí. Te puedes quedar cuando tú quieras. Mi madre estará muy feliz de tenerte. Venga, vamos, que me has dado un susto que *pa'* qué.

La comida va más o menos como me esperaba. Mis amigas hablan de sus habituales locuras; mi hermano Felipe le hace un examen psicotécnico, de esos militares, a Sergio; mi madre pelea con mis hermanos y Leire le ayuda, aunque siendo cómplice de ellos. Dos veces la llaman a su teléfono y se retira para poder hablar. Sé, desde el primer tono, que esas llamadas son de David. Lo sé porque he sentido un calor dentro de mí y el corazón palpar con fuerza. Me hace temblar hasta en Madrid.

La cara de Sergio es un poema al ver comer a mis hermanos, pues los niños comen mucho y muy rápido. Al darse cuenta mi madre de que Sergio está alucinando, les suelta un grito a los niños.

— ¿Queréis comer bien, coño? Que parece que lo hayáis *robao*.—La finura de mi madre hace que Sergio escupa su cerveza y se ponga perdido. «Más fina la Pepi y se rompe».

La verdad es que está saliendo todo a pedir de boca y a él se le ve muy cómodo con nosotros. La comida da lugar a la sobremesa más larga del mundo, ya que, a nosotros, se unen amigas de mi madre y otros de mis tres hermanos. Total, que eso lleva a que medio Vallecas se una a la fiesta, ya que, a mis queridas amigas —nótese mi toque de sarcasmo en eso— han hecho de las suyas y también han avisado a todos mis amigos.

No me gustan ni un pelo las miradas de Sergio a todos los amigos de mi hermano Felipe que se acercaban a mí. Es cierto que alguno intenta acercarse demasiado, pero, solita, yo los mantengo muy bien a raya; al igual que tengo a raya a las niñas del barrio... No entiendo cómo no resbalan con el reguero de babas que dejan a su paso.

Entre las risas y el cachondeo, no me doy cuenta del tiempo que ha pasado desde la sobremesa a la cena y a las copas de después. Todo está igual que siempre, es como si no me hubiera ido. Tras despedirnos de Manolo, pasamos por todos los bares de plaza; las copas van y vienen, hablan, ríen y me dan muchísimos mimos. Es exactamente lo que necesitaba.

Veo como mi familia al completo está feliz y mis hermanos pequeños vienen en mi busca.

— Hermanita, ven con nosotros al banco—me dice con mimo mi pequeño Rubén, pequeño por dos minutos. Los dos, como de costumbre, tiran de mi mano. Camino con ellos y tomo asiento.

—Antes de todo, tata, muchas gracias por las bambas, la ropa nueva y los regalos. — Las palabras de Cristofer me tocan el alma.

—No tenéis por qué darme las gracias, mis niños. Todo esto es por vosotros, no quiero que paséis más apuros.

—No, tata—replican al unisonó. Se miran, y Cristofer se ríe mientras que Rubén pone los ojos en blanco.

—Déjame a mí, que soy el listo y el guapo.

—Decidme qué pasa.

Los dos están serios, y Cristofer, que es el más precavido y con algo más de tacto, deja que Rubén exponga lo que tienen que decirme. Y eso me preocupa.

— Sofi, sin tonterías, mejor lo suelto como me sale y evito la charla que teníamos preparada. —Mira a su gemelo y se remanga la camiseta nueva que lleva puesta—. Está muy bien todo, la ropa nueva, las bambas y los caprichos. De verdad que te lo agradecemos. Pero nosotros no necesitamos nada de eso, esas mierdas están genial para el *postureotípico*, pero a nosotros nos suda la...

—¡Rubén, por Dios, esa boca!—le corto antes de que suelte una palabrota por esa boca.

— Vale, que nos da todo igual, que lo que necesitamos es que vuelvas a casa de una vez, que nos riñas, que ocupes el lavabo durante horas, que nos prepares la merienda y que nos llesves al cine cuando cobres.

—Que nos arropes por la noche. —Los ojos de Cristofer se humedecen al decirlo.

—Que estés con nosotros. Las cosas materiales nos la pelan, y los estudios los hacemos en la pública como vosotros.

—Pero yo quiero...

— No, tata, déjanos terminar. Queremos que vuelvas a casa. No queremos que vivas donde no eres feliz por el dinero y esa herencia de mierda, porque notamos que estás triste por teléfono—sigue Rubén.

— No nos da la gana que aguantes eso por darnos a nosotros cosas que no necesitamos. Nosotros te queremos a ti—Cristofer es profundo, el puñetero, y aprieta sus manos con fuerza— y a tus bocatas de Nocilla y las noches pobres...

Las noches pobres son a final de mes, cuando ya no nos queda nada en la nevera

y de las sobras de la semana monto una cenita especial. Vamos, que decoro el plato con las sobras y después, palomitas.

— Nosotros estamos bien con todo eso. En poco tiempo, nos pondremos a trabajar y ayudaremos en casa. Le hemos dicho a la mamá que, si vuelves, le daremos el sueldo al completo. Y lo decimos de verdad.

Las lágrimas salen de forma inesperada de mis ojos y provocho que mis hermanos me imiten en ese acto, un acto de amor. Amor del puro, del sincero, del de verdad y del que es para siempre. Mi hermano Felipe nos ve abrazados y viene hacia nosotros.

—¿Qué habéis hecho ya?—Se sienta enfrente de nosotros en el suelo.

—Estos niños... que son lo más bonito del mundo.

Los gemelos le explican a su hermano mayor lo mismo que me han dicho a mí, y este les dice que está muy orgulloso de ellos, que serán grandes hombres.

No consigo que entren en razón, pero entienden que quiera hacer eso también por Leire.

—¿Sabéis que Leire se quiere quedar aquí en casa con vosotros?

—No—hablan al unisonó otra vez. Tienen un reto de miradas cómplices cada vez que lo hacen.

—Si ella se queda, también lo tienes que hacer tú... —sentencia Rubén.

—¿Y si empezamos por irnos todos a Marbella estas vacaciones?

—Tata, ¿qué te has *fumao*? —Cristofer se ríe—. ¿Tú crees que nos aceptarían?

—Por supuesto. Esa casa es mía, mando yo. Ya no me van a hacer más la puñeta.

¡Así que, sí!—Eso sí que lo tengo claro: con mi familia, no se mete nadie.

—¿Qué dice la má?—pregunta Felipe, alarmado.

—No se lo he comentado, pero unas vacaciones en Marbella... ¿Hola? Estaría loca si no las quisiera, ¿no?

—Por nosotros está bien—La confianza de Rubén en mí me hace sentir segura

—. Pero, escúchame, Sofi, este pavo que babea por ti...

—No nos gusta—dice Cristofer rotundo—. No nos gusta nada. Tiene algo que...

—Anda, anda, niño... Que es bueno. Es mi gran apoyo en esa casa, el que me ha ayudado sin interés, el que me cuida y me consuela. Es bueno.

—Sí, pero no nos gusta—repite Cristofer.

— Este babea como todos los tíos del barrio por ti, tata, porque eres un pibón, es la suerte que tienes de haber crecido en el mismo útero que nosotros. Pero tiene razón mi hermano, no nos gusta, tiene algo en la mirada—sigue Rubén.

— Bueno, ya está bien—mi hermano Felipe les corta—. No os metáis donde no os llaman, ¿está claro?—Su tono es el militar, el cortante y seco, pero a mí no me engaña. Mi hermano mayor piensa lo mismo que los pequeños, aunque no dice nada al respecto—. Si os vais, me voy con vosotros, pido el traslado y listo, pero solos no os marcháis. Y ahora, vamos con la gente, que nos miran raro.

Conforme caminamos hacia ellos, mamá tiene a Sergio cogido y están bailando mientras se ríen y me observan. Ella le suelta un beso en la cara y palmea su hombro. No escucho lo que le dice, pero él viene hacia mí.

—Princesa, ¿me decidas unos minutos a mí?—Su tono mimoso me desarma.

—¡Claro!—contesto inocente. Se me escapa la risa al ver a mis hermanos señalarse los ojos y después a nosotros en plan felinos. «La madre que los parió».

Sergio me pasa el brazo por los hombros y junta su cabeza a la mía.

—¿Te apetece que tomemos algo los dos solos? No quiero robarte mucho tiempo, porque la gente se mata por estar contigo, sobre todo, tus hermanos.

—¡Eh... ya!

—¿Sabes que me han amenazado?

—¡¿No jodas?!—digo muerta de la risa—. ¿Con qué?

—Con patearme los huevos y la cara a cuatro manos. —Me sonrío con cara de pillo.

—Tú ni caso. Creo que les faltó oxígeno al nacer...

Tomamos asiento en Las Cañas, un bar chiquitito, decorado de bambú; es una especie de coctelería nueva en la plaza.

—Oye, por cierto, ¿has visto a Leire? Hace un rato que no la veo.

—Sí, estaba hablando por teléfono cuando veníamos para aquí.

—Ah, bueno... Dime, ¿qué querías hablar conmigo?

—Pues, en realidad, nada y todo a la vez. Tenemos una conversación pendiente.

—Sí, pero creo que será mejor aplazarla hasta mi vuelta de las vacaciones.

Necesito aclararme, estar bien conmigo misma, Sergio, un poco de tiempo.

—Está bien, lo entiendo. No quiero presionarte.

—Es que los dos... sois diferentes, pero a la vez muy iguales en lo intensos que sois. Tenéis problemas, y yo, ahora mismo, no quiero estar en medio. Tú sabes que he estado con él y no te voy a mentir en eso.

—Sí, lo sé. No tuve que marcharme ni irme a trabajar fuera cuando empecé a sentir cosas por ti. Fui un cobarde.

—Bueno, lo hecho, hecho está. No podemos cambiar lo que ha pasado, solo centrarnos en lo que nos queda por delante.

—¿Qué tenemos por delante?

—Yo tendré las primeras vacaciones de toda mi vida. Después, quiero que mi familia se venga conmigo, estudiar, hacer cosas... Total, estoy a punto de cumplir los veinte años.

—Eres muy joven, princesa, puedes hacer todo lo que desees.

—Por eso, quiero prepararme un futuro, centrarme en mis cosas y en mi familia y vivir la vida.

— ¿Tengo yo lugar en todo eso?—Su mano se acerca a la mía, pero, antes de tocarme, aparece un camarero para tomarnos nota. Pedimos unos *gin-tonics*, el suyo normal y el mío de fresa. Y después de que se vaya a por nuestras bebidas, Sergio coge mi mano—. ¿Cómo estoy en tu vida?

—De momento, como siempre.

Nos sirven las copas y un platito alargado con ositos de colores y platanitos de azúcar. —¡Chuches!—digo en modo nervioso al ver que pone un pie en el suelo, mientras que el otro está apoyado en la barrita del taburete y se inclina hacia mí. Con una mano, aparta el pelo de mi cara y la posa sobre ella, acercándose a mi boca con sigilo y su mirada cavada en mis ojos.

—Estaré como tú quieras que esté —susurra sobre mis labios antes de darme un beso largo y húmedo.

Solamente nos damos ese beso, no hablamos más de nuestros temas, solo se centra en saber bien lo que yo necesito. Me gusta poder contarle mis ideas, mis planes de futuro y que él me dé su opinión sincera. «Una conversación coherente en mucho tiempo. Olé por mí». Pero está tan bueno que no dejo de mirarle el paquete.

No nos damos cuenta, pero llevamos un buen rato charlando cuando vienen mis amigas a buscarme. Él se da por aludido y entiende que necesitan hablar conmigo. Una vez ellas piden sus copas, entro a pagar y nos comenta, como si tal cosa, que se va con la Pepi a echar unos bailecitos.

—Bueno, ¿qué? ¿Nos pones al día o tenemos que sacártelo?—Susana ya está histérica por una información jugosa.

—No hay nada que contar, lo sabéis todo. Nada nuevo a la vista.—Me meto un

osito en la boca para no soltar penda.

—¡Perdona, guapa, le has comido todo el *bocuno* a ese potro! —escupe Sandra como si tal cosa—. Mira que está bueno el cabrito.

—Sí, la verdad es que es perfecto, ¿no?

—Desde luego que, a la vista, sí—contesta Susana.

—Su, ¿solo a la vista?

—Sí, de momento, sí. No lo conozco, pero... —Ese «pero» dice más de lo que parece—. Tiene algo que me dice: «corre». No sé qué es.

—Pues a mí me dice que corra a su cama, en plan: «¡Corre, Forest, corre!». — Sandra y sus paridas.

— Bueno, no sé qué pasa, solo que plantarse aquí ha sido con la intención de que tengamos algo, pero no tengo idea de si un rollo o una relación. La verdad, no le he dejado que me diga nada. Tengo que centrarme.

—No te sacas a David de la cabeza, ¿verdad? Te lo noto. —Asiento y le doy la razón a Susana.

Les pido a mis amigas que olviden el temita hasta estar en Ibiza las tres relajadas, que me den una tregua, porque la necesito. Ellas, que me conocen mejor que mi madre, aceptan con recelo, pero con sonrisas en sus caras. En realidad, no nos hace falta hablar para entendernos. Nos basta con mirarnos y sé que ellas saben exactamente lo que me pasa. Lo que no entiendo es que mis hermanos, Carmenchu y Su me digan que Sergio tiene algo que no les gusta. Si yo lo veo el hombre perfecto...

Otra vez más, dejo a un lado mis pensamientos, junto con mi lado dramático, y voy al centro de la fiesta.

La noche está llegando a su fin. Son más de las cinco de la mañana cuando decidimos irnos a dormir. Sergio nos acompaña hasta el portal de casa y comenta que se va a su hotel a dormir. Espero que suban todos a casa para poder despedirme de él, pero no puedo hablar mucho porque, en cuanto se cierra la puerta del ascensor y el botón da la luz de subida, aplasta su cuerpo contra el mío y me besa. Enredo mis brazos en su cuello y me uno a ese beso, caliente y apasionado. Somos un amasijo de manos, lengua y boca. Intentamos comernos el uno al otro como desesperados, creo que es lo que necesitábamos desde que nos vimos y conectamos el primer día. Parecemos dos adolescentes besándose por primera vez con desesperación y las hormonas locas. Besos, abrazos, empujones

de pelvis y ojitos cerrados. Todo precioso hasta que, al abrir los ojos para despedirme, veo a David dentro de su coche mirándonos detenidamente.

Mi corazón se acelera al igual que su coche, que sale haciendo un ruido chirriante con las ruedas y el motor. Sergio no se da ni cuenta y se despide de mí dándome un beso en los labios por última vez. Lo veo marchar hasta su coche y, con un gesto de la mano, me despido.

Una vez sola, busco refugio en mi rincón, en la terraza del bloque donde solo subimos nosotros, ya que los vecinos no le prestan atención. Por suerte para mí, todo está tal y como lo dejé; encuentro mi pitillera con un par de cigarros y un mechero, cuidada por mamá y escondida detrás de la maceta de margaritas, ahora algo pochitas por la noche.

Decido encenderme uno y, con la primera calada, vinieron muchas más. No soy una fumadora empedernida, más bien social, pero este, lo necesito. Tengo por delante un largo amanecer.

## **21. ¿Se puede ser más perfecto?**

El despertar no es mejor que el acostarme. Tengo un poco de resaca, mal humor y, para colmo, una sensación de traición dentro de mí. También muchísimas ganas de llorar, y eso que he estado toda la noche haciéndolo. Escucho que en casa ya están todos levantados, y se oye a mi madre ordenar como una dictadora las cosas del desayuno a voz en grito.

«¡Joder, adoro esto!». Nunca pensé que los gritos de mi madre me gustaran tantísimo.

Voy al baño directamente y me doy una ducha bien fría para flagelarme un rato, por traicionera y mala. Todavía tengo la imagen de David clavada a fuego en mis retinas. Nos encontrábamos lejos, pero vi sus ojos. Estaba dolido como un animal abandonado, lo que me hace verme como una auténtica zorra. No es que lo sea, pero sí es como me siento.

El agua helada no me hace estar mejor, sino que me deja con más frío que el copón y eso aumenta más mi mala leche. Salgo al comedor con las braguitas verdes de panda que me regaló mi madre y una blusa larga *hippie* que tengo para andar por casa.

La imagen es preciosa. Toda mi familia reunida alrededor de la mesa, la Pepi ha tirado la casa por la ventana y tenemos de todo. Abro los ojos como platos y los clavo en Sergio, que está sentado junto a mi madre; por él tenemos bollería, zumo y tostadas, y no la mierda de crispis con sabor a cartón y cadáver en descomposición que nos pone normalmente, con la excusa de que están a dos por uno. «¡Qué le gusta un mozo *apretao* a mi *mare!*!».

Ella me mira de arriba abajo y, después, vocifera.

—Pero ¿qué te pasa en los ojos, niña, que los tienes como un chocho?—Se queda de lo más relajada la mujer, mientras los demás aguantan la risa.

—Mamá, no quieras saber cómo tengo el chichi hoy. —Tomo asiento, enfadada, haciendo pucheros.

— Pues como una amapola no, porque llegaste muy pronto. —Se da media vuelta y mira a Sergio con su sonrisa—. Muy bien, cielo. —Lo acaricia como a un perrito—. Así me gusta, que la respetes —dice con su dedito acusador en alto.

—Claro que sí, Pepi. Una cosa... Lo de la amapola, ¿por qué es?—pregunta serio y preocupado.

—Oix... Va a parir que un potro como tú no lo sepa. —Reímos por no llorar.

—Mamá, ¿te *quieeee callá?*

—No. Como una amapola se te queda el papo de estar toda la noche tralará, tralarito —explica con gestos obscenos la mujer que me dio la vida para amargármela después.

—Pero ¿amapola...? —El cabrito lo hace aposta.

—¡*Pos* colorado y *pa* fuera, nene!

La cara de todos mis hermanos es la de siempre, Leire boquea como un besugo, y Sergio se descojona, mientras que yo ataco a todo lo que tiene chocolate, pasando de todos ellos por un ratito.

—Pero, Sofía, hija, límpiate la boca que parece que hayas chupado un culo.

—*Joer*, mamá, déjame tranquila.

Me levanto de la mesa y me acuesto otra vez. Sergio viene detrás de mí y se sienta en mi cama.

—Pitufa, ¿qué pasa? ¿He hecho algo mal?—Se frota las piernas mientras mueve su cabeza—. No sé qué hacer... Ayer nos fue bien, ¿no?

—Sí. No, no lo sé. —Me incorporo y lo miro, me da la mano.

—¿Qué quieres que haga?

—Es que no lo sé, Sergio. No sé qué quiero. Tú te fuiste, has vuelto... y yo no sé qué pasa conmigo. Solo sé que soy joven y quiero hacer cosas. —Me observa y veo que intenta esforzarse por entenderme, porque me escucha—. Solo quiero aclararme.

—¿Es por mi hermano? ¿He llegado tarde?

—Sergio, ahora no, por favor... —Me intento asfixiar con la almohada, pero el maligno me lo impide.

—Está bien. No volveré a sacar el tema, pero, a cambio, tú—me señala con el dedo— vas a mover ese precioso culito, te vas a levantar y a ponerte muy, muy guapa.

—Más guapa no puedo, capullo, me detendrían.—Pongo los ojos en blanco y me río—. No quiero salir.

— Perfecto. Ahora, arréglate, ¿entendido?—repone, saliendo por la puerta. Dos segundos después, la vuelve a abrir—. Si no estás en veinte minutos, te vestiré y arreglaré yo mismo.

Lo dice de verdad, es capaz de eso y de más, así que me levanto y rebusco entre mis cosas. No sé qué ponerme, solo me apetece hacer la albóndiga en la cama. Salgo al comedor a preguntarle qué pretende hacer, para saber qué ponerme, pero Leire me informa que se acaba de ir y entra conmigo a la habitación.

—¿Qué te pasa?—Ya me conozco yo la carita de buena.

—Nada, solo que... me voy con tu hermano y sus amigos a pasar el día fuera.

—Bueno, tenéis unos días de relax y, después, vuelta a la normalidad. Con esto, digo que tendréis que centraros en los estudios.

— Sí, sí. Puedes estar tranquila, eso mismo pienso hacer; pero, ahora mismo, quiero disfrutar, ¿vale? Hasta que vengas de Ibiza y recuperemos la vida normal. Aunque no sé si será posible yéndonos todos a Marbella...

—Ya, también... —«Anda, que ya me vale a mí».

Me decido por un tejano pitillo negro, algo roto, y mi camiseta gris oscura de *Guns N' Roses*. Aprovecho que todavía tengo el pelo húmedo para secarlo, me lo ondulo con la plancha y, después, me pinto como una puerta, ya que no tengo otro remedio, porque estoy pálida y con los ojos hinchados de haber pasado toda la noche llorando. «Pues no estoy tan mal», digo mirándome en el espejo.

Voy a la habitación y busco unos zapatos grises muy chulos que tengo y una chaquetita de cuero, con más años que la Piqué, pero que tiene mucho rollito. Hoy ni bolso ni nada; el dinero, las llaves y el móvil, en la chaqueta.

Le mando un mensaje a Sergio, pero él me llama directamente, despachándome con un escueto «baja».

Al salir a la calle, la imagen me parte por la mitad. Prácticamente, vamos vestidos iguales, y él va montado en una Ducati 900 negra, reluciente y preciosa. Al ver mi gesto de sorpresa, pone una sonrisa de macarra y me ofrece un casco negro, a juego con el de él.

Su chaqueta abierta y su camiseta desbocada dejan ver algunos de sus tatuajes. Parece un hombre salido de una película de mafiosos en la que él es el guapo y *buenorro* que va a descuartizarme, aunque yo voy encantada, claro está.

Me coloco el casco y lo abrocho debidamente, me mira y me pide que suba, que confíe en él, y así lo hago. Me agarro fuerte a él. Nada más escuchar el clac de la primera, salimos disparados como balas. Sorteamos el tráfico que encontramos por los alrededores de la barriada y toma la entrada a la autopista dirección a las afueras de Madrid. La sensación del viento en la cara y de libertad que me provoca ir en moto con él es maravillosa y especial.

Me mantengo pegada a él, sujetándome fuertemente y con la cabeza apoyada de lado en su espalda. Pierdo la noción del tiempo cuando dejamos atrás Madrid. No tengo ni idea de dónde vamos, y lo cierto es que tampoco me importa. Lo único que siento en este momento es la sensación de libertad que tengo ahora mismo.

Cuando quiero darme cuenta, me encuentro en un pueblecito precioso, antiguo y muy bien conservado. Me quito el casco y muevo la cabeza para alborotarme el pelo, mientras Sergio sigue sentado en su moto, observándome.

Respiro y observo a mi alrededor, todavía maravillada.

—¿Dónde estamos? Es precioso.

—¿De verdad te gusta?—Asiento y miro otra vez a nuestro alrededor—. Estamos en Calatañazor, Soria.

—¿Qué dices?! ¿Tan lejos?—Se ríe.

—¿Te parece lejos, Sofi?—Se apoya levemente en la cúpula de la moto y me mira divertido.

—No, pero Soria está lejos de Madrid. Bueno lejos, lejos, tampoco, pero ¿tanto has corrido?—lo pregunto en tono acusador.

—Bueno, hemos venido rapidito, pero hemos tardado lo normal, dos horitas de paseo.

—Ah... — No sé qué decir, ya que lo cierto es que el paseíto se me ha hecho relativamente corto—. Bueno, y ahora ¿qué?—me entra la curiosidad y los nervios por caminar por sus calles.

—Lo primero, comer. Después, quiero pasear contigo sin que nos dé la noche, cielo. ¿Tienes hambre?

—Sí, mucha, la verdad.

Aparca la moto y deja los cascos para ofrecirme su mano firme y segura para caminar.

—¿Conoces esto?

—Bastante, mis abuelos maternos eran de aquí, y pasaba algunos veranos con ellos. Pero ya no tengo familia ni conozco a nadie.

— Pues tuviste que tener unos veranos precisos correteando por aquí. —Le lanzo una sonrisa y le beso el hombro cuando me la devuelve. Esta vez no es endemoniadamente sexy; más bien, es sincera como la de un niño.

—Sí, tengo muy bonitos recuerdos. Mira, ven. —Tira de mí por una calle pequeña y estrecha, que aún mantiene el encanto de antaño.

Mientras caminamos cogidos de la mano por las calles del municipio, me va explicando sus curiosidades, me habla de unas ruinas romanas, de cómo los castellanos recuperaron la tierra de los árabes, de ahí su nombre, y de un montón de cosas más. Mientras, intento mantener el ritmo de sus grandes zancadas y lo observo. Sé que algo me oculta, que algo trama, pero me da igual.

Se para delante de un pequeño restaurante rústico y me mira.

—Hagamos que hoy sea especial, ¿vale?—Me vuelve a mirar con sus ojos rasgados y se acerca a mí, sin dejar distancia ni para el aire entre los dos.

—Sí, vamos a disfrutar del día, a olvidarnos de todo. Además, en nada me voy de vacaciones con mis amigas.

—¿Tienes muchas ganas?—Sus ojos vuelven a inspeccionarme de arriba abajo, siempre queriendo saber más.

—Ya sabes que sí. —Bajo la vista hacia el suelo, y sonrío como puedo. La

imagen de David saliendo a toda prisa al vernos me dolía. Me dolía él. Continuamos con el paseo y la charla tranquila cuando suena mi teléfono. Dejo que lo haga, es una música especial, la que le puse a David. El teléfono suena y suena durante unos largos minutos.

Sergio se empeña en parar a comer en una posada muy bonita de piedra que recordaba de cuando era niño, y yo acepto. Tengo una sensación extraña en mí, pues las llamadas de David me han desconcertado un poco.

Estoy segura de que Sergio sabe de quién son las eternas llamadas, pero no dice nada, se mantiene en su postura, que, la verdad, es lo mejor.

Durante la comida, le noto especialmente tenso, su expresión corporal no es de relax total, como lo es normalmente. Así que no lo pienso, dejo a un lado mi parte prudente y abro la boca.

—¿Me vas a contar qué es lo que te pasa?—Levanta sus ojos de la carta y me mira.

—No sé a qué te refieres, Sofía, solo estoy echando un vistazo al menú. ¿Tú qué vas a pedir?—cambia de tema con brusquedad, lo que despierta en mí una alarma.

— Creo que tomaré puré de calabacín y, de segundo, salteado de verduras con lenguado. Ahora, quiero que me sueltes qué es lo que te pasa. Algo te ronda, algo me quieres decir... Presiento que es algo que, posiblemente, no me guste o me pueda sentar mal. ¿Me equivoco?—Sus ojos me miran nerviosos como si hubiese dado en el clavo. Deja la carta a un lado y me coge la mano.

— No sé qué te estarás imaginando con esa mente perturbada que tienes. — Sonríe de lado y muerde su labio inferior—. Sí, hay una cosa que quiero comentarte hace tiempo, pero, no sé por qué, todavía no he encontrado el momento.

—Somos amigos, Sergio, no tienes por qué...

—¿Solo amigos?

—De momento, sí, no tenemos nada. Solo nos hemos besado un par de veces, y tú sabes que yo necesito aclararme, que no estoy bien.

— Estás así por mi hermano, lo sé, no soy tonto. Yo me fui en el peor momento. Sé que no tengo excusas y que no puedo reprocharte nada. Ya te he dicho que me

asusté cuando empecé a sentir cosas por ti.

Por suerte para mí, aparece un camarero muy simpático para tomar nota y nos ofrece el plato del día. Sergio acepta las sugerencias, pero yo no, ya se me había antojado el puré de calabacín y el pescado. También le aviso que yo quiero agua con hielo y el señor se fue dejándome sola y temblando como una cobarde, después de servirnos el vino blanco.

—A ver, ¿por dónde íbamos?—sigue nada más alejarse nuestro camarero.

—Eh... no sé. Discúlpame, tengo que ir al servicio. — Sonrío con cara de loca y me escabullo al baño de las señoras, el cual es como nuestro refugio para las citas incómodas y una especie de confesionario, si no vas sola, claro está.

Entro en uno de los baños y me siento en el inodoro. Tengo un tic nervioso en las piernas y las manos, que me tiemblan. Ya no sé ni lo que me pasa ni por qué tengo este estado de nervios encima. De repente, suena mi teléfono y me da un susto de muerte.

Es David... El corazón se salta unos latidos y se me olvida respirar. Dejo que suene, pero no puedo resistirme y descuelgo.

—Ho... hola —contesto con la voz muy tímida y la lengua de trapo.

Nadie contesta, un silencio y una respiración agitada al otro lado es lo que oigo.

—¿David? ¿Pasa algo?—Un suspiro—. ¿Qué pasa? Me estás asustando.

—Sofía... —dice mi nombre con la voz rota y desolada.

—Dime, me estás asustando, y mucho.

— No pasa nada, no te preocupes. Solo quería escuchar tu voz. —Eso me sorprende, aunque todo él es una auténtica caja de sorpresas para mí. A veces atento, romántico, cariñoso... y otras, todo lo contrario.

—Yo también tenía ganas de escuchar tu voz, David. Tenemos que hablar con calma. —Lo escucho llorar a través del teléfono como un niño pequeño.

—¿Por qué me has hecho esto? Pensé que tú eras diferente a todos. Tú, que siempre hablas de dar oportunidades a las personas y dejar que te conozcan. Me has fallado...

—No, no he hecho nada. Lo mismo esto nos ha venido grande y nos unimos en un momento que...

—Déjate de hostias, preciosa.

En ese momento, me cuadra todo, está borracho.

—¿Has bebido?

—¿Tú qué crees, bonita?—Ese «bonita» lo suelta con un deje de amargura y sarcasmo que no me gusta un pelo. Conozco su mala leche y no tengo ganas.

— Mira, te echo de menos, me acuerdo de ti. No sé por qué, pero no te sacó de mi cabeza, David, y reconozco que me moría de ganas de saber de ti desde que te fuiste a toda hostia de mi calle. Pero no voy a hablar contigo en estas condiciones.

—¿Sí? ¿No será porque estás con mi hermano y estás como loca por estar con él, no?

—No, no es por eso. Ahora voy a colgar.

Eso es lo que hago en ese momento. Cuelgo y cierro los ojos. Respiro y me pongo en pie. Solo quiero calma y centrarme.

Camino de vuelta a la mesa con una falsa sonrisa en la cara y me encuentro con los ojos de Sergio, dándome un repaso de arriba abajo.

A decir verdad, no soy una buena compañía durante la comida, pero a él no parece importarle. Respeto el rato amargo porque creo que sabe que era por David y que, seguramente, habíamos hablado.

Después de una larga caminata por las calles del pueblo, una merienda preciosa y un cambio de ánimos, la tarde mejora y la pasamos como siempre, como somos nosotros, amigos. Solamente algún roce de manos al caminar o miradas penetrantes del uno al otro. Dejamos ver el deseo que mantenemos el uno por el otro, pero nada pasa de ahí.

De vuelta a casa, voy agarrada a él fuertemente. La verdad es que esos paseos en moto son liberadores para la mente, para dejarla en blanco. Siento una mano de Sergio sobre la mía y cómo la aprieta con fuerza. No la suelta durante un buen rato, pero cuando lo hace, agarra mi pierna. Es el hombre perfecto sí o sí.

Mi cuerpo está muy pegado a él, su olor invade mis fosas nasales, y eso me nubla la vista. Noto sus músculos con mi cuerpo y aún más ganas me dan de rozarme con su piel sin ropa.

Mi cabeza dice «sexo, mucho sexo», y me siento de lo peor, pero es lo que quiero. «¿Por qué tengo que desobedecer los deseos de mi cuerpo? Ya, porque en mi cabeza tengo a otro...». Ese pensamiento me hace sentir mal. Sin embargo, yo misma me autoconvengo de que una cosa es sexo y otra, amor; yo no amo a

ninguno, solo quiero disfrutar de mi cuerpo y del suyo, y no es malo hacer eso, siempre que las dos partes estén de acuerdo. Y, con las mismas, al entrar en Madrid, le pido que me lleve a su habitación de hotel. Él me mira y abre los ojos, pero no dice nada.

Vamos por el paseo de la Castellana cuando me fijo en el imponente hotel donde aparca la moto; el Villa Magna, ni más ni menos.

«¿HOLA? ¿HOLI? Muerta desde ya. ¿Será pomposo el tío?».

Pongo mis piecitos en el suelo y me quito el casco. Uno de los aparcacoches sonrío como un tonto por el hecho de aparcar la moto de Sergio.

Caminamos hasta el ascensor cuando habla uno de los botones.

—Señor, *suite* la Castellana, ¿verdad?

—Correcto. —Es su respuesta.

Nada más entrar a la habitación, los ojos se me salen de las órbitas. Una *suite* de ciento treinta metros, toda de lujo, con una decoración muy varonil y perfecta. Son dos habitaciones y un salón independiente con tres mesas de escritorio y cientos de teléfonos. También hay albornoces, zapatillas y neceseres con todo lo habido y por haber de las mejores marcas.

—Este neceser me lo llevo—digo como una loca, abrazándolo—. Tiene de todo y es perfecto para el avión. —Sonrío con mi cara de psicópata mientras él se troncha de risa. «Oh, oh... Problemas», habla mi mente calenturienta al ver que se quita la chaqueta de motorista y se le marca la tableta de chocolate.

Mi cuerpo es el mismo infierno, está listo para pecar. Por suerte, tengo un momento de lucidez.

— Voy fuera a llamar a mi madre. —Salgo a la terraza para hacerlo—. Mamá...

— No le doy tiempo a contestar—. Calla y escúchame. No me esperes a dormir, estoy con Sergio. Llegaré mañana, ¿vale?

—¡Niña, que no te haga un bombo!—Pongo los ojos en blanco por lo que acaba de soltar la Pepi, y me despido de ella.

Escucho la ducha. Sergio está en ella, desnudo.

De mi garganta sale un ruidito parecido al de una urraca, ¡sí, sí, ese pájaro! Y se me seca la boca. «Desnudo... Muero.». No me lo pienso dos veces, me quito la ropa y camino hacia el baño.

—¡Coño, qué grande es esto!

Veo su cuerpo a través del cristal empañado de la mampara y me vuelvo loca. Sin pensarlo, abro la puerta y entro.

Eso le sorprende, lo noto por su cara de incertidumbre. Su mirada recorre mi cuerpo mientras me mantengo a escasos dos pasos de él. Me sobresalta cuando, con una mano, tira de mi cintura hacia él y me mete debajo del agua caliente.

Mi cuerpo impacta con el suyo. Me aparta el pelo de la cara y apoya su cabeza en la pared, abrazándome de nuevo por la cintura, mientras apoyo mis manos sobre sus hombros. Le acaricio suavemente los brazos, la nuca y la cabeza. Acto seguido, mis labios van directos a su cuello. Lo beso por todos lados, le muerdo el mentón hasta que sale de su garganta un gruñido animal.

—Sigue, princesa—susurra en forma de súplica, mientras baja una de sus manos hasta mi culo, perdiéndola en el final, y la mantiene quieta para darle calor a mi sexo.

Le doy un tirón a su pelo para exponer más su cuello, lo repaso con la lengua y muevo los labios a mi antojo hasta llegar a su boca, que me espera como si estuviera sedienta de mí. Mi lengua entra en su boca y la recorre entera, mientras que una de sus manos aprieta fuerte uno de mis pechos. Gimo y lo aplasto con mi cuerpo.

Los besos y el deseo se pierden entre caricias y gemidos. Noto en mi barriga su miembro duro y me muero de ganas de tocarlo con mis manos, pero no puedo dejar de acariciar su torso y besarlo; es como si me faltasen manos y cuerpo para hacerle todo lo que quiero desde aquel día en el coche.

Me levanta en brazos y mis piernas se unen a su cintura. Deseo que me penetre en ese momento, pero no, solamente me besa como loco, me acaricia los senos y la cara y me aprieta más fuerte contra él.

Para el agua y sigue devorándome. No soy consciente del tiempo ni del rato que nos mantenemos en esa posición, solo de mi cuerpo y de esas sensaciones placenteras que experimento con los besos y roces de cuerpo a cuerpo.

Deja de besarme y se aparta de mi boca, me mira fijamente y me suelta en el suelo. Sus manos cogen mi cara y, con un escueto «te deseo», vuelve a encender el agua. Después de eso, nos duchamos el uno al otro.

«¡Qué raro es el *jodío!*», exclama mi mente.

Al salir de la ducha, mi cara es un poema, pero a él le parece divertido. Me envuelve en un albornoz suave y esponjoso y sale al salón de su puñetera habitación de *millonetis*, dejándome sola en el baño. Mientras me peino y me adecento un poco, distraída con el hilo musical de la habitación, intento adivinar qué es lo que ha pasado ahí hace un momento. Yo imaginaba que íbamos a tener sexo salvaje, duro y sucio, pero no... Han sido mimitos y un calentón de mil demonios.

Da unos golpecitos a la puerta y abre.

—Princesa, su cena está servida. —Antes de cerrar, sonrío.

«¡Me *cagüentó!* Odio esa sonrisa de macarra».

Salgo del baño con el albornoz semiabierto dejándole ver parte de mi anatomía, pero él está haciendo lo mismo. Sin embargo, yo no tengo el mismo autocontrol que él ni por asomo.

—¿Qué ha pedido el señor?

—Me vas a matar, lo sé, pero... me apetecía muchísimo.

Abro los ojos, corro a la mesita donde está la cena en las bandejas y, al retirar la tapa, por poco me da un soponcio. ¡Sopa de pescado y una mariscada en toda regla!

—Mmmm, muero de amor. —Me fijo en la botella de vino blanco y en las dos de champán—. De lo bueno, lo mejor, ¿no?

—Siempre. —Preparamos la mesa entre los dos—. ¿Quieres música, princesa mía?

Conecta su iPhone a la minicadena y, a los pocos segundos, Joaquín Sabina en acústico ameniza la velada.

Parecemos dos tontos del culo. Miraditas, risitas y, para colmo, los dos muriéndonos de vergüenza. La verdad es que no hemos tenido conversación alguna durante la cena.

Me sirve el postre —fresas con nata. Muy original, él— y el champán y sonrío al verme descruzar las piernas. La verdad es que el vinito de las narices se me ha subido a la cabeza.

—¿Sabes?—me pregunta con voz gutural.

—No. Ilumíname.

— Estoy dudando si hacerte el amor o follarte contra la mesa—suelta como si tal cosa. A mí se me atraganta la fresa y por poco me ahogo, y el tío, tan pancho—. Dime, ¿qué quieres tú?

—Que me folles —no dudo mi respuesta. Estar piripi me hace envalentonarme. Se acerca a mí lentamente y me coge en brazos.

—Sus deseos son órdenes para mí, señorita.

Yo, como una veleta entre sus brazos, sonrío como una tonta. Me deja sentada en el sofá.

—¿Podrías descruzar las piernas?—pregunta mientras se acerca a la mesa a por las copas de champán y las fresas.

Obedezco al momento. Me ofrece mi copa y otra fresa y se deja caer de rodillas al suelo, abre mis piernas un poco más y aparta la bata de ducha. Sus ojos se fijan en la parte más íntima de mi ser y me mira. Veo cómo se relame los labios y como una de sus manos se desliza desde mi rodilla hasta mi sexo, expuesto a él. Lo recorre entero con un dedo, de forma suave, de abajo arriba, empapándolo de mí, y se lo llevaba a la boca.

—Sabes tan bien como me he imaginado todo este tiempo.

Con sus dedos, me propicia un placer infinito, pero no consiente que ninguno de los orgasmos que nacen en mi interior salgan. Una negación del orgasmo en toda regla es lo que me está haciendo el cabrito y, para rematar, con esa sonrisa de perverso en la boca.

Me mantengo agarrada al sofá como puedo, mi cuerpo se retuerce buscando el contacto con sus dedos y esos juegos diabólicos a los que me está sometiendo. Mi espalda se mantiene en tensión en el aire, con la cabeza apoyada en el respaldo y el culo en el sofá, mientras mi cuerpo está en una nube de placer extremo.

Cierro los ojos, a la espera de una nueva oleada de placer, cuando siento un líquido frío en mi sexo.

—¡Ahhh!—grito sin reprimir el tremendo gusto de esos momentos al notar como vierte parte de su copa en mi vagina. Siento un frescor y un gusto inexplicable.

Lo miro y, con una mano, lo empujo hacia mí. Muerdo mi labio hasta hacerme daño y, entonces, noto su lengua entre mis pliegues. No puedo retener las ganas de correrme cuando juega con mi clítoris. Muerde, tira y succiona y, sin darme

cuenta, me dejo ir. Una de sus manos me mantiene sujeta mientras que él me devora. Tras ese orgasmo devastador, viene otro igual de intenso, haciendo que mi mano tire de su pelo con fuerza y alguna que otra palabra salga de mi boca, pero son palabras sin sentido.

Cuando me repongo, lo veo sonreír y vuelve a lavarme con el líquido ámbar de su copa. Le da un último repaso a mi intimidad y sonríe. Se pone en pie y me tiende una mano.

Caminamos hasta una de las mesas de trabajo que hay en la habitación y aparta de un manotazo todo lo que hay en ella para sentarme y quitarme el albornoz y, a continuación, se retira para contemplarme.

Lo veo buscar un preservativo en su cartera y venir hacia mí. Se lo quito de las manos y yo misma se lo pongo mientras le beso el pecho. La verdad es que es muy grande y gruesa, y solo pienso en cómo será tenerla dentro de mí. Esa sensación no tarda mucho en hacerse realidad.

Entra en mí de un empujón. Mi cuerpo se adapta a él enseguida, y, en un gesto de posesión, nos abrazamos. Mis manos en su cuello y las suyas en mis caderas, unidos. No sé si es un acto de amor, animal o sobrehumano, pero nuestros cuerpos pasan horas unidos, dándonos placer. De la mesa, pasamos a la cama. No sé la de veces que me corro y, aun así, mi cuerpo necesita más y más. Su cuerpo exige lo mismo y, entre las sábanas, nos da el alba, abrazados y exhaustos.

## **22. Preparativos, mimos y algo arecido al amor**

Abro los ojos lentamente y veo la habitación del hotel. Sergio no está en la cama. Palpo con la mano su lado y noto que aún está caliente. Me doy la vuelta en la cama y abro los brazos y las piernas. La cama es tan grande que no toco con mis extremidades de punta a punta.

Escucho a Sergio hablar con alguien y, después, el cierre de la puerta.

—Buenos días, princesa. —suena el ruido de la cámara de fotos del móvil.

—¿Qué haces?—Me siento en la cama de un salto.

—Hacerte una foto, princesa. Estás preciosa recién levantada, despeinada y en mi cama. ¿Nunca te lo han dicho?

—Eeh... lo de tu cama, no — respondo de lo más socarrona, apartando el pelo

de mi cara—. ¿Huele a café?—Asiente y sale de la habitación—. ¡Oye!—lo llamo a gritos—. ¿Es café?

— Que sí. —Entra en la habitación con una bandeja enorme—. Hay de todo, gorda. Café, tostadas, zumo de naranja, mermeladas... —Mi gesto de sorpresa no oculta las ganas de chocolate que tengo—. Y sí, un cruasán de chocolate—repone de lo más orgulloso del mundo.

Coloca la bandeja encima de mí, como a las princesas. Me pongo cómoda y me dispongo a darme un festín, cuando me roba un beso.

—Cielo, ha llamado tu madre.

—Eh... ¿qué ha dicho?

—Pues... — duda, peinándose el pelo hacia atrás y riéndose—. Que como te preñe, me corta la minga y se la da a Pedrete. —Abre sus ojos con gesto de sorpresa—. ¿Quién es Pedrete?

—El dogo argentino de mi vecina. —Más no me puedo reír.

—Joder... no será capaz la Pepi... —Levanto mi vista por encima de la taza de café y lo miro incrédula—, ¿no?

—No, como me preñes, te la corta. —Sonrío maléficamente—. No dudes de mi mami.

— No, no. —Niega divertido con la cabeza—. Princesa, no es por ser el típico tío que, después de una noche de pasión, quiere echarte de la cama, pero... — Mis ojos lo apuñalan lentamente—. No me mires así, cielo, es que hoy te vas de viaje. —Levanta las cejas repetidas veces—. Me gustaría llevarte al aeropuerto, si no te importa, claro.

—Ainsss... chi. ¡Me voy hoy! Mis amigas deben estar como locas.

—El móvil no ha dejado de sonar, a decir verdad. Desayuna tranquila, que voy a buscártelo.

Me lo da, toma asiento en la cama y se come todas mis sobras, ya que lo he probado todo, todito.

—Gracias por mordisquear también mi desayuno, cielo, pareces un pollo—dice mientras le da un mordisco a una tostada; bueno, lo que queda de ella.

—Ah, pensé que era para mí, en plan *Pretty Woman*.

—Sí, pero yo también desayuno.

—Shhh... —le mando callar mientras llamo a Susana.

Nada más descolgar, me pone en espera, lo que me hace saber que la llamada es a tres con Sandra. Después de decirme de todo menos bonita, me gritan que mueva el culo hacia el aeropuerto.

—Que sí, que salimos a las nueve de la noche, por Dios... dadme un respiro —les pido.

—Venga, marrana, que nos ha dicho tu madre que estás con Sergio *jincando*.

—Ah... está aquí, os ha escuchado.

—Que le peten—espeta Susana.

—Se está riendo. —Me muero de risa.

—Que le den por donde amargan los pepinos —repone Sandra—. Mueve el culo, penca.

Esas son las palabras de mis amigas. Les mando un mensaje de texto por el grupo que tenemos, recordándoles que a las siete nos vemos en el aeropuerto, en la cola de facturación. Ellas me devuelven el *wasap* con gestos obscenos.

Intento darme una ducha relajante, pero no lo consiente. Me da una ducha de esas románticas, con dos orgasmos de esos muy sucios de los que, al recordarlos, te pones colorada. Y, tras eso, me acerca al centro de Madrid para hacer unas compras de última hora.

Correteamos por el centro de Madrid como dos locos. Nos da tiempo a comernos un sándwich vegetal y una coca cola, y a hacer la maleta de vuelta a casa.

Después de las despedidas con la familia, la Pepi me da sus consejos.

—El primero: hazte respetar; segundo: si te persiguen, hazte la muerta; tercero: tu padre es policía corrupto, tú grítalo en alto.

—Mamá, desvarías —repongo entre risueña y preocupada por ella.

—Anda, anda. Tú hazme caso, que yo sé lo que me digo.

Una vez en el coche, Sergio sigue riéndose de los consejos de mi madre. De vez en cuando, me mira y sonrío.

—Disfruta mucho, cielo, pásalo en grande. Haz lo que te dé la puta gana y sé muy feliz con tus amigas. Yo me quedo aquí, trabajando y echándote de menos.

—No me seas puñetero, ¿eh...?

El camino se me hace eterno, estoy muy nerviosa. Es la primera vez que salgo de viaje y monto en un avión. Tengo un nudito en el estómago y no puedo con la emoción. Es una mezcla entre nervios, alegría y algo de miedo al avión.

Una vez en el aeropuerto, Sergio tira de mis maletas como puede. Al fondo, en la cola, me encuentro con mis amigas que, nada más verme, vienen corriendo hacia mí. Nos abrazamos y saltamos de alegría. Después, saludan a Sergio y le dan sus maletas y él las deja todas en el suelo

—¿Hola?

—Tranquilas, voy a por un carrito—dice, dejándonos a solas.

Una vez facturamos las maletas, les pido que vayan a la cola del control, para poder despedirme de él.

Mientras que mis amigas se van parloteando y dedicándonos miraditas y alguna que otra burla, Sergio y yo nos miramos como nunca lo hemos hecho antes.

Parecemos los dos típicos amigos de instituto que han tenido una noche loca. Siento rubor en mis mejillas y que mi cara arde. Me siento algo ridícula en esta tesitura, pero cuando lo miro para hablarle, me da por reír. Él está en la misma situación que yo.

Una risita nerviosa nos envuelve y, al parecer, eso disipa el ambiente. Tira de mi mano y me cubre con sus brazos. Yo solo puedo dejarme llevar por lo que siento en esos momentos, escondo mi cara en su cuello y lo beso.

— Princesa, quiero que hagas lo que hemos hablado en el coche. —Yo asiento mientras lo abrazo con más fuerza—. Quiero que disfrutes, que hagas todas las locuras que se te pasen por la cabeza; bueno, siempre con control... Pero vive, cielo, ahora es tu momento y te lo mereces.

Al fijarme en él, veo que en sus ojos hay unas lagrimitas que no saldrán de ahí, nunca.

—Eso haré, te lo prometo—lo tranquilizo mientras dejo un beso en sus labios.

—Eso espero. Mientras, yo te esperaré aquí, ¿vale?

—Más te vale.

—Lo mismo no resisto tantos días sin ti y voy a buscarte.

—¿No serás capaz?—Lo miro horrorizada.

— Ya lo creo que sí, princesa. —Eso suena muy contundente en esa boca de pecado. Después, me besa como si le fuera la vida en ello—. ¡Vamos!—Tira de mi mano e insiste en acompañarme hasta que pase el primer control—. ¡Chicas! —grita a mis amigas, que nos observan de reojo mientras caminamos en su dirección—. Cuidádmela mucho y pasáoslo en grande. —Sonríe y ellas se

derriten en el acto.

Todo perfecto hasta que el muy cabrito ve a un conocido, que para colmo es piloto e iba acompañado de unas azafatas monísimas. Después de saludarlos, me presenta.

— Chicos, cuidádmela en el vuelo—dice sin saber si era el comandante de mi vuelo y en tono guasón—. Ponle el cinturón y conduce despacito. —Las tontas del bote se ríen, pero a mí no me hace ni puñetera gracia.

El piloto se ríe muy chulesco y se ofrece a cuidarme demasiado.

— Hoy voy a Bruselas, pero mañana voy para la isla y estaré unos días si consigo mis dos semanas de vacaciones. Vente, tío—repone, mirando a las dos azafatas y haciéndole un gesto en plan“una para cada uno”.

—¡Qué va!, si voy es porque la echo mucho de menos y, si eso pasa, no me apartaré de ella ni con agua caliente.

«Ja, ja, ja. ¡Chúpate esa!», mi subconsciente está delirando, pero responde muy bien.

—Alto y claro, nene—contesta su amigo, mirándome con ojitos golosones—. Ahora me las llevo. —Nos echa un vistazo a mí y mis amigas—. Así os saltáis la cola.

Habla repasándonos con la mirada, tiene una pinta de chulo y putero que no se aguanta ni él. Lo cierto es que me está dando cosita de verlo. Como diría mi madre, este tío está más *sobao* que los pasamanos de una escalera.

Una vez en el avión, no puedo disimular los nervios. Mis amigas me miran con cariño, pero no dejan de burlarse de mí, cosa que me da igual porque sabía que lo hacían con todo el amor del mundo y que esas bromas son para que me relaje un poco.

Saco el móvil y me hago unos cuantos selfis. Después, una foto de nosotras tres, una foto para el recuerdo.

No dejo de sonreír e ir pegada como una pegatina a la ventanilla en todo el vuelo. Por suerte, el viaje se me hace corto y no me mareo.

Lo peor del vuelo es, una vez aterrizamos, conseguir bajar del dichoso avión. ¿Qué le pasa a la gente, que se atasca en la entrada con las maletas? Por poco me

dan los cinco minutos.

La cinta del equipaje, qué cosa más tardona; ¡y cómo salen las maletas!, destrozadas. Pero bueno, que tengo los pies en la isla blanca y voy como loca por disfrutarla.

### **23. La isla**

Tiro de mis maletas como una posesa, dejando a Sandra y Susana atrás. Intentan seguirme, pero yo ando como las locas. Solo deseo ir a por el coche de alquiler y salir a cenar y bailar.

En el local de los coches de alquiler, nos hacemos amigas de unos chicos de Cádiz que vienen dos semanas, como nosotras. Sandra ya está colgada por uno de ellos, mientras que Susana y yo no atendemos a los demás, que sacan pecho como los palomos.

Por fin, llega mi turno y me dan mi cochecito.

—Tía, ¿un Range Rover Evoque descapotable? Estás muy loca, ¿eh...?—Susana flipa en colores y yo mantengo la sonrisa psicópata que me caracteriza.

—No, lo que está es forrada.

— Pues ya veréis el apartamento que he cogido; bueno, hotel, no estoy muy segura de qué es... —Quiero intrigarlas. Es lo más de lo más en la isla, pero no sé si es un hotel con apartamentos o qué narices es en realidad.

Una vez revisado el coche, firmada la recogida y con las maletas dentro, conecto el GPS con destino Usuhaia. Ellas todavía no saben nada. Estoy deseando verles las caras a mis niñas, porque tener unas amigas como las mías es muy difícil. Siempre han estado al pie del cañón con mi familia y conmigo. Y, gracias a ellas... Bueno, no quiero ponerme moñas, así que despejo mis pensamientos, dejo de hacerme la mártir para mis adentros y conecto la música a todo volumen.

—Chicas, ¿cenamos primero?—pregunta Sandra.

—No, Sandra, mejor dejar las cosas, darnos una ducha y ya lo que surja, ¿no?—le contesto mirando a Susana que, por suerte, asiente.

—Yo voy loca por ducharme, tía. He salido del curro y he ido directa al aeropuerto.

Una vez dentro del impresionante hotel, somos atendidas por un macizo del copón, y mis amigas no dan crédito. Nos colocan unas pulseras de clientas VIP,

y nos volvemos locas y psicópatas del todo.

Nos llevan las maletas a nuestra habitación, que es lo más de lo más. Nada más quedarnos solas, saltamos y hacemos volteretas por las tres camas de dos por dos que hay en medio de la habitación, aunque es tan sumamente grande que tenemos espacio para correr, además de un minibar y luces de colores. El apartamento de diseño es espectacular, en tonos blancos y lilas, lleno de espejos como en las revistas de lujo. La terraza es inmensa, con un *jacuzzi* gigantesco en el que casi se puede practicar submarinismo.

El sitio es una auténtica pasada que nos tiene alucinadas a las tres. Sacamos las cosas de las maletas e intentamos dejar la habitación decente, sin muchas cosas por medio.

Ellas miran mi ropa nueva, mis zapatos, bolsos y demás cosas que ando guardando por mis armarios.

—¿Todo de marca, Sofí? ¿Todo nuevo?

—Sí, creo que me he pasado, pero... —me avergüenzo un poco.

—Déjate de tonterías, nena, te mereces todo esto. No te sientas culpable por gastarte ese dinero y disfrutar de todo lo que ahora puedes permitirte.

—Ya, Susana, pero no quiero que esto me cambie —digo algo tímida—. Solo son unos caprichos.

—Pues se te ha ido de las manos —repite Sandra mientras se prueba unos Jimmy Choo morados que he comprado con Sergio esta mañana.

—Un poquito, sí. Pero ha sido culpa de Sergio, que me ha animado a comprarlos.

—¡Que no te sientas culpable, nena! Disfruta, coño.

Gracias a Dios, el baño es enorme y con ducha y bañera, por lo que podemos arreglarnos, ducharnos y ponernos monas las tres, sin matarnos.

Optamos por ponernos unos vestiditos fresquitos; yo llevo uno negro, de palabra de honor, por debajo de la rodilla, con los taconazos morados. El pelo, recogido en un moño mal hecho. Me doy un poco de color en la cara, rímel en las pestañas, un poco de brillo de labios y andando.

Sandra va de rojo Ferrari, para no llamar la atención, y Susana lleva un vestido estampado de flores muy bonito. Hacemos fotos y más fotos para subirlas a las redes sociales, y alguna que le mando a Sergio de extranjis, porque no quiero que mis amigas me maten.

—Oye, ¿cenamos aquí?—pregunta Sandra con los ojos abiertos como platos y con el móvil en la mano.

—Sí—decimos Susana y yo al ver la espectacular terraza del restaurante, llena hasta los topes.

Uno de los camareros nos acompaña a la mesa y nos avisa que tienen fiesta privada a la que, por supuesto, estamos más que invitadas; supongo que lo hace al ver las pulseras.

—Quisiera una cama balinesa, por favor —se lo pido muy amablemente, pero con algo de emoción.

Unas ensaladas buenísimas, grandes y colocadas perfectamente en el plato, las doradas a la sal... Todo, absolutamente todo, está de lujo. Vamos, que hasta el café sabe diferente. La verdad es que el dineral que valía todo, más la cena, el champán, vino y cócteles que bebemos, merece la pena.

Una vez acaba la cena, vamos directas a la fiesta. Todo es igual a lo que se ve por la tele y en los vídeos de YouTube. Una cosa espectacular. Una fiesta increíble, de película. Nos dan nuestra cama en una zona reservada y dos botellas de Möet rosado. En las copas, unos adornos monísimos que no tardo en ponérmelos en el moño. Después de la segunda copa, creo que todo forma un cóctel molotov en mi cabeza y me vuelvo loca.

Nos mezclamos entre la gente para bailar y muevo mis caderas al ritmo de la música. Salto y rio con mis amigas como nunca. La gente es maravillosa, todo el mundo está feliz.

Unos chicos se acercan a nosotras y se presentan; la verdad, son guapísimos, pero yo estoy algo harta de chicos, así que no presto mucha atención y me dedico a bailar con todo el mundo.

Sandra se acerca a mí y me da otra copa; no tengo ni idea de lo que es, pero está buenísimo y sabe a piruleta.

Las horas pasan, pero no importa. Nos han invitado a otra fiesta privada cuando cierre Ushuaia, y nosotras aceptamos sin dudarle, va media discoteca a ella.

Siento un tirón del brazo y, al darme la vuelta, me encuentro con Juan, un conocido del barrio con el que no he tenido mucho trato; pero, en esos momentos, parecemos íntimos. Al girarme, me encuentro a más gente conocida, entre ellos a un montón de amigos de mi hermano. Noto un pellizco en el

estómago, me apena que él se pierda todo esto.

Vamos a la barra con Juan y sus amigos. Sandra está con ese tío bueno de antes dándose el lote como locos, así que Susana y yo vamos un poco a nuestro ritmo.

Un concurso de chupitos es lo que se nos ocurre a la panda de desmadrados que estamos hechos, de modo que, con más alcohol en vena que sangre, ya no es muy recomendable que permanezcamos allí las dos. Después de bailar unas cuantas canciones más, optamos por lo más sensato, que es retirarnos a nuestra habitación y no hacer el ridículo gratuitamente.

Nos cuesta encontrar la habitación por las condiciones en las que estamos. Nada más hacerlo, caemos rendidas en las camas. Bueno, Susana empieza a soñar que es moto y ronca, impidiendo que yo me duerma. La cabeza me da vueltas y esos gruñidos de animal herido me están poniendo de los nervios. Salgo a la terraza y veo que la fiesta aún continúa. Dudo si bajar o no. Pero no... ¿Qué se puede esperar de mí algo perjudicada por el alcohol? Pos una catástrofe.

Me lleno un vaso con hielo y agua y vuelvo a salir a la terraza, como de costumbre, con el móvil en la mano. Llamo a David.

Al segundo tono, me contesta. Por su voz, entiendo que él también ha salido y está en la misma tesitura que yo.

—¿Sofía?—pregunta extrañado.

—Chi. Holi. —Sonrío en plan *monguer*, mirando las vistas.

—¡Estás borracha!

—Una mijita *na'* más. ¿Y tú?

—No tanto como tú. Dime, ¿qué quieres?—Ya está cortante otra vez.

—No lo sé, estoy en la habitación del hotel sin poder dormir y, no sé por qué, he marcado tu teléfono.

—¿Tal vez el remordimiento?—Después de unos segundos de silencio por el corte, reacciono.

—Perdona si te molesto, solo quería charlar un rato contigo, pero, por lo que veo, sigues igual de imbécil que siempre.

—Gracias por el insulto, nena. Solo digo lo que pienso.

—Está bien, perdona por llamarte.

—No me molestas en absoluto, nena. Es más, me sorprendes gratamente.—No lo entiendo.

—Pues no lo parece. —Escucho como una voz femenina lo llama y él contesta con dulzura—. No estás solo, por lo que veo.

—No, no lo estoy. ¿Qué esperabas, que me quedase llorando por las esquinas?  
—Para nada es mi intención. Solo quería charlar contigo.  
—Me echas de menos.  
—Un poco, sí—contesto, sincera.  
—Sofía, no juegues conmigo por muy borracha que estés. Dime la verdad, ¿me echas de menos?  
—Joder, sí, mucho. Pienso en ti. No quiero, pero mi cabeza está llena... —Yo misma me acabo de dar cuenta de que no tengo lógica—. Hip, hip.  
«¡Mierda de hipo!».  
—Vas muy borracha, Sofía, eso quiero escucharlo cuando estés serena.  
—No, no voy pedo. Hip, hip. El hipo es por el agua.  
—Sí, ya—me responde molesto—. No sé de qué vas, no te entiendo. No sé si lo haces por maldad o simplemente la cagas por momentos sin darte cuenta.  
—Vale, ya está, no tendría que haberte llamado. Tú siempre tienes que ser igual de rancio. No puedes ser como... —me callo, pero es tarde, ya la he vuelto a fastidiar.  
—Vale, hasta aquí. Llámalo a él. Es a él a quien echas de menos.  
—No. —La línea se corta, y con ella, yo. Decido darme una ducha y acostarme, ya que se me ha cortado todo el buen rollito que tenía en el cuerpo.

Despierto hecha un fiasco, con una resaca de mil demonios, y veo a Sandra tirada en el maxi-sofá blanco de piel que tenemos en medio de la habitación con una botella en la mano, solo un zapato puesto, y el vestido del revés, girado y enseñando el culo. La parte más malvada de mí se activa y le saca dos fotos, una de cuerpo entero y otra de su cara aplastada contra el cojín y con la babilla cayendo.

Me rio malignamente hasta que me pilla Susana, a la que le da un ataque de risa y hace exactamente lo mismo que yo. La dejamos dormir, ya que seguro que no hace ni dos horas que ha llegado.

Susana lleva puesto un bañador de lo más mono, marinero, con un pantalón cortito azul marino y unas sandalias blancas.

—Sofi, ponte el bañador y vámonos a la piscina a desayunar—me dice muy feliz.

—Está bien, dame dos minutos y estoy lista.

Salgo disparada a la ducha; la verdad es que la nohcecita no había estado nada mal, pero yo parezco un trapo.

La ducha me sienta de maravilla, me embadurno de crema protectora y me pongo un bikini blanco con unos lunares pequeñitos lilas, un pantaloncito blanco y una camiseta azul clarito, unas chanclas azul oscuro y el pelo recogido en una coleta alta.

Metó mis cuatro cosas en el bolso playero de paja y me voy con mi amiga a desayunar. Antes le dejamos una nota a Sandra, diciéndole dónde estamos.

Parecemos dos marquesas en esa terraza tan divina, rodeada de gente guapa; ya sé que suena feo, pero jo, es la verdad.

El desayuno es algo increíble: huevos revueltos con pavo, zumo de naranja, café y tostadas.

Vamos directas a unas tumbonas que están dentro del agua, en un escalón que casi las cubre.

—Tía, qué cosa tan molona. —Corro hacia una de ellas.

Una vez colocadas y bien puestas, me confieso.

—Susi, anoche la cagué. —Pongo mi carita de cachorrito apaleado, esperando que ella solucione mi vida.

—A ver, ¿cómo la cagaste? ¿Un poquito, un cachito o una *jartá*?

—Tía, como dice el Rovira, un huevo. Llamé a David. —Ella abre la boca como un besugo.

—Ahora que no está Sandra, ¿podrías explicármelo todo desde un principio?

—Las dos lo sabéis todo.

—Ya, pero ella desvaría. Cuéntamelo todo, tranquila y relajada, Sofi. Y a ver qué sacamos en claro porque, hija, no hay quien te entienda.

Hora y media de verborrea que le suelto a la pobre, mientras ella se limita a escuchar con atención y no dice ni pio.

Al terminar de hablar, la miro, cojo aire y sonrío nerviosa.

—¿No piensas decirme nada?—pregunto con clara muestra de miedo en la cara —. ¿Soy mala, egoísta, un putón, una cerda, mala persona? Di algo.

—A ver, escucha. No eres nada de eso. Simplemente... — Coge aire y me lanza una mirada. Susana es la más sensata de todas mis amigas, creo que la persona más sensata del planeta, a decir verdad.

—Dime algo—ruego muy penosilla y avergonzada por soltarle las cosas tal y como son.

—Puede ser que te gusten dos personas a la vez o incluso que ames y quieras a dos personas a la vez.

—¿Sí?—respiro tranquila.

— Sí, pero, en este caso, ha habido más factores, Sofi; como irte, dejar tu vida, familia y amigos, verte sola, la atracción con el estúpido de David, que, perdona, pero lo odio lo más grande; Sergio cuidándote y mimándote... Es normal que estés hecha un lío, porque con la edad que tenemos, nos encantan los hombres e ir de flor en flor.

—Yo no soy así—digo seria, cruzándome de brazos—. Es solo que... Vale, no lo sé. ¡Soy un putón!—grito provocando que todas las personas de mí alrededor me miren.

— ¿Quieres no gritar?—espeta de lo más avergonzada—. Sofía, por Dios, calla y escucha. Es normal que pasen estas cosas, somos jóvenes. No te vas a casar con ninguno, ni te vamos a ver como una devora-hombres. Todas estamos con tíos, algunas más que otras, claro, al igual que ellos. Son cosas normales, lo único malo es que estos son hermanos y, para colmo, se odian, además de estar enamorados de la misma chica.

—Eso no lo creo. —Me pongo seria—. ¿Enamorados o tienen una competición? Ya ni lo sé.

—Bueno, lo que sea, nada se sabe a ciencia cierta. Tú eres muy bonita y alegre, joven, y todo esto es normal. Ahora, tú sabrás si solo quieres disfrutar con ellos o algo más.

—No lo sé, creo que me gustan los dos... —reconozco.

—Bueno, el problema es que son medio hermanos. Si no se conocieran, sería otra cosa y te aconsejaría que disfrutaras de los dos, porque no dudes que ellos lo harían.

—David, no.

— Pues ahí lo tienes. Sinceramente, ahora que tienes dinero y una vida relajada, dedícate a estudiar, haz cosas de provecho y no pienses en tíos. ¿Que te apetece echar un polvo?, lo echas; pero no te metas en relaciones tormentosas, por favor. Madura un poco y céntrate en el futuro, estudios, viajes... lo que te plazca. Despeja tu mente.

—Pues tienes razón, creo que voy a hacer eso. —Alzo la mano y llamo al camarero—. Pero, Su, ¿y si la lío porque los echo de menos?

—¿A los dos?

—Sí, a los dos, depende el momento.

—¿Quién folla mejor?—Abro los ojos.

—Joder, luego la cabrita soy yo...

— Sí, pero contesta. ¿Quién te moja más las bragas?

—Son diferentes. David es algo más rudo, pero delicado, folla como un espartano y me hace guarradas. —«Esto es surrealista»—. Y Sergio es más meloso, parece como si le diera miedo romperme, pero durito. No te rías, so mierder, que bastante vergüenza me da.

—Pero... ¿quién te pone cachonda como una perra nada más verlo?

—No lo sé. Esa es la verdad, creo que por igual. Pero David es más cerdo. —Me tapo los ojos y me pongo a reír—. ¿Podríamos dejar el tema hasta que vaya un poco piripi?

— Vale, pero toma.—Me salpica con el agua, cosa que me da mucha rabia y me caigo de la tumbona por intentar esquivarla, dando un culetazo en uno de los escalones de la piscina y en toda la cara del camarero.

## **24. Relax y buenas intenciones.**

Tengo que reconocer que los días en *Eivissa* me están sentando de fábula. Lo cierto es que, entre las fiestas y las escapadas, no cuento con mucho tiempo para martirizarme con mi penosa vida amorosa. Después de unos días de locura absoluta, Susana y yo decidimos tomarnos dos días, al menos, de relax. Con Sandra no contamos demasiado, ya que ha encontrado al amor de su vida... Perdonad mi sarcasmo, pero ya la conocemos y todos los días tiene un nuevo «amor de su vida».

Como a nosotras nos apetece relax y disfrutar de todos los lugares mágicos que nos ofrece una de las dos islas de las Pitiusas, llamadas así por el elevado número de pinos que tienen, hemos decidido ir a conocer los rincones más bonitos. La primera parada que hemos planeado es una cala preciosa, a la cual llaman Cala Saladeta.

Nada más ver su hermosa playa, nos enamoramos al momento. Es realmente preciosa. No podemos mantener la calma nada más sentir la arena en los pies; parecemos dos niñas pequeñas que no han visto nunca el mar, aunque, por suerte para nosotras, no hay mucha gente en ella, como nos han dicho ya algunos isleños.

Después de nuestra locura transitoria, ponemos las toallas y nos tumbamos a

tomar el sol. Susana se embadurna de crema a más no poder, parece una croquetilla sin rebozar, y a mí me da la risa al verla.

—Claro, nena, como tú estás negra... —me mira mal—, te ríes, pero ¿tú sabes lo mal que está el sol?

—Lo sé, pero creo que te has pasado un poco. Estás viscosa —le digo con cara de asco mientras le toco una pierna—. Es realmente asquerosito, tía. Das fatiguita.

No puedo contener la risa y, claro, como ella es Mari Sabidilla, me suelta una parrafada sobre la capa de ozono, los melanomas y los tipos de cáncer de piel producidos por el sol.

La verdad es que la charla con Susana, el mar y esta tranquilidad me están sentando de fábula. Siento que estoy fuera de este mundo, que no tengo problemas y que soy la persona que realmente quiero ser.

Susana me pregunta muy seria qué quiero ser de mayor, y eso me deja pensativa. «¿Qué quiero ser de mayor?», pienso para mí misma. Nunca me lo había planteado, ya que hasta ahora solo me he preocupado por trabajar para ayudar en casa. Pero, ahora, esa preocupación está resuelta y no tengo metas, o eso creo, no sé... Me dedico unos minutos a meditarlo y, de forma muy contundente, le respondo.

—Lo primero es acabar mis estudios.

—¿Y después?

—Me gusta la moda, el estilismo... —me corta.

—¿No me digas que quieres ser peluquera?

—La verdad es que siempre se me ha dado bien, pero no. Ahora querría trabajar en algo relacionado con el diseño. Me gustaría ser diseñadora de ropa, bolsos o zapatos; algo creativo, algo que me encante.

—Pues sí, Sofi, eso te sentaría genial. Dibujas muy bien y tienes ideas, gusto; además, los zapatos te vuelven loca.

—Sí, creo que eso es lo que voy a elegir.

—¿Qué más quieres?

—Ah, ahora mismo ,no sé —pienso en voz alta—. Me gustaría aprender idiomas; inglés e italiano. —Ella asiente—. Viajar, culturizarme y ver sitios a los

que nunca pensé que iría, como esta isla. —Un golpe en la cara me hace callar al momento—. ¡Mierda, qué dolor! Puta pelota, niñatos estos...

—¡Hala, nena! —exclama Susana al ver el tremendo golpe que me acabo de llevar—. ¿Estás bien?

No puedo abrir el ojo derecho, justo ahí es donde ha impactado la pelota.

—Ay, ayyyyy... —lloriqueo, tapándome el ojo y removiéndome en la toalla.

—¡Perdona! —Escucho una voz masculina que viene en mi dirección—. Lo siento... —noto una mano en mi brazo—. Déjame ver. Perdona, no te he visto.

—Suéltame, idiota, me has hecho mucho daño. Mira bien al chutar, niña...toooo  
—boqueo al ver al chico que está atendiéndome, a él y a los otros tres que vienen detrás de él.

—Oye, no era mi intención. Si me dejas...

—Pues, guapo, vaya leche le has dado. ¿Sabes que puede perder el ojo? —dice Susana, asustándome.

—¿Tan mal lo tengo? —me vuelvo a quejar.

—No ha sido para tanto —responde el muchacho. Yo solo lo veo con un ojo, el otro me escuece y duele a partes iguales.

—¡Ay , ay... mi ojo! ¡Me has dejado tuerta, anormal! —vuelvo a lloriquear, provocando la risa del guaperas—. ¿Te ríes? ¡Mira que te doy una hostia, ¿eh?!

—Me para la mano en el aire.

—Shhh..., ¡fiera!Traed hielo —les pide a sus amigos, que nos miran atónitos—. ¿Me dejas que lo vea o te doy en el otro?

—Ahhh... Pero bueno...

—Tú, *parquela*—lo llama Susana—, te ahogo en la playa como la vuelvas a tocar.

—A ver, chicas. —Da un paso atrás y pone sus manos en forma de rezo—. Lo siento, no ha sido mi intención, déjame que tevea el ojo. Casi, casi soy doctor —repone muy serio.

—Sí, y yo,mulata —le repone con sarcasmo Susana—. ¿No ves mi color de piel?

—Señala su cuerpo embadurnado en crema, que le hace parecer albina.

—Va en serio, estoy en el último curso de carrera. Ahora, ¿me permites?

—Hmmm... Vale —contesto en plan mimosa. Me duele mucho.

Mientras él inspecciona, con mi otro ojillo lo miro y, al encontrarme con su

mirada, me rio.

—Yo pensaba que eras jugador de fútbol. —Provoco una risita en él.

—No, doctor. —¿Qué especialidad?, si se puede saber.

—Cardiocirujano—aclara mientras observa mi ojo y me indica con el dedo que lo siga.

—¡Coño! —exclamo atónita. Él me sonrío.

—¿Curas corazones porque los partes con esa cara?

—¡Susana! No seas impertinente, coño. Qué mal educada...

—¡Si es verdad! Cuanto te mejore el ojo y lo veas, te vas a mear.

—¡Dios! —Me da la risa. Bueno, a todos; hasta a sus amigos, que han vuelto con el hielo—. Ya, ya estoy mejor. —Le quito el hielo y me lo pongo en el ojo.

—No tienes nada, solo el golpe. No creo ni que se hinche, al menos, no mucho. La peor parte se la ha llevado la frente, lo que pasa es que los ojos son muy sensibles. Ven, siéntate.

—Ya está, tranquilo, ya empiezo a ver. Bueno, un poquito. —Me rio—. No te preocupes, estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí, sí. ¿Ves? Tranquilo.

—Vale —repone levantándose, y se marcha.

—Tía, qué bueno está el doctorcito, ¿no?

—¡Chi! —le respondo muy expresiva.

Volvemos a la tranquilidad y, por suerte, mi visión también vuelve a la normalidad. Después de un rato al sol, nos vamos al agua.

Está buenísima, fresquita, en su punto justo. Nado un buen rato mientras que Su se mantiene en la orilla, porque le da miedo meterse en lo hondo.

Nadar me da hambre y, al salir del agua, vuelvo a encontrarme con los chicos.

—¿Estás mejor? —Sí, gracias.

—Perdona, un momento. —Viene en mi dirección.

Lleva un bañador blanco que resalta su piel morena, tiene el pelo algo largo y despeinado, pero le sienta muy bien; los ojos, marrón clarito y un rostro muy perfilado. Es guapísimo, pero no parece un presumido, como la mayoría de guaperas.

—Me gustaría invitarte a comer, para compensarte por lo del golpe.

—No es necesario, ha sido un accidente. Y no voy a comer con alguien que no sé ni cómo se llama. —Abre mucho los ojos.

—Me llamo Raúl. Disculpa mi falta de educación, han sido los nervios, que me han traicionado. —Se acerca y me besa en la cara. Me sorprende que solo me dé un beso, pero ese gesto me gusta, me da confianza.

—Sofía —Le contesto algo confusa. «Esto es ligar», me digo a mí misma.

—Bueno, ¿qué? ¿Os apetece comer?

—¿Te refieres a mi amiga y a mí? —Eso sí que me sorprende.

—Claro, todos juntos. Si te parece bien, claro.

—Vale, voy a decírselo. —Dirijo la mirada hacia su dirección, pero la veo muy bien acompañada por dos de los amigos de Raúl—. Esto... —Lo miro sorprendida—. Creo que aceptará.

—Perfecto. Vamos. —Me pasa un brazo por encima de los hombros, amistosamente, para caminar.

Al llegar a la altura de esos tres que son nuestros amigos, me doy cuenta de que estos chicos no pretenden ligar como la mayoría de los que están en la isla de vacaciones, los cuales se olvidan de lo que es importante al venir aquí y que solo piensan en fiesta y en dejarse la vida en ello, sin importar el machaque que le dan a su cuerpo con alcohol y drogas. Sin embargo, estos chicos parecen diferentes.

—Raúl, perdona que te pregunte, pero tú eres de aquí, de la isla, ¿verdad? —Sí, morenita —contesta uno de sus amigos, que está sentado en mi toalla—. Todos somos de ibicencos, pero estudiamos fuera; yo, en Madrid, y ellos —sigue, y señala a Raúl y al otro amigo—, en Barcelona.

—Yo estoy haciendo el primer año de residente en prácticas en el Hospital del Mar.

—Vaya, pues reconozco que vuestra isla atrapa, enamora.

—Sí, menos mal que sois conscientes de las maravillas que tenemos y no sois las típicas locas borrachas que normalmente vienen.

—Bueno, ya se sabe en lo que han convertido Ibiza —habla uno de los chicos.

—Ya, entendemos que eso os moleste.

—Molesta que la gente joven venga solo de fiesta, sí, y las chicas con la típica camiseta de «Soy la más borracha de Ibiza 2016» son lo peor.

—Ah, Raúl. ¿En serio?

—Sí, eso nos echa para atrás. Pero, por suerte, hemos dado con unas chicas

molonas y sanas —les dice orgulloso a sus amigos—. Si os apetece, os podemos enseñar todos los encantos de la isla.

—Sería estupendo. —Susana babea por el chico rubito que no le quita ojo.

—Sí, pero también queremos salir a bailar, tomar algo y conocerlo todo.

—Bueno, pues vamos a comer. —Mi cara de cachorrito siempre da resultado.

Decidimos ir en mi coche, ya que ellos han venido a la playa en bici. Nos montamos, ellos, detrás y nosotras dos, delante. Al mirar por el retrovisor, me da un ataque de risa al ver que los chicos, tan grandes, detrás, no caben y están encogidos, en modo enanos retorcidos; tiro del freno de mano y paro el coche.

—¡Vamos, chicos, organización! —Doy dos palmadas en el aire—. Susana, ponte detrás. Raúl, tú delante, porfa. Creo que iréis más cómodos.

—Este coche es de cuatro, ¿no? —dice el chico rubito.

—Sí. Por cierto, ¿cómo te llamas? —Me sonrío.

—Yo, Eduardo. Tú, Sofía.

—Chi. Encantada.

—Yo soy Alberto —se presenta el otro.

Por fin, una vez todos sentados, Raúl me indica la dirección hacia un restaurante que conoce. El camino resulta muy divertido, ya que son unos chicos naturales, sin malas intenciones y, sobre todo, sanos, con ganas de disfrutar de la vida. Durante el trayecto, mantienen todos, menos yo, una charla de sus planes de futuro; Raúl, de vez en cuando, me observa, pero no dice nada.

Yo pienso en lo que realmente quiero, pero no me aclaro en absoluto. Diseñadora, idiomas... ¿Es eso lo que realmente deseo? No tengo ni idea, no soy capaz de centrarme y dejar a un lado las cosas que me han impuesto por la dichosa herencia para pensar en lo que yo quiero. Tengo que buscar una solución, pero ¿cómo?

—Puedes aparcar ahí mismo. —Señala Raúl una plaza de aparcamiento.

—Voy. —Sonrío, pero de forma forzada.

Esa charla que han tenido ha sido el detonante para que a mí no me terminen de cuadrar las cosas.

El chiringuito es precioso y con una decoración exquisita, situado en pleno parque natural de Ses Salines, al principio de la playa de Es Cavallet, a pie de playa. Por suerte para nosotras, los camareros conocen a Raúl, Edu y Alberto, y

en nada nos dan una mesa. Si no llega a ser por ellos, jamás hubiéramos podido comer en este magnífico y tranquilo lugar, porque está bastante concurrido.

Durante toda la comida, los chicos nos hablan de la isla, de Es Vedra y su magia, de sus historias; cosa que nos encanta a mi amiga y a mí. Una vez terminamos de comer, nos dirigimos al *lounge*, una zona del restaurante para refrescarse y saborear unos deliciosos cócteles. El ambiente es distendido, reímos por todo y estamos de maravilla con ellos. A decir verdad, Su se siente como una reina por los mimos que Alberto le proporciona y sus atenciones de galán. «Un jodido *gentleman* es lo que es el buenorro», pienso en uno de mis desvaríos naturales y me da la risita, claro está.

—Bueno, Sofía, ahora te toca a ti. Cuéntanos tus planes de futuro. —La ilusión que desprende este muchacho es increíble, pero, seguramente, yo se la estropearé con mi mierda de vida.

—Pues, no sé cómo expresarlo para que no suene mal, pero no tengo. Estoy atrapada en una vida que no me gusta, que no me pertenece y, por qué no decirlo, que me joroba bastante. —La cara de todos es un poema.

—Hombre, todo tendrá solución —me anima Raúl, tocándome la pierna—. ¿Lío de amores?

—Si solo fuera eso...

—Suéltalo todo, morenita. —Sonríe Edu—. Cuéntalo todo, soy medio psicólogo.

—Loquero —suelta Su sin pensar.

—No, neurocirujano, pero la psicología me gusta y he estudiado algo sobre ello.

—¡Joder, qué listo! —exclamo flipada.

—Sí, bueno, con la carrera no tengo mucho tiempo que dedicarle, pero leo lo que puedo.

—Y o pensé que los tres arreglabais la patata. —Los chicos se ríen de mi salida de tiesto y me da algo de vergüenza, pues estos chicos son universitarios y tienen más cultura de la que yo tendré en mi vida.

—No, solo yo —afirma Raúl—. Yo arreglaré «patatas», él cabezas y él... —Se ríe—. Bueno, él traerá niños al mundo y reparará posibles daños que puedan tener los bebés dentro de sus madres.

—¿Ginecólogo? —pregunto curiosa.

—Más o menos, pero sí.

—¡Oh, genial! Antes de irme, me hacéis un reconocimiento de patata, *juju* y cabeza. Olvidadlo todos, menos tú. —Señalo al medio psicólogo.

—Eso está hecho. —Oculta la risita cómplice con Raúl—. Bueno, ahora, cuéntanos.

Uno de los camareros, amigo de los chicos, nos toma nota. Yo me deje llevar por Alberto.

—Tómame un Margarita Blue. Sin duda, ese cóctel está dedicado a una mujer y ayuda con la melancolía. Bueno, eso es lo que he leído. —Sonríe enseñando todos sus dientes, en plan lunático. Me hace reír y me fío todavía más de él.

—Oye, ¿tú qué arreglabas? Me he liado.

—Yo, según tú, arreglo *jujus*.

—Ah, vale. ¿No intentarás emborracharme para mirarme el mío, no?

—¡Sofía! —exclama Susana descompuesta, mientras que todos nos reímos.

—Qué va, pero está buenísimo y mis amigos se ríen cuando me lo pido yo. Así, se ríen de los dos. —Pone su mano en alto y la chocamos.

—Entonces, vale.

—Esa es mi chica.

Una vez servidos y bien acomodados, Alberto me pide que cuente mi historia; insisto en que es larga y penosa, pero me contestan que tienen tiempo libre.

Así que no me queda otra que narrarles mi historia desde que mi padre dejó a mi madre. Por desgracia, nadie me interrumpe en el puñetero discurso; al contrario, parecen interesados y escuchan con atención.

Una vez acabo, Alberto me dice que sería interesante hacer una tesis sobre mí y el sexo con Sergio y David.

—Esa parte me la tendría que haber saltado. —Miro a Susana, que me observa con orgullo—. ¿Por qué me miras así?

—Estoy contenta de que hayas soltado todo lo que guardabas dentro.

—La parte del sexo no ha estado nada mal, pero en serio, ¿todo es real?

—Asiento—. ¡*Pos jo!*

—Bueno... vamos a pensar... —sugiere Raúl, y los tres chicos se ponen en modo estudio. Susana y yo nos miramos sin entender.

—¿Qué... qué hacéis? —cacareo sin entender. Ellos estallan en carcajadas, que nos contagian, y piden otra ronda.

—Relajarnos, Sofía. Tienes un panorama algo complicado, la verdad. Solo te

falta centrarte, pero ahora vamos a disfrutar y a trazar tus planes de futuro. —Mi cara es un poema y Susana no deja de reírse como una tonta comiéndose con los ojos a Edu. «¡Que me maten!»—. Pero, para eso, tendremos que cenar esta noche.

—¿Nosotros dos?

Giro mi cabeza con un tic nervioso y, como lo llama mi madre, pongo gesto de loro —se refiere a que muevo la cabeza como los loros—. Así son los dichos de mi madre que, con otras palabras, diría: «Neurótica compulsiva, con tics y algo rara la parí».

—A ver, sé que te mueres por tenerme para ti sola, pero no. Todos juntos, ¿no? Formamos buen equipo.

—Vale, por mí, sí.

—Chicos, perdonad, ¿conocéis alguna librería por aquí? —interrumpe Su.

—Claro —contesta Edu, babeando por ella—. Sé de una que os va a encantar. ¿Qué buscas exactamente?

—Busco una comedia romántica, aunque normalmente salgo cargada de libros de todos los géneros.

—Tú, como mi hermana, os encantan las historias de amor.

—Cosas de chicas —responde Alberto en tono de burla.

—No seas pazguato. La literatura es literatura, y la romántica es un género que no entiende de sexos, aunque esté más enfocada al género femenino —le reprende Edu.

—Muy bien dicho. —Ahora sí que acaba de enamorar a Su con eso. Bueno, y a mí.

—Vale, ¿qué os parece si nos pasamos por la librería y después tomamos unos helados?

—Por nosotras, perfecto. —Susana ya anda con las bragas en la mano y babeando lo más grande. ¡Puajjj!, me da fatiga de pensarlo; ya habíamos perdido a Sandra, no quiero perder también a Su y quedarme sola.

A decir verdad, todavía no hemos tenido noticias de Sandra. La llamo, pero no responde. Supongo que estará bien, si no, ya nos habría avisado en plan drama, así que decido dejarlo pasar y continuar.

**25. Buenorro a las tres... Buenorro a las nueve...**

Me encuentro en la playa, relajada y sola. Por primera vez en una semana, Susana se ha quedado con Sandra en el hotel a descansar, ya que tantos días con nuestros amigos y los amigos de Sandra le han pasado factura.

Ayer quedamos todos, Sandra con su novio y amigos, y Susana y yo con los nuestros. Decidimos irnos a pasar el día en el velero de Carlos, el amigo especial de Sandra, y a Susana le dio una insolación, además de estar roja como un tomate.

Me sorprende muchísimo lo relajada que encuentro a mi amiga. Resulta que Sandra no ha estado de fiesta loca y de orgías, sino disfrutando de la isla con su rollete. Eso me hace sentirme orgullosa de ella, más de lo que siempre he estado, claro está.

Bueno, pues estoy en la playa del hotel, en una hamaca de madera y colchón blanco, tomándome un refresco y picoteando unas patatas. Le estoy dando vueltas a lo que hablé con los chicos sobre mi futuro, y en algunas cosas tienen toda la razón. Tengo que decidir qué hacer con las empresas y la casa, pero antes, debo de hablarlo con mi hermana pequeña y la junta. Y después, organizar mi vida, retomar mis estudios sin descuidar a mi familia. En ello estoy pensando cuando me sorprende Sandra, sentándose a mi lado.

—Hola, *churrina*. ¿En qué piensas? —dice, y se mete unas patatas en la boca, en plan Monstruo de las Galletas.

—En mi futuro.

—Hmmm... Noto que estás más relajada desde que hablaste con Raúl.

—Lo cierto es que me hicieron ver las cosas de otra manera, verlas como...

—Me corta.

—Verlas como una chica de tu edad y no como la vieja del visillo, ¿no?

—Eres cruel. —Al verle la sonrisa de víbora, me hace adorarla más—. Pero te amo. —La abrazo.

—Normal, soy como un osito, pero con cuerpazo. ¡Nena! —Fija su vista al frente y pone cara de horror.

—¿Qué te pasa? —Me asusta su expresión.

—Nada, vámonos.

—¿Qué dices, loca? Yo no me voy de aquí.

—Sí, vámonos. —Se pone en pie, muy nerviosa, y recoge sus cosas. Por poco no me caigo cuando tira de mi toalla como una loca.

—¡Tía, coño, para! Me vas a tirar. ¿Me quieres decir qué te pasa? Estás pálida y

tienes mala cara.

—Nada, vámonos, ¡joder!

—Pero bueno... ¿Has visto a algún ex? —Me mira y me doy cuenta de que no le gusta mucho la broma, pero, como soy *mongueren* ocasiones, no paro—. ¿Qué? Putoncito, ¿algún exnovio que está limándose los cuernos?

—Pues no, chata. Más bien a un ex tuyo. —Abro los ojos—. Y ese sí que se lima los cuernos en plan padre de Bambi. ¡Ahora, muévete!

—¿Cómo? ¿Dónde? ¿Por qué? ¡Joder! Para y dime las cosas. No pienso moverme de aquí, ¿te queda claro?

—Eh, vale —recula enfadada, sentándose a mi lado de malas maneras—. Ahí, en la moto acuática. Es Sergio, ¿no?

—Tía, no veo.

—Buenorro a las tres.

—¡¿Eh...?!

—Ese que no para de hacer el cafre con la moto, a la que le sale un chorrito de agua.

—¡Por Dios! Esto está lleno de motos con chorritos, ¿puedes ser más específica?

—¡Jolines! El del bañador amarillo cantoso.

—Hostias, Sandra, es él. Sí, sí. —Ya me han dado los cinco minutos y estoy hiperventilando.

— ¿Lo ves? Tenía razón. —Se sienta y cruza las piernas, muy orgullosa por su hallazgo. Le importa un churro que yo hiperventile—. Muero por descubrir cómo sales de esta, señora del visillo —se jacta de mí.

—Eres... un demonio. Pues si me ve, que me vea. No pretenderás que me esconda, ¿no?

—Chi, pagaría por ello. Es más, me dejaría cortar el dedo pequeño del pie para poder presenciarlo.

—En serio, en ocasiones, das algo de miedo. ¿Te dejarías cortar el dedo del pie? —indago con una mezcla de fascinación y miedo a la vez. Nunca va a dejar de sorprenderme esta mujer, delira demasiado.

—Sí, es pequeño y me ca brían mejor algunos zapatos si no estuviera ahí para hacerme la vida imposible, a mí y a mis zapatos de punta. De esta forma, no se me montaría encima de los otros y no me dolería tantísimo, así que, sí. —alucino

con ella, no está bromeando.

—Estás para que te encierren. —Me hace una peineta—. Nena, si ese dedo está ahí es por algo; además, que es un dedo... es tuyo, ¿no lo quieres?

—Tú sigue imaginándote cosas raras sobre mí y mi dedo en esa mente turbada que tienes, pero... —Sonríe como una hiena—. Acaba de tocar la arena con esas piernas. ¡Ups! —Se tapa la boca—. Creo que me he mojado, qué bueno está.

—¡Ahh! ¡Qué cerda llegas a ser!

—Sí, eso dicen —le quita importancia a mi insulto dañino y lleno de maldad. Entre amigas, no penséis mal.

Por suerte para nosotras, o para mí, mejor dicho, no nos ve. Va directo al chiringuito y se sienta con unos amigos.

Durante unos diez minutos, no soltamos ni una sola palabra. Ella tiene en su cara una sonrisita, mientras que yo invento miles de excusas tontas para explicarle por qué no le respondo a los mensajes. Pero nada, nada sirve en la vida del Maule—otro desvarió mío—, así que mi mente empieza a cantar una canción.

—Me va a dar un soponcio, me va a dar un soponcio... —tarareo como una tarada. Sandra me mira.

—A ver, a ver. —Su voz seductora me atrae hacia ella—. ¿Quieres que tu fabulosa amiga te lleve a comer a un sitio súper *cool* que conoció el otro día y te salve de quedar como una paranoica y mirona a la vez? —Muevo la cabeza en señal de ruego—. Venga, vamos.

Subimos a la habitación del hotel a darnos una ducha rápida y vestirnos para ir más presentables. Esto me relaja y me hace olvidar que está Sergio en la isla.

Me pongo un tejanito corto, cortísimo, y una camiseta de ganchillo atada al cuello que compré en el mercadillo de la isla unos días atrás. Es muy bonita y me veo sexy con ella; el *look* lo completo con unas chanclas de dedo negras y un moño de bailarina. Sandra se pone mi vestido marinerito.

Después de la comilona que nos pegamos, vamos paseando por el centro de Ibiza y de tiendas a darnos algún caprichito. Sobre las siete de la tarde, vamos al Café Del Mar, un lugar muy típico para el turismo; algo caro, pero lo cierto es que, por las vistas, merece la pena.

Una vez sentadas las dos y cotilleando como dos marujas sobre su nuevo amor, llega el desastre.

—Yo... de verdad, que no es por joderte, Sofi.

—A ver, ilumíname, cielo.

—Sergio está sentado a tu derecha —Me doy la vuelta para mirar, no podía ser tanta casualidad—. Sofi, derecha, eso es tu izquierda, ¿eres disléxica o algo?

—Idiota —espeto mientras giro en la buena dirección.

—Buenorro a las tres.

—Sí, es él.

—Te ha visto.

Lo saludo con un gesto de mano y una sonrisa y me doy la vuelta para mirar a mi amiga.

—¡Ahhh! —doy un grito ahogado.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Sandra asustada se levanta.

—Siéntate, joder, y no te muevas. Tienes a David justo detrás de ti.

—Sí, una polla como una olla.

—Tía, es en serio, te lo juro.

Ella gira su cabecita muy disimulada y lo ve.

—Me cago en el Karma, ¿vale? —Asiento muerta de miedo.

—Sí, y yo —lloriqueo bajito para que solo me escuche ella.

—Pues, chata, tienes un buenorro a las tres y el otro, a las nueve.

—Putas casualidades de la vida.

—No son casualidades. Los dos te están buscando, ¿no lo ves?

—No —sigo haciéndome la penosilla.

—Los dos están aquí por ti, nena, dos buenorros para ti ; pero que, si no quieres, pido la cuenta y salimos por las doce en punto con rumbo marcado.

—¿Por qué hablas tan raro?

—Tu hermano, que siempre está «a las tres», «a las nueve»—imita la voz de mi hermano.

—Pues no te queda bien, que lo sepas.

—Ya, y a ti el color champán te queda como un tiro y, cuando te pones la camiseta dorada, te digo que estás monísima.

—¿De verdad me queda mal?

—Como un tiro. Pero, como te quiero, no te lo digo.

—Sigo pensando que eres cruel.

—Que es broma, que te queda bien.

—Ya, ahora.

—Que sí.

—Que te den, guapa. Sácame ya de aquí.

Dicho y hecho. Pide la cuenta sin llamar la atención —que, siendo ella, es mucho— y nos ponemos en pie. Mientras sorteamos las mesas con disimulo, yo, que iba más pendiente de David que de escaparme, me doy de morros con un camarero, tirando todo lo de la bandeja al suelo y provocando un escándalo con todo el ruido. Todo el mundo nos mira y Sandra, con la boca abierta como un pez y sus ojos igual, niega con la cabeza.

—Disculpa. Perdona. —Le ayudo a recoger al camarero.

—Tranquila, son cosas que pasan. Ocorre más de lo que imaginas.

—Lo siento, yo quería salir de aquí pitando y sigilosamente. —Nos ponemos de pie.

—Vale, así que, para ir a robar, mejor no te llamo, ¿no? —Me rio con risa de foga, esa que odio y que sale cuando no la puedo controlar y estoy nerviosa.

—Ay, perdona. —Más me rio—. ¡Ay, ay, no puedo parar!

—Como hagas el robot, me voy —amenaza Sandra con la cara descompuesta. Sin embargo, no puedo parar de carcajearme, y esos ruidos que salen de mi garganta son ridículos y bochornosos.

—Lo siento.

—Tranquila —repone algo colorado.

—Solo quería irme y no ver a dos medio novios que tengo que están aquí, y yo... Fíjate tú —el chico me mira atónito, y Sandra niega con la cabeza y hace gestos raros—. Yo no los quiero ver, ¿sabes? Y mira la que he formado.

—Sofía. —Una voz retumba en mis oídos.

—¡Mierda! —suelto la palabra en voz alta y me doy la vuelta.

—Cuida tus palabras —me regaña David con la cara descompuesta—. No quieres verme. Perfecto, yo tampoco.

—¡Oh...! —Es lo único que sale de mi boca, y observo que Sergio está mirándonos detenidamente.

—Como verás, no estoy solo y llorando por ti por las esquinas.

—Ya veo, ya. Adiós.

Me doy media vuelta y salgo pitando de ahí. Bajo las escaleras del local, dejando a Sandra atrás, sin reaccionar y sin quitar la vista de ese hombre.

Corro hasta el coche y, por fin, ella viene detrás de mí. A su llegada, tenemos un ataque de risa las dos, y ella aprovecha para burlarse mí, de la escena tan penosa

que he ofrecido y de esa risa ridícula que me ha dado. El móvil suena sin parar y la pantalla refleja que es Raúl.

—Dime. —Aún mantengo el ataque de risa.

— ¿Dónde andas? He visto tu coche en Sant Anthony. ¿Por qué te ríes?

—Ay, no puedo hablar. —Más carcajadas.

—Dime, ¿dónde estás?

—En el Café del Mar.

—Ok, estoy cerca, voy para allá.

—No, en mi hotel mejor.

Una vez nos encontramos con él y Edu en el bar del hotel y Sandra cuenta la dichosa historia, decidimos subir a ver a Susana. Claro está, mi amiga escenifica otra vez la escena y así, todos, incluida yo, ya harta de escucharla, nos reímos una vez más.

—Qué buena suerte tienes, hija. —me consuela Edu, apiadándose de mí y abrazándose.

—Chicos, ¿os apetece cenar aquí con nosotras? Podemos pedir algo y tomarlo en la terraza. Así,el tomatito —me refiero a Susana,que está colorada— no cena solita.

La idea parece gustarles a todos, aunque saben que no me apetece salir esta noche por no darme de bruces con ellos.

Después de pedir la cena por teléfono, además de maxi-hamburguesas con todos los ingredientes del mundo mundial encima de ellas, patatas fritas, alitas, calamares y demás tapas, encargo cervezas y Martinis.

Voy a ponerme cómoda, miro el móvil y me encuentro con más llamadas de Sergio y David.

También un mensaje del albacea rancio.

*Lo has bordado. Como siempre.*

Y otro de Sergio.

*Eres bonita hasta nerviosa y patosa. Por cierto, deja de atacar camareros.*

*Princesa, te echo de menos.*

Después de leer a estos dos personajes de mi historia de amor con final terrorífico, salgo a la terraza. Me quedo de pie, mirando la piscina y las vistas que tiene, ya que estamos en una de las plantas más altas de todo el edificio.

—Pues sí que estás forrada —dice mientras mira la habitación y a mí de arriba abajo.

—Bueno, no es algo de lo que me sienta orgullosa, pero no me puedo quejar. Vuelve a sonar un *wasap* en el móvil. Es de David.

*¿Por qué tienes la necesidad de hacérmelo pasar mal, de hacerme sufrir y de dejarme cada vez peor? ¿Por qué tienes tanta facilidad para destrozarme y hacerme ser una peor persona? ¿Sabes?, vine con la ilusión de verte desde lejos, saber de ti sin acercarme. Espiarte, sí, pero con el fin de cuidarte; no obstante, cada vez tengo más claro que no quiero a nadie como tú en mi vida. Te repito: jamás nadie como tú. Jamás. Espero que disfrutes de tus vacaciones, porque yo haré lo mismo.*

Pongo el teléfono en silencio y me siento a la mesa. Los chicos han descubierto el minibar y están preparando unas copas. «Vamos, no pienses más. No merece la pena y lo mejor para nosotros tres es que pongamos distancia», me animo a mí misma mentalmente.

—Vamos, vamos, como después no os comáis la cena, veréis —les regaño por beber antes de la cena.

—Ya está la señora del visillo. —Se ríe Susana.

—Calla, tomatito —me burlo de ella.

—No seas mala, que me duele la piel.

—¿Te ha aliviado la crema que te recomendé? —pregunta Raúl, como siempre, tan educado y correcto.

—La verdad es que sí. Al menos, me puedo mover sin notar la piel de lija.

Poco después, dos camareros tocan a la puerta para servirnos la cena, y la devoramos como energúmenos mientras charlamos tranquilamente. A continuación, vienen las copas, y Susana, que no está para muchos trotes, insiste en ver un maratón de pelis de miedo.

A mitad de la película, les aviso que voy a dar un paseo. Raúl insiste en acompañarme, pero me niego, explicándole que me apetece estar sola y pensar en mis planes malvados para conquistar el mundo. Sé que nadie se cree eso y todos se imaginan que ese último mensaje me ha dejado el ánimo por los suelos.

## **26. Ella**

La ley de la gravedad dice que esta t tiene alcance infinito y que dos cuerpos, por

muy alejados que se encuentren, experimentan esta fuerza.

Pues creo que eso es lo que me ocurre con Sofía. He intentado mantenerme alejado de ella, pero aquí estoy, dando vueltas por su hotel y buscándola como un loco.

«Jamás nadie como tú» es la frase que le he dicho a ella en varias ocasiones, pero más veces me la he repetido a mí mismo dentro de mi cabeza.

Es una chica soez, malhablada, es todo lo contrario a lo que siempre he buscado en una mujer; sin embargo, es de la única de la que me he enamorado. Sí, estoy enamorado de Sofía. Me gusta absolutamente todo de ella: sus locuras transitorias, sus salidas de tiesto, su pelo, su risa, su... Todo, no hay nada que no me guste de ella. Me gusta hasta su forma tan ordinaria de hablar.

Juro que me voy a volver loco. Veo las luces de la terraza del bar del hotel y decido descansar unos minutos. Creo que necesito una copa.

—Un whisky doble solo, por favor.

El camarero me sirve mi copa enseñada y me la bebo de un solo trago. Noto cómo el calor del líquido caliente recorre mi garganta y alivia ese dolor que me está empezando a nacer en el pecho.

«Mira lo que me estás haciendo, Sofía», las palabras retumban en mi cabeza.

Pido otra copa al camarero, que me la sirve con la misma rapidez que la anterior; aunque esta vez, me mira con ojos de comprensión. Pero nadie puede comprender lo que estoy pasando.

Me siento en uno de los taburetes junto a la barra y saco el móvil. Pienso en llamarla, pero sé perfectamente que no lo va a coger, no después del último mensaje que le he enviado. Lo vuelvo a leer por enésima vez. Refleja lo que mi cabeza piensa, pero no lo que siente mi corazón.

Bebo de mi copa, esta vez con más tranquilidad, poco a poco. Necesito estar sereno por si doy con ella. No sé si seré capaz de confesarle lo que realmente siento; pero, al menos, no quiero estar borracho cuando la vea.

¿A quién quiero engañar? Hoy ya me he tomado varias copas de más; en realidad, llevo borracho prácticamente desde que la he visto con el estúpido de Sergio. Cuando por fin había hecho de tripas corazón y había ido a buscarla a su casa de Madrid, no me encontré otra cosa que a la mujer por la que me estoy volviendo loco y a mi propio hermano dándose el lote en su portal como si fueran dos adolescentes.

Nunca me he llevado demasiado bien con él, pero, desde que apareció Sofía en nuestras vidas, todo ha ido en picado. Sergio, con sus pintas de motero, queriendo desafiar al mundo siendo un rebelde sin causa, que siempre ha sido el que más miradas ha recibido, sobre todo de las mujeres... esta vez, no iba a ser diferente. Ella no iba a ser diferente, también lo había elegido a él, pero creo que

aún tengo alguna posibilidad.

Tengo que encontrarla como sea y hacerle ver que la elección correcta soy yo, que mi «querido» hermano no es de fiar, que acabará traicionándola y le romperá el corazón.

Con toda esa marabunta de pensamientos pasando a una velocidad desorbitada por mi cabeza, le doy un último trago a mi tercera copa de whisky, dejo un billete sobre la barra para pagar mis copas y me pongo en pie.

Decido ir a coger el coche para ver si está en alguno de los garitos donde ha estado pasándose en grande con sus nuevos amigos. Sí, he estado observándola en las sombras desde que llegó a la isla. Aunque parezca raro, solo lo he hecho para protegerla, puesto que esta chica tiene la habilidad de meterse en demasiados follones y, desde que la vi el primer día, siento la necesidad de cuidar de ella.

Cuando le estoy dando el ticket del aparcamiento al aparcacoches, la veo; se está marchando por la puerta lateral del hotel. La respiración se me corta por una milésima de segundo y el corazón está a punto de salirse del pecho. Hago el amago de ir a por ella, pero no sé si reaccionará bien después de nuestro encuentro esta tarde y de los mensajes posteriores.

Comienzo a seguirla en silencio para que no note mi presencia. Camina despacio, cruzada de brazos y algo pensativa. Parte de su belleza reside en su sonrisa, en su alegría por la vida; pero ahora, todo eso no está.

La veo pararse un momento y me escondo detrás de un coche aparcado para que no me descubra. Se gira un segundo y, luego, sigue su camino. «¿Adónde irá?», no paro de preguntarme.

Desde detrás de mi escondite, la escucho acelerar el paso, creo que se ha percatado de que alguien la sigue y se ha asustado. Sigo mi camino tras de ella y, por fin, me decido a acercarme un poco más; por fin, decido hablar con ella.

—¡Sofía!—Agarro su brazo para pararla y ella se asusta.

## **27. Coño, ¡qué susto!**

Camino por la calle tranquila, pensado en David, como siempre. Siempre pienso en él y tengo esa sensación de hacerlo todo mal, de cagarla una y otra vez cuando él está cerca, pero ahora no entiendo qué narices hace aquí. Sabe perfectamente que estoy en este lugar de vacaciones, que necesitaba tiempo para mí, pero no, tiene que presentarse para estropearlo todo y decirme las cosas que me ha dicho. Tiene una facilidad pasmosa para hacerme sentir la peor persona del planeta, para destrozarme.

Miro a mi alrededor y hay mucha gente, gente feliz y sin preocupaciones, o eso parece. La cosa es que yo sí que estoy hundida. Me da la sensación de que alguien me sigue, de que me están observando, pero, al darme la vuelta y no ver a nadie, no le doy más importancia.

Estoy en Ibiza y hay personas por todos lados. Anda que me van a seguir a mí... Siento unos pasos justo detrás de mí y, por el rabillo del ojo, veo una sombra grande y alargada. Vuelvo a darme la vuelta con el modo paranoica activo y cuál es mi chasco cuando pasa por mi lado un señor mayor con paso decidido y sin percatarse de mi triste existencia; tiene cara de cansado y lleva al hombro una mochila de trabajo, seguramente acabaría de plegar...

Mi pensamiento y mi charla conmigo misma se corta cuando noto que alguien me agarra del brazo. Me quedo paralizada y, en un principio, siento pánico absoluto, pero al ser consciente del tacto de esa mano sobre mi antebrazo, sé que es David antes de que me dé la vuelta como si yo no pesara nada.

Al girarme con esa fuerza, me mareo y tambaleo. David me sostiene por los brazos y me mira fijamente. Al devolverle la mirada, veo que va algo perjudicado por culpa del alcohol. Antes de poder decirle nada, me abraza.

Siento un cosquilleo especial de los pies a la cabeza que me recorre como una corriente eléctrica. Un sentimiento de alivio me invade entera y abre una puerta de esperanza en mí. Su olor me nubla el pensamiento y el latido de su corazón acelerado me rompe en dos. Paso mis brazos alrededor de su cuello y lo abrazo con fuerza. Lo he echado muchísimo de menos. La parte más lúcida de mi cerebro me recuerda el último mensaje que me envió, imágenes de nosotros peleándonos y de la forma en la que nos tratábamos. Cierro los ojos fuertemente para no llorar.

—David...

Intento separarme de él, pero me lo impide; me abraza más fuerte y noto como todo su cuerpo tiembla. Siento humedad en mi cuello y me digo a mí misma que no puedo aguantar las lágrimas cuando se trata de él, pero, al limpiarme los ojos, me doy cuenta que el que llora es él.

Separo mi cara de la suya y, con las manos, lo agarro por las mejillas, pero él no me lo permite y vuelve a esconder la cara.

—David, ¿qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

Jamás lo he visto tan afectado en todo el tiempo que lo conozco. Me tiene de los nervios, no entiendo nada y él se mantiene en silencio. Roza su cara con la mía, como un animal herido buscando consuelo.

Caricias y mimos. Acaricio su pelo con mi mano, y tengo que decir que eso me encanta, tocarle el pelo y poder acariciarlo sin llevarme un mordisco de perro

rabioso, que es su estado habitual. En un impulso de los míos, consigo quedarme frente a frente con él y apoyo mi cabeza en su barbilla.

—Dime qué pasa —hablo sin apenas voz, a punto de entrar en llanto.

—Que te quiero, que te odio...

—¿Por qué dices eso? ¿No ves que me haces daño? ¿Qué quieres, David? —Lo miro a los ojos y rezo porque entienda que no puedo soportar más reproches ni insultos.

—Tus ojos me piden que me aleje de ti. —Respira profundamente—. Tú no me quieres, no me quieres cerca, no soy bueno para ti... pero yo, yo...

—Eso no es verdad —me enfado con él, conmigo y con el mundo—. No entiendes nada. Suéltame, me quiero ir.

Intento que me suelte, pero no lo consigo, sigue apretándome contra él como si yo fuera una pluma. Me siento pequeña entre sus brazos.

—¿Qué quieres que entienda, Sofía? —Ese «Sofía» despierta en mí todas las alarmas posibles, pero él se relaja—. ¿Quieres que entienda que lo quieres a él, que yo no soy nada?

—¡No, no...! No es eso, y si no lo ves, no mereces que te explique nada más. Estoy muy cansada de esto; de ti, de tu alter ego y de cómo disfrutas diciéndome cosas hirientes y no viendo que... que te quiero. Porque no lo ves, estás tan empeñado en pensar que no te quiero, en que me burlo de ti, que... lo estás haciendo realidad.

La gente nos mira al pasar. Entonces, me separo de él y lo miro de arriba abajo. Es tan alto, tan guapo y tan David, que verlo derrotado, me rompe en dos.

Lleva unos tejanos desgatados y una camisa de cuello amo blanca que resalta muchísimo lo moreno que está y esos ojos felinos con los que sueño.

—¿Te gusta lo que ves, Sofía? ¿Tan alejados estamos?

—Sí que me gusta lo que veo, y sí, estamos muy alejados.

Deja caer su cabeza y mira el suelo, mete sus manos en los bolsillos y da una patada a algo imaginario. Pienso que se va a machar cuando, para mi sorpresa, se acerca a mí, huele mi pelo y me besa en la cara.

—Sofía, ¿podemos ir a hablar a algún sitio tranquilo?

—Eh, yo...

Me quedo muda al verlo tan cerca de mí. ¿Será siempre así esta atracción entre los dos? Porque, si fuera así, estoy perdida. Solamente quiero estar con él, es lo que deseo desde que lo vi, eso lo tengo clarísimo.

—Sí, vamos —lo animo a caminar, pero él se mantiene quieto.

—Podemos ir en mi coche, sé dónde podemos estar tranquilos.

—¿Tu coche? —Asiente todo bueno con los ojos empapados de lágrimas.

—Por favor, confía en mí, ¿vale? —Digo que sí con un movimiento de cabeza

—. ¿Confías en mí?

—Sí —contesto, segura.

Para mi sorpresa, David tiene su coche en el parking de mi hotel. No quiero decirle nada por no incomodarlo, pero mi cara es un poema.

Vamos de camino a no sé dónde. No tengo ni idea de dónde se dirige, pero tengo claro que se conoce la isla muy, muy bien.

—Por lo que veo, conoces Ibiza.

—Sí, veraneo aquí desde hace años ya.

—Ah, no tenía ni idea.

—Imagino. Pues estoy en tu casa.

—¿Eh? ¿cómo?

—Otra cosa más que no sabes, porque nunca me has dejado explicarme mucho.

—Ya, pero... ¿Tengo una casa aquí?

—En toda la documentación que te di para que estudiaras y miraras, cosa que nos has hecho jamás, está todo. —Sonríe de lado.

—Ah, bueno, pero tú sabías que venía aquí de vacaciones y no me dijiste nada.

—Supuse que no querías saber nada de esta casa, que querías disfrutar de todo esto a tu manera, y pensé que, si te lo decía, no tendrías las vacaciones que merecías.

—Leire tampoco me dijo nada.

—Se lo pedí yo por el mismo motivo.

Vamos por una carretera de curvas poco iluminada hablando tranquilamente. Me cuenta que esta fue una de las primeras casas que construyó mi padre, que esta casa había sido su refugio en sus últimos años y que, además de la casa, tengo dos heladerías, una tienda de ropa de las más exclusivas en la isla, un barco, motos de agua y una sede pequeña de la empresa que yo quería vender: los astilleros.

La verdad es que todavía no me puedo creer la magnitud del imperio del señor que dicen que es mi padre.

Como no, no era una casita normal, no. Es otra villa y esta se llama igual que la de Marbella, Villa Cerezo. Esta no es tan ostentosa como la otra, pero grande y de lujo, sí. Entiendo por qué esta era la casa preferida de mi padre; esta era la suya, la que él diseñó. La otra era, por decirlo de alguna manera, la de su mujer.

Está ubicada en el pueblecito de Es Cuellos y es de ensueño. Al dejar el coche en el camino de piedra que conduce al pasquinar, se encienden todas las luces y la veo. Son tres plantas. Bonita, pero se notan los toques varoniles desde la

fachada, que es impresionante verla; de piedra clara y muy integrada en la naturaleza, casi respetándola, con unos toques de madera, toldos blancos y algunos balcones de cristal. Justo delante de la piscina con forma de oasis, hay tumbonas del mismo estilo, madera y colchón blanco, y también algunos sofás repartidos por las diferentes partes de la parcela.

—¿Esta casa sí te gusta? —me pregunta Sergio cuando lo miro.

—Sí, la tengo que ver por dentro, pero sí. No es ostentosa. Bueno... no tanto como la otra.

—¿Quieres que te la enseñe? Es toda tuya, como todo.

—Eh... Ahora no, gracias. Prefiero que nos tomemos algo. —Me mira.

—¿Algo? —Sonríe.

—Agua, tomaremos agua con hielo. Los dos. —Asiente divertido.

—Lo que tú digas. Creo que me he pasado un poquito hoy.

—Un muchito, diría yo.

La noche es muy calurosa y decidimos tomar algo en uno de los sofás que están cerca de la piscina. Miro las camas balinesas y mi alarma se activa.

David, una cama, yo... No es buena idea.

Una vez sentados, mantenemos silencio, a los dos nos da miedo empezar hablar. Bebo de mi vaso y lo miro.

—Bueno, dime, ¿qué es lo que te ha pasado? ¿Por qué has venido a buscarme de esa forma?

—No lo sé. Sé que me tengo que alejar de ti, Sofía, pero no puedo... —Descruza sus piernas y se inclina hacia delante—. No puedo y no quiero.

—Pero nosotros no nos llevamos bien.

—Eso no es cierto. —Se altera—. ¡No lo es! Nosotros habíamos conseguido algo, estábamos encajando el uno con el otro. En el cumpleaños de Leire, todo era perfecto hasta que apareció él.

—Sí, pero nosotros no encajamos, tú lo sabes. No te gusta como soy, como me comporto y todas esas lindeces que sueltas por la boca.

—No es cierto, de ti me gusta todo. Me gustas tú. Te quiero, ¿es que no lo ves?

—No, no lo veo. Lo único que pienso es que es todo por la rivalidad con tu hermano de ver quién se lleva a la presa.

—No, no es eso. Yo te amo. —Esas palabras me dejan muerta.

—Esas palabras son muy bonitas, pero duras, y creo que se las tienes que decir a alguien que esté a la altura de sentir y entender como tú. —Me mira.

—¿Qué quieres decir?

—Pues como tú siempre dices... —Intento no decir lo que estoy a punto de soltar por la boca, pero es tarde—. Tú siempre dices que jamás nadie como yo, que no estoy a la altura, y piensas que soy una chica de barrio, como si eso fuera

algo despectivo. —Me mira con dolor, puedo notarlo—. Y yo también te digo que jamás nadie como tú. No quiero que me ames, por mucho que yo te quiera.

—Tú no me quieres.

—¿En serio? ¿Hola? Parece que tenemos quince años con esta conversación de besugos. ¿Tú te crees que yo le digo te quiero al primero que se me pasa por delante? ¿Que no siento ni padezco? ¡Soy una persona, David! Y a ti te da igual machacarme, hacerme daño.

—Como tú a mí, que desde que llegaste, me has vuelto loco. ¡Loco! —Se pasa las manos por el pelo—. Loco hasta decir basta. He perdido la cordura y me he enamorado de ti como un niño... ¿Qué más quieres que haga? —Se pone en pie y se acerca a mí—. Dime qué puedo hacer para que me quieras.

—¿No lo ves? Estás más ciego de lo que creía. No tienes que hacer nada para que te quiera.

—¿Tan imposible lo ves?

—Pero... ¡es que no escuchas! —chillo y me pongo en pie, quedando a escasos dos pasos de él.

—No lo veo, dices que me quieres... pero te vas con él, te besas con él y te lo follas, Sofía. —Abro la boca.

—David, las cosas no son así. ¡Nosotros éramos amigos! —vuelvo a chillar—. Éramos amigos y, poco a poco...

—¿Lo quieres? ¿Lo amas a él? —Lo miro—. Dímelo, sé sincera, dímelo —grita desesperado—. ¿Es él?

—No, no lo sé... Es que... ¡Ahh! —grito, esta vez de dolor y frustración.

—¡Contesta, joder! Dímelo, aquí y ahora, ¡ya! Porque esta va a ser la última vez que me rebaje ante ti, que te pregunte si lo quieres a él o a mí. Y esta será la última vez que tú y yo estemos juntos en el mismo lugar. Así que dímelo ya. Aunque me deje la vida en ello, me separaré de ti.

—Yo no quiero eso, no lo quiero. —Esas palabras me rompen. ¿Será la última vez que lo vea, que lo pueda tocar?—. Te quiero, David, te quiero. —Es lo único que puedo decir antes de llorar como una niña. Él llora también, pero de rabia.

—¿Lo amas a él?

—¡No!

—¿Lo quieres?

—Te quiero a ti, pero siento rechazo. —Abre los ojos.

—Dime cómo me quieres.

—No le sé... Solo sé que tengo veinte años, que soy una niña y que me ha cambiado la vida.

—Deja de hacerte la mártir, que lo has aprendido muy bien, y responde. No me sirve ya el cuento este de reá una niña pobre, cambio de vida y no sé qué quiero,

porque te estás follando a dos tíos. —Eso me está haciendo mucho daño.

—Sí, ¿y qué? Nadie os obliga. Eres un idiota.

—Y tú una mal educada y una niñaata.

—Pues ya sabes...

—No, reina, no. —Da dos zancadas y viene hacia a mí como un rayo, agresivo, duro y casi cruel, me coge de los brazos e inclina su cabeza para mirarme a los ojos—. ¿De verdad me quieres a mí?

—¡Sí! —grito como posesa—. Sí, joder.

—Dime qué haces con él. —Eso me pilla por sorpresa—. Contesta. —Me agita—. Dímelo, porque no lo entiendo. —Miro hacia abajo.

—¡No lo sé! Nos llevamos bien, encajamos y...

—¿Y...?

—Nos entendemos, somos amigos y, vale, ¿qué quieres que te diga, que en la cama también? Pues en la cama, me encanta. —Esas palabras son como bofetadas para él. Lo noto en su expresión y en cómo me suelta como si yo no fuera nada, como si le diera asco. Intento acercarme a él, pero me lo impide. Dejo de hablar y comienzo a gritar—. ¡¿Qué quieres, David?! ¡Tú solo has logrado vapulearme, destrozarme, joderme y humillarme! Perdona porque me refugiara en los brazos de tu hermano, que es todo lo contrario a ti. —Se mantiene quieto mirándome fijamente y su respiración hace que se le hinche muchísimo el pecho. Me acerco a él—. Siempre hemos tenido una relación de hermanos, me ha cuidado y respetado siempre. Y hasta hace unos días, ni siquiera nos habíamos besado.

—¿Eso me lo tengo que creer?

—¡Es la puta verdad! —vocifero hasta hacerme daño en la garganta.

—¡Esa jodida boca, Sofía!

—Hasta que no vino en mi busca, no tuvimos nada, jamás. Pero yo lo deseé muchas veces cuando me sentía mal, sola y hundida.

—Pues ya lo tienes, quédate con él.

—Siempre deseé que fueras tú. —Me acerco a uno de los sillones y me apoyo derrotada—. Siempre he querido que fueras tú el que me quitara el dolor, me secara las lágrimas y me defendieras.

—Pero es él, ¿verdad?

Camino hasta él y, sin pensarlo, lo cojo del pelo, tiro de él hasta mí para poder besarle. El tacto de sus labios es lo que más deseaba en el mundo. Es él, pero no puede ser.

Él se une al beso abrazándome y besándome como necesitaba. Mi lengua entra en contacto con la suya y es como si fuera mío, como si estuviera en mi casa.

Es él, siempre ha sido él. Los besos de Sergio no me producen lo que me

produce David. Lo sigo besando como una loca, lo abrazo fuerte y lo miro. Entre besos y abrazos, le confieso que lo quiero más de lo que me puedo permitir, que tenemos que pensar bien las cosas. Entre lágrimas, lamentos y besos, nos dio la madrugada. No volvimos hablar.

## **28. Decídete**

Los sentimientos que tenemos el uno por el otro son inexplicables. ¿Cómo dos personas pueden conectar de esta manera?, ¿cómo dos personas tan diferentes pueden llegar a ser lo que somos nosotros, necesarios el uno para el otro y, a la vez, tan dañinos?

Yo sé perfectamente que juntos no podemos estar, pero lo deseo tanto que, cuando estoy con él, la sangre bombea más deprisa hacia el corazón, me siento tranquila y casi completa. No sé, ni logro describir las sensaciones que noto, cómo mi cuerpo se estremece o cómo tengo los sentidos a flor de piel.

Pero algo que tengo claro es que no es nuestro momento, que no nos hacemos bien. Sé que se intenta controlar, ocultar una parte de él que no quiere que vea, aunque siento que a veces la he visto y notado; como que, sin darse cuenta, se ha abierto a mí. Pero en otras, noto cómo se cierra para negarme eso.

Supongo que, algún día, lograré entender todo esto. Pero, ahora mismo, no. Lo veo dormir relajado, con una de sus manos grandes me tiene cogida de la cintura y una línea en sus labios marca una sonrisa de felicidad. Quizás en sus sueños soy la mujer que quiere que sea, pero la realidad es muy diferente. Porque, por mucho que intento comprenderlo, no entiendo su rechazo hacia a mí o el modo en que odia tener los sentimientos que le produzco, y eso es algo que puede llegar a producir un dolor insoportable, un lamento agudo y ahogado que solo yo conozco.

Lo sé, sé que me dolerá abandonarlo, sé que irme con Sergio no es la solución a esto y, mucho menos, justo para él. Así que, simplemente, me alejare de ellos, pondré distancia, aunque prácticamente vivamos juntos, pero es lo que haré.

Lo tengo decidido, ni Sergio ni David, solamente yo.

Mi cabeza piensa a doscientos por hora. ¿Ahora qué hago?

Intento levantarme nuevamente de la cama, pero me vuelve a retener suavemente. Escucho mi teléfono, pero decido no moverme más, dejarlo dormir y reposar esa idea que me ronda la cabeza. Alejarme, alejarme sobre todo de David.

Poco después y perdida en mis pensamientos, noto unos dulces besos en mi hombro. —Buenos días —me saluda David con la voz ronca al despertar.  
—Buenos días —respondo con una sonrisa de tristeza. Él pasa una de sus manos por

mi rostro y me aparta el pelo de la cara.

—Sofía, esos buenos días me suenan a despedida. ¿Es así? —Nos miramos fijamente los dos—. Contéstame, por favor.

—Creo que sí, que es lo mejor, que esto nos hará daño.

—Ya, conozco tu opinión sobre nosotros, sobre mí. No hace falta que le des más vueltas al tema. De verdad, en esta vida, no se puede tener todo, y créeme que eso lo sé muy bien —dice mientras se pone en pie despacio, quedándose completamente desnudo delante de mí, sin un ápice de vergüenza—. Pero... ¿sabes qué? Que esto va a ser una auténtica putada.

—¿Cómo? ¿Putada? —Ahora sí que no entiendo nada. Pero reconozco en su rostro la máscara de la indiferencia y cruel. «Prepárate, chata, que esto va a doler».

—Sí, una gran putada, pero solo para ti. ¿Sabes por qué? —Niego con la cabeza. Me temo lo peor.

El aire mece lentamente las cortinas de la habitación, me distraigo un momento con ellas mientras él se mantiene en pie delante de mí y me mira fijamente. Vuelvo la cara y lo veo, veo sus ojos vacíos; el David al que yo quería, ya no está, ya no es él.

—Porque yo me repondré, saldré adelante como siempre, y te olvidaré. Total, tenías razón, no somos iguales; somos diferentes y, como ya sabes, jamás habría tenido que fijarme en alguien como tú.

—Corta ya con eso. —Me inclino y yo también pongo mi cara de «no me vas a destrozar más».

—Yo te olvidaré y continuaré con mi vida, pero tú... ¡Jamás! —Ese pequeño grito me impacta hasta el punto de retroceder en la cama—. Jamás me olvidarás, siempre te preguntarás qué habría podido pasar si hubieras estado a mi altura, si no fueras como eres, una niña. Me buscarás en otros brazos, en otros ojos, en otras bocas. Y, seguramente, serán los brazos de Sergio los que te arrojen por las noches, sus labios los que te besen y sus ojos los que te miren. Pero él nunca será yo. Y tú me amas a mí, me quieres a mí.

—Para —digo en un ruego—. Por favor... —digo entre llanto de lamento—, para.

—Nunca será yo. Tú me buscarás, pero yo ya no estaré, Sofía, y eso lo tendrás

de por vida. Yo seguiré adelante, pero tú te quedarás atrapada en esto. —Mi llanto y mis lágrimas no cesan, pero él no se detiene.

»Ahora no lo ves, pero en un tiempo, todo esto te destrozará —dice abriendo los brazos y señalando con ellos la estancia, a nosotros y a nuestro dolor—. Todo esto te barrerá, no te dejará vivir. Porque, aunque no quieras reconocerlo, nos amamos, nos queremos y nos necesitamos. Bueno, yo solo durante un tiempo — recalca de lo más chulo—. Pero tú vas a pasarlas putas. Eso es lo último que dice antes de salir de la habitación.

Yo sé que tiene razón, pero no puedo... No quiero, tengo que ser fuerte. Tengo que salir de aquí. Tengo que pensar en mi futuro y olvidarme de ellos. Sí, de ellos, de los dos. Sola. Lo que quiero es estudiar, avanzar y poder ser feliz. A lo mejor, algún día, se tiene que tragar sus palabras. ¡Qué narices! Se las va a tragar...

Me hago una firme promesa y no es otra que la de no fallarme a mí misma. Suena un mensaje en mi teléfono y, al mirarlo, veo que es de David.

*Sofía, la casa es tuya, todo es tuyo.*

*Los sirvientes llegaron hoy a la tarde. Las llaves de los coches están en el garaje. Disfruta de la vida.*

Si vuelvo a tener otro ataque de ira, seguramente me dará un soponcio. No pienso llorar más, destrozarme más y, mucho menos, hacer de viuda con un luto imaginario.

Llamo a mis amigas, aviso de que estoy viva y les paso la ubicación para que vengan hacia aquí.

Después de eso, me decido a investigar la casa, chafardearla y, bueno, ver qué es lo que ese hombre que me abandonó me ha dado al morir. No tengo ni idea de nada ya. Simplemente, me dejaré llevar.

Lllaman al timbre de la casa, pero no encuentro por ningún sitio el telefonillo. Corro de una punta a otra, histérica, y suena el teléfono

—Sofía.

—Dime, Sergio, ahora no...

—Soy yo el que llama a la puerta. Deja de correr y abre la cristalera del jardín al menos —dice entre risas—. Mmmm... qué bueno que me respondas desnuda — continúa socarrón.

Paro en seco, abro los ojos y me doy la vuelta lentamente hasta que me

encuentro a Sergio muerto de la risa.

Siento que las mejillas me arden y no se me ocurre otra cosa que taparme con los cojines del sofá. Me acerco a abrir la puerta y mi cara es un poema.

Noto a Sergio raro, diferente y algo alterado.

—¿Qué haces aquí?

—Venir a buscarte.

—¿Cómo...? —me corta.

—Os vi iros ayer juntos. Me imagino que habéis pasado la noche juntos y que...

— Se frota la nuca con la mano—. En fin... —Carraspea—. Lo he visto salir.

—¿Te ha dicho algo?

—Sobran las palabras, visto lo visto, pero sí. Unas cosas nos hemos dicho en la cara.

—Ah... Y... bueno, ¿qué? ¿Algo que decirme?

—No, para nada, en absoluto.

—¿Desayunamos?

—Tengo hambre, la verdad, pero en esta casa, no creo que podamos hacer mucho. ¡Si ni me has abierto la puerta! Lo que no tienes es ni idea de nada de esto. —Señala la cocina y, acto seguido, el resto de la casa con una sonrisa de sabelotodo.

—Pues, apáñatelas tú, majo. Yo me voy a dar un baño en la piscina y, cuando salga, lo quiero todo listo.

—¿Ensayando para ser la señora?

—Eso ya lo soy, guapo.

Intenta acercarse demasiado a mí cuando lo aviso con una sonrisa de esas de «no tengo el chichi *pa'* farolillos».

—Mis amigos están a punto de llegar. Date prisa, pimpollo.

Mis amigas y mis nuevos amigos alucinan con la casa y esta vida que parece una montaña rusa. Omito la noche con David y las palabritas que hemos tenido de buena mañana...

Lo que sí que tengo muy claro es que esta casa, cada minuto que pasa, me gusta más; que vivir en esta isla, además de darte paz y calma, te embriaga de la magia de su tierra; que las Pitiusas son muchísimo más que fiesta, son libertad, elección, magia, sabiduría y, sobre todo, paz mental.

Mientras que los demás se entretienen con Sergio en la piscina y se toman unos *gintonic*s, yo me mantengo en el jardín con un portátil; bueno... un MacBook último modelo. Creo que de mi hermana Leire, ya que es rosa y tiene una

pegatina de cucuruchos, muy al estilo Mr. Wonderful. Por cierto, me encanta todo lo de esa tienda.

Estoy entretenida en buscar cursillos o algo que me permita estudiar sin tener que dedicarle mucho y poderme adaptar a las empresas familiares. Pero, a decir verdad, no encuentro nada. Y lo que encuentro, no sirve para nada con mi nivel académico.

Estoy a punto de echarme a llorar cuando aparece Raúl con dos copas en la mano. —Sofi, toma, esto es para ti, bombón.

—Ese «bombón» te ha quedado muy de chulito de playa —Me rio mientras él se sonroja y se sienta a mi lado.

—Sí, me lo suelen decir mucho, nena. —Su tono es de guasa, evidentemente.

¿Cómo

puede ser tan guapo y no sufrir un ictus?—. Se llama así el cóctel. Pruébalo. —

Me animo. —¡Qué bueno! —digo sorprendida—. Lleva chocolate blanco. —

Sonríe canalla y yo

muerdo—. Maldito —digo entre dientes y con una sonrisa fingida.

—¿Se puede saber qué buscas, niña impertinente? —Me guiña un ojo. Veo a Sergio mirándonos desde la tumbona, algo receloso. Paso de él, paso de todo.

Desde hoy, seré yo. Cansina con mi cantinela me odio a mí misma, pero... me tengo que

aguantar.

## **29. Vuelta a la realidad.**

Se acabaron las vacaciones en la isla. Tras recoger a Leire en Madrid, el resto de mi familia decide venir a pasar las vacaciones a mi casa.

Gracias a mamá y a su espíritu de dictadora, nos organiza la vida en un santiamén. Ella dispone todo como ama y señora, instalándose en la habitación grande y repartiendo a mis hermanos en el resto. Cristofer llora por venirse conmigo a la casita del jardín, y claro, yo acepto.

Los días pasan y mamá ya tiene el control absoluto de todo. Al servicio lo ha puesto marcando el paso; se acabaron los desplantes, las malas miradas y, sobre todo, el tirar la comida como si no costara nada.

Leire está encantada con todo, dice que ahora sí que tiene una familia y que la casa está como tiene que estar, llena de vida.

En fin, poco a poco, parece que todo se encauza.

Estoy sentada en la piscina desayunando cuando aparece mamá. Tiene una sonrisa en la cara y parece feliz. Miedito me da ver esa cara, eso solo puede significar una cosa... Un nuevo amor.

—Mamá, ¿esa cara?

—Ay, hija, ¿qué te voy a contar? El amor... —dice sentándose a mi lado y cogiéndome de la cara.

—¡Mamá! —exclamo molesta—. Otro amorío, no, ¿eh?, por favor. Ahora estamos muy bien —ruego al cielo porque no sea eso.

—Hija, Pedro es diferente, es muy buen hombre.

La veo tan feliz que no me importa nada más.

—Mientras tú seas feliz, nosotros también. No importa nada más.

—¿Sabes, hija? Esta es la vida que me merecía y que, una vez muerto, el cabrito de tu padre me ha dado. Y la pienso aprovechar. No voy a dejar que se me escurra de los dedos otra vez. Pero tengo que reconocerte que echo de menos Madrid. Y que tus hermanos empiezan el cole este año y que tengo muchas cosas que hacer. —Por poco me atraganto con el zumo de naranja.

—¿Qué pretendes hacer, mamá? —le pregunto muerta de miedo.

—Tranquila, polluela, tenemos dos caminos. —Abro los ojos.

—Ni se te ocurra, mamá... Os quedáis aquí, por favor. —Siento miedo, terror y un sentimiento de egoísmo—. Mamá, soy egoísta y reconozco que te necesito aquí conmigo, necesito tus consejos, que lleves esta casa... Mamá, no te puedes ir.

Ella me sonrío como solo una madre puede hacer, y muy seria, me dice.

—No me quiero marchar, no te quiero dejar sola y tus hermanos tampoco, pero tampoco queremos ser una carga para ti. Yo sé, Sofía, que, durante muchos años, lo hemos sido; sobre todo, yo. Y que, a pesar de todo eso, tú siempre has estado ahí, cariño, siempre facilitándomelo todo. Así que no se hable más. Haz lo que te plazca, disfruta de la vida que te mereces, que la mami se encarga de todo.

Esas palabras de mi madre me hacen ver la suerte que he tenido siempre de tener una madre con la que contar; un poco loca, sí, pero que se deja la piel por sus hijos, trabajadora y buena de corazón.

—Hija, sabes que yo me meto en tu vida porque soy tu madre y porque me da la gana. —Suspiro mientras ella se arrima a una de mis tostadas.

—Dime, gorda. —Me rio al ver cómo se la zampa.

—Desde que viniste, no te he visto hablar con David, ni tampoco a Sergio por aquí. Sé que te has tirado a los dos. —Abro la boca.

—¡Pepi!

—Hija, que nos conocemos y, con semejantes ejemplares... —Sonríe, y en esa sonrisa, veo las arruguitas que tiene en la cara y cómo mi viejita se hace cada día más mayor y también más sabia, sobre todo en cosas del amor.

—Dime... —Que Dios me pille confesada por darle carta blanca en las preguntas.

—¿A quién quieres?

—A David.

—No has dudado, ¿eh? Si lo quieres a él, ¿por qué vas con Sergio?

—No lo sé, mamá, David y yo... Es todo muy complicado. Somos diferentes y él quiere cambiarme. Sergio es diferente, no quiere cambiarme, me acepta y me respeta.

—Pero tú no lo quieres. Hija, tienes que hacer caso a tu corazón. Yo seré ya vieja y estaré pasada de moda, pero de Sergio no me fio.

«Ni yo», pienso para mí misma. Desde hace un tiempo, tengo dudas sobre él, dudas que seguramente me las metió David en la cabeza desde un principio, pero que están ahí dándome dolores de cabeza.

Mientras hablo con mi madre y confieso cosas que ni las pensaba por no hacerme daño, siento un nudo en el estómago, como si algo tirara de mí. Me doy la vuelta en la silla y lo veo a lo lejos.

David camina hacia nosotras; se acerca natural, sin su habitual cara de enfado, ni me mira como si fuera un perro abandonado. Lleva un tejano claro y una camiseta azul, que resalta su moreno, tiene el pelo despeinado y lleva una carpeta en la mano.

Saluda a mi madre con un beso en la cara, muy cariñoso, y se dirige a mí.

—Sofía, ¿podrías pasarte por mi despacho ahora? Tengo que comentarte unas cosas.

—me pregunta serio, seco y algo impertinente para mi gusto.

—Siéntate, cariño, desayuna con nosotras.

—Gracias, Pepi, pero ya desayuné. ¿Te podrías dar prisa? He quedado con Felipe.

—¿Mi hermano?

—Sí.

—¿Y eso? —Me mira en plan indio cabreado, pero no dice nada—. ¿Podrías contestarme al menos?

—No. —Retira su vista de la mesa. Ya ni me mira...

—Pero bueno... —Ahora sí que estoy enfadada y de verdad—. ¿Tú eres tonto?

—No.

Otra vez... ¡Maldito!

—¡No me hables con monosílabos! —grito fuera de mí, poniéndome en pie.

—Tengo prisa. —Esas palabras me sacan el demonio de dentro.  
—Pues a mí no me sale del papo. —Mi madre nos mira con una sonrisa odiosa en la cara—. ¡¿Tú qué miras?! —Grito a mi madre, furiosa.  
—No le levantes la voz a tu madre y menos, en mi presencia.  
—Uix... ¡Qué nietos más guapos me vais a dar!  
—¡Mamá! —Abro los ojos y la furia se apodera de mí—. ¡Fuera! ¡Ya! —David se aguanta la risa, pero yo ya no estoy para chistes.  
—Mamá, fuera, no te lo vuelvo a repetir...  
—Está bien, zopenca —dice besando a David y se marcha moviendo su culillo. «Corre, cobarde, después iré a por ti».  
—¿Tú eres idiota?  
—Ya te he dicho que no, punto uno.  
—¡No me cuentes! —El grito se oye en toda la parcela.  
—Cállate, loca —dice uno de mis hermanos con pinta de dormido—. Sofi, cojones, ¿te has tragado un altavoz?  
Le contesto con una peineta, un gesto muy maduro por mi parte.  
—Pero ¿tú qué quieres, que te mate? —«Sofi, ahora *tas pasao*». David tuerce la cabeza a un lado y hace el gesto de levantarse, pero yo soy más rápida—. Ni te muevas —Intento acercarme a él, pero retrocede como si le diera miedo o algo peor, asco. Eso me duele muchísimo, y seguro que se me nota en la cara, pero de nada sirve.  
—A ver, me gustaría enseñarte estos documentos y ver si estás de acuerdo.  
—¿Qué narices es? —Vuelvo a sentarme en mi sitio, cruzo las piernas y veo como sus ojos me inspeccionan—. Perdona, cuando dejes de babearme con la mirada, puedes empezar.  
Pasa su lengua por los labios y me mira.  
—Estas son las ofertas por el astillero. Míralas, estúdialas y dime cuál quieres.  
—Te importa ese astillero, ¿verdad?  
—No es mío. —Otra vez. A la próxima, ni los Geos lo libran de la que le doy.  
—Pero es mío. Ahora, dime, ¿te importa ese astillero?  
—Me importa mi vida, mi gente y todo lo que no tenga que ver contigo, para serte sincero. ¿Qué pasa, Sofía, Sergio ya te ha largado y quieres...?  
—No, no me ha largado. Es más, lo voy a llamar.  
—Muy bien. Estúdiate esto y me dices. Buenos días —dice levantándose y dejándome como una *monguer*, sola en la mesa.  
No me doy cuenta, pero mi cuerpo y mis manos van detrás de él y lo agarro del brazo.  
—David, eh... yo... David. —Son las únicas palabras que logro que salgan de mi boca cuando él se da la vuelta y me mira como si yo no fuese nadie, como si

yo le diera asco o algo todavía peor, como si nunca me hubiese querido—. Perdona —digo al soltarlo.

—No me vuelvas a tocar, ¡jamás!

—Jamás... —Sale de mi boca en forma de susurro, miro a sus ojos y están rojos por el odio. En cambio, los míos me escuecen, estoy a punto de llorar.

—Jamás, te lo ruego. No lo soporto, igual que no soporto verte. —Golpe bajo.

« David, uno. La patética Sofía, cero».

—Tranquilo, no lo volveré hacer J-A-M-Á-S —recalco cada letra para que le toque lo más profundo de su corazón—. Jamás se volverá a repetir. Otra cosa, si quieres dejar el trabajo o irte de aquí... —Abre tanto sus ojos que me asusto. Me estoy metiendo en un terreno peligroso, pero ya, de perdidos, al río—, no te lo impediré. Es más, te lo facilitaré. Lo que necesites: dinero, casa... o incluso, quédate el astillero, lo pondré a tu nombre.

—No quiero nada de ti. No me voy por el contrato que me hizo firmar tu padre.

—Te libero, te daré lo que esté estipulado.

—¿Quieres que me vaya?

—No. —La respuesta sincera del millón. Veo alivio en sus ojos, pero su cara tiene la misma dureza que el mármol. Quiero besarlo, abrazarlo y decirle: «eres un capullo, pero te quiero más que a mí».

—Pues cállate ya.

Con las mismas, se va y me deja de pie, compuesta y sin novio. No pensaba vender la mierda de empresa esa, yo no la quería, pero él sí. Sé que desde siempre sueña con tenerla, con llevarla y dirigirla. Le apasionan los barcos y el mar, y por nada en el mundo se lo voy a arrebatar.

Paso el día haciendo cosas con Leire, unas compras y mirando los institutos, ya que ella había decidido cambiar, dejar el suyo e ir al público con mis hermanos. Mamá y yo habíamos dicho que el que ellos quisieran, y mis niños, como siempre, pensando en la economía familiar, han elegido ir al público. Después de mirarlos todos, a las dos nos parece la mejor elección. No tiene nada que envidiarles a los privados, y menos, en enseñanza, así que Leire irá con ellos también.

Han sido semanas de cambios, de días grises para mí. Veo a David con mi hermano de un lado para otro, hasta que un día aparecen los dos con motos nuevas, con las típicas *Harley Davison*. Pues vaya pinta se calzan estos dos... Encima de guapos, con esas motazas. Ellos se llevan de maravilla, y Felipe no entra en nuestro tema. Cuando está conmigo, ni siquiera me lo nombra, pero la verdad es que... se habían hecho íntimos amigos. Felipe está pasando lo que le

quedan de las vacaciones con nosotros, pero en unos días, tiene que marcharse, y eso no lo llevamos bien ninguno. Nadie quiere que se vaya el hermano, el hijo y el amigo perfecto.

Por fin he encontrado un profesor privado que me ayude con la prueba de acceso a la universidad. Leire es la que me ayuda con estos temas y estoy algo nerviosa. Tanto, que quería un cambio y ahora que lo tengo, me está empezando a dar miedo. Pero, como buena loca que soy, también me lanzo a la piscina.  
«Querida rutina»... ¿Quién dijo eso?

Mamá y los niños han ido a pasar unos días a Madrid. Ella quiere alquilar el piso y traerse algunas cosas. La Pepi y sus cambios. Así que... ¡Ea!, ya estoy yo sola otra vez en la casa de Falcon Crest. Tengo un pellizco dentro de mí, como un presagio, pero no sé si es bueno o malo.

Lo que sí que tengo claro es que me encuentro bastante mal, anoche me vino la regla y no sirvo ni para hacer calceta. Del sofá a la cama y viceversa, con una maratón de pelis ñoñas que me hacen llorar y reír como si estuviera poseída. No me entiendo ni yo, pero necesito a David.

Ya ni siquiera nos dirigimos la palabra, ni nos miramos al pasar por nuestro lado. Al principio me dolía, pero con el paso de las semanas y los desplantes, me he acostumbrado. Ya no duele, ya me da igual. Sí lo quiero, pero... agua que no has de beber, déjala correr, dicen por ahí.

## **David.**

Otra vez aquí sentado, detrás de la cortina, como un acosador. ¿Qué narices le habrá pasado hoy que todavía no ha salido de su casa? ¿Estará bien? ¿Estará enferma? Miles de cosas se me pasan por la cabeza... ¡Joder, con esta niña! Que además de tenerme loco, me ha convertido en un mal educado.

Vuelvo a asomarme a la ventana y no la veo. Anoche tampoco se dio su baño nocturno. Desde hace algún tiempo, se ha convertido en mi momento favorito del día, cuando la veo nadar, cuando la veo tranquila y relajada. Pero ahora, ni ha salido de su casa. Me muero por verla. Aunque, cuando la veo, las tripas se me revuelven. Me ha hecho tanto daño... Pero, aun así, la amo.

No puedo ni respirar cuando la veo, cuando recuerdo nuestros momentos, buenos o malos. Solo sé que ahora mismo daría mi vida por verla, por besar su

boca, esa boca que tiene forma de corazón y es tan carnosa, esa que...

Me quito esos pensamientos de la cabeza y bebo del zumo de naranja que me ha traído Marivi.

Tengo que buscar alguna excusa para ir a verla. O a molestarla, porque mi presencia la pone de mala leche, y eso me gusta, porque significa que todavía le provocho algo.

Creo que ella nunca ha sentido nada por mí, pero por mi hermano, sí. Estará así porque no le ve, porque no sabe nada de él.

Madre mía... Camino por mi habitación nervioso. Si ella supiera que él... que él tiene su propia vida, que él no es bueno.

Pero no, yo no le diré nada, no seré yo quien le diga que él está con una hace muchos años y que... en fin, que ella ha sido un capricho. No seré yo quien le diga la verdad. Ella lo eligió a él, lo eligió después de que yo me abriera a ella y le dijera lo que siento. No sirvió de nada. Ella, como todos, le prefiere a él. Menos Felipe; él nunca se ha fiado de Sergio, menos mal...

Uffff... No puedo más. Me visto con lo primero que encuentro, unas bermudas color mostaza y una camiseta de pico blanca, me pongo unas sandalias a conjunto y me revuelvo el pelo. Estoy nervioso, no sé qué decirle, pero ya me inventaré algo. Antes de salir de mi habitación, veo sobre la cómoda la carpeta con las ofertas por la compra de los jodidos astilleros.

Me parte el corazón que ella vaya a venderlos. Sé que no son míos, que nunca lo serán, pero... Joder, me habría encantado, por una vez en la vida, hacer lo que quiero, trabajar en lo que quiero y llevar esa jodida empresa.

No lo pienso más y salgo corriendo hacia su casa. Mis nervios aumentan.

¿Saldría ayer, conocería a alguien? No, no... Muevo la cabeza e intento sacarme esos pensamientos de ella.

No puede ser. Pero, si es así, ¿a mí que más me da? Me ha hecho daño y nosotros jamás seremos nada, nunca más. Jamás nadie como ella en mi vida, lo tengo clarísimo.

Llego en un santiamén, es como si levitara. Son tantas las ganas que tengo por llegar, por verla... y tanto miedo a que no esté, a que le haya pasado algo, a que... ¡yo qué sé!

Me encuentro en la misma puerta. Toco varias veces, pero nada, sin respuesta.

—Mierda, joder. —No lo pienso y entro de un empujón.

Está todo oscuro, mucho silencio; pero, al fondo, escucho el murmullo de la televisión, muy bajito.

La llamo, pero no responde...

—¿Sofía?

Silencio. Pero veo la luz tenue de su habitación, sí que está. Noto mi corazón a doscientos por hora y camino despacito hasta su habitación. Conforme avanzo, su olor me invade; es una mezcla entre flores y vida. La mataría con mis manos porque me vuelve loco.

Abro un poco la puerta y la veo en la cama.

Qué preciosa es. Está dormida con un montón de libros y libretas por la cama, su pelo está por toda la almohada como si fuera parte de ella misma, tiene la boca manchada de chocolate; sobre la mesita, veo unas natillas y unas galletas. Me da la sensación de que estoy sonriendo, una de mis manos va hasta mi boca y noto una sonrisa, pero en realidad no quiero sonreír, y, mucho menos, por ella. ¡Qué demonios!, es una niña. Vuelvo a mirar las natillas y después, reparo en su pijama; gris clarito con corazones de un gris oscuro. Se remueve nerviosa, ha notado mi presencia aun durmiendo.

—Mmmm... ¿David? —me llama en sueños. Mi polla se remueve dentro de mis pantalones. ¿Qué narices me pasa a mí? Estoy más loco de lo que pensaba—. David... — vuelve a decir mimosa.

—Sí, soy yo —respondo en un susurro, no quiero despertarla y tampoco asustarla.

Ella palmea la cama, justo detrás de ella. «¿Me muero?, ¿la mato? ¿Qué hago?», pienso en tonterías y no me doy cuenta de que mis pies van derechos hasta ella; como un mantra, la sigo. Su voz me hipnotiza.

Tomo asiento justo detrás de ella, como ella me indica.

—Abrazame, por favor —vuelve a hablar en sueños. Me estoy volviendo loco—.

Abrazame, me encuentro como el puto culo.

—Esa boca, nena. —Me da tanta rabia que sea tan mal educada... Pero vuelvo a darme cuenta de que sonrío otra vez. «Mierda. Soy un jodido bipolar».

—Perdoonaaaa... —sisea como una pequeña víbora sonriente. Sabe que no puedo

con ello—. ¿Qué haces aquí? ¿Me quieres? —Abro los ojos. «Maldita»—. Yo te quiero;

más que eso. Pero eres taaan insoportable... —Lo suelta como si tal cosa—.

Abrazame

—vuelve a pedirme.

Hago lo que me pide, me acurruco a su lado y la abrazo, toco su frente y veo que no

tiene fiebre, pero está algo pálida.

—¿Qué te pasa?, ¿estás mala?

—Sí, me ha venido la regla y, uffff... —Abre los ojos y da un bote en la cama—. ¡Ahhh! —Se da un susto de muerte, pero, en vez de apartarse, se acurruca más a mí. Mi corazón bombea, yo jadeo y creo que me voy a marear. Me quedo callado, quieto

y no respiro. Mientras, ella se da la vuelta y me abraza; su cuerpecito encaja tan bien con

el mío... Mis manos la acarician de la cabeza a sus caderas.

Es una situación incómoda. Nos odiamos y estamos los dos abrazados. Ella mira mi

pecho y yo la miro a ella.

—¿Has venido porque no sabías nada de mí? —me pregunta curiosa. Pienso en mentirle, pero no lo hago. Me remuevo nervioso, me siento incómodo.

—Sí, estaba preocupado. Desde ayer noche, no te veo.

«Muy bien, campeón, te has delatado tú solito».

—Ah... —dice cerrando de nuevo sus ojos.

El rato pasa tranquilo. Con ella dormida entre mis brazos, me siento bien, me siento feliz, hasta el punto de que lloro como un niño. La quiero tanto... Tanto, que no es sano para ninguno de los dos.

Sería tan fácil si ella me entendiera, si ella supiera que soy idita por naturaleza, que la cago, pero que no lo hago adrede. Sería tan fácil si Sergio desapareciera de su vida... Con ese pensamiento, me quedo dormido abrazado a Sofía.

### **30. ¿Y si... estropeamos todo un poco más?**

**Sofía.**

Despierto con una extraña sensación. El sueño de esta noche ha sido tan real... Parece como si David hubiese pasado la noche conmigo. No me acuerdo de mucho, pero tengo la sensación de que es verdad. Noto sus brazos a mi alrededor.

Doy un par de vueltas en la cama, haciéndome la remolona hasta que decido levantarme. Por suerte para mí, la regla me ha dado un descanso y no me encuentro tan mal. Voy hacia la ducha, pero antes, veo a mi hermano dormido en

el sofá. Pongo los ojos en blanco y decido molestarlo más tarde.

Mientras dejo que mi cuerpo absorba las cremas en pleno verano —para ser más precisa, verano en Marbella, en la adorada Costa del Sol... o sea, a cuarenta y pico grados a la sombra—, preparo mi ropa. Mi cuerpo no es que no absorba las cremas, sino que, con este calor, las regurgita, haciéndome la tarea de vestirme algo complicada.

Me arreglo el pelo, doy color a mi cara y me decido a vestirme, por fin, cuando entra Felipe al baño.

—Buenos días... Dios, tete, date una ducha. —Me mira y sonrío como un loco mientras abre y cierra sus ojos en plan *monguer*—. Oye, apestas a alcohol. ¿Te lo bebiste o te duchaste con él? Por Dios... —salgo del baño casi borracha yo también.

—Pues, a decir verdad, me lo bebí, me lo tire por encima y algo más, pero no me acuerdo —Sale detrás de mí.

—A ver si nos centramos, guapo...

Llamo a Marivi y le pido el desayuno.

—¿Eso me lo dices tú? —pregunta con retintín.

—Sí. ¿Qué te pasa?

—No, nada... —Deja algo en el aire—. Dame cinco minutos que me duche.

—Vale. Voy a pedir... —me corta.

—Sí, tengo un hambre que da calambre. —Me río porque es un zoquete—. Quiero tostaditas, zumo, café y todo lo que encuentren en la cocina que tenga ¡CHOCOLATEE! —El grito cubano que da hace que me ría todavía más.

Una vez pido el desayuno, salgo a la terraza a esperarlo. Tengo el periódico y alguna de las revistas que me gustan sobre la mesa, como cada mañana.

Mi hermano no tarda en salir y lo hace con un bañador amarillo chillón y sus gafas de sol.

—Pero qué guapo te parió la mama, si es que... *Pa'* comerte, tete. —Lo miro con orgullo. Guapo, listo, trabajador y honrado. Lo tiene todo. Y, para colmo, es mi hermano. Toma asiento a mi lado y me sonrío. ¡Peligro!—. ¿Esa sonrisita? —Me fijo en su cuello y le veo un chupetón grande y hermoso—. ¡Tete! Pero bueno... ¿y ese mordisco?

—Ah... —Sonrío como un bribón—. Las chicas de aquí, que son muy apasionadas.

—¿Las chicas, o la chica? —Este está enamorado.

—La chica. Es la hostia, perfecta para mí. —Sus ojos me dicen que algo no va bien.

—¿Pero...?

—Pero nada. Es lo que hay, yo estoy de vacaciones, me piro en nada y no voy a cambiar mi vida por una niña rica.

—Oye, eso no quiero que lo digas. ¿Te gusta mucho?

—Sí, pero solo me gustará lo que quede de verano.

—¿Cuándo la conociste? —pregunto nerviosa. Presiento que la respuesta no me va a gustar nada.

—David me la presentó, es amiga de él hace bastante.

—¿Y ella es amiga... de...?

—De David —dice serio.

—Y David es amigo de...

—¿Adónde quieres ir a parar con tantas preguntas? Te pareces a la mama, leches.

—Quiero que me digas la verdad, ella es amiga de David, y David, ¿qué amiguitas tiene? —escupo con rabia.

—Ni idea. Lo que quieras saber, puedes preguntárselo a él. —Mira su móvil, que está sonando—. Mira, viene hacia aquí. —Mueve sus cejas hacia arriba en repetidas ocasiones—. Bueno, ¿qué tal os fue anoche?

—Eh, ¿Qué hablas?

—No sé, dímelo tú.

—Eres tonto.

—Chi, y también tengo resaca. —Se ríe.

Mariví se acerca sin decir mucho, un escueto «hola», mira a mi hermano y noto que lo repasa con la mirada.

—Gracias, bombón —le dice él.

—¿Hola? ¿Le tiras los trastos a Mariví? No tienes vergüenza.

—Ni tú, que ayer, ¿qué, eh?

—¿Qué hablas, loco los huevos? Ayer estuve mala con la regla.

—Sí, sí, y yo bebí agüita del Carmen. Tata, por Dios, que vi salir a David de casa con los zapatos en la mano y con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿¿Cómo?! ¿¿Qué?! Estoy flipando... —No lo soñé, fue real.

Suspiro. Me siento feliz.

—Ainsss, ese suspirito... Bueno, ya me lo contarás cuando quieras, pero... —Se muerde el labio y se acerca hacia mí con la tostada en la mano—. Ten cuidado, joder. Lo ha pasado muy mal, créeme. Lo he visto chungo, y ahora que está mejor, no quiero que lo fastidies. Es buen tío, no como el otro capullo, ¿vale?

—Tete, yo no le he hecho nada. Con Sergio no tengo nada y... no me hables de él para nada. Ni lo nombres —digo muy enfadada. Desde que me despedí de él en Ibiza, no he vuelto a saber nada. Tanto que me quería...

—Bueno, yo te lo digo porque no sé lo que paso anoche, y verlo con esa sonrisa en la cara, no es normal. No quiero que le hagas daño otra vez, ahora parece que con Silvia la cosa va bien.

—¿Silvia? ¿Qué Silvia?

—Eh, ¿qué hablas? —dice intentando salir de donde se ha metido.

—Tete, no jodas... ¿Qué Silvia es esa?

—Ni idea.

—Vete al peo, tete, en serio. Iros todos a tomar por saco.

Los nervios, la mala leche y un sudor frío me recorren entera. Veo venir al causante de todo. Lo pienso descargar todo sobre él.

Para mi sorpresa, ni me mira, saluda a mi hermano como si yo no estuviera. Una vez que se sienta, me mira.

—Buenos días, Sofía. —Lo miro, pero no respondo. A él le da lo mismo, y eso me enfurece más.

—Bueno, me voy dentro. Tete, lo quiero todo recogido.

Al tiempo que me levanto y entro en casa, veo como David se relaja y se acomoda en la silla con sus facciones en reposo.

Decido ponerme a estudiar y a preparar las clases para cuando venga el profesor. Se supone que me va a preparar en un tiempo récord...

Mientras preparo la mesa de estudios con las libretas, dossieres y mis bolis molones, veo en la puerta de la casa una sombra; no sé si es mi hermano o David, pero mi corazón se desboca, se acelera y tengo que apoyarme en la mesa. Respiro e intento tranquilizarme. Los segundos pasan y nadie entra ni nadie llama, pero, para más angustia, la sombra sigue ahí.

—¡Pasa! —digo alto y claro y algo tosca.

Pero nada. Así que me acerco yo a la puerta, giro el pomo y abro. Para mi sorpresa, me encuentro con el pecho de David.

—¿Qué quieres? —le pregunto sin mirarlo a la cara.

—Pásate por el despacho cuando acabes tus clases, Sofía, tengo que comentarte algo de tus empresas.

—Está bien, tranquilo.

Dicho esto, veo como da media vuelta y se va por donde ha venido. Mi hermano lo espera de pie junto a la mesita y veo que me mira con tristeza.

Recibo una llamada al teléfono fijo. Es el ama de llaves anunciándome que el profesor está aquí.

Me dirijo a la cocina y pongo una jarrita de agua con hielo y dos vasitos en una

bandejita muy chula de Mr. Wonderful, la dejo en la mesa y salgo al porche a esperarlo.

Lo veo venir con Alexis, el chofer, y, para mi sorpresa, no es un profesor a la antigua usanza, viejo y con barriga. No, no, es un chico joven; no guapo, pero sí muy atractivo, alto y de complexión atlética, con el pelo clarito. Lleva unos pantalones chinos ocres, recogidos en los tobillos, unas sandalias blancas al igual que su camiseta y un maletín en la mano. Mis ojos lo inspeccionan de arriba abajo.

Cuando se acerca a mí, se presenta muy educado y correcto. Pero después de darme dos besos, veo en sus ojos una chispa de chulería. Y, cuando por fin sonrío, me fijo en sus hoyuelos. Entre sus ojos caramelo, su sonrisa tan bonita y blanca, me doy cuenta de que, por muchas carreras que tenga, masters y estudios, además de catedrático, es un bombón, y el tío lo sabe y lo disfruta. Es un gamberro. El típico chico gamberrete, juerguista y ligón.

—Pa... pasa —se me entrecorta la voz. Él pasa sin darle importancia a mi cara de sorpresa.

Una vez dentro, me somete a un tercer grado sobre mi vida y mis estudios, lo que quiero conseguir y lo que pretendo. Cuando acaba de apuntar todo lo que le digo, veo como busca en su maletín Bulgari un dossier y me lo entrega.

—Sofi... Sofía, ¿puedo tutearte?

Se me escapa una sonrisita y le contesto que por supuesto. «Con esa sonrisa, puedes domarme, vaquero»; me guardo ese pensamiento por el bien de todos.

—Toma, necesito que lo rellenes. Te explico. Es como un test de evaluación, necesito saber en qué nivel te encuentras. —Cruza sus manos y me mira detenidamente—. Necesito este examen y, con él y los test que hemos hecho antes, crearé un plan de estudios. Sonríe y me muero.

¡Qué guapo es! «Nota mental: buscar un psicólogo después». Lo que me pasa no es normal

—Para que me entiendas —continúa—, será como un Pi, como lo que hacen las escuelas a los chavales que lo necesitan. Pero en nuestro caso, será todavía más adaptado y más extenso. Así que, rellénamelo. —Veo que pone un reloj negro en la mesa. Yo sigo mirándolo detenidamente cuando veo que me coloca las hojas delante de mi cara—. El tiempo empieza ya...

Intento leer, comprender todas las preguntas y mantener la compostura delante del profesor. Él rellena otros papeles y no me presta atención.

Me voy relajando poco a poco hasta centrarme en lo que estoy haciendo.

Creo que voy bien, creo que me está saliendo a la perfección; menos el apartado de inglés, que prácticamente está en blanco.

Una vez acabo el examen, como todavía creo que queda tiempo, me centro en las preguntas que no he respondido.

Un timbre me sorprende, provocando que dé un saltito en la silla.

—Ya está. Tiempo —dice Enrique.

Recoge sus cosas y me dice que en dos días empezamos.

Lo acompaño a la entrada de la casa y, una vez me despido de él, me dirijo al despacho de David.

Entro sin avisar, como un elefante en una cacharrería, y me encuentro con una chica alta, muy guapa y elegante, sentada en una silla. David está apoyado en su escritorio, relajado y sonriente. Los dos me miran.

—Perdón —digo muerta de vergüenza y de celos—. ¿Quién eres? —le pregunto a la chica que me mira algo tímida.

—Soy Silvia. —Se pone en pie y camina hasta mí con una sonrisa de idiota. Me va a dar dos besos, pero yo le ofrezco mi mano. David nos mira atento.

—Bueno, ¿tú qué quieres? —me dirijo a él, algo estúpida.

—¿Me das cinco minutos?

—No —contesto tajante—. No puedo. Tengo vida, ¿sabes?

—Bueno, pues, si no te importa, dejamos la cita para mañana.

Mi cara es todo un poema. Creo que tengo la cara roja por la irritación.

—¿Esto es lo que corría tanta prisa? —Me mira, lo veo dudar y noto que está disfrutando, el muy cabrito.

—No, no te preocupes, puede esperar. Tú tienes una vida y nosotros, planes —dice sonriente, y ella también sonrío. Dos tontos enamorados.

—Bueno, pues que os vaya bonito —Salgo igual que entré, dando tras de mí un portazo.

Maldigo, maldigo y maldigo...

Llamo a Sergio, no con la intención de adorarlo y hacer sufrir a David por el simple hecho de verlo. No, llamo para descargar mi furia con él, ya que el muy... no contesta, ni responde.

—¡Ahhh! —grito como una loca de camino a mi casa. Vocifero histérica.

Los odio a los dos. ¿Ellos pasan?, ¡yo más!

### **31. El tiempo empieza ya...**

Después de dos semanas de clases intensivas, de noches en vela estudiando sin dormir, sin vida social y sin tiempo para absolutamente nada en mi vida que no

sea estudiar, leer, mirar y corregir; una tarde, al terminar las clases, Enrique me comenta que está muy contento y satisfecho con mis resultados. Que mi nivel era tirando a pobre —dice eso por no echarse a llorar, el muchacho—, pero que cada día avanzo más y que tengo una mente muy abierta, que soy muy lista y que tendrá que volver a adaptarme los estudios, ya que avanzo a pasos agigantados.

Como recompensa, dice que me da este fin de semana libre, que lo disfrute.

Una vez sola en mi casa, pienso para mí en qué narices voy a disfrutar, si todo el mundo está haciendo su vida, sus trabajos, estudios, etc....

De Sergio no sé absolutamente nada, ya que ni siquiera responde al teléfono, ni llamadas ni mensajes. Y, con David, se acabó todo.

Mi hermano ya está en el trabajo de vuelta y hasta dentro de una semana, no tiene un permiso. El pobre está haciendo todas las guardias seguidas para poder tener quince días libres y poder venir.

Leire y mis hermanos están en Madrid con mamá.

Decido que un finde solita, entre playa, piscina y maratón de pelis, tampoco es una mala idea.

Voy a prepararme una súper cena para mi solita, pero en la nevera no tengo de nada. Últimamente, encargo las comidas, cenas y desayunos a la casa grande, pero hoy me apetece conducir.

Busco mi bolso y las llaves de mi Lola y me voy al super.

Tiro del carro como puedo, porque lo llevo lleno hasta los topes, con todo tipo de comida; sana, basura y cantidades ingentes de helado. Sí, lo reconozco, estoy algo depre.

Creo que he pasado por todas las secciones del supermercado y el carrito ya no da para más, así que salgo del super al centro comercial y veo las tiendas; en concreto, la de OYSHO, que es de ropita íntima y pijamas muy cuquis. Justo lo que necesito para mi fin de semana en casa.

Llevo la compra al coche y vuelvo a las tiendas sin nada en las manos.

En un arrebato de locura de esos míos, compro braguitas, tangas y sujetadores; dos neceseres, unas zapatillas negras, muy bonitas, y dos pijamitas fresquitos de verano, un camisón de seda y una batita a juego.

Voy directa a undonde tienen palomitas y chucherías y, claro está, compro un cubo gigante de cada una.

Pensando en la cena y en la peli que quiero ver esta noche, que no es otra que Leyendas de pasión, voy dando una vuelta. Me fijo en una tienda de juguetes para adultos y mis pies se disparan solitos hasta ella.

Una vez dentro, alucino con todas las cosas que tiene. Vibradores de todos los tamaños. No doy crédito a las cosas que encuentro en la tienda. Mi atención se para en unas bolitas chinas rosas con lunares. Decido comprarlas por lo bonitas que son y por eso de ejercitar el suelo pélvico. El dependiente, que me atiende de fábula, me recomienda varias cosas; entre ellas, un vibrador con tres velocidades. Es curiosa la forma, y le pregunto y me dice que sirve también para el recto.

—¿Holi? ¿Para el culo? —le digo yo algo nerviosa.

Total que, con los nervios, salgo con las bolas chinas, un rosario anal y ese aparato con tres velocidades, además de unas braguitas comestibles y unas pezoneras de purpurina. No sé para qué quiero todo eso, pero... los nervios me traicionan.

Me lo pone todo en una bolsita de cartón negro con unas asas, pero como soy tan curiosa, voy mirándolo todo. Al salir, me doy de bruces con Enrique. Choco con él y, del impacto y el susto, lo tiro todo; bolas, rosario, vibrador, los pijamas y las palomitas.

Intento recogerlo todo, muerta de vergüenza, pero él se empeña en ayudarme. Noto que me pongo colorada como un pimiento morrón cuando me da el rosario anal y las pezoneras.

El pobre se intenta aguantar la risa, pero no encuentra la forma de lograrlo. Y yo, cada vez más avergonzada y con ganas de morirme.

Cuando por fin logramos recoger toda mi compra, no sé dónde meterme.

—Lo siento. Disculpa —dice algo avergonzado también.

—No, no pienses mal. —Escondo las braguitas comestibles detrás de mi espalda —. No es lo que parece.

—No me tienes que dar explicaciones, tranquila.

—Jooo... ¡Que no! —lloriqueo—. De verdad. —Atentos a la vomitona mental que me da—. ¿Sabes?, tú me has dado dos días libres, y yo estoy aburrida. —Veo que abre los ojos y se muerde el labio para no reírse—. Dios, no. Lo estoy empeorando. No voy a estar todo el finde dale que te pego yo sola. —Se ríe más. —De verdad. No tienes que darme explicaciones. —Se frota la nariz.

—Sí, no... Bueno, no lo sé. Antes no, ahora sí. Vas a pensar que soy una amargada ninfómana que no tiene planes el fin de semana y piensa pasárselo tocándose el papo durante las horas muertas.

—¡Joder! —exclama riéndose a más no poder, y veo como se toca la barriga—. Sofía, tranquila, cada uno vive su sexualidad como quiere.

—¡Ahhh! Eso no está bonito. No te rías de mí, estoy nerviosa. De verdad que lo he comprado sin darme cuenta. —Su risa es contagiosa y acabo riéndome con él.

—Te lo estoy diciendo en broma.

—Un churro. Jo, de verdad, soy normal. No me toco —le respondo riéndome—. Bueno, sí. ¡Mierda!

—Mira, te invito a tomar un té, te relajas y me cuentas lo que piensas hacer con todo esto, ¿te parece? —Lo miro con recelo.

—¿Eres un salido o algo así?

—No. Sí. No sé... —Me guiña un ojo.

—¡Ahhh, capullo! —Los dos no podemos parar de reír.

Salimos del centro comercial, vamos a un bar que está enfrente y tomamos asiento en la terraza.

—Lo siento. Perdón. —Me tapo la cara con las manos.

—Shh... no te disculpes. —Coge una de mis manos—. No te tapes, son cosas que pasan. Soy tu profesor, no me esperabas, nos hemos chocado y te has puesto nerviosa. No pienso nada raro de ti.

—Ya, bueno, jo... Me da vergüencilla.

—Disculpen, ¿qué van a tomar? —nos pregunta el camarero.

—Yo, una cerveza negra; una *Guinnes*, si tienes. —El camarero asiente.

—Para mí, un tinto de verano con granizado, por favor.

El camarero nos deja solos.

—¿No quieres nada para picar? O podemos cenar.

—No, no te preocupes. Me imagino que tú sí que tendrás planes.

—Para nada. No.

—Ah...

El camarero nos sirve las bebidas y unos frutos secos.

—A ver, cuéntame —dice interesado por mí.

Le explico que ha sido un malentendido, que no tenía planes para el finde y me dispuse a salir a hacer la compra; que después, pequé en algunas tiendas y que entré en la tienda de adultos por casualidad, y que el destino se torció en mi contra. Y con un «y aquí estamos», acabé mi monólogo.

—¡Vaya!, entonces, ¿no tienes planes para mañana? —Me sonrío con mirada cómplice.

—Sí, ver pelis y comer enormes cantidades de helados. ¡Ahhh! —Doy un gritito histérico—. Mis helados, joder.

—¿Qué pasa?

—Los tengo en el coche...

—Bueno, al helado no le pasa nada por diez minutos más. Tómate esto y nos vamos.

—Sí —asiento con la cabeza a la vez que engullo mi bebida.

—Pero tranquila... —Me coge de la muñeca y me aparta el vaso de la boca. Y yo, que soy una burra y estoy jadeando, me vuelvo a disculpar.

—No sé qué me pasa...

Consigo tranquilizarme y podemos bebernos nuestras copas tranquilos. Me acompaña al coche y, cuando estoy a punto de darle las gracias por todo y montarme en mi Lola, vuelve a frenarme, me coge de una mano, nos da un chispazo de esos cargados de electricidad y los dos retiramos las manos al momento.

—¿Me has dado calambre? —dice risueño.

—Y eso que todavía no he utilizado el vibrador, que tiene tres velocidades. — Me rio con él por mi salida de tiesto.

—Menos mal... —me contesta—. Oye, ¿te gustaría salir mañana a cenar?

—¿Nosotros? —¡Qué pregunta más *monguer!* «Pos' claro, chocho», me dice mi yo interior.

—Sí, que yo sea tu profesor, no nos impide salir a cenar juntos, ¿no?

—No lo sé.

—A no ser que seas menor. —Me guiña el ojo a lo bribón.

—Vale, si tú crees que es buena idea... por mí, que no pienso, imagínate...

Después de dos besos, nos despedimos.

Como siempre, me pierdo. Marbella es algo liosa para mí; ir al centro comercial, bien, pero la vuelta a casa me cuesta la misma vida.

Total, que voy camino de Cádiz. Ya dentro de la autopista, no sé qué hacer. Estoy perdida, perdidísima. Me fijo en la temperatura del coche, y está arriba del todo. ¡Peligro, un humo nos invade! Lolita empieza a perder potencia, los coches me pitan y no sé qué hacer.

No me detengo, ya que voy por el carril izquierdo y necesito poder ponerme en el derecho para poder parar, pero no responde... Llevo el pedal a fondo y Lola se va parando. Para colmo, no veo absolutamente nada, porque está todo lleno de humo. Pongo los cuatro intermitentes y paro como puedo en el lado de la calzada, intentando no molestar a los demás conductores, que me pitan y son algo cabroncetes, por qué no decirlo también. Entonces, rompo en llanto.

Una vez llamo a la grúa y viene, me dice que pinta muy mal, que Lola ha muerto. Bueno, sus palabras son: «Junta culata, niña. Esto, ni *pa'* piezas».

El hombre, que debe tener cerca de sesenta años, se da cuenta que mi coche es especial para mí. Intenta tranquilizarme, me dice que lo más seguro es que sea un manguito roto. El señor intenta darme consuelo, ya que yo soy un mar de lágrimas.

Desde que llegué a Marbella a esta nueva vida he llorado mucho, muchísimo; pero como en este momento, con mi coche, con la muerte de mi Lolita, no.

El sentimiento de vacío y de soledad es el doble que en estos meses. «Ay, mi coche...».

El gruista, muy amablemente, me deja en la puerta de Villa Cerezo. El hombre se impacta al ver la casa.

—¡Pero *mija*! Deja de llorar. Tiene que ser muy especial para ti el coche.

—Lo es —digo sorbiéndome las lágrimas.

—Bueno, en nada, tendrás otro nuevo —comenta mirando la casa.

—No quiero uno nuevo, quiero a mi Lolita.

—¿Lolita lo llamas? —Asiento con mi cabecilla.

—Sí, es una chica. Lolita es chica, no es un coche. Es «la coche». —Yo y mis cosas sin sentido.

Una vez me despido del señor, entro en casa, tirando de las bolsas con los pijamas y los juguetes eróticos.

Conforme avanzo por el caminito de piedras, veo la moto de Sergio. No puede ser. ¿Qué hace este aquí y ahora?

Subo directa y sin detenerme hacia mi casa. No quiero ver a nadie. No quiero saber si está ni qué narices hace aquí. No, ahora, no.

David me corta el paso.

—¿Sofía?

—No, ahora, no. Déjame —Las lágrimas caen por mis mejillas.

—¿Qué pasa? ¿Qué te pasa?, ¿alguien te ha hecho algo? —Niego con la cabeza

—. Sofía, ¿qué pasa? —Me sostiene de los brazos—. Contéstame —dice preocupado.

Es tal mi dolor y el nudo en la garganta que no puedo hablar. Noto que me falta el aire y que me mareo. Doy un traspiés, pero David me sostiene.

—Sofía, ¡joder! Relájate, estás hiperventilando. —Me coge en brazos—. Dime algo, por Dios —lo escucho hablarme, pero no puedo parar de llorar.

Me lleva a mi casa y entra en ella conmigo en brazos. Me deja en el sofá y va a la cocina, me trae un vaso de agua fresca y me obliga a beber. Poco a poco, me relajo y entonces es cuando entra Sergio por la puerta.

—¿Qué cojones le has hecho ya? —dice Sergio empujando a David y arrodillándose enfrente de mí.

—Yo, nada. —Me mira—. Bueno, veo que sobro aquí. Llámame si me necesitas, ¿vale?

—No, no te vayas, por favor —le suplico—. No te vayas... —repito.

—Está bien.

Se queda al lado del sofá mirándome. Sergio intenta cogerme de las manos, pero

yo me aparto.

—Dime de una vez lo que ha pasado.

—Se ha muerto mi Lola —digo entre hipidos y un ahogo que no es normal. Me falta el aire.

—¿Quién se ha muerto? —dice cogiéndome de la mano. No sé cómo lo hace, pero ocupa el lugar de Sergio en un santiamén, y sus manos van directas a mi cara—. ¿Quién se ha muerto, cariño? ¿Cuándo?, ¿dónde? —Me abraza.

—Lo... mi Lola.

—¿Es una amiga, nena? Lo siento mucho. —Vuelve abrazarme, esta vez con más fuerza.

—Mira que eres estúpido. Lola es su coche. —David abre los ojos y me mira—. Eso es lo que la quieres, eso es lo que la conoces. ¿No sabes que Lola, Lolita, Loli, es su coche?, ¿de verdad?

David aprieta los dientes; su mandíbula todavía se ve más cuadrada y parece que vaya a estallarle la dentadura. Está agazapado entre mis piernas y una de sus manos está sosteniendo la mía, pero la otra la tiene en forma de puño y veo sus nudillos blancos.

—Sergio... —digo a duras penas—, vete.

—¿Sofía?

—Ni Sofía ni nada. Vete, por favor. No quiero que estés aquí. Y menos, que trates como tratas a tu hermano.

La cara de los dos hombres que han puesto mi vida patas *parriba* es un poema. David no dice nada, sigue en la misma posición, mientras que Sergio se acerca a mí por detrás del sofá, besa mi cabeza y se va.

Una vez cierra la puerta, David pone el cerrojo y va al baño directamente. Escucho el agua correr, y al poco, sale él.

—Te estoy preparando un baño de agua calentita y todas esas cosas que tienes relajantes —Lo miro, pero no comprendo. Vuelvo a llorar otra vez, pero esta vez con mucha rabia. Sale asustado.

—¿Qué pasa? —dice acelerado—. Me vas a matar con estos sustos.

—¡La compra! La he dejado dentro del coche. —Mas llanto, más lágrimas.

—Joder, qué susto, Sofía, por Dios...

—Me he dejado la compra dentro de Lolita, y van muchos paquetes de helado —digo de lo más penosa que puedo—. ¡Ea, todo a la mierda!

—Esa boca, nena, por Dios... —Sus manos van a su cabeza—. Es comida.

—Es comida derretida en mi Lola. Se va a manchar.

—La mandaremos limpiar. Ahora, venga, entra al baño —dice acompañándome hasta la puerta. Él no entra, cierra desde fuera.

Me desnudo, dejo toda mi ropa en el suelo y me meto dentro del agua calentita.

Lo llamo y abre un poco la puerta.

—Dime. —No me mira. Siempre tan respetuoso...

—Entra, no quiero estar sola.

—No me parece bien, Sofía. —Esas palabras salen de su boca, pero veo que su cara dice que se muere de ganas.

—Entra y cállate, por favor. —Lo veo arrugar el entrecejo—. No pienses, solo entra, hazme compañía.

Intenta mantener la vista fija en los azulejos, intenta no mirarme, pero no puede. Me fijo en cómo observa por el rabillo del ojo y veo clara su intención, que no es otra que sentarse en el retrete.

—David, ¿puedo pedirte una cosa?

—Claro, lo que sea. —Sus ojos están tristes, pero, aun así, se acerca a mí con una toalla, le moja la punta en el agua caliente que está llena de jabón y me lava la cara. Lo veo sonreír mientras lo hace—. Pareces un pandita —dice con cariño y devoción hacia mí—. Tienes los ojitos hinchados. —Sonríe.

—Por favor, metete conmigo en el agua. —Nos miramos callados durante unos segundos.

—No me parece bien. No me pidas eso, por favor.

—David, solo necesito que me abracés, que me envuelvas en tus brazos. No tiene que pasar nada.

—Pero es que... ¿Desnudos, Sofía?... No sé

—Déjalo. Perdona —digo escondiendo la cabeza debajo del agua.

Me zambullo dentro. Lo único que necesito es que me abrace y se niega. Cuando falta el aire en mis pulmones, salgo otra vez a la superficie, limpio mis ojos y mi cara de la espuma y lo miro. Voy a decirle que me perdone por pedirle eso, pero me sorprende al verlo desnudarse. Se queda como su madre lo trajo al mundo y veo que su parte más varonil está resurgiendo. Nota que lo miro, pero no dice nada ni siente vergüenza alguna.

—A ver, déjame sitio.

Me aparto para darle un sitio detrás de mí, entra en el agua y noto su cuerpo muy cerca del mío, cómo sus piernas están a mi alrededor; noto sus brazos, cómo me acerca a él. Me abraza y me ayuda a recostarme.

Noto su corazón acelerado y tensión en su cuerpo, pero, aun así, está cariñoso, me da consuelo.

No hablamos ni decimos nada. Me mantiene abrazada hasta que el agua se empieza a enfriar. Y soy yo la que, hasta en tres ocasiones, le tengo que decir: «vámonos ya, hace frío». Él parece que no quiere salir, que está a gusto en el agua conmigo, y eso me hace sentirme bien.

El baño con David me sienta de maravilla, me relaja y me deja exhausta. Nos

envolvemos en unos albornoces blancos y salimos al comedor. Nos quedamos en el sofá con una música de violines que pone él y puedo explicarle lo de mi Lola. Pero no recuerdo más, solo que por la mañana, despierto sola en mi cama.

### **32. Aquí, los abandonados.**

Es sábado por la mañana y me encuentro en mi cocina preparándome el desayuno cuando me llama mamá. Me comenta lo típico que dicen las madres por teléfono. Me cuenta que mis hermanos están de maravilla y que Leire parece más feliz en el barrio que en casa; que se quedan unos días más, ya que los tres retoños tienen el cumpleaños de una amiga y que ella, a sus pollos, no les dice que no a nada. Las burradas y lo mamá gallina que es mi madre me hacen sonreír a pesar de que tengo una tristeza inmensa por mi coche.

Le cuento a mi madre lo de Lolita y hasta a ella le da muchísima pena.

—Ainssss, mi polluela. No te preocupes, cielo, verás que le ponen lo que le falta y en nada ya estás otra vez con Loli. Tú no te preocupes.

Mamá y su consuelo. Siempre diré que, como el consuelo y las palabras de una madre, no hay nada. Ellas te quitan las penas y hasta los dolores.

La conversación con mi madre la interrumpo cuando llega Sergio, que llama a mi puerta. Intento pasar de él, devolvérsela, hacerle lo mismo que él me había hecho, pero no soy capaz.

Salgo al porche a hablar con él. Le reprocho que me ha decepcionado, que no lo entiendo y que, como amigo, me había hecho mucho daño.

Él se disculpa de veinte mil formas. Me cuenta que tiene una buena explicación para todo, pero yo no lo he querido escuchar; me dice que me quiere, que ha vuelto por mí, porque sin mí no es capaz de estar. Pero que tiene que sincerarse conmigo, que tiene algo dentro que lo está matando y que no puede más. Me pide una oportunidad y que abra la mente más que nuca, que lo que tiene que contarme, no es nada fácil, y espera que sea capaz de entenderlo.

Sus palabras son como vomitadas por su boca. Habla rápido y sin pensar. Quedamos para comer en el centro, en La Santa, sobre las dos y media.

Me ducho, me arreglo e intento salir a hacer algo con mi vida. Todavía no son las doce, así que tengo tiempo para ir al taller a ver qué me dicen.

Me dirijo a la garita de Alexis a decirle que necesito salir cuando veo entrar un Range Rover Evoque blanco reluciente, con un lazo verde de lunares blanco

enorme. Abro mis ojos y me quedo paralizada cuando veo a David dentro.

—No, no puede ser... —digo para mí misma mientras me acerco al coche. David baja la ventana y me sonrío. Lleva puestas unas gafas Ray-Ban negras de

aviador, pero, aun así, puedo ver sus ojos.

—David, ¿es para mí?

—Claro que sí —responde orgulloso.

—Pero ¿cómo puede ser que...? —Limpio una lagrimita que se me escapa del ojo—

. Pero ¿cómo puede ser que lo hayas podido comprar hoy sábado? ¿Y la matriculación?, ¿y...?

—No te enfades, ¿vale? —Tuerzo mi boca y pongo mis brazos en jarras. —No sé, no sé... —le digo risueña.

—No te enfades, pero hace mucho que lo tengo escondido. —Abro mi boca por la sorpresa.

—¿Desde cuándo? —le pregunto mientras él se baja—. Dios, qué guapo estás... Me mira con cara de sorpresa.

—Gracias, tú también estás muy guapa. —Lleva puesto un tejano oscuro con una

camiseta camel y unas bambas sport—. Lo tengo desde la primera semana que llegaste. —¿De verdad? Me quedo muerta. Muerta, *moría*. —Eso le hace gracia.

—¿Damos una vueltecita? —me pregunta juguetón.

No le doy tiempo a decir nada cuando ya estoy sentada al volante.

—¿Cómo sabías que este coche me encantaba? ¿Eh, eh, eh...? —me pongo algo cansina hasta que me responde.

Me mira las piernas, me mira de arriba abajo y vuelve a mirarme las piernas. No responde ni dice nada, solo me mira.

—¡David! —lo llamo con un grito seco—. Espabila, nene, coño. —Le chasqueo los

dedos en la cara y él mueve la cabeza de lado a lado muy rápido, intentando despejar la mente.

—Esto... ¿Qué?

—¡Pero bueno! —me quejo molesta—. ¿Que cómo sabías que este me gustaba?

—No, no lo sé. Lo compré porque era el que más me gustaba para ti. —Ah... —Aplaudo y, sin darme cuenta, lo abrazo y lo beso en la cara muchas veces. Dios, ¡cómo me gusta besar a este hombre! Lo noto tenso e incómodo. Y, entonces,

recuerdo que me pidió que no lo tocara. Lo suelto al instante y me recompongo en mi sitio.

—Tranquila —me dice él intentando quitarle importancia al asunto.

«Recuerda: no os queréis, él te odia. Jamás nadie como tú».

—Jamás nadie como tú... —Esa frase sale de mi boca en forma de susurro, aunque

David hace como que no ha escuchado nada.

—Sofía, ¿quieres que vayamos a comer?

—Sí, claro, me encantaría.

—Perfecto, así podremos hablar de asuntos de trabajo.

La verdad es que me sorprende muchísimo que, en un momento tan bonito, suelte esas

cosas, pero no voy a llevarle la contraria. No me quiere, le fallé y ya nunca podremos

estar como en su día tuvimos la oportunidad. En fin, lo estropeó él primero. —

Vale —contesto muy escueta. Vuelvo a ver cómo mira mis piernas. Al ver que lo he vuelto a pillar, se aprieta las sienes con una mano.

—Dame tu móvil para que te lo configure con el coche, bluetooth y demás. — No digo

nada y se lo doy—. Tienes una llamada de Sergio —dice mientras lo trastea. —

Ah... es verdad. —Me muerdo el labio y apoyo las manos sobre mis piernas, me las acaricio y veo como él sigue mis movimientos.

—¿Ahora qué pasa?

—Ha venido esta mañana a verme y me ha dicho que tiene que hablar conmigo, tiene

que confesarme una cosa. Hemos quedado para comer.

—Vale, alto y claro, ya comeremos otro día. Ahora, prueba tu coche —intenta parecer

calmado, pero eso le ha sentado fatal.

—Vale.

—Me sorprendió muchísimo que alquilaras este coche en Ibiza. —Al decir Ibiza, el

gesto de la cara se le endurece algo más.

Pongo el coche en marcha y sin rumbo fijo en un principio. Me siento mal, me siento

infidel, infidel a mi Lola; así que voy directa al taller a ver cómo está.

—Vamos a mirar el coche... —dice rotundo al ver por dónde voy. Asiento. Le suena el teléfono, lo mira y lo veo dudar. Por su rostro se cruza una expresión

dura.

«¿Quién será?».

—Hola, Silvia —dice el muy cabrito. Yo aprieto mis manos contra el volante y piso

un poco más el acelerador—. Pues sí, mira, estoy libre. Se me acaba de cancelar la comida

de trabajo que tenía.

«Maldito... ¡Te odio!». Él habla, pero yo le voy diciendo mentalmente todos los insultos que se me pasan por la cabeza. «Cabrito, parguela, odioso...».

—Sí, claro que sí. Me apetece muchísimo.

Mientras habla con esa, se pone muy cómodo en el asiento del coche, se acaricia el

pelo y hasta sonrío. Menos mal que lo conozco y sé que esa sonrisa no es sincera, es solo

por tocarme a mí la peineta. Punto para el cabrito. Me ha tocado la peineta, el moño y

hasta los pendientes de coral.

Habla y habla como si fuera tonto.

—Perdona, David —lo interrumpo—, ¿tienes quince años?

Se incorpora de un salto en el asiento y se pone serio. Tapa el teléfono con una mano

y me mira.

—¿Qué?

—¿Que si tienes quince años?

—No, a la vista está. —Se mira el paquete de la forma más borde que puede. «Ay, ay, ay... Que te como, pollito».

—Pues parece que seas un niñato y te vayas a sacar la chorra aquí mismo y a cascártela. ¿Qué es, una putilla? —Digo hirientemente y con una sonrisa maléfica en mi

rostro.

—Ahora te llamo. Perdona, cielo, dame unos minutos.—Cuelga el teléfono y me mira—. ¡¿Qué narices te pasa a ti?!

—¡¿Que qué me pasa?!—digo histérica.

—Si, dímelo.

—Nada, nada en absoluto, idiota.

—Maleducada.

— Ególatra, repelentoso... ¡AAHH! —grito como las locas. Veo que hay un

aparcamiento grande y hermoso y no lo pienso, entro en él de cara y tiro del freno de mano.

—No sabes ni lo que es, ridícula. ¿Qué haces?—dice apoyándose en el salpicadero al ver como aparco.

—Sí sé lo que es —vuelvo a gritar fuera de mí.

—¿Sí? Permíteme que lo dude, bonita.

—Que te lames tu propio cipote, que te quieres demasiado. —Abre los ojos. — ¡Sofía! —Grita fuera de sí y pierde los nervios—. Cuida esa puta boca. La palabrota en su boca suena más fuerte de lo que es y me da la risa. —¡Loca! Eres una loca de los cojones. —No doy crédito a lo que sale por esa boquita

de piñón.

—¡Sí, soy una puta loca! —Me mira sin entender—. Soy una puta loca enamorada de

un jodido chalado. —Eso lo pilla por sorpresa—. Y tú eres un ególatra que intenta darme

celos con una sin sal de mierda. ¡La odio, la odiooooo! Ojalá te pegue algo y se te caiga la

chorra a trozos.

—¡Vale ya! —exclama con una mezcla de enfado, sorpresa, alegría y más cosas que

no sabría descifrar.

—No quiero. Esta conversación de besugos me gusta, eres tú sin tu puta mascara. Eres

tú, joder, ¿no lo ves?

—¡Que me dejes! —Intenta bajar del coche, pero cierro las puertas.

—¡Me cago en la madre que me parió, David!

Se me cruzan los cables al ver cómo me mira cuando le impido bajarse y le tiro del

pelo. Agarro fuerte su pelo y lo traigo hacia a mí. Esa reacción mía lo pilla totalmente

desprevenido, así que no me cuesta nada. Tiro muy fuerte de su pelo y planto su cara

delante de la mía. No lo pienso y lo beso. Lo beso con ganas, con fuerza. Suelto su pelo

y lo abrazo, lo estrecho contra mí.

Al principio, intenta soltarse, apartarse, pero no puede. Mis manos son más

rápidas

que él. Y, por fin, siento sus manos en mis caderas, me aprietan, y su lengua entra en mi

boca y busca la mía con la misma desesperación que tengo yo por él. Abro los ojos, lo

miro y continúo con el beso.

Se coloca en su asiento y me lleva a mí con él. Estoy encima de él. Mis manos juegan

con su pelo mientras lo beso con un desespero que no puedo remediar.

Una vez nuestros cuerpos y bocas se sacian, cortamos el beso. Nuestras respiraciones

están aceleradas. Nos deseamos más que nos odiamos, pero ninguno dice nada.

Me coloco en mi asiento, reanudo la marcha y me incorporo al tráfico. Una vez llegamos al taller me coge de la mano antes de bajarnos del coche. —

Escúchame, escúchame bien, Sofía. Esta vez va a ser la última vez que diga esto.

—No, no digas que no me quieres —digo a punto de romperme.

—No es eso. Te quiero más que a mí, pero no por eso voy a dejar que me pisotees

más —digo que no con la cabeza, muy seria.

—Yo también. —Me falta el aire.

—No voy a pasarte ninguna más. No quiero que me hagas más daño, y yo tampoco te

lo voy hacer a ti. Vamos a llevarnos bien, ¿vale?

—Sí.

Los informes del taller son lo que me esperaba. Junta de culata. Mi Lola no tiene arreglo. Además de eso, le fallan bastantes cosillas más. David pide que nos la lleven a casa, que ya veríamos nosotros lo que hacíamos con ella.

Con todo el dolor de mi corazón, le permito que se haga cargo de la situación.

Y, poco después, me pide que lo deje en un restaurante muy conocido. Desde lejos, reconozco a esa tal Silvia.

—Shhh... —llamo a David y le hago un gesto con el dedo índice pidiéndole que se acerque a mí.

Se asoma a mi ventanilla, apoya sus brazos sobre el coche y sube las cejas repetidamente, en un gesto de estos de «verás por dónde sale».

—Acércate, nene. Vigila bien o esa rubia de bote se va a comer todas mis babas.

—Qué malhablada llegas a ser... —me reprende, pero se le escapa la risa.

Veo que ella nos mira fijamente y aprovecho para sorprenderlos a los dos con un lengüetazo en su preciosa boca.

Asiente con su cabeza y se ríe; no se limpia, sino que tira de mi cabeza para besarme.

—Uffff... Sofía —se lamenta—. Estamos muy locos. Nos matamos.

—Puede ser, pero te tengo en el bote. —Le guiño un ojo y me voy.

Al llegar a La Santa, Sergio está sentado en una de las mesas de la terraza y todas las miradas de las mujeres están puestas en él. La verdad es que es muy guapo, y más con esas pintas de macarra que tiene. Pero yo ya no lo veo igual. Para mí, ya no es Sergio el hombre, sino el amigo, el confidente.

Le sonrío al ver que llama mi atención con la mano. Lo beso en la cara, como tantísimas veces he hecho antes de que pasara nada, y solamente siento la amistad y la hermandad que nos unió.

En estos momentos, me siento liberada, a gusto, y puedo sacarme la losa que tanto me pesaba en mi interior. No lo amo a él. Siempre he amado al mismo, siempre he amado a David. Pero las circunstancias me hicieron pensar lo contrario. Las circunstancias o las situaciones, mis malas reacciones... supongo.

—De verdad que estás muy guapo, hijo. —Lo despeino cariñosamente. —Tú también, princesa. Vamos a pedir.

—Te noto angustiado. ¿Tan grave es?

—Sí, es bastante grave. Quiero que lo sepas por mí, Sofi, y que, decidas lo que

decidas, quiero que sepas que siempre te voy a querer, aunque tú jamás me perdones. —Me estás asustando, de verdad. Dímelo ya.

—Vamos a pedir primero. Deja que me relaje, ¿vale?

Después de malcomer, porque ninguno comemos bien —no porque la comida esté

mala o que no nos guste, si no por los nervios—, nos pedimos algo de beber para intentar calmar el ambiente.

Después de dos copas de vino, él, y unos tintos de verano, yo, por fin suelta la bomba.

—Me he preparado este discurso durante mucho tiempo, pero ahora, no me acuerdo, así que intentare contarlo como salga. Espero que no me malinterpretes, que esperes a que acabe de contártelo todo y me preguntes lo que necesites saber. —Los nervios lo están matando, un sudor cubre su frente y tiene un tic

nervioso en una de las piernas.

Alargo mi mano y cojo la suya.

—Vamos, dímelo. Soy yo, tu amiga.

—Hace más de cuatro años que estoy con una chica. Es mi novia. —Me sorprendo al escuchar sus palabras, pero no le suelto la mano—. Teníamos altos y bajos, una relación tormentosa. En fin, ya sabes que viajo mucho por motivos laborales, ya sabes mi vida. — Yo lo escucho sin decir nada. Sé que es muy fuerte lo que me está contando, pero realmente ya no me importa lo que haya hecho en el pasado—. Así que... bueno, más o menos, lo llevaba bien.

»Después, apareciste tú en mi vida. Intenté verte como una amiga nada más, pero no sirvió para nada. Te amo como jamás en mi vida he amado a nadie. Me volví loco desde que te vi.

Sigo escuchándolo tranquila. En realidad, me siento un poco mal por no estar reaccionando de otra manera. Quizás hace unos días hubiera reaccionado de otra manera totalmente diferente, hubiera entrado en cólera, le hubiera liado la de San Quintín y después lo hubiera, perdonado porque es mi amigo.

—Así que mis viajes cada vez se alargaban más. Empezaron las peleas, y en el último viaje, la dejé, le dije que me había enamorado y que no podía seguir con lo nuestro. Fue cuando volví para el cumpleaños de Leire. Entonces, me enteré de lo tuyo con David. Mis reacciones a veces no son como deberían ser, y cuando vi que pasasteis la noche juntos en Ibiza, me volví loco y fui a buscarla. Ella me sorprendió contándome que estaba embarazada de casi dos meses — abro mucho los ojos, sorprendida, pero enseguida una sonrisa se esboza en mi cara—. Que no pensaba decirme nada por la forma en que la dejé. Me disculpé e intenté arreglar las cosas, Sofía. Intenté quererla como te quiero a ti, amarla. Pero no... no soy capaz. Solamente puedo sentir esto por una mujer, y esa eres tú.

—Sergio, por Dios... —Aprieto su mano para indicarle mi apoyo—. No sé qué decir. —O quizá sí, pero yo también había tomado mi decisión. Quería estar con David.

—No digas nada, déjame terminar. He intentado olvidarte, quererla a ella, pero todos mis esfuerzos han sido en vano. Hace un par de semanas, conocí a una mujer. Ella venía a buscarme para venderme los coches de su difunto marido, un coleccionista de coches antiguos. La mujer era muy intuitiva y me dijo que en el amor me iría muy mal, que más valía ponerse una vez rojo que cientos colorado, que dijera la verdad. —Me da un pequeño escalofrío al escuchar esa parte de la historia—. Me confesé con ella como lo estoy haciendo ahora contigo y, poniendo en práctica sus consejos, hablé con Siri y le dije que quería a ese bebé, pero no a ella; que me haría responsable de todo, no por obligación, sino porque

quería a ese bebé, pero que lo nuestro no podía continuar. Ella me confesó que tampoco me quería ya, que lo había hecho durante muchísimo tiempo, que ya era tarde para nosotros, pero que teníamos un bebe en camino.

»Así que, esa parte, ahora, está como tiene que estar. Estoy feliz de poder tener una vida normal, poderme hacer cargo de mi bebé y tener una buena relación con su madre, que los dos podamos hacer nuestras vidas y compartir lo más bonito que tenemos. Así que, Sofi, solo quedas tú.

»Conforme me confieso, y cuento mis problemas, me siento mejor. Joder, ¡qué bien sienta esto! Ahora, te pido que me digas si me quieres, si estás enamorada de mí y si me perdonas. Quiero que tú también digas lo que sientes, porque, Sofía, si me perdonas, te juro que jamás volveré a fallarte. Te amo desde que te vi por primera vez, princesa.

Lo cierto es que no me cuesta nada decirle la verdad a Sergio, ya lo veo solamente como mi amigo, así que soy sincera.

—No, Sergio, no te quiero, no te amo. Estoy enamorada de tu hermano. Enamorada como en mi vida he estado. Lo siento muchísimo, de verdad... Quiero tenerte en mi vida, quiero tenerte en mis días, quiero que seamos amigos como siempre. No te quiero perder. Pero solamente amistad —Esas palabras le hacen daño, pero es mejor decir la verdad ahora—. Me alegro muchísimo de que vayas a ser papá. Sé que serás un padre maravilloso y yo, una súper tía mola. —Eso le provoca una risotada—. Pero tenemos que ser amigos.

—Está bien, pequeña. No era lo que esperaba, pero te entiendo. No podemos elegir de quién nos enamoramos, ¿verdad? —Niago con la cabeza.

—No, no podemos.

—Dime la verdad, princesa. Si pudieras elegir, ¿me elegirías a mí? —Estallo en carcajadas. Ese era mi amigo; con dolor en sus ojos, pero mi amigo.

—Siempre, eso ya lo sabes. —Lo abrazo—. Te quiero, pequeño. Y me gustaría pedirte un favor.

—Lo que sea. Lo que tú quieras, Sofi.

—Quiero que vayas a hablar con tu hermano esta noche. Quiero que hagáis las paces de una vez, que os digáis todo lo que sentís e intentéis arreglar las cosas entre vosotros.

—Lo que me pides es muy difícil, por todo lo que nos ha pasado y porque la mujer que amo lo ama a él.

—Hazlo por mí. Necesitamos cerrar todas las heridas para poder avanzar, Sergio. Si no, no seremos almas libres ninguno de los tres.

—Está bien. Lo hare por ti, por mí y por él. Quiero una vida nueva.

### **33. El silencio tiene su propio lenguaje.**

Me despierto en mi habitación, envuelta entre mis sábanas blancas de trescientos hilos. Miro mis pies morenitos con mis uñas pintadas de rojo y sonrío al percibir en mí el sentimiento de armonía conmigo misma. Desde hace mucho tiempo, tengo esta sensación de tranquilidad al despertarme, siento paz en mi interior y sé que ahora sí que estoy haciendo bien las cosas.

Me levanto desnuda. «Y sola». Puñetero subconsciente el mío ... Me envuelvo en mi bata blanca de satén y salgo a la terraza a contemplar las vistas. Mis Pitiusas. Se han convertido en mi vida, estas islas me han devuelto una parte perdida de mí.

Cada vez que las contemplo, me doy cuenta de que mudarme a mi casa en Ibiza ha sido la mejor decisión que he tomado.

Antes de darme cuenta, María toca a mi puerta. María es el ama de llaves de la antigua casa de mi padre, en la que me encuentro ahora mismo y que es completamente mía.

—Pasa—respondo con cariño a sus dos golpecitos en la puerta.

— Buenos días, mi niña.—Camina hasta la terraza y deja la bandeja con el desayuno—. Quiero que te lo comas todo.—Sonríe—. Y, de verdad, Sofía, hija, qué ganas tengo de que estés de vacaciones; necesitas tiempo libre, salir y disfrutar. Eres muy joven para pasarte el día estudiando como si fueras una ratita de laboratorio.

La escucho mientras devoro su tarta de queso Flaó; es muy típica en Ibiza, pero es que ella la hace mejor que nadie.

— Solo me quedan unos días, María, estate tranquila.—Desde que la llamé y avisé de que me mudaba, ahora ya hace cerca de dos años, me ha cuidado y mimado como una madre. Se ha ganado un respeto y un cariño dignos de ese nombre.

— Has conseguido tus propósitos, has conseguido todo lo que querías y has sacrificado tu vida estos dos últimos años. Todos estamos muy orgullosos de ti. En especial, yo. Todavía recuerdo el día que entraste por esa puerta.—Lo dice con los ojos llorosos—. Venías a trocitos, a cachitos chiquititos. Y mírate ahora, ¡qué gran mujer, con tus estudios! —Sonrío al escucharla.

—Sí, tienes razón, María. Gracias por ayudarme, quererme y mimarme.

—No lo tienes que agradecer. Lo hago porque te quiero, y, como te quiero, me

gustaría verte bien, verte feliz.

—Si lo soy...

— Lo sé, pero tienes que vivir, viajar, disfrutar. Te lo mereces, después de estos dos años. Ahora, no pretendas irte a trabajar, no pretendas entrar como una leona en esos mundos para los que te has preparado y dejes que te consuman como lo hicieron con tu padre.

— Eso no va a pasar. Además, no pienso abandonar la isla. No pienso irme a Marbella, ni mucho menos a Madrid. Iré y vendré según lo demande el trabajo. Mi madre y hermanos pueden seguir viniendo a verme, y al revés.

—Entonces, ¿piensas ir a Marbella, a la casa grande?—dice con retintín y con una sorna que se las trae.

—Sí—respondo segura—. Ahora sí.

—Vale. Si quieres, voy yo contigo y... —Eso me hace reír. Le sirvo un vaso de zumo de naranja.

— Bebe—digo mientras acaricio su mano— No te preocupes, estoy fuerte, segura y muy tranquila. Ya no siento las cosas que sentía, ya no siento el amor o desamor. Estoy totalmente rehabilitada.

Después de la charla con María, me doy una ducha y me preparo para las clases de yoga.

Hoy es sábado, y solo de pensar que el miércoles voy a Marbella, siento un nudo en el estómago, nervios y felicidad por poder volver a ir, por ver a mis hermanos. Antes de entrar a la clase, recibo un mail de Sergio. Es una fotito de él con su pequeña Cloe. Es tan bonita y morena como él.

Sergio ha sido el único de los dos con el que no he perdido el contacto. Me avisa de que el viernes próximo, dos días después de mi llegada a Málaga, llegara él con Cloe, y que quiere aprovechar para verme. Le contesto rápidamente y entro en la clase.

El fin de semana pasa volando, y lunes y martes, igualmente. Cuando quiero darme cuenta, ya estoy en el aeropuerto de Ibiza cargada de maletas.

No aviso a nadie de mi llegada. En el mismo aeropuerto, cojo un taxi que me lleva hasta la casa. Nada más ver la verja de hierro, tiemblo como la primera vez que puse los pies en ella.

Salen mamá y mis hermanos a recibirme. Tanto los gemelos como Leire se abalanzan sobre mí, y después mamá. Y, bueno, ya conocéis a la Pepi...

Encuentro la casa muy cambiada. Mamá la ha decorado entera y la verdad es que está preciosa.

Leire y los demás me miran de arriba abajo, aunque no sé si contentos o no, no logro ver en sus caras lo que sienten.

Me dirijo con ellos hacia mi casita de la piscina. Mamá se enfada porque no me quiero quedar en la casa grande con ella, pero no le queda otra que aceptar.

Una vez consigo dejar todas mis cosas, les doy los regalos a mis hermanos, momento en que la Pepi decide someterme a un tercer grado. La observo y la encuentro igual que siempre, preciosa.

—Sofi, ¿cómo estás, hija?—preocupada y un tanto tristonza, me pregunta bajito.

—Estoy muy bien, mamá. Estoy de fábula, de verdad.

— Es que te encuentro tan cambiada, tan mujer, tan perfecta... —Sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos—. Ahora hablas tan bien, con un vocabulario tan sofisticado. Me siento...

—Mamá, soy la misma de siempre, pero algo más madura.

—Hija, es que no entiendo por qué te fuiste así. Por qué, de la noche a la mañana, y por qué has estado dos años sin querer venir.

—Lo siento... — No se me ocurre nada más que decirle a mi madre—. Mamá, necesitaba tiempo, todo esto... —Abro mis brazos e intento abarcar todo lo que puedo en ellos—. Todo esto me sobrepasó. Después, Sergio y su hermano...

—¿Todavía no eres capaz de decir su nombre?

—Sí lo soy, mami, lo que pasa es que no quiero. Me hizo muchísimo daño.

—Yo no sé bien lo que pasó, solo sé que él os hizo daño a los dos, porque él también lo ha pasado muy mal.

—Me da igual, no quiero saber nada de él. Esta noche, cuando nos dejen los enanos, hablamos más tranquilas, ¿vale?

Parece que mi madre se queda más tranquila al saber que hablaremos a la noche. Parece que le reconforta, y yo sé que se merece todas las explicaciones, ya que la dejé al frente de todo y me fui. No es que me fuera por ahí a vivir la vida loca, solamente me fui a estudiar y dedicarme tiempo a mí misma. Y, gracias a eso, soy quien soy ahora mismo. He tomado las riendas de mi vida y sé

perfectamente lo que quiero.

La paz no dura mucho, ya que no me dejan parar ni un segundo; salidas a la playa, a comer, de paseos, de tiendas... Mi familia no me da ni un minuto de respiro y eso me encanta. Los días pasan volando, más de lo que me gustaría.

Sergio me avisa para vernos y quedar a comer. Lo cierto es que me muero de ganas de verlos a él y a su pequeña.

Mientras hablo con él por teléfono, en la piscina de la casa, veo aparecer a mi hermano Felipe, que el pobre ha hecho, como en otras ocasiones, seis guardias seguidas para poder tener quince días de fiesta. Y por fin está aquí...

Bueno, está y no está, ya que, después de los besos y achuchones, se va directamente a la cama.

Sobre las siete de la tarde, aparece otra vez. Mamá está en el centro con unas amigas y los demás por ahí, supongo que en la playa, así que estamos solos los dos.

Lo veo venir en mi dirección y dejo el libro en la mesita. Se sienta a mi lado y sonrío.

—Hermanita, estás guapísima.

—Tete, no hagas el panolis. Tú me has visto todos los meses, todas tus guardias las has pasado conmigo.

—Sí, pero es verdad, estás más guapa que nunca. Me alegra muchísimo verte tan bien.

—Te ha recogido él en el aeropuerto, ¿verdad?—Mi hermano aprieta el entrecejo.

—Sí, me ha traído él.

—Me lo imaginaba... ¿Está bien?

— Supongo que sí. Aver... está bien dentro de lo que se puede, claro está. Él está algo nervioso por tu llegada, no se lo esperaba. Supongo que será normal, Sofia. ¿Tú estás bien?—Me mira preocupado—. Dime, ¿estás bien del todo?, ¿te ves capaz de verlo?

—Claro que sí.

—Bueno, pues ya os encontraréis. Que Dios nos pille *confesaos*—dice llevándose las manos a la cabeza. Está sentado a mi lado con una sonrisita de pillín en la cara.

—Esa sonrisa tiene nombre, ¿verdad?

—Sí. Valeria. —Se relame los labios.

—¡Cerdo!

—Que no, *monguer*, que no es por eso. Es que me encanta decir Valeria, el nombre es tan... no sé, es como miel. —La cara de cachorro lo dice todo.

—Valeria, Susana, Bea, Laura, María, Lola, Marta, Claudia... —Empiezo a relatar los nombres femeninos de sus ex novias.

—No... ¡Que no! Que esta vez, es diferente, joder. —Se queja como los niños pequeños. —Ella... ella es especial.

—Déjame adivinar. —Me toco la barbilla con mi dedo índice y mi cara pensativa unos segundos—. ¡Ya se!, ¡tiene dos vaginas!—Mi hermano se troncha de la risa.

—Pues no sabría decirte.

—No?—digo extrañada.

—No.

—Ahhh... Esta se te resiste.

—Joder, y tanto.

—Entonces, me gusta.

—Cruel.

—Faldero.

Una serie de pipos cariños que nos dedicamos mi hermano y yo.

—Tengo una idea.

—Ilumínate—digo, elevando mis manos al cielo—. Ilumina a los mundanos con tu sabiduría.

—Lo primero, date una duchita, que hueles a humanidad—dice el cabrito con la sonrisa de tonto—. Lo segundo, ponte guapa, que nos vamos de fiesta.

—¿Hola? ¿Eso qué es?—Mi hermano se troncha.

—Eso es que ya te toca mover el culo, espabilar y salir a disfrutar. Dos años como monja de clausura son bastantes.

— Ja, ja, ja—me rio sarcásticamente—. Eres un *capullaco*, pero vale. Y, que conste, no huelo a humanidad—digo eso olisqueándome a mí misma—. Bueno, lo mismo un poquito, pero porque me acabo de despertar de la siesta.

—Sí, sí... Lo que sea, pero dúchate. —Se tapa la boca y finge que huelo a vacuno.

Lo dejo por imposible, pero le obedezco. Me doy un baño de espuma relájate, con unas sales nuevas que compré en el mismo aeropuerto del Ritual.

El baño se me va de las manos y, cuando quiero dame cuenta, estoy arrugada como un higo; la música y las velas han hecho su función. Así que, después de tanto relax, no me queda otra cosa que correr.

Los constantes wasap de mi hermano diciéndome que voy tarde empeoran la situación y me retrasan más. Pero, aun así, me tomo mi tiempo para adecentarme. Como dice el dicho, más vale llegar tarde que fea.

Me pongo unos tejanos pitillos muy ceñidos de color claro, un top de tirantes finos negro push-up, de estos que te ponen los senos de una forma imposible, y una camisola negra y roja abierta, con media manga. Me decido por unos estiletos negros que me regaló Leire de la marca Louis Vuitton, monísimos, que me estilizan muchísimo.

Me doy color en la cara y lo remato con el *cool* negro y los labios rojo mate. Me dejo el pelo ondulado con las tenacillas, todo puesto sobre mi hombro derecho, y busco mi bolsito carpeta de mano. Mis pulseras y pendientes no fallan nunca y me dan el toque desenfadado que buscaba.

Tengo que decir que, aunque me haya decantado por estudiar los negocios de mi familia, los de moda los voy tanteando de vez en cuando.

Al salir de casa me encuentro con mi hermano mayor, que silba y me dice guapa en plan jocosos. Él va guapísimo, con sus pantalones tejanos rotos y una camiseta negra como sus bambas. La verdad es que este chico no necesita más. Me fijo en que lleva las pulseras y collar que le regalé y le dan un aspecto *rockero* alucinante.

—Cañón, cañón, hermanita.

—Tú también estás que te cagas, tete.—Nada más decírselo. se levanta la camiseta y se toca sus abdominales—. Cuando haces eso, ¿te tiran las bragas?

—Alguna descocada. —Me rio. Se las sabe todas...

—Bueno, ¿dónde me vas a llevar a cenar? Me apetece terracita y aire libre.

—Pues no sé. La verdad es que por aquí conozco sitios que están muy bien. Pero podemos ir a Puerto Banus, y después, ya salimos por ahí, ¿no?

Como me fio de él, lo dejo hacer. Mi hermano coge mi coche, el Evoque.

Pensar que el día que el innumerable me regalé este coche pensé que podríamos estar juntos, pensé que ya lo habíamos solucionado todo, pensé que... por fin. Pero después, no lo volví a ver, no supe nada de él en tres días y cuando por fin

conseguí que me respondiera a los mensajes, me dijo otra vez que me odiaba y que ya no me reirá más de él. Sin ninguna explicación más. Estuve dos semanas llorando por las esquinas y desconsolada. Sufrí lo insufrible.

La voz de mi hermano me saca de esos pensamientos tan tristes, que casi nunca me permito recordar.

—Sofi, deja pensar. Esta noche, estás conmigo, así que se acabó el pensar en David y demás.

—Sí, tete, tranquilo.

El restaurante se encuentra en el mismo puerto. Es todo blanco y ambientado al estilo marinero. Los típicos flotadores blancos están en la misma entrada, y un metre perfectamente vestido de negro nos recibe.

—Bienvenidos a La Habana Lounge. ¿Mesa para dos?—nos dice el hombre muy amablemente.

La verdad es que el sitio es precioso. Tanto julo me abrumba, y los cochazos de los jeques árabes en la puerta me hacen babear un poquillo.

Nos decidimos por una ensalada cesar y, de segundo, pescado, rosada a la plancha. Pero antes, mi hermano pide unos entrantes, pan de la casa embutido y unas gambas. Pide un vino blanco para acompañar y un agua fría con hielo.

La cena con mi hermano es una maravilla, como siempre. Nadie me comprende, escucha y machaca como él. Pero esta noche, ha sido diferente, ha sido de risas y de anécdotas. Le encanta mi nueva vida y cómo me ve ahora. Y yo, simplemente, estoy fascinada con él desde que nací.

A la espera de los succulentos postres, me levanto y me dirijo hacia el baño. El interior del restaurante es precioso. Conforme avanzo hacia su interior, algo dentro de mí me dice que me dé la vuelta, salga de ahí y no pare de caminar hasta llegar al coche.

Mi intuición no me falla y me doy cuenta de que unos ojos verdes me están inspeccionando. Bueno, solo me fijo en los verdes, que son los de David, no reparo en el resto de hombres que están con él en la mesa mirándome y comentado cosas. La actitud de él es tensa y parece enfadado, cosa muy típica en él. Está moreno, y esa camisa desabrochada blanca lo hace resaltar más. Al pasar por su lado, se pone en pie. Sus acompañantes nos miran.

—Encantado de verte, Sofía. —se acerca para darme dos besos, pero le tiendo la mano.

— Diría lo mismo, David, pero mentiría.—Lo saludo formalmente con el apretón de mano y mirándole a los ojos. Las clases de protocolo han tenido que servir para algo, a pesar de que me las pasé muy mucho por el forro.

—¿Nos presentas a tu amiga?—dice uno de sus amigos.

— A mí no me tiene que presentar nadie, querido. Dos, no soy su amiga, sino su jefa. Y tercero, me llamo Sofía—contesto con toda la sobriedad que puedo y me marcho hacia el baño con paso firme dejándolos a todos blanco; en especial a David, que seguramente se haya ofendido soberanamente por mi sola presencia.

Una vez dentro del baño, dejo salir los nervios. Me dan los picorcitos en el cuello y estoy a punto de ponerme a llorar. ¡Pero no! Esa es la antigua Sofía. Esta no llora, esta sonrío y levanta la cabeza.

Salgo del baño, y justo apoyado en la pica, está David con las piernas cruzadas, y me mira.

Paso por su lado y me lavo las manos sin percatarme de su presencia, dándole a entender que me importa lo más mínimo su actitud desafiante.

—Qué casualidad, ¿no?

—Cosas del destino—digo como si tal cosa.

—Llegaste el miércoles.

—Ajá. —Mi vena repelente se activa.

— No me vengas con juegucitos, Sofía, has tardado mucho en venir a buscarme, en venirme detrás. Supongo que tu entretenimiento en Marbella es amargarme la vida, pero esta vez, ya no va a poder ser. —Abro los ojos.

— Para nada, David. —Lo encaro mientras me seco las manos con una de las toallas—. Para nada. Estás muy equivocado. Ahora mismo, tengo las miras muy altas y tú no das el perfil. Eres muy poca cosa. Demasiado cobarde, ¿sabes?— digo con mucha maldad, más de la que tengo en realidad, mientras acaricio mis labios—. Yo soy más de hombres, de hombres de verdad; no solo en la cama, también en fuera de ella. No de niños traumatizados y desagradecidos. —Le tiro la toalla al pecho y salgo del baño en dirección a la mesa con mi hermano.

Veo que han servido los postres, helado y tarta de chocolate. Me siento con él y,

en menos de un segundo, está David al lado, y se queda parado al ver a mi hermano.

—¡Joder!—exclama mi hermano poniéndose nervioso—. ¿Qué haces tú aquí?—  
Se levanta y se dan un abrazo.

—Cenar con unos amigos.

Mi hermano nos mira nervioso a los dos. David y él hablan, mientras yo me centro en la tarta.

—Me he encontrado con tu hermana aquí y me ha parecido verte.

— *Meec*. ¡Error! Nos hemos encontrado, me ha dicho que pare de seguirlo y de molestarlo y le he dicho que no era así, que era poca cosa para mí. Y ahora venía detrás mío para liármela, tete, pero se ha encontrado contigo y por poco le da un ictus. —Lo suelto como si tal cosa mientras devoro el postre—. Toma. —Aparto una silla—. Siéntate si quieres, ahí de pie, pareces un pigmeo.

Mi hermano abre los ojos y David, entre dientes, dice una maldición.

—No, gracias, Sofía, me vuelvo a mi mesa.

Después de eso, habla un poco más con mi hermano y se va.

—Vaya papelón—dice Felipe, rascándose el cuello— Yo no tenía ni idea de que estuviera este por aquí.

—No pasa nada, tenía que ser y ya está.

Lo que queda de velada, mi hermano intenta normalizar la situación. Pero, a decir verdad, me he quedado la mar de a gusto al plantarle cara.

**David.**

No puede ser, la veo caminar hacia mí. Va preciosa. Tanto, que el corazón se me salta latidos. Hace cerca de dos años que no la veo y está tan cambiada y tan mujer que tira para atrás.

Desde el último día en que la besé, ese fatídico día en el que pensé que sí me quería de verdad, ese día en el que pensé que sí que podríamos estar juntos y ser felices, hasta que la volví a pillar con mi hermano, el que acababa de volver y solo con llamarla, la tenía a sus pies. El que la había engañado y dejado tirada, volvía como si tal cosa y ahí estaba ella, babeando por él.

Ese día fue el que decidí irme unos días a Londres y olvidarla. Y cuando volví, lo hice dispuesto a dejarle las cosas claras, pero me llevé la sorpresa, o el disgusto, de mi vida, aún no sé bien... pero la verdad es que me jodió mucho ver que había sido ella quien me había abandonado.

Se fue. Y para mi desesperación, nadie me decía dónde estaba. Su madre y sus hermanos evitaban hablarme. Solamente Leire me informaba de vez en cuando.

Sofía había cambiado la vida de las personas que la rodeaban, se lo había dado todo a ellos sin importarle nada. Esa actitud confiada y generosa hacía que me enamorara más de ella. ¡Maldita sea! A todos les había mejorado la vida. Incluso había cambiado a Leire; de ser una niña mal criada, altiva y borde, además de dañina, la había convertido en una persona dulce y había despertado su corazoncito; le había dado una gran familia, una magnífica madre, la Pepi, hermanos y un puñetero hogar. A mi hermano lo había cambiado hasta el punto de que había sido padre. A todos. Y a mí, me jodió la vida...

Se había ido a Ibiza a la casa de su padre, ahora suya, a estudiar con unos profesores particulares de todo tipo. Por lo que sé, hasta clases de protocolo, idiomas, informática, marketing y mil polladas más.

Eso fue lo que siempre quise para ella, que se formara. Siempre vi en ella mucho potencial para los negocios, como jefa y como mujer.

Y ahora, la tenía delante, cambiada, como si fuera un regalo de los dioses hacia mí.

Abro los ojos y la miro. Juro por mi vida que me tiraría al suelo a implorarle perdón. ¡Dios, qué preciosa está!

Me doy cuenta de que todos mis amigos la miran a alucinados. Cuando la tengo cerca, la saludo, y al escucharla hablar, me doy cuenta de que no es la tierna Sofía que me dejó hace unos años, sino una mujer con dos ovarios bien puestos.

Uno de mis amigos se pasa de listillo, pero ella lo pone en su sitio.

Altiva, reina, soberana. Recalcando: «Soy su jefa». Me la ha puesto muy, muy dura. Tanto, que aporrear puertas podría.

Nos suelta dos frescas y se va al baño de señoras. No sé si serán las dos copas de vino o qué, pero voy detrás de ella a devolvérselas, pero la muy... v uelva a vapulearme como un trapo viejo al decirme que soy poca cosa, un traumatizado y poco hombre.

¡Dios!, ¿qué he hecho yo para merecer esta tortura con ella? Sea como fuere, en este mundo no había sitio para los dos. No soportaba tenerla cerca, pero era peor tenerla lejos.

¡A tomar por culo! Pienso en salir de fiesta y en disfrutar, ya que ella me había

enseñado a disfrutar la vida.

### **34. La paciencia es la llave de la solución.**

Mi hermano se empeña en ir de copeo a unos de los locales de ambiente en Marbella. Según él, donde está la *crème de la crème*, y seguramente está la tal Valeria por ahí.

La discoteca-club es espectacular. A pie de playa y, cómo no, de lujo. Camas balinesas, chiringuitos repartidos entre los privados, todo blanco y de madera con una iluminación perfecta para cada estancia de la discoteca al aire libre. Nikki Beach. Está diseñado para el disfrute de la clase social alta.

La zona de copas tiene incluso incienso y velitas repartidos por todos lados. El sitio me gusta muchísimo. Un montón de DJ's armonizan la estancia. Menos en la pista central, que es más como «Alee, ¡que viva el amor!».

—Tete, esto parece *godoma y soborra*.—La cara de mi hermano es un poema.

—Será Sodoma y Gomorra, Sofía.

—¡Pues lo que he dicho! —digo al más puro estilo de la Pepi cuando se equivoca en algo.

Mi hermano pide un reservado para nosotros, pero antes de que nos lo den, se encuentra con unos amigos suyos de Marbella. «Pues sí que se está volviendo sociable», pienso para mí.

Parece que se hubiera criado aquí. Lo conoce todo Marbella. Y, sobre todo, las féminas que lo devoraban con la mirada. De entre todas, me fijo en una morena; preciosa, con los ojos azules y pelo rizado, y alta, como él, vestida de blanco, muy hippie; que me mira con algo de odio.

—Tete. Dime, ¿esa es Valeria?—Me acerco a él más de la cuenta, pegando mi cuerpo al suyo, y mi hermano me ve las intenciones.

—Sí, es ella. Pero ni puto caso me hace. —Tira de mí—. Vamos a pedir.

El camarero nos atiende enseguida. Yo me pido un bombón blanco con tequila y mi hermano, un ron con cola.

—Tete, no te hace caso, y es muy normal. —Mi hermano arquea las cejas.

—¿Perdona?

—Todas babean por ti, te salen a saludar como si fueran a morir, y todas están desando que les bajas las bragas.

—Sí, todas, menos ella.

—Exacto. Porque ella se valora como mujer y no busca ser una más en tu lista.

—Que no, que pasa de mi culo—dice al tiempo que la mira y bebe de su copa.

—Yo, si fuera ella, haría lo mismo.

—Bah...

—Tete, le gustas, pero no está dispuesta a ser una más en tu lista ni ser un polvo de una noche.

—Es que ella no lo es—dice serio y seguro.—. Ella me importa, no como las demás.

—Pues cúrratelo y no hagas el imbécil que, con un imbécil en la familia, hay bastante.

—¿La imbécil eres tú?

—Chi—digo sonriente.

—Ven. —vuelve a tirar de mí, pero esta vez, de la cintura—. Vamos a bailar. Voy a ligar con mi hermana—dice sonriendo.

—Tete, esto no está bonito, darle celos conmigo.

—Lo sé, pero mira cómo mira—dice orgulloso.

—Eres un capullo.

Bailo con él como si fuera una *guarrona*, y la pobre chica nos mira con una cara de perro que no es normal. Los hombres se acercan a ella, pero, con la mirada de una bruja, los despacha.

—Tete, es algo agresiva.

—Un poquito, sí, pero solo con los pesados. Y eso me gusta.

—Y a mí. —Perdonad, chicos. —Se escucha una voz masculina a nuestro lado

—. ¿Puedo bailar con ella?—dice David. «¡Me *cagüento!*!».

— Mejor que no—responde mi hermano—. David, tengamos la fiesta en paz. Mi hermana no te va a molestar ni se va acercar a ti, lo sé. Así que te pediría lo mismo por tu parte.

—Solo quiero bailar con ella.

Mi hermano me suelta y me pide unos minutos, pero me quedo a su lado, lo justito para escuchar lo que dice

—En serio, Felipe...

— Mira, escúchame. Es mi hermana y tú te has convertido en uno de mis mejores amigos. Te pido que la respetes como tal. Ella ya no te quiere y tú no la quieres. Haced como si nada.

—Vale, tío—Dice sin más—. ¿Otra copa? Tienes a Valeria a punto de saltarte encima.

—Pues que le salte a mi hermana—dice el cabrito de mi hermano, pasándole el brazo por encima a David.

—Estamos jodidos, ¿eh?

—Tú, más que yo. —Le responde riéndose.

Decido acercarme a Valeria, que está en los sofás con una amiga y con un cabreo monumental. No me parece bien que esté así por mi culpa.

—Hola. Valeria, ¿verdad?

—Sí. ¿Y tú?

—Yo, Sofia.

— ¿Qué quieres? ¿Ya te has cansado de bailar con mi amigo?—me contesta de un borde que me tira para atrás, pero me echo a reír—. ¿De qué te ríes?—Su tono es bastante agresivo.

— Me rio porque tienes a mi hermano loquito por ti. —Levanta una de sus perfectas cejas y suaviza el rostro—. Encantada, Valeria. Soy Sofía, la hermana de Felipe el capullo. —Ella abre la boca.

—¿Envserio?!—Asiento—. Es un cabr...

—Sí, puedes decirlo—digo mientras tomo un sorbito de mi delicioso bombón y oculto la sonrisita—. Un *cabronaco*. —Esa forma de llamarlo la hace reír.

—Joder, qué tonta soy, no sé cómo no me he dado cuenta. ¡Si tenéis la misma cara!

—No jodas, yo soy más mona y tengo menos pelo—Me rio por la situación tan cómica.

—Sí.—A ella también le parece cómica la situación—. No me ha dicho nada de que volvías.

—¿Te ha hablado de mí?—asiente con su cabeza sin dejar de mirarlo.

—Habla de ti, de todos vosotros.

—De mi familia, te refieres, ¿no?

—Sí. Me alegro de que estés aquí y estés bien.

—Te mantiene al corriente de todo, por lo que veo...

Resulta que Valeria es como me la había imaginado, una mujer hecha y derecha y con las cosas claras, que no quiere ser el juguete de nadie. Y la verdad es que las dos conectamos al instante, mientras mi hermano y David nos miran preocupados.

Mi hermano la había puesto al corriente de mi vida y de la de mi familia, y noto como ella ya nos tiene cariño a todos, pero que con mi hermano va con pies de plomo. Y no la culpo, porque es un cabrito con todas las letras. Pero conociendo a mi hermano, sé que de ella sí que está enamorado.

Valeria y yo vamos a bailar a la pista central al ritmo de la canción *Despacito*. Por más que quiera no mirar a David e ignorarlo, es imposible, no me quita sus ojos de encima.

Valeria y yo estamos a nuestro rollo, disfrutando de la noche e intentando no pensar en esos dos que nos vigilan como a sus presas. Mi hermano ya lleva unas cuantas copitas de más cuando se acerca bailando a nosotras; ella intenta resistirse, pero lo cierto es que está coladita por él y su cuerpo y su mente van por caminos diferentes. Así que, sin más, me encuentro en medio de la pista bailando sola.

David aprovecha para acercarse a mí, pero me doy la vuelta y bailo con uno de sus amigos, que me ofrece un trago de su copa. Intento por todos los medios no tener ningún contacto con David., pero parece que él los busca y provoca todo el rato.

—Voy a por un agua a la barra. Avisa a mi hermano.

Ya en la barra, me dirijo a un camarero.

—Perdona, ¿me pones un agua con hielo, por favor?

Antes de poder pagar, David está a mi lado y le da al chico un billete de veinte euros.

—Cóbrate—dice mirándome—. Sofia, ¿podemos ir a hablar tranquilos?

—No, pero gracias por el agua. —Con las mismas, me intento ir, pero me retiene de la muñeca.

—Por favor, solo quiero hablar contigo.

— Sí, e insultarme y decirme lo que se te venga en gana. Y paso, de verdad. Es que no me interesa nada de lo que tengas que decirme, David. ¿No te das cuenta de que ya no hay nada que rasca?

—¿Eso piensas? —Parece dolido con mi comentario.

—Sí, lo pienso. Pero, además, es la realidad, es lo que hay entre tú y yo: N-A-D-A. —Recalco todas las letras para que lo entienda bien.

—Pues yo creo que tenemos que hablar.

—Tú y yo solo hablamos de trabajo, y eso será esta semana en la reunión. ¿No te ha llegado la circular?

—¿Eh?—dice sin entender.

—Revisa tu correo o pásate por la empresa y te informarán. He venido para una reunión y poder daros información de los cambios, cierres y ventas que voy hacer.

—¿Cómo puede ser que no me hayas informado personalmente?

—Porque eres un trabajador más, David.

—Soy el albacea de tu padre.

— Sí, de mi padre muerto, pero no el mío. Y como comprobarás, me estoy haciendo cargo de todo lo que quería mi señor padre. Estoy al frente, yo mando, y tú eres un trabajador más. Si no te gusta, ya sabes... Y ahora, suéltame. Estoy de fiesta, quiero irme a bailar. El trabajo, en su horario.

Me suelta y vuelvo al círculo que habían formado los amigos de mi hermano y los de David. Bueno, todos son amigos y yo, la nueva.

Richi, un amigo de mi hermano la mar de simpático, se encarga de solucionarme la noche. Entre bailes, chistes y bromas, me hace olvidarme de todo.

Me dedico a bailar y disfrutar de la noche. Son las siete de la mañana cuando salimos del local.

—¡Madre mía, si es de día! Estoy sorprendida...

—Normal, pequeña. Dos años encerrada...

—Vete al peo—le contesto a mi hermano.

—Vamos, la noche es joven—grita uno de ellos.

—Sí, la noche, pero yo no. Me duelen los pies y quiero churros.

Marc, otro amigo de David, me coge en volandas.

—¿Te duelen los pies? Yo te llevo.

—Bájala ahora mismo—trueno la voz de David.

—¿Qué dices, loco?—le responde el otro.

—Sí, sí. Bájame, puedo caminar. —Me río.

Al llegar a casa, la cara de David al darle con la puerta en las narices me hace sentirme de maravilla.

Tres días después de la salida con mi hermano es la reunión en la sede central de las oficinas. Tengo muy bien preparado el discurso, los dossieres y hasta el conjunto que voy a ponerme. Lo tengo absolutamente todo preparado.

Me encuentro en el jardín desayunado y revisándolo todo una y otra vez, por eso

de matar el tiempo y los nervios. Mi madre se ha ido con Leire de compras y mis hermanos duermen todavía. Bueno, todos menos Felipe, que no ha venido a dormir.

Fue pensar en él y aparecer. Aparca la moto al lado de la casa grande. Mi sorpresa es ver que viene con Valeria. Me pongo en pie y la saludo con la mano. Los dos vienen en mi dirección. Ella va con un vestidito playero y un bolso de paja. Mi hermano me avisa que va a cambiarse y ella decide hacerme compañía un rato.

Me cuenta que, bueno... que están empezando algo muy bonito, pero que van despacio. Aunque se nota a leguas que están realmente enamorados. Me alegro por ellos, de todo corazón. Ojalá ellos encuentren el amor. Ese que muy pocas personas conocen el bueno, el de verdad.

Me encuentro en el ascensor de la empresa. Me miro en el espejo y casi no me reconozco; embutida en una falda de ejecutiva gris piedra de media caña, con una blusa blanca de tres cuartos con un escotazo de infarto; subida a mis zapatos de firma y mi maletín, con la melena rizada y maquillada ligeramente. El toque perfecto a mi look lo dan las gafas de pasta negras que llevo, ya que, tantas horas al ordenador y estudiando a mis ojos les han pasado factura.

Cuando por fin se abren las puertas, los nervios desaparecen y, como decía mi profesor Juan, ahora soy un tiburón financiero, no una llorona.

Con el grito interior de «a por ellos», entro sin llamar. Están todos sentados cómodamente en sus sillas de piel despreocupados. La sala de juntas es de madera, con unos ventanales muy grandes y una mesa de madera reluciente ovalada.

Todos en sus sitios y, al entrar yo como una tromba y con el ruido de mis zapatos — una auténtica *claker*— al son de mis pisadas, se hace un silencio sepulcral en la sala.

Solo se escucha el ruido de mis tacones y de la gente colocándose en la silla.

—Buenos días a todos—digo sin mirarlos y dirigiéndome a mi sitio.

Mientras hablo de las nuevas normas, de los nuevos cambios, de algún despido y alguna nueva incorporación, todos mantienen silencio.

Llamo a Ana, mi nueva secretaria, y ella les entrega los dossieres a todos. Todos asienten a lo que yo digo y, por supuesto, ¡que nadie me interrumpa ni me lleve

la contraria! David me mira sin dar crédito y, cuando Ana le entrega los dos dossieres, me mira preocupado.

— Bueno, vamos a hacer un receso de dos horas para comer. Son las dos. A las cuatro, estad todos aquí puntuales. —Con mi voz autoritaria, me despido y salgo del despacho igual que entré. Anna les informa de que se los estudien bien.

Como con ella en el restaurante de la esquina y algunos de los presentes en la reunión entran también el mismo restaurante que nosotras, e incluso creo que a alguno se le indigestará la comida, pero me da absolutamente igual. Las llamadas de David están desviadas al móvil de empresa de Ana y, la pobre no sabe qué hacer con tanta llamada.

El resto de la comida la pasamos hablando de trabajo, de los cambios y de que tendría que batallar con todos a la vuelta. Pero lo cierto es que me equivocaba. Todos acatan lo dicho en los documentos; alguno hasta me felicita por la gestión y por la cogida de riendas. Parecen contentos con los cambios. Uno a uno, van dejando sus dossieres firmados y saliendo de la sala. Para no variar su comportamiento, David se espera a ser el último.

Se pone delante de mí con su imponente cuerpo y le pide a Ana que salga y nos deje solos. Inmediatamente, ella me mira a mí, y él truena en la sala con su voz intimidatoria.

—No la mires a ella, todavía no he firmado y sigo siendo parte de la junta directiva, así que sal.

—Ana, tranquila, déjanos solos—le hablo con cariño y tranquilidad.

Una vez estamos los dos solos, cambio el semblante.

—¿No piensas firmar?—le pregunto directamente.

—No entiendo nada de esto.

—Pues está muy detallado y ninguno de tus compañeros ha puesto pega alguna, ¿tú sí?

Mi voz es firme y directa, hablo desde el sarcasmo y lo trato como si fuera tonto. Negaré haberlo ni siquiera pensado, pero esta situación me está gustando. «¡Chúpate esa, albacea!». Acto seguido, a mi mente viene la palabra Karma en grande y con luces de colores y me arrepentí al momento. Bueno, solo un poquito, pero eso solo lo sé yo.

—Este lo entiendo, pero este—dice al tiempo que lo deja caer delante de mis

narices—, ¿esto qué es, caridad?

—No, en absoluto.

—Pues entonces, tú dirás... —Se sienta en la silla de mi lado y se cruza de brazos—. Vamos, te escucho.

— No tengo ganas de gastar saliva, David. Está muy bien explicado. Pone que puedes renunciar a tu trabajo, despido procedente, y se te pagará todo lo que te corresponda. No tendrás que trabajar en algo que no te guste, no tendrás que ocuparte de estos negocios, porque para eso, estoy yo. Y como te informé en su día, el astillero no me interesa, es algo que no conozco, que no quiero, pero que a ti te encanta. Es tu sueño, y siempre lo has querido. El astillero será solo tuyo.

—No quiero que me regales nada.

—No es un regalo, te lo vendo. Me lo pagarás en los plazos indicados y por fin será tuyo. Te dedicarás a lo que quieres y no tendremos que vernos más.

—Esto no me exime de ser el albacea de la familia.

—Lo sé, pero como espero no morirme en muchos años, no hará falta que nos veamos.

—Soy el abogado y testafarro.

—Sí, sí, esas cosas las podremos solucionar a través de mails o de mi secretaria. Tú harás tu vida y yo, la mía.

—El precio del astillero es ridículo. Es mal venderlo. —Parece exasperado. No me entiende, o eso creo yo.

— Me parece que es un buen precio. Más bajo que en el mercado actual, pero que tu bien te mereces por la entrega en el trabajo de todos estos años y por los servicios prestados a mi familia. Te lo mereces.

—No me hables como si no me conocieras y fuera un trabajador normal. ¡Qué cojones, Sofia! ¡Soy yo!

—Efectivamente, porque eres tú, te lo dejo a ese precio. ¿Lo tomas o lo dejas?

—mi tono es calmado y sereno, pero por dentro me estoy muriendo.

— Siempre has sabido que era mi sueño, mi niña mimada. La mar, los barcos...

— Asiento con la cabeza, pero no digo nada—. Te quieres librar del astillero y de mí, es eso, ¿no?

— Sí, dos pájaros de un tiro. —Me pongo en pie y recojo mis cosas—. Tienes dos días para pensártelo. Cuando tengas una decisión tomada, avisa a Ana y ella

te dará la cita con el notario. Bueno, si es que aceptas esta oferta—digo al tiempo que salgo del despacho, dejándolo sentado tras de mí.

### **David.**

Ella sale por la puerta, tranquila y seria, con la confianza de una leona. No me quiere, solo piensa en librarse de mí. No me quiere en su vida, en su casa ni cerca de ella. Me aleja de todo. Se va dejándome desnudo por completo. Al salir por esa puerta y con sus últimas palabras, me invade un sentimiento de tristeza como jamás he tenido, una melancolía y una pena tan grandes que no puedo resistir las lágrimas.

Tengo el mismo vacío en mi interior que el día en que me quedé solo en este mundo.

Ella se va de mi vida de verdad, y yo soy incapaz de retenerla. Ya no queda nada entre nosotros, ya no existe el mañana ni la esperanza de volver a sentirla.

La amo desde el primer día en que la vi, pero ella ya se ha cansado de su juguete. Desde que cenó con mi hermano esa noche, la perdí. Pero después de dos años, todavía noto su ausencia dentro de mí. En estos dos años, he soñado con su regreso y con que ella intentaba recuperarme, porque era yo el dolido, el dejado y ultrajado. Pero no, ella ha vuelto echa toda una leona y con las ideas muy claras.

El corazón se me sale por la boca y las lágrimas no dejan de brotar de mis ojos. Noto cómo me desgarran por dentro el sentirme sin ella. Después de todo este tiempo, aún noto su conexión, la noto dentro. Pero me lo está arrancando sin piedad y de golpe.

Necesito tranquilizarme, recuperarme e irme a mi casa a llorar.

« Un momento... No es mi casa, es la suya». Mierda. En la puta calle estoy. Todo lo demás, la herencia que nos quedó a mí y a Sergio, está vendido o alquilado, ya que me jacté de que no quería nada, que por ley le pertenecía a él, y me empeñé en cobrar solamente la legítima parte de mi madre.

Salgo de las oficinas y me voy al hotel de un amigo. Al menos, estaré unos días allí hasta poder centrarme y saber qué hacer.

Aceptar su oferta... Es una magnífica oferta, a pesar de que es desvincularme de ella, alejarme y dejarla en paz. Es mi sueño hecho realidad.

Con su generosidad y bondad, me saca de su vida, entregándome mi sueño en bandeja. Además de una jocosa cantidad de dinero; que me pertenece, pero, siendo justos, podría haberme puteado la vida y no lo ha hecho, ha sido demasiado buena y demasiado bondadosa. Yo, con ella, no hubiera tenido piedad. Otra lección que me da.

Se va, pero con la cabeza alta y dejándome a los pies del betún como ser humano.

Lo he hecho siempre tan mal con ella ... La cagué tanto... Nunca la he escuchado ni le he dado la oportunidad de expresarse. Yo solo vi el rechazo y los desplantes, su carácter desenfadado. E intenté cambiarla, cosa que jamás tendría que haber hecho.

Me entretuve en joderla psicológicamente y en portarme como un energúmeno. Nunca le di la oportunidad de dejarla hacer, de darle confianza y ser ella misma. Siempre tuvo que aguantarme.

Con esos pensamientos, entro en el hotel y me alquilo una de las mejores habitaciones que hay. Creo que voy a emborracharme y a olvidarme de todo, aunque esa no sea la solución a los problemas.

Por suerte para mí, me arrepiento de eso en el mismo momento en que llamo a recepción y, en vez de pedir alcohol, pido que me suban un kit de deporte, que quiero ir al gimnasio.

Dos horas dándole al saco una buena paliza, una hora y media en la cinta de correr y otra hora de piscina me dejan exhausto y duermo a pierna suelta con toda la adrenalina del día quemada.

### **35. Vamos a la playa, calienta el sol.**

A las doce y cuarto de la mañana, ya estoy tumbada en Playa Nagüeles en una tumbona, con mi toalla de *mandalas* y una sombrilla muy cuqui de paja. Tengo una mesita al lado y me siento como una reina en esta playa. A mi parecer, es una de las mejores de Marbella; es espectacular. Por suerte para mí, hoy no está muy concurrida y prácticamente estoy en soledad. Hay gente, pero muy repartida por la arena. Eso es un alivio, ya que he venido a relajarme. En la mesita, dejo mis gafas de sol y un libro, una novela romántica con tintes de comedia. Le pido a uno de los camareros un tinto de verano con granizado y unas aceitunitas para

acompañar.

Me meto tanto en la historia del libro que me olvido de todo. Me rio con la protagonista, que no anda muy fina, y me identifico con ella. Voy a darle un sorbito al tinto cuando veo que no tengo nada que beber ni llevarme a la boca. Intento llamar la atención del camarero, pero nada. El sol me ciega y no veo cuando el camarero entra dentro del local, pero un chico lo alcanza y le señala en mi dirección. Gracias a Dios, porque la arena quema como los demonios.

Antes de que venga el camarero, tengo a David viniendo en mi dirección. Ha sido él el que ha llamado al camarero. «Joder, me sigue o algo».

—Hola, Sofía, no esperaba encontrarte aquí—dice sorprendido.

—Ya, bueno, el mundo es redondo, ¿no?—Me vuelvo a tumbar en mi hamaca—. ¿Qué haces aquí?

— Venía a relajarme, a tomar el sol, a meditar tu oferta y, bueno, a flagelarme un poco más por lo idiota que he sido.—Su tono de derrota y verlo tan decaído me hace alarmarme—. No te molesto, Sofía, voy a dar una vuelta y a buscar un rincón para mí— dice con la sonrisa más triste que le he visto en mi vida.

— David—lo llamo antes de que se aleje—. ¿Te apetece quedarte aquí y que comamos juntos? Podemos hablar de la oferta y de lo que veas conveniente. Negociar. — Mi proposición lo pilla desprevenido—. Si no quieres, no. No quiero que me malinterpretes, solo quiero que podamos charlar como dos personas civilizadas y cerrar un trato; no importa que estemos en la playa. Ni mucho menos pretendo jugar contigo ni nada de eso.

—Lo sé, créeme. Pero no quiero molestarte.

—No lo haces, te lo he ofrecido yo. Pero, te repito que, si no quieres, no pasa nada.

—Sí que quiero.

Veo que se saca la toalla del cuello y la extiende justo en la hamaca de al lado. Me pide que, si no me importa, le guarde las llaves, el móvil y la cartera en el bolso. Después se quita la camiseta. «Dios de mi vida...», pienso al verlo. David, en cueros..., es un espectáculo. Entonces, me doy cuenta de que yo no llevo puesta la parte de arriba y me dan los cinco minutos; pero ya es tarde para hacer nada, ya me ha visto...

Lo miro de reojo. Está guapísimo con su bañador corto negro, igual que la toalla.

Este hombre es parco en colores. Se deja puestas las gafas de sol y parece relajado.

El camarero viene a tomar nota y yo, la verdad, es que ya tengo un poco de hambre, por lo que le pregunto a David si quiere comer ya y me responde que sí. Pedimos que nos sirvan allí mismo una ración de boquerones al limón, una de rosada y otra de calamares, junto con un tinto y una caña. El muchacho, antes de irse, nos arregla la mesa y añade otra para que quepan todos los platos.

Nos mantenemos callados, él mirando al cielo y yo haciendo como que leo. Qué situación tan violenta para los dos.

Pasan unos minutos hasta que ya no aguanto más, voy a incorporarme para darme un baño y él, como si estuviéramos sincronizados, hace los mismo. «Joder».

—¿Al agua?—me pregunta.

—Sí.

—Venga, vamos.

Vamos prácticamente a saltitos, por lo que quema la arena. David entra en el agua de cabeza y durante unos largos segundos, no lo veo; abro bien los ojos y lo veo nadar. Yo meto un pie y después el otro, el agua está muy fría. Decido sentarme en la orillita y dejar los pies en remojo.

Se me hace tan extraño verlo de esta forma, es tan raro para mí. Por raro me refiero a estar en la playa con él, como si fuéramos amigos, como si no tuviéramos un pasado. Todavía no hemos discutido y, con él, esa es la costumbre. No digo que quiera pelearme con él, solo que me parece curioso.

Además, está tan guapo, tan hombre y tan perfecto, que duele mirarlo. Su cuerpo esculpido, moreno, con esos ojos, su barbita de dos días y ese aspecto de chico despreocupado que tiene últimamente... No lo reconozco. Ha pasado de ser Superman, repinado y estirado, a ser un hombre de su edad. Parece que le hayan sacado el palo que siempre tuvo en el culo.

«¿Será que ha conocido a alguien? ¿Será que alguna chica lo ha cambiado?». Mi mente empieza a darle vueltas a esa idea y me duele en el alma.

«Shhh ... ¡Quieta *pará!*», me digo a mí misma. «Tú ya no lo quieres, te es indiferente, te da igual. Mejor si está con otra. Mejor si ya no se acuerda de quién eres», me repito. Pero ¿a quién quiero engañar? Me muero si está con otra,

me muero si besa a otra. ¡Dios, es un horror! Siento un nudo en el estómago. Soy egoísta, pero deseo que esté solo y que no me haya olvidado, porque yo no he podido hacerlo.

Vuelvo a mirar hacia el mar y lo veo nadar en mi dirección.

—Métete, está buenísima, Sofi. ¡Vamos!—me anima a nadar con él.

¿Me ha dicho Sofi? ¿Quién es este usurpador? Le creo y entro en el agua despacito, sufriendolo en silencio.

—¿Que está buenísima? ¿Hola? Voy a morir de hipotermia por tu culpa—se ríe y me mira.

—Vamos, que no se diga que a los de Vallecas os da miedo el agua.

«Ohhh, este quiere problemas...»

—No nos da miedo el agua, si no el agua bajo cero.

Aun estando helada, me tiro yo también de cabeza. Hago como él, nado para entrar en calor; me imagino que él lo hace por el deporte, pero yo lo hago por no perder alguna extremidad de mi cuerpo.

Una vez empiezo a nadar, voy dejando de pensar, es como... otro tipo de relajación. Es cierto que el mar es curativo; mi mente para y eso es de agradecer. Siento un tirón del pie y por poco no me da un infarto. Intento moverme, pero alguien, o algo, me tiene atrapado un pie. Al darme la vuelta, veo que es David.

—Tú, sirenita, frena o llegarás a Melilla—miro a mi alrededor. Dios, por poco estoy en alta mar.

—Joder, aquí cubre mucho. Es el océano.—Me mira riéndose.

—Dirás el mar... —me rectifica.

—No me seas tiquismiquis, que estamos muy lejos de la playa y aquí podemos ahogarnos.

—Por eso te he frenado.—Eso me hacer sentir un miedo profundo, tanto como el mar que tengo debajo—. Imagínate que nos sale un tiburón.—Abre mucho los ojos.

—¿Eres idiota?—Me abrazo a su cuello y mis piernas se enroscan en él—. Llévame a la orilla. Ahora. Ya. Por favor.

—Tranquila, Sofi, es broma. Aquí no hay tiburones.—Eso no me suena nada convincente.

—Que me lleses.—Me noto rígida, el pánico se apodera de mí.

—Shhh... Estás temblando.

—Estoy cagada de miedo.—Tira de mí, despacito y me anima a nadar.

—Yo te cubro las espaldas. Tú nada y relájate, enseguida llegamos a la orilla.—

Obedezco sin rechistar, no me queda otra.

La vuelta no es tan relajante como la ida, más bien nado como las locas, como si mi vida dependiera de ello. ¡Qué narices!, sí depende. Vuelve a tirar de mi pie y me frena.

—Ya está. Ya estás a salvo. Vamos a quedarnos un ratito en la orilla, ¿vale?—  
Estoy tan cansada que no puedo ni contestarle y solamente asiento con la cabeza.

Nos sentamos el uno al lado del otro. De cintura para abajo estamos dentro del agua. Apoyo mi cabeza en su hombro y ahí está su olor, inigualable, mezclado con olor a mar. «Qué delicioso es el cabrito... Y me llama Sofi». Por mi cabeza se pasa la idea de que los ovnis se han apoderado de su cuerpo, que no es él.

Increíble, pero cierto: estoy feliz. Mi corazón bombea rápido y tengo mariposas en el estómago, a las que pienso ahogar con tinto de verano, pero ya.

Me pica el muslo. Lleva ya un ratito que me pica. No me rasco porque está cerca de mis zonas íntimas y no quiero que piense que me pica lo que no es, que también, pero... «Cállate, tarada».

—¡Dios!—ya no puedo más, me rasco y me rasco y cada vez me pica más.

—¿Qué te pasa?—me pregunta David, algo alarmado.

—Joder, me pica mucho.—Mira en la dirección de mi mano y se ríe—. No me cabrees, ¿eh?—le advierto.

—Marquitos, sal del agua, hay medusas —se escucha decir a una señora por detrás nuestro.

—Mierda, Sofi. Medusas.—Me levanta de un empujón. Se agacha y me mira las piernas. Miro yo también y por poco no me da un infarto.

—¡Me ha picado!—Lloriqueo—. Me quema.

—Vamos a la cruz roja, corre.

—No puedo correr, me duele mucho.

—Deja de rascarte.

—No puedo, me pica mucho. Me escuece—sigo gimoteando. La verdad es que es un dolor y un escozor muy fuerte.

No se lo piensa y me levanta en volandas, da grandes zancadas hasta llegar a nuestras tumbonas, me deja en una y se pone las chanclas, yo hago lo mismo y me envuelvo con la toalla. No dejo de rascarme y él de regañarme. Me exaspera que se ponga así...

Intento caminar, pero parezco algo raro, así que vuelvo a levantarme a pulso y yo, como una pánfila, me cojo a su cuello.

«Morir así es morir de amor. Por amor tengo el alma herida...», mi mente tararea esa canción burlándose de mí. Yo misma me odio. Porque, para querer, ya lo quiero a él. «Puaggg... Soy más penosa de lo que pensaba».

Entra conmigo en la caseta de la cruz roja, como si le fuera la vida en ello. Un chico con pantalón rojo, monísimo, le frena.

—¿Qué le pasa?—pregunta inspeccionándome.

—Le ha picado una medusa—contesta, serio.

—Me duele mucho, pica, escuece. ¿Me vais a tener que cortar la pierna?

—Esperemos que no. ¿Puedes andar?—eso último me lo dice a mí, pero mirando a David.

—No, no puede—responde por mí el sieso.

—Bueno, creo que sí, pero me duele.

David me deja en el suelo y voy detrás del vigilante.

—Déjame que mire dónde te ha picado.—Dejo la toalla sobre una silla y lo miro nerviosa.

—Me ha picado en el interior del muslo.—Me da apuro, está muy cerca de mis partes. Miro a David, que está de los nervios, me mira y se acerca.

—Déjame ver.

—Me da vergüenza—le contesto rascándome.

—No te rasques —dicen los dos a la vez.

Los miro nerviosa. Separo mis piernas y le señalo el sitio. Mientras me apoyo en la camilla, estoy sudando del picor que tengo.

—¡Ahhh!—grito nerviosa por el picor—. ¡Me pica, me picaaa!

El chico me sopla.

—Relájate.

«Jummm...». —Eso se lo dirás a todas, pero a mí me pica mucho.—El chico rompe a reír y David rechina los dientes.

—Bueno, por suerte para todos, no hay que amputar, es una picadura normal de una medusa normal. Lo que pasa es que se ha cebado contigo.

—Hija de puta... —digo entre dientes—. ¿Qué me pongo? Me vas a pinchar morfina, ¿verdad?

—No, agüita y vinagre.

—¿Cómo? ¿Agua con vinagre? ¿Qué es lo que no entiendes de que me mueeeroooo?

El vigilante se va a un armario y coge un espray transparente y unas gasas. Va

dispuesto a ponerme el agua esa, de color sucio, cuando David lo frena.

— Tranquilo, colega, el agua ya se la pongo yo.—Yo no doy crédito a lo que está haciendo, pero me da igual, me retuerzo como una culebra, apoyada en la camilla. Ellos se miran.

—¿Hola? Os podéis retar en duelo al amanecer, pero dadme algo, coño.

—Dame.—David le quita al muchacho el bote y las gasas de la mano—. Ya se lo pongo yo, gracias —¡Ea, ya lo ha despachado!

—Como prefieras...

Nos deja solos y David, muy tranquilo, me moja la picadura con el espray y, suavemente, me da con las gasas. Su cabeza está justo entre mis partes. No siento pudor con él, pero un tanto extraña sí que es la situación.

No hablamos mientras me cura. Después, me tapo con la toalla y le agradezco al muchacho que me ha atendido su trato, y pido disculpas por las molestias. Voy con David hacia las tumbonas cuando uno de los camareros nos avisa de que tenemos la comida.

—¿Quieres que vayamos a casa? No pasa nada, me imagino que estarás incomodísima en la playa con semejante picadura.

—La verdad es que sí, quiero ducharme y ponerme en el sofá. No sé si por los nervios o por la picadura, pero me encuentro un poco mal.

—Perdona, pero no comeremos aquí. Como ve, la señorita esta indispuesta. — Calla. —Le corto—. Pónganoslo para llevar. Pero bien puesto, por favor, que esté caliente, y nos lo llevamos todo. Las bebidas también.

—De acuerdo, lo preparo y enseguida os lo traigo.

—¿Comemos en mi casa?—David me mira raro—. Si quieres, claro.

—Sí, me parece bien.

Con las mismas que vine, me voy; con eso y con David. Y la comida, claro. Él se empeña en ir los dos en un coche, que con mi baile de *sambito* no se fía de que conduzca y, pensándolo sensatamente, creo que es lo mejor.

Una vez nos instalamos en la mesa del jardín de mi casa, entro a darme una ducha. Me arreglo rápido mientras David prepara la comida y la bebida. Me pongo una batita de estar por casa, blanca de satén, muy bonita, y unas braguitas. Me dejo el pelo suelto y mojado encima de un hombro y salgo a buscarlo.

—¿Cómo estás? ¿Te ha sentado bien la ducha?—me dice mirándome descaradamente de arriba abajo.

—Sí, gracias. La verdad es que me ha sentado de fábula, me he puesto también un poco de agua con vinagre. Huelo raro, pero parece que calma.

—Sí, eso va muy bien.

Una vez en la mesa, nos disponemos a comer tranquilamente cuando lo llaman al móvil.

Lo veo tenso y molesto mientras habla. Pero no pienso preguntarle, algo me dice que está hablando con Sergio.

Una vez cuelga, veo que apaga el móvil y lo deja en la silla de al lado.

La comida es amena, divertida y hasta conseguimos hablar como amigos contándonos cosas de estos dos años.

— Sofi, no sé cómo darte las gracias por todo.—Eso me deja ojiplática, y por poco no le escupo el agua en la cara—. Gracias por haberme enseñado a disfrutar de la vida, a no ser un amargado y a darme cuenta de que no todo el mundo es malo, que la gente que se acerca a mí no siempre busca algo. Gracias por enseñarme a ver la vida con otros ojos y a disfrutarla.—Eso me hace sonreír.

—Me alegro mucho, David, de corazón. Si es así, de verdad que, al menos, algo ha merecido la pena.

— Todo ha merecido la pena. He cambiado, me va mejor en la vida, con los amigos. Salgo, disfruto y veo el mundo de otra forma. Me has ayudado a quitarme el rencor. A pesar de que durante mucho tiempo estuve en un pozo y te odié.—Eso me sorprende, pero lo entiendo—. Te odié, Sofi, muchísimo. Lo he pasado muy mal, me he odiado a mí mismo por alejarte de mí.

—David... —intento pararlo.

— No, déjame terminar. Yo fui quien la cago siempre, quien no te entendió. Yo era infeliz, estaba muy amargado, Sofi, y tú me despertaste. ¿Sabes? Nadie pasa por nuestras vidas sin ninguna razón. Y gracias a ti, me he dado cuenta de muchas cosas. Para bien o para mal, lo nuestro es nuestro. Sé que me has querido muchísimo y que te fuiste porque tenías que hacerlo. Ya no te guardo rencor.

Lo miro atónita. ¿De verdad es posible todo esto? ¿De verdad se ha desenamorado de mí? ¿De verdad se acabó? Antes de venir, yo tenía las ideas muy claras, pero ahora ya... no sé si es obsesión o realmente es amor.

Lo miro. Me habla tranquilo y tan cambiado que me da miedo que una parte del David que conocí se haya perdido para siempre.

— Te agradezco eso, te agradezco que no me guardes rencor y que podamos comportarnos como personas civilizadas, que podamos decirnos esto sin necesidad de agredirnos verbalmente. No te voy a preguntar nunca por qué desapareciste esa noche.— Al decir eso, veo como tensa los músculos de su cuerpo; le ha hecho reaccionar.

— Solo puedo decirte que lo siento y que, aunque después de esa decisión, me arrepentí y lloré como un niño, no me arrepiento de ello. Lo volvería hacer.— Ese comentario me hace dar un respingo en la silla—. ¿Te pica?—Disimulo como una cobarde.

—Sí, me ha dado como una punzada.

—Deja, voy a ponerte algo más del vinagre ese.

—No, no hace falta, David.—Mi mano va hasta la suya, y con la otra, sostiene un vaso de agua que se acaba de servir.

Hay un silencio en el jardín espeluznante. Parece como una burbuja que nos absorbe y solo estábamos nosotros. En la palma de mi mano, noto cómo su cuerpo reacciona al mío, cómo sus vellos se ponen de punta. La piel de gallina le llega hasta el cuello y esa mirada felina que me dedica consigue encenderme por completo. Lo escucho carraspear.

—Sofi... — Posa su mano encima de la mía, que sigue tal y como estaba, sosteniendo su otra mano, fuerte. No lo quiero soltar—. Jamás, jamás dejaré de quererte. Nunca. Es imposible. Desde que te vi. —Sonrío como una boba—. Solo que, cielo, ahora te quiero bien. Y después de todo lo que has hecho por mí, necesitas ser feliz, vivir, y no me voy a interponer.—¿Por qué coño ha dicho eso? Es gilipollas. ¿Por qué no me dice: «Me muero por besarte, pero como me rechaces, me corto los huevos y me los cuelgo del cuello por idiota»?—. Te lo prometo, te ayudaré en todo.

— Vale, te vuelvo a dar las gracias. Esto me hacía falta. He hecho las paces conmigo misma en este periodo en el que he estado fuera; también te perdoné, pero, para serte sincera, el rencor estaba aún presente. Quería volver y demostrarte que soy mejor de lo que tú me pedías y darte un par de *quantás*, como dice mi madre, sin manos.

—Y lo has hecho, nena. —Me rio.

—Bueno, un poquito, pero te lo merecías. ¿O no?

— Un poquito.—Aprieto más su mano contra la mía—. Yo también me puse nervioso. Te vi entrar tan bonita, tan mujer y con todos mis amigos mirándote, y me acojoné. Te imaginé haciéndome una peineta o algo.—Me rio a carcajadas. David aparta el pelo de mi cara y con su dedo pulgar me acaricia el pómulos. «Dios, que tengo un orgasmo cerebral».

—No, solamente que no te esperaba y... creí que la íbamos a tener.

—Me encantó cómo te pusiste en tu lugar y callaste a esos machos alfa.

— Sí, en especial, a ti. —Nos echamos una mirada cómplice mientras nuestras manos se acarician. Los dos nos estamos acariciando, tanto con la piel como con la vista—. David, no quiero que pienses que te echo de la casa, ni de las empresas ni de nada.

— No, Sofi. Es lo que tienes que hacer, lo entiendo.

—David, solo quiero que hagas lo que siempre has querido, que tengas el astillero me parece lo justo por tu esfuerzo y dedicación. Te desvinculo en cierta forma de las cosas para poder ayudarte a que tengas tu vida, pero no quiero que salgas de la mía ni de la de mi familia y, muchísimo menos, de la de Leire. Pero quiero que seas feliz.

—Lo sé. Nunca me había dado cuenta de lo generosa que eres, Sofía, de la persona tan maravillosa que eres.

— No es por eso, simplemente es porque quiero lo mejor para ti, te quiero y quiero que seas feliz.—«Hala, otro momento de tensión romántica como en las pelis»—. Mira, si te sientes mejor, redacta tú el contrato y la rescisión de algunas de las cosas y yo te lo firmaré. No te quitaré ni privaré de nada. Coge lo que quieras de lo que te ofrezco y lo que no, lo quitas, ¿vale?

—No me hace falta nada de eso, lo firmaré tal cual. Solo si me prometes que seremos amigos y te tendré en mi vida.

—Claro que sí.—Me siento encima de él y lo beso, lo abrazo y, por qué no decirlo, lo olisqueo enterito. Mi bombón agrio se está volviendo dulce.

**36. Hablando se entiende la gente. Si no eres David que, entonces, la lías.**

Dos días después de la comida con David, me siento eufórica, como si me

hubiera quitado una losa de encima, como si ya no tuviera pecados. Simplemente, se ha acabado y cerrado una etapa de mi vida.

El trato con David es estupendo. Y, para rematar, mamá está colgadita de él. Mis hermanos, los repes, lo adoran, y el cabrito, a ellos.

Están en la piscina jugando al fútbol, mientras Leire y mamá parlotean de las actividades extra escolares a las que se tiene que apuntar dadas sus notas.

Leire no le replica y juraría que en alguna ocasión se le escapa un «mamá». En fin, lo que consigue la Pepi a base de gritos y cariño, no lo consigue nadie.

He quedado para comer con Sergio. Mi hermano Felipe va y viene con Valeria, que es una pasada y lo lleva muy recto, más que mi madre.

Pues eso, parece que todo anda sobre ruedas.

Yo observo a mi familia por la ventana. Me da miedo pensar que, al terminar todas las cosas pendientes, voy a volver a Ibiza a vivir.

Miedo me da decirlo en público. Me llevo un susto de muerte al ver que David, desde la piscina, me observa. Sigo viendo en sus ojos amor. Lo juro por mi vida: me mira con amor, pero me trata como si fuera una amiga de toda la vida. Veo como viene en mi busca. Yo ando en braguitas y con una camiseta blanca muy desgastada de U2, desbocada y deshilachada, con más años que yo. Ver como se acerca David, en pantalón corto, sudado y despeinado, es todo un espectáculo. Noto cómo se me endurecen los pezones, «¡me *cagüentó!*». Llama a la puerta y, al abrirle, sus ojos se clavan en mis tetas que lo saludan.

—Vaya... —Se pone colorado al ver que lo pillo mirándome—. Te alegras de verme, por lo que veo.—Abro la boca por la grosería, pero tiene razón.

— ¿Eres tonto?—me hago la ofendida—. No, lo que pasa es que estaba tallando los cristales de la parte de atrás con los pezones.—Sonrío como una arpía al ver que se le escapaba una sonrisa por la comisura del labio.

— ¿Tallas cristales con los pezones, Sofi? Me gustaría verlo.—Pongo ojos furiosos y lo dejo en la entrada, me doy media vuelta y voy directa a la cocina. Él me sigue—. ¿Comemos juntos?—dice feliz, sentándose en uno de los taburetes con cara de angelito.

— No puedo, he quedado a comer con tu hermano.—Se le cambia la cara y se pone tenso—. David, ha venido con Cloe, quiere presentármela. Y estoy segura de que a Cloe le encantaría conocer a su tío David.

—Tú ve, Sofi, a mí no me pidas eso. Antes tendría que... no, no puedo. Lo siento por la pequeña, pero no puedo.

—Bueno, como quieras, solo quiero que sepas que voy a comer con ellos y que me encantaría que vinieras conmigo.

— No puedo.—Veo como pone una máscara diferente a las que conozco, y esta no es otra que la de la indiferencia—. Ve tú, yo he quedado con una mujer... — Casi me muero— de metro cincuenta, que hace las mejores lentejas del mundo.

—Osú, ¿lentejas hoy con el calor que hace? Esta Pepi... Os vais a tener que ir a cagar a la vía.

—No seas marrana, Sofi. No hables de heces, no te pega.

—Calla, tu cagas, ellos cagan, yo cago. No pasa nada.

—¡Que te calles!—Se abalanza sobre mí como un loco y me tapa la boca.

—Caca, caca... —repito yo como una loca en plena pelea con él.

—Eres como los niños de parvulario, cielo, te gusta hablar de caca.

—Sale del culo, ¿no?

— A mí me gusta tu culo—dice amasándomelo con una mano y levantándome un palmo del suelo. Clavo mis ojos en los suyos y trago saliva como puedo—. Per... perdo... Joder, perdóname.—e deja en el suelo—. Me he pasado de listo, no ha sido mi intención. —Mi respiración es agitada.

—Yo, yoooo... no me lo esperaba —contesto con un tartamudeo nervioso espontáneo.

—Lo siento, la broma y el cachondeo.

—Ya, ya, no pasa nada. Bueno, voy a vestirme.

—Vale, que vaya bien—repone yéndose hacia la puerta, nervioso y con la sonrisa de pillín.

Yo lo miro con deseo. Esa espalda con algunos tatuajes, esos músculos y ese culo ... Esos pantalones le hacían un culo de infarto. Y no entiendo por qué los pantalones se apoyan tan delicadamente en esas caderas. Joder, las quería lamer.

Entro en el baño y pongo el agua fría a tope con la intención de darme una ducha fresquita. Aunque, al tocar el agua, me lo pienso mejor y la pongo más templada. Una vez arreglada, me miro en el espejo. Me he arreglado con la intención de cortar el hipo nada más que me vea.

Me he puesto un pantalón de pinzas negro, de pitillo, por encima del tobillo y

muy alto de cintura, con un cinturón marrón y gris oscuro y un bodi color plata de encaje que no deja mucho a la imaginación; además, una americana muy fresquita, de manga tres cuartos, negra. En los pies, unas sandalias plateadas de Manolo Blahnik atadas al tobillo, con un tacón de infarto de los de «ya llorarás después». He recogido mi pelo en un moño mal hecho, con algunos mechones sueltos y colocados estratégicamente para darle un toque desenfadado. Un poco de colorete, rímel y raya negra. Los labios rojos. Y, como complemento final a todo esto, un bolsito de mano del mismo color que el cinturón.

Una vez me veo realmente bien, salgo por la puerta. Sus ojos verdes me persiguen por el camino de piedra hasta donde está mi madre.

—*Cuñao*, ¿un babero o quéééé? —le grita mi hermano pequeño. David no reacciona, sigue mirándome.

—Mamá, me voy a comer con Sergio.

—Niña, no la cagues más. Cierra esas piernas.

—¡Mamá!—La regaño.

—Yo solo te digo que mires a ese mozo, ese sí que te quiere y te hará feliz.

—Sí, en los mundos de yupi. Mamá, calla ya, ¿eh? Solo somos amigos.

## **David**

Desde que me ha dicho que va a comer con Sergio, tengo un nudo en el pecho que no es normal. Estoy sentado en su mesa con su familia y ella no está, está con Sergio. Siempre tiene que estar él por medio. Siempre tiene que joderme. Joder, ahora que estamos tan bien, no quiero estropearlo por los celos... Tengo que respetarla, y ella ya hará lo que considerase oportuno. No pienso meterme en nada ni joderle más la vida.

No puedo dejar de pensar en el rato en su casa. Al verle los pezones duros, me he puesto enfermo. ¿Estaba cachonda de verme? ¿Es posible que todavía me desee? Joder, y después en su cocina, jugando con ella entre mis brazos, riéndose a carcajadas, dejándose hacer. Su olor, su aliento, su pelo entre mis manos... Casi lloro de felicidad al sentirla así. Y el tacto de su culo en mi mano... Dios, me pongo duro solo de pensarlo.

Estoy nervioso y mal por toda esta situación. Su madre no para de mirarme y de sonreírme, algo me quiere decir y yo no la entiendo. Total, voy a echarme la siesta y a masturbarme que, si no lo hago, se me va a caer a pedazos.

¿Y si la recupero? ¿Y si lo arriesgo todo y le digo que la amo? Aunque me diga

que ella ya no, tengo que decírselo, confesarle lo que siento. Necesito hacerlo, pero me da tanto miedo su rechazo...

El resto del día, lo paso en mi habitación. He vuelto a su casa y tengo la misma habitación. La Pepi no ha tocado nada, sabía que iba a volver. Mira que quiero a esa mujer... Es la madre de todos, es la madre perfecta para todos nosotros, a pesar de su lengua.

## **Sofia**

La comida con Sergio me sorprende muchísimo. Me sorprende verlo convertido en un auténtico padrazo. Cloe es una muñequita de pelo castaño y ojos verdes. No se le entiende mucho, pero no para de hablar, y Sergio la mira con ternura y devoción; se nota que es la auténtica mujer de su vida.

Me comenta que su vida gira en torno a la pequeña y a sus negocios, que le funcionan de maravilla. Deja caer, como si tal cosa, que no hay ninguna mujer en su vida, que aún no me ha olvidado, pero que ya no es amor, que es un cariño especial. Que ahora comprende que se había metido entre David y yo, y que todavía no ha descubierto bien si fue amor de verdad o rencor con su hermano.

Le aconsejo que deben darse otra oportunidad como hermanos, que olviden el pasado y se centren en el futuro; que, si no lo quieren hacer por ellos, que lo hagan por Cloe, que se merece tener una familia paterna y tener a su tío. Él me promete que lo va a pensar; que, como hermanos, tienen muchas cosas que hablar y que perdonarse. Yo me conformaría con que hablaran solo una vez más...

La comida da paso a la cena, y, una vez que Cloe cae rendida en el carrito, decidimos ir a tomar algo a su piso. Lo cierto es que mantenemos la conexión y la amistad como el primer día.

Él intenta convencerme de que luche por David, que afronte mis miedos y me enfrente a él. «Consejo vendo que, para mí, no tengo», pienso cuando me dice eso.

De vuelta a casa, pienso que voy a hablar con David y decirle lo que siempre le he querido decir. Pero... es David, es nuestra historia y, a día de hoy, es una historia cerrada.

Total, solamente me quedan unos días en Marbella, después tengo planeado ir a

mi casa de Ibiza y continuar con mi vida, la vida que he elegido y en la que David no tiene cabida.

Al bajarme del coche, algo llama mi atención. La luz de la ventana de David está encendida y, al mirar hacia arriba, lo veo en su terraza asomado con un vaso en la mano. Me está mirando. Cuando cruzamos nuestras miradas, me saluda con un gesto de mano. Yo hago lo mismo y camino hasta el interior de la casa.

Entro, me sirvo un vaso de agua y enciendo la tele. No dan nada a esas horas. Hace mucho calor y yo estoy nerviosa. Me apetece un baño, de esos a la luz de la luna para dejarme cubrir por su energía. Justo hoy hay luna llena e ilumina la noche. «Y también da rienda suelta a los lunáticos, Sofi, y tienes uno en el balcón». Alejo esos pensamientos de mi mente y me pongo el traje de baño. Me gusta bañarme desnuda; pero, dada las circunstancias, no lo veo muy prudente.

Salgo al jardín y dejo la toalla en una silla. Me agarro el pelo en una cola alta y entro despacito en el agua. Está templada y perfecta, como siempre.

Miro y David que sigue estático en su terraza, mirándome sin apartar la vista. Sus ojos me penetran, tanto que puedo notar hasta cómo me acarician desde donde está. Después de veinte minutos nadando, decido salir. Cuál es mi sorpresa que, al subir las escaleras, David me arroja con la toalla.

—Hola—susurra cerca de mi oído. Su aliento es fresco, con un toque de limón.

—Hola—contesto sorprendida.

—Me encanta verte nadar por las noches. Ha sido una cosa que he añorado mucho en estos últimos dos años.

—Relaja mucho. Deberías probarlo.

—Toma.—Me ofrece un vaso de agua con una rodaja de limón.

—Qué bueno, pensé que estabas bebiendo esa gasolina que tanto te gusta.— Levanto las cejas en un gesto sarcástico. Odio que beba tanto.

—Bueno, digamos que nos hemos dado un tiempo. Ahora prefiero el agua fresca con hielo y dos rodajas de limón. Ya sabes, cosas del deporte.

—Yo también me he aficionado mucho al deporte últimamente.—Eso le sorprende.

Está serio y algo triste, aunque intenta ocultármelo.

Yo le hablo de su hermano y de Cloe. Intento convencerle de que tome la iniciativa, pero me corta y, para cambiar de tema, me invita a practicar escalada

con él. Al principio, no sé que decirle. Me decido por contarle que me voy en unos días y que no creo que tenga ocasión de poderlo hacer, pero que me encantaría. Después de esto y con un escueto «buenas noches» y una sonrisa melancólica, se marcha. Y yo, con el corazón en un puño, pauso mis ganas de correr hacia él y comérmelo a besos.

### **37. Cuéntame tus sueños despacito.**

Despierto temprano, todavía no ha amanecido. Miro por la ventana hacia la habitación de David y veo que su luz está encendida.

Me recorren los miedos, las preguntas y mi mente vuelve a martirizarme otra vez. Cómo odio la sensación de pérdida de control sobre mí misma. Esa sensación de saber que tu corazón y una parte de ti le pertenecen a otra persona y de saber que esa historia está narrada y con un final ya escrito. En nuestro caso es la palabra IMPOSIBLE, en letras mayúsculas y de color rojo fuego.

A veces, hay amores que viven en tu corazón y no en tu realidad y, por más que quieras, los tienes que negar una y mil veces, incluso a ti misma, para poder soportarlo; pero cuando te relajas y bajas las defensas, afloran en ti. No se puede mantener la coraza eternamente. Veo como su luz se apaga. Me muerdo el labio con fuerza y a esto le siguen unas lágrimas que cubren mis ojos. Me duele no tenerlo, me duele pensar que, lo mismo, ya es de otra o que, algún día, lo será. Porque yo tengo claro que jamás voy a encontrar a nadie como él. A nadie que me devuelva lo que él se ha llevado.

Las luces del parking se encienden y lo veo salir con su flamante coche. ¿Dónde irá? Miles de preguntas me roban las pocas horas de sueño que me quedan.

Me doy una ducha de agua tibia y me tomo un café americano. Me pinto las uñas y me aliso el pelo. Ya no sé qué hacer. La casa se me cae encima. Me apetece ir a la playa; para ser más precisa, me apetece ir al astillero y, bueno... No sé, me apetece y punto, es como un impulso.

Me visto corriendo con unos tejanos cortos, una camiseta básica blanca y unas bambas del mismo color. Dentro de un capazo playero, pongo el monedero, móvil y algunas cosas más. Lo cierto es que estoy nerviosa y no sé exactamente por qué.

Salgo de casa cuando no son ni las ocho de la mañana. A esas horas, me encuentro muy poco tráfico. Una vez dejo el coche en el aparcamiento de la

empresa, camino por el muelle. Voy hasta la oficina, pero no hay nadie. Cojo el manajo de llaves que me permite acceder al edificio, abro la puerta de entrada y enciendo las luces.

Voy hasta el despacho que antiguamente presidía mi padre y me siento en su silla. No entiendo el porqué del apego de él y David con esta empresa, ni tampoco que sea lo único que no quisieran perder.

Van llegando algunos de los empleados, y, al parecer, todos me conocen y saben quién soy y yo los conozco de haber mirado sus fichas. Veo pasar a David por el muelle hacia algún sitio y después, a alguien detrás de él.

Una de las secretarias me ofrece un café y unas pastas para desayunar, que acepto amablemente.

Todavía no sé muy bien qué hago aquí ni por qué me ha apetecido ir. Decido dar una vuelta por la empresa y saludar a las personas que trabajan allí. Cuál es mi sorpresa que, en recepción, veo el carrito de Cloe.

¿Sergio ha venido a hablar con su hermano? ¿Por fin se va a arreglar la situación entre ellos?

Después de hablar con los empleados, salgo a dar una vuelta y ver en lo que consiste el astillero. Manolo, un señor mayor y, por lo visto, un encargado, se ofrece a darme un curso acelerado al que no puedo resistirme porque es tan amable y cariñoso... Lo cierto es, que todas las personas que trabajan aquí son una gran familia. Se nota en el ambiente, todos tienen una cierta edad y sus hijos ocuparán su lugar cuando se jubilen. Bueno, eso es lo que me comenta Manolo muy orgulloso.

El sitio es acogedor y transmite un olor a familia y cariño que sobrecoge.

Son casi las dos de la tarde cuando me acerco al muelle privado y veo a Sergio y David fundidos en un abrazo y Cloe en brazos de su tío. Retrocedo sobre mis pasos y me siento junto a una de las ventanas que hay en un despacho que da a donde se encuentran ellos.

Espero un buen rato hasta que pasa Sergio con su hija en brazos.

—Shhh... —lo llamo muy flojito—. Muchas gracias, Sergio, me haces muy feliz.

—¿Nos has espiado?—me pregunta curioso y con su sonrisa de chico malo.

—No, solamente quería dejaros tiempo.—Los abrazo a él y a su niña—. Gracias por todo.

—No, gracias a ti, gracias a ti por estar en nuestras vidas, Sofi.

Al despedirme de él, camino hasta donde se encuentra David. Me acerco a él muy sigilosa y, por poco no le causo un infarto. Pero la verdad es que se sorprende muchísimo.

—¿Lo teníais hablado?—pregunta. Me fijo en sus ojos y los veo algo hinchados y rojos.

—No, te vi salir y, no sé por qué, he aparecido aquí. —Abre mucho los ojos.

—¿En serio?—Asiento con la cabeza—. ¿Te gusta? Te has enamorado de su esencia, ¿verdad?

— Un poquito.—Hago un gesto con los dedos—. La verdad es que sí. Ahora te entiendo. Y estoy feliz de que sea tuyo.—Su sonrisa por poco me mata en el acto—. Lo que me recuerda una cosa. Toma.—Le ofrezco las llaves—. Ya es tuya. Estas son tus llaves.

—No, quédatelas y ven siempre que quieras.

—No, no puedo aceptarlas.

—Bah, tonterías. Ven.—Tira de mi mano—. ¿Quieres que te enseñe mi sueño? ¿Quieres ver a lo que me he dedicado estos dos años?

—Me encantaría.—Doy dos saltitos como las niñas chicas y aplaudo.

Tira de mi mano con entusiasmo y cariño. Está feliz, se nota, lo transmite. Por primera vez en mucho tiempo, lo veo feliz, sus ojos brillan y yo estoy contenta por él y por poderlo ver.

Me lleva hasta un bulto muy grande, tapado con lonas blancas y el logo de la empresa.

—¿Preparada, princesa?

—Claro que sí, príncipe.—Nos sonreímos y lo ayudo a tirar de una de las lonas. Comienzo a dar grititos histéricos y él se ríe de verme.

—Madre mía, David, ¡qué bien envuelto! —Me sorprende verlo empaquetado como un regalo.

—Todavía no está acabado, le faltan detalles. Pero... quiero que lo conozcas.

Yo estoy muy sorprendida. No entiendo muy bien lo que quiere enseñarme. Será un barco o un yate, pero esa ilusión y entusiasmo... Sé que esconde algo más,

algún sentimiento.

Nos cuesta sudor y lágrimas quitarle todas las capas que tiene, pero el resultado merece la pena.

Cuál es mi sorpresa cuando me encuentro un velero precioso de color madera de nogal.

—Bueno, Sofi, ¿qué te parece?—Yo no doy crédito a que esta maravilla sea el fruto de sus dos años.

—Es precioso.—Lo miro a los ojos y los dos estamos emocionados—. Me encanta. No sé qué decir.

David da un salto y sube, me ofrece su mano para que pueda acompañarlo.

—¿Realmente es tuyo?—Él asiente orgulloso y visiblemente emocionado.

— Sí, Sofía, es mío. Es lo único que tengo de mi padre.—Eso me deja K.O—. Resulta que mi madre fue lo único que conservó, lo único que no vendió, ya que este barco fue el sueño de los dos. En fin... cosas del pasado. Ahora, ven, vamos a la proa, quiero mostrártelo.

Me explica que el velero es muy viejo, del año 1968; un Builder Lührsen Kutteryacht de veintiún metros de eslora. El sueño de sus padres fue poder arreglarlo y viajar por el mudo con él. La verdad es que es una maravilla cómo lo ha dejado. El casco es de un azul marino intenso con una franja blanca y todo lo demás, de madera color nogal. El suelo del barco es de la misma madera y todavía huele a barniz. Está reluciente. Se ven las velas plegadas de un blanco impoluto. Alrededor de todo el barco, tiene unas cuerdas reforzadas de acero, blancas también. El timón es impresionante, parece el de un gran barco pirata, de madera maciza y brillante. Tiene una mezcla entre un temible barco con espíritu noble y una elegancia digna de admirar. Me siento privilegiada de que David haya compartido conmigo su gran pasión y secreto.

—Es... Es impresionante, David. Te habrá costado muchísimo trabajo hacerlo.

— Pues sí, Sofía. Pero desde que empecé a trabajar en él, he podido encontrar una parte de mí, una paz interior... Y, aunque creas que me estoy pasando de nostálgico, te diré que no me he sentido solo, he estado acompañado por mi padre, lo he notado cerca —dice tocándose el pecho—. Me ha hecho feliz poder hacerlo y, ahora, poder disfrutarlo.

— Te creo, te entiendo. Y estoy muy orgullosa de ti. Me hace tan feliz ver en tus

ojos esa pasión y esa alegría... Me alegra que, por fin, te hayas encontrado y que, por una vez, seas tú quien tome el control de tu vida.

—Gracias a ti—Dice cogiéndome de las manos.

Un silencio nos abduce y solo nuestros ojos son los que hablan. Hablan de amor, de perdón, de dolor dejado atrás y de un horizonte por delante, ya fuera juntos o en solitario.

—Me gustaría enseñarte el interior. Todavía no está acabado, le falta algún detallito.

—No importa, quiero verlo—digo casi saltando de alegría—. Ya me he enamorado de él, no importa que no esté acabado.

Si la parte de fuera me ha enamorado, la parte interior me remata. Es sencillo, pero a la vez tan elegante como por fuera. Tiene una cocina equipada, un baño que, para ser de un velero, ya me gustaría tenerlo a mí en mi piso de Vallecas. Todo es de madera clara y azul marino, junto con algún detalle en color gris.

Tiene dos camarotes. Uno es matrimonial, muy varonil, y el otro es uno de invitados, con unas literas, del mismo estilo que todo lo demás.

Tiene como una especie de comedor y salita de estar, con un sofá negro de piel ovalado. Creo que está hecho a medida. Y una mesa también ovalada. Es un interior con mucha luz gracias a las escotillas y ventanas, que eran grandes.

—¿Cómo que no está acabado? Si está todo.—Pongo los brazos en jara y lo miro con una sonrisa en la cara.

— No. Bueno, sí. Falta decorarlo. Ropa de cama, albornoces, toallas... Lo que viene siendo vestirlo.—Se dirige a unos de los armarios y me mira—. No te vayas a reír, que te conozco.

— No se me ocurriría jamás—le contesto acercándome a él—. ¿Qué tienes ahí?  
—La curiosidad me mata, es una caja grande y eso me vuelve loca a pesar de que no está envuelto para ser un regalo.

—Mira, el otro día compré estas cosas, pero no sé dónde ponerlas.  
Me sorprende cuando me entrega la caja. Tiene cosas tan simples y bonitas que me ablanda un poco más mi corazoncito *espachurrao*—frase de mi queridísima madre—.

Dentro de la caja hay unos porta velas divertidos de la marca Mr. Wonderful. En uno pone: «Echémosle narices y plantemos raíces», y salen dos arbolitos dibujados. Lo miro, sonrío y pongo cara de mala. Veo como, al pobre, le salen los colores. El otro es más mono todavía. La frase es: «No es bola, voy a pasarme el día a la bartola», y dos pelotitas de playa.

—Me flipan, lo sabes, ¿no?

—Sí—contesta orgulloso.

Después veo un portafotos con forma de timón con espacio para varias instantáneas, unas plantitas decorativas de plástico, un centro de mesa junto a una bolsa con flores secas, y una bandejita con un Buda precioso, e incienso.

—Me encanta todo, David. Lo estás haciendo genial. Seguro que tus padres se sienten muy orgullosos de ti, allá donde estén.

—Sí, creo que ahora sí que pueden estarlo.

—Ahora y antes —repongo.

—¿Te gustaría acompañarme a comprar algunas cosas más? Cosas necesarias.

—Sí, pero solo si me dejas invitarte a comer.

—Está bien.—Me dedica una sonrisa que jamás he visto que me volvió a enamorar.

Puedo decir que ese David nunca se ha dejado conocer y que es maravilloso. Lo noto tan diferente... Sin máscaras, sin reservas, solo él. Creo que este es el verdadero David, el que criaron sus padres y no el que se crio en Marbella. La verdadera persona que nunca dejó salir a la luz.

Me sorprende muchísimo que durante la comida no pruebe ni una pizca de alcohol, solo agua, y que esté tan relajado y sonriente. Yo no doy crédito a la persona que tengo delante. Parece un niño, un crío risueño y feliz, con brillo en los ojos, despeinado y despreocupado. Se pasa riendo toda la comida y me gasta bromas. En varias ocasiones, pienso en practicarle un exorcismo, porque es tan diferente que tengo la impresión de estar comiendo con otra persona, la cual no conozco.

Después de comer, vamos a unos grandes almacenes a comprar y comprar. Para su barco, le parecía todo poco.

Sábanas, colchas, nórdicos, almohadas, albornoces... Para todo me pide opinión y, entre los dos, conseguimos dar con la perfección. Compramos dos bajillas, la

que le ha gustado a él, blanca, y la que me ha gustado a mí, azul marino. Parecemos dos enamorados comprando el interior de nuestro nidito de amor.

Al final fueron tantas las compras que tienen que llevarlas al barco directamente. —Como has sido bueno—digo muy seria—, te has ganado un heladito. —¿Cómo?—me contesta ofendido, pero con la sonrisa más bonita que le he visto en mi vida.

Cuando voy a contestarle, no me da tiempo, me carga en el hombro como a un saco de patatas por todo Puerto Banus. Yo veo la calle y el mundo bocabajo y no puedo dejar de reírme por la felicidad que nos envuelve a los dos. Cuando me pone en pie, nos encuentro en frente de la heladería Rivareno Gelatto.

—Venga, ¿dónde está mi heladito?—Su voz de pillín me vuelve loca.

—Ahhh... ¡qué cabrito! Me has traído a la heladería más cara.

—Pues claro, invitas tú. Y, según tú, he sido bueno.

Me obliga a comerme una gran torre de helado con galletas. Y después, entramos en una vinoteca a comprar vino y champán. Me dice que tiene que bautizar a su velero.

—¿Bautizar? ¿Al barco? ¿Le has puesto nombre?—Me sorprende por momentos con su locura.

—Claro, todos los barcos tienen nombre.

—Ahhh... pues vaya. Y el tuyo, ¿cómo se llama?—Su cara es un poema.

—Verás... no te lo puedo decir hasta el día del bautizo.

—Joooo... —Me sale un lamento—. Bueno, merecerá la pena, seguro.

En el velero nos dan las tantas de la noche. Alucino al saber que te traen comida china a un barco y al conocer muchas cosas de él. La verdad es que me está gustando demasiado todo lo que tiene relación con ellos. Ahora entiendo que el astillero no es un simple negocio, sino una vocación.

## **David**

No me había imaginado que a Sofía le gustara tantísimo la náutica, la mar y mi barco. Mi vida, yo. A Sofía le gustaba de verdad. Su mirada se me clava en el alma. Sus bromas, caricias, gestos de complicidad, su risa.

¿Por qué narices tiene que ser tan perfecta? Desde que la he visto en el astillero y se ha acercado a mí lentamente, tengo el corazón acelerado. Pero conforme pasan las horas junto a ella, me voy volviendo loco, loco de amor. Más que

nunca. Inexplicable.

Su cercanía, su contacto conmigo y, sobre todo, la charla con mi hermano, me han hecho recapacitar. Las manitas de Cloe, sus besitos. Creo que eso es lo que me faltaba.

Sofía hace un par de horas que se ha marchado a casa y yo me encuentro solo en el barco. Me siento tan feliz que lloro sin motivo. Lloro de felicidad.

Después de tantos años, lo he conseguido, por fin soy feliz. A lo mejor podría ser más feliz si la tuviera a mi lado como compañera de vida, como mujer, pero también seré feliz teniéndola como amiga, porque ella es toda luz. Ella es lo que me hace falta en la vida, sea de la forma que sea. Aunque solo pienso en comérmela a besos.

Cada día me levanto con el miedo a verla y de que me diga que se vuelve a Ibiza. Pero ese día no ha llegado aún. Normalmente, viene por la mañana con café y pastas al barco. Aparece cuando menos lo espero, con el desayuno para los dos. Pasamos el día juntos, hablando de todas las cosas que se nos ocurren, conociéndonos y, yo, amándola en bajito. Pasamos las tardes decorando el barco. Cada día me sorprende con algo nuevo, como, por ejemplo, con un cojín para la tumbona con forma de tomate. Un tomate... Esas cosas solo puede encontrarlas ella. Otro día, llega con un mantel a cuadros tipo picnic para cenar en la proa. Cada día trae una sorpresa, una nueva ilusión.

Yo tiemblo al pensar en que me diga que se va al día siguiente o en unos días, pero no tengo el valor suficiente para decírselo. Han pasado dos meses. Dos meses con ella, los mejores de mi vida.

Hoy, cuando ha llegado, me ha anunciado que tiene que volver a Ibiza unos días. «¿Unos días?». Esa pregunta aparece en mi cabeza y ella, como si pudiera leerme la mente, me dice que solo va a arreglar unas cosas, que vuelve en nada.

### **38. Un viaje sin retorno, una vida.**

#### **David**

Estoy nervioso, hoy es el día en que bautizo mi barco. He preparado un catering con la ayuda de Sofia. Hemos invitado a la familia y amigos, a todas las personas importantes para mí.

Pepi no deja de darme besos en la cara, está feliz de vernos a los dos. Felipe se mantiene a mi lado con Valeria. Él es el único que sabe mis planes. Nunca ha

dejado de ayudarme, es un verdadero hermano. Leire está preciosa, con unos vaqueros y un jersey marinero y en el cuello, un pañuelo rojo al estilo francés, y los dos gemelos del mal se mantienen a su lado como dos escoltas. Sergio está dándole a Cloe unos ganchitos y tiene toda la cara naranja. Se nota que la ha vestido la abuela postiza, porque lleva un vestido rosa un tanto pomposo, a juego con el de ella; la única diferencia es que Pepi lleva una pamea. «Bueno, si llueve, podremos refugiarnos todos debajo de ella», pienso malvadamente, pero con amor.

Yo llevo un pantalón azul marino con un jersey tres cuartos de color gris, los típicos zapatos náuticos y despeinado, como le gusta a Sofía. La estamos esperando todos impacientes.

Los camareros están preparándolo todo en el velero, suben y bajan, y algo llama mi atención en el muelle. Sofía viene a paso rápido hacia nosotros.

El viento de la mar lleva su melena hacia atrás y se le ve la cara tan bonita que tiene. Yo la miro como si fuera mi mayor regalo. Iba vestida para la ocasión. Lleva, casualmente, unos pantalones como los míos, pero entallados; unos mocasines color camel como su cinturón y una camisa de manga larga azul cielo muy entallada, que marca sus grandes pechos. Al verme, sonrío y se le ilumina la cara. Duele mirarla. Al llegar a mi lado, me saluda como siempre últimamente, dando un saltito y besándome en la cara dos o tres veces seguidas.

Ella es como una reina: en cuanto llega, saluda y enseguida toma el control de la situación, dirigiéndolo todo. Esa es mi chica, pendiente de todo y de todos. Hay muchísima gente, pero ella se maneja con soltura y tiene dotes para mandar.

Hablo con el cura, que tiene el hisopo en la mano, y comienza la ceremonia bendiciendo la embarcación. Pepi es la madrina del bautismo y la encargada de romper la botella de vino sobre su casco. Leire y Felipe tienen en sus manos sus discursos preparados.

Estoy super nervioso, ya que este es mi sueño convertido en realidad, con la mujer más maravillosa del mundo. Mi amiga.

Los discursos de Leire, Felipe y Sergio hacen que se me salten muchísimas lágrimas, pero las palabras que dedica Pepi me hacen perder el control. Sofía me seca las lágrimas con sus propias manos y me dedica palabras de ánimo. Ella sabe que esas lagrimas no son solo por mí, sino por mis padres, los nota

conmigo.

Una vez destapo el nombre del barco y Pepi rompe la botella, la que rompe a llorar es Sofía. La estrecho en mis brazos fuerte, mientras ella esconde su preciosa cabeza en mi cuello.

El barco no puede tener otro nombre que: «Jamás nadie como tú, princesa».

La verdad es que es muy emocionante. Una vez cesan las lágrimas, subimos todos a bordo. Nuestro velero, por fin, está en el mar. Abro sus preciosas velas y, como si algo mágico y de este mundo me ayudara, zarpo. Algunos compañeros del astillero graban desde el puerto y otros están a mi lado con todo perfecto y preparado. Los más íntimos zarpan junto a mí. Sofía me mira y llora; pero, una vez estamos en alta mar, avisa a todos que tiene una sorpresa. Como podemos, nos colocamos en la proa y ella desenvuelve un precioso centro de flores con margaritas y flores de cerezos. Anuncia que es una ofrenda al mar, a Poseidón y a Neptuno, para que cuiden de él y de su capitán. Entre los dos, lo arrojamos al agua.

Es noche cerrada cuando volvemos a puerto. Mi plan es dejar a todos en el embarcadero y zarpar con ella. Tengo que hablarle, tengo que conseguir poder compartir mi vida junto a ella.

Al llegar, no veo en ella ni la menor intención de bajarse. Se despide de la familia y amigos y me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Nos podemos quedar un rato más? ¿Los dos solos?

— Claro que sí, princesa.—Esa es mi respuesta. Tengo un nudo en la garganta, tiemblo como un quinceañero y siento como si se me fuera a parar el corazón—. ¿Quieres volver a zarpar?

—Me encantaría...

Veo como entra en la parte de abajo del barco y yo no pierdo el tiempo en salir a la mar. Mientras suelto las ataduras del muelle, miro al cielo.

«Gracias, gracias, mamá y papá». Estoy seguro de que ellos me han guiado estos dos últimos años. Desde que volví al barco, a mis orígenes, los volví a notar. Ya no estoy perdido, ahora lo tengo todo.

Una vez dejamos el puerto atrás, Sofía se encuentra en la proa, su parte favorita,

sentada en sobre el mantel de picnic. Sostiene dos copas de champán.

— Siéntate conmigo—me pide dulcemente—. Ven aquí.—Sus ojos brillan más de lo normal, sus labios parecen más carnosos que nunca, su pelo está alborotado, y parece tan despreocupada como siempre.

Al sentarme a su lado, me acerca la copa; la cojo, doy un sorbito pequeño y la dejo sobre el suelo. Me fijo en que está descalza, sus pies pequeñitos y sus uñas rojas me hacen mucha gracia. Nos ilumina la luna, y ella, debajo de esta, parece que no es de este mundo. Se mantiene callada y me observa.

No puedo más, mi cuerpo no lo resiste. Paso la mano por su nuca y me acerco a ella. Puedo escuchar mi corazón latir. Su nariz y la mía se rozan. Su respiración y aliento me están volviendo loco, su mirada, ella en general. Tuerzo mi cabeza y apoyo mis labios sobre los suyos. Noto su tacto, la piel de sus labios carnosos y suaves que entreabre y me besa dulcemente. Una de sus manos se apoya en mi cara. Necesito comérmela, saborearla, amarla como yo sé, como se merece. Mi lengua entra en su boca buscando la suya, que sale al encuentro. Acerca su cuerpo al mío, un calor me recorre entero.

—Te amo—le susurro y, a pesar del beso, noto su sonrisa.

—Yo te amo a ti.—Sus manos me recorren.

— Ahhh... —Me falta el aire—. Te quiero más que a mí mismo, Sofía—digo apartándome de ella. Estoy muy nervioso, no pienso con claridad—. Mira, estoy nervioso, Sofi, no sé si lo haré mal o bien. No sé qué va a pasar, pero confía en mí, ¿vale?

Se pasa el pelo por detrás de las orejas y me mira con curiosidad.

— Confío en ti ahora y siempre.—La tranquilidad con la que pronuncia esas palabras me deja mudo. Me arrodillo delante de ella y la vuelvo a besar, recostándome encima de ella.

—Te amo tanto que no es normal.

La levanto en brazos y la dejo en la proa. Ella se ríe como cada vez que la cojo en brazos. La dejo de pie y me pongo a su lado, apoyándome en el mástil. La arropo con mis brazos.

— Sofía, quiero que compartas tu vida conmigo.—Ella me mira con los ojos muy abiertos—. Quiero hacerte feliz, verte sonreír. Ese es mi único propósito en la vida. No hay nada más. Solo tú y yo.

—David, ¿qué me estas queriendo decir?

— Pues no lo sé bien.—Sonrío con nerviosismo—. No tengo ni idea, no sé si quieres casarte conmigo. Yo estaría encantado—recalco—. Me encantaría que nos casáramos. Pero, a decir verdad, me conformo solamente con que me quieras, con que me ames, estés a mi lado y me permitas darte lo mejor de mí. No llores, nena.

—David...

—No, no. No llores, no lo soporto. Quiero lo que tú quieras darme.

— Te quiero, David. Siempre te he querido, nunca he dejado de llevarte conmigo.— Sus palabras me rompen a la vez que me sanan. Sé que le había causado sufrimiento—. Y sí, David, quiero todo, quiero una vida contigo, como ahora.

—¿De verdad?, ¿me lo estás diciendo en serio?—Ella mueve la cabeza en un gesto de afirmación y me besa.

—Sí, siempre he querido eso. Aun cuando no eras tú, cuando estabas perdido y eras otra persona. Siempre te he querido a ti. Siempre lo haré.

—Sofía, me haces el hombre más feliz del mundo.

—Y tú a mí, tonto.

Tira de mi pelo y me besa, y yo la abrazo con más fuerza. Nos fundimos en uno. Sus manos me acarician la cara, el cuello y hasta el alma. Su boca me saboreaba. Me noto tan suyo, tan lleno.... Acaricio su espalda, su torso, y ella hace lo mismo. Una brisa fresca del mes de octubre me estremece.

—Nene, me apetece hacerte el amor—me susurra.

Dios, me muero del gusto al escuchar eso de su boca.

—Sus deseos son órdenes para mí.—La cargo en brazos y me meto en el interior del barco.

Sus labios no me dan tregua y tengo que dejarla en el suelo para poder entrar en nuestro camarote. Estamos besándonos al pie de nuestra cama, como locos. Ella saca mi jersey como puede y yo el suyo; nos quedamos desnudos y mis ojos la

recorren entera. Es tan perfecta... Su piel tan fina y caliente es mi verdadera casa, mi verdadero hogar.

## **Fin Epilogo**

### **Cuatro años después...**

Es agosto, me encuentro fondeando en Santorini. Siento paz a mi alrededor. El mar está calmado, pero, aun así, alguna ola rompe contra el casco del barco. La brisa del mar es fresca y todavía no ha amanecido. Escucho un pequeño llanto y, de un salto, me pongo en pie. Es mi pequeño príncipe, Mat, que ya está reclamando atención. Bajo las escaleras con cuidado para no despertar a Sofía que duerme plácidamente en nuestra cama. Tiene la melena esparcida por toda la almohada y la sábana cubre una parte de su cuerpo. Está desnuda, y juro por Dios que, cada vez que la veo, es como la primera vez. Me fijo en lo abombado que tiene el vientre y sonrío. Está embarazada de cuatro meses. Mat vuelve a llorar con más fuerza, lo que me hace salir del embrujo que me provoca mi mujer y voy a por él. Se encuentra de pie en su cuna y, nada más verme, se agarra a los barrotes y comienza a saltar. Tiene el pelo de su madre y mis ojos. Me llama papi con su media lengua y yo lo cojo, abrazándolo contra mi pecho. Voy con él a la cocina y le preparo un biberón de cereales. Le pongo una camiseta y subo con él a cubierta para sentarme con él a contemplar el amanecer, los dos solos.

Escucho pasos y sé que es Sofía, que viene con dos cafés y alguna pasta para desayuno. Nos da un beso a cada uno y cubre el suelo con una manta.

—Venid aquí, chicos—nos llama.

Vamos junto a ella, dejo a Mat en medio de los dos y los abrazo.

Cuatro años de felicidad pura con ella y casi dos con Mat. Ahora que estaba por venir otro bebé más, seríamos una familia completa y feliz.

—Sofía... —llamo a mi mujer, que está devorando su desayuno y el mío.

—Dime, cariño.

—Te quiero—me sonrío.

—No me extraña—contesta con una sonrisa—. Jamás nadie como yo—Me guiña un ojo.

—Exactamente, princesa. Jamás nadie como tú.

## **AGRADECIMIENTOS**

Esta vez no os voy a soltar un rollo, con lo difícil que es todo esto... Esta vez, no.

Simplemente, daros las gracias a todos los que me habéis leído por darme una oportunidad de cumplir mis sueños, por dejaros llevar con mis historias y por permitirme daros un poco de mí.

A las nuevas personas que han llegado a este libro y, como siempre, gracias a mis margaritas por estar ahí conmigo.

A mi familia y amigos, por aguantarme todos los días. Nuevamente gracias.

Hasta pronto.

Siempre juntos...